LOS BÁRBAROS ROJOS LA VIDA Y LA ÉPOCA DE MAO TSE-TUNG

ROY MACGREGOR-HASTIE





LOS BÁRBAROS ROJOS LA VIDA Y LA ÉPOCA DE MAO TSE-TUNG ROY MACGREGOR-HASTIE



Este libro no se hizo para languidecer en una estantería o en una carpeta de ordenador. Por ello te animamos a que lo compartas o hagas tu propia versión, y te lo lleves de viaje allá donde desees.

Primera edición, Madrid, 2024.

info@unoendos.net
https://unoendos.net

Ahora que está en tus manos, este libro es instrumento de trabajo para construir tu educación. Cuídalo, para que sirva también a quienes te sigan.

ÍNDICE

NOTAS	146
UN POEMA DE MAO TSE-TUNG	145
10. CHINA Y EL MUNDO	135
9. LA REPÚBLICA POPULAR	116
8. LA GUERRA CIVIL	109
7. LA ALIANZA ANTIJAPONESA	89
6. LA LARGA MARCHA	83
5. EL SOVIET DE KIANGSI	69
4. COMUNISMO Y KUO MING TANG	51
3. LA DEMOCRACIA IMPOTENTE	37
2. EL FIN DEL CELESTE IMPERIO	20
1. LA LLEGADA DE LOS BARBAROS	7

El océano Pacífico será el teatro de los triunfos y de la civilización del futuro. En él se librarán las grandes batallas del mañana. Las instituciones del mundo del futuro se forjarán sobre su yunque, allí es donde se decidirá el destino del mundo. Entonces ya no se hablará más de «civilización europea» o de «destino europeo», sino que veremos nacer una civilización superior, un más noble destino.

N. P. Banks, en un discurso pronunciado el 22 de julio de 1868 ante el Congreso norteamericano con ocasión de la venta de Alaska por Rusia.

¡Y ahora, que se anden con cuidado los reaccionarios, tanto en nuestro país como en el extranjero!

Mao Tse-tung, en un discurso pronunciado el 1 de octubre de 1949, al proclamar la República Popular de China, en la plaza de Tien An Men, de Pekín.

1. LA LLEGADA DE LOS BÁRBAROS

«Los ingleses no son en modo alguno el pueblo más inteligente de la tierra. Ni tampoco son los más valientes. Y desde luego que tampoco son los más guapos. Pero, sin ningún género de dudas, constituyen el pueblo más interesante del mundo».

Este mitigado elogio fue tributado por un hombre de Estado francés a fines del siglo XVIII. Estaba hablando diez años después de que Gran Bretaña hubiera perdido sus colonias en América. Francia había contribuido a que los Estados Unidos rompieran con el Imperio Británico, con la esperanza de acelerar su decadencia y su caída, pero vio frustradas sus intenciones. En lugar de tratar de invadir a la reciente Unión con nuevas tropas, o de emplear grandes sumas de dinero para bloquear las costas norteamericanas, la Gran Bretaña volvió su mirada hacia el Oriente. Habiendo perdido medio imperio en América, se apresuró a apropiarse otro en Asia. Sin perder el tiempo en lamentaciones o en componer poemas épicos, puso en movimiento los barcos y los proyectos destinados a colonizar Australia, Nueva Zelanda, la mayor parte del sureste de Asia y docenas de islas del Pacífico. Incluso comenzó a interesarse por la China.

El hecho de que los ingleses insistieran tan poco en América sorprendió a los franceses. En los juegos del imperialismo, Francia, cada vez que ha perdido un partido de cricket político, ha tenido siempre al debilidad de perder también un cuarto de siglo discutiendo con el árbitro.

La piedra angular del Imperio británico en Oriente era la India. Este inmenso subcontinente había sido arrendado por la Corona inglesa a la Compañía de las Indias Orientales (East India Company) con la misma desenvoltura y la misma cortesía con que en Escocia el dueño de una casa solariega arrendaría uno de sus terrenos para la caza. A cambio de un monopolio comercial, la Compañía de las Indias Orientales pagó el «arriendo» en impuestos, dio alojamiento a soldados y políticos enviados desde la Gran Bretaña para administrar el Extremo Oriente y se embarcó en la tarea de la formación del imperio. Cuando se le sugirió que buscara hacia el este un terreno de expansión económica y política, no vaciló ni un instante. Sus barcos emprendieron inmediatamente viajes de exploración hacia la península malaya y las costas chinas. Regresaron con noticias entusiasmadoras acerca de las posibilidades comercio, para el comercio, especialmente con los chinos, «Se trata de un pueblo atrasado, pero su territorio es inmenso. Un buen lugar para plantar nuestras adormideras», escribió en estilo sibilino uno de los capitanes. Con esto quería decir que había visto un mercado de inmensas perspectivas para el opio, que se producía en grandes cantidades en la India y que no podía venderse en Occidente.

En el año 1787 se descargaron los primeros cargamentos de opio en el delta del río de las Perlas y esta mercancía fue llevada a Cantón para su venta. Se vendió toda ella en una semana. Y en menos de cinco años, un servicio regular se extendía de un lado a otro, como una lanzadera, entre Calcuta y Cantón. El opio tomó el camino del Este. Las sedas y el té chinos volvían a la India para ser reembarcados hacia Gran Bretaña. Hacia el año 1790, los barcos habían ido avanzando a lo largo de la costa china hasta llegar a la altura del puerto de Tientsing y de Pekín.

A fines de 1792, el gobierno británico se dio cuenta de que el volumen de los intercambios comerciales era ya suficiente para que Londres enviase un embajador a Pekín. Parecía que esto era lo menos que el gobierno británico podía hacer por los chinos. El emperador de la China se sentiría, naturalmente, honrado y satisfecho de tener en su corte a un embajador británico, y sin duda alguna le concedería su confianza. Con un poco de suerte, la influencia británica cerca del emperador haría de la China un aliado agradable y sumiso.

Pero el emperador chino de aquella época, uno de los manchúes más cultos, nunca había oído hablar de la Gran Bretaña. Incluso si hubiera oído decir que esta era la nación más poderosa del mundo, no lo habría admitido. Dividía la población del mundo en dos clases: los chinos y los bárbaros. Toleraba a los bárbaros si estos comerciaban con él y le pagaban tributo en forma de impuestos, pero no pensaba tener otras relaciones con ellos y con sus reyes bárbaros. Se quedó atónito al enterarse de que el rey de Inglaterra le iba a enviar un embajador. Nunca había pedido que se lo mandasen. ¿Qué podría aprender de aquel salvaje, que sin duda no conocería la etiqueta de la corte china y que traería perturbaciones con las mujeres? Decidió tener con ese embajador el trato mínimo que le permitiera la más elemental cortesía.

Cuando el nuevo embajador, un tal lord Macartney, llegó junto a la costa china, fue acogido por un funcionario subalterno de la corte. El emisario halló a Macartney de muy mal humor. Creía que su traslado a Pekín era un castigo o formaba parte de una conspiración tramada por sus rivales del Foreign Service. Por lo que a él se refería, había sido enviado a los confines de la tierra, y sabe Dios cuándo podría regresar a la patria. No le agradó el funcionario de la Corte que le habían enviado a recibirle y para acompañarle hasta Pekín. Y se sintió profundamente herido cuando, habiendo preguntado qué era el estandarte que veía en la barcaza y qué significaban los caracteres que en él estaban escritos, el funcionario le respondió: «Dice: «Bárbaro rojo trayendo un tributo»».

Las relaciones entre el emperador y el embajador fueron siempre tensas. El emperador tenía un amigo portugués el cual empeoró las cosas hablándole mal de los británicos en general y de Macartney en particular. A los portugueses no les hacía ninguna gracia el compartir con alguien el comercio con la China, pues habían estado allí durante un siglo sin la menor competencia.

Un mes después de su llegada, Macartney se dirigió al Palacio imperial, pasó por delante de una veintena de funcionarios, atónitos ante tamaña audacia, y dejó una nota para el emperador, la cual contenía «Las exigencias mínimas de Su Majestad británica»:

- instalación en Pekín de un agregado comercial, con fácil acceso a la presencia del emperador, para velar por los intereses de los comerciantes británicos:
 - libertad de comercio en Ningpo, Tinghau y Tientsing;
- la cesión de «una o dos islas» en el archipiélago de Chusan, donde los mercaderes ingleses pudieran establecerse al amparo de toda intromisión china;
- el derecho de construir almacenes exentos de impuestos a lo largo de la costa china;
- la reducción de la contribución sobre el transbordo desde el establecimiento portugués de Macao hasta Cantón.

Alentado por los portugueses, y ofendido por el tono de la nota, el emperador rehusó. Macartney envió a su país un mensaje en el que pedía una inmediata declaración de guerra. Pero Inglaterra se encontraba en aquel entonces enzarzada en una lucha con un potentado más próximo a sus frontera, Napoleón, y no tenía tiempo para «aventuras chinas». Macartney, furioso, desmoralizado, fue a instalarse a Cantón, para esperar allí que el gobierno tuviera tiempo de ocuparse de él. Trabó amistad con unos chinos, tomó una amante china y (según se rumoreó) él mismo se aficionó al opio.

Macartney falleció antes de que Napoleón hubiera sido derrotado en Waterloo.

Pero China no había sido olvidada por Inglaterra. En 1816 fue enviada una comisión para estudiar los lugares y la situación. Encontraron a China «en un estado de feudalismo casi completo». El emperador ejercía un poder absoluto, su Imperio estaba dividido en provincias, cada una de ellas gobernada en su nombre por un virrey. Algunos de estos virreyes eran miembros de su propia familia, otros eran grandes terratenientes locales o jefes militares. La tierra estaba repartida entre los señores terratenientes y los campesinos con la desigualdad tradicional. Los aparceros no tenían seguridad alguna en el arriendo de las tierras. Cuanto más pobre era el campesino, mayores eran las contribuciones que se le imponían. Y los más pobres, los que no poseían tierras, habían de pagar en especie el precio de los campos que cultivaban. Todo el mundo pagaba una contribución que iba disminuyendo a medida que uno iba acercándose, por vínculos familiares, a la persona del que las percibía. La tierra era labrada con los instrumentos más primitivos. Las telas se hilaban y tejían en las casas, con telares manuales; el sobrante se vendía en el mercado. Pero las familias campesinas, hombres, mujeres y niños, trabajaban dieciséis horas en los campos; una vez regresaban a la granja, las mujeres ya no tenían ni ganas ni energía para sentarse a hilar o a tejer. Nunca sobraba gran cantidad de comida o prendas de vestir para poder llevar al mercado.

Además de los arriendos y de las contribuciones que habían de pagar, los campesinos venían obligados a llevar las armas en el servicio militar a las órdenes del virrey. Los soldados, reclutados a la fuerza en la clase campesina, no percibían paga alguna. La mayoría de los virreyes y de los grandes señores provinciales mantenían ejércitos privados. Algunos de los jefes militares del norte habían organizado grandes ejércitos y los alquilaban durante las incesantes guerras civiles entre las provincias. El emperador permitía cier-

to número de guerras civiles menores, «saludables sangrías», con tal de que su propia autoridad no sufriese menoscabo. Los jefes militares y los virreyes sofocaban eficazmente cualquier intento de revuelta que pudiera producirse entre aquellos oprimidos campesinos.

La comisión inglesa comprobó también con gran satisfacción que el emperador había «prohibido el incremento del sistema industrial». Los portugueses le habían advertido de que el «capitalismo» acarreaba peligrosas ideas, tales como la democracia. Había en China pequeños talleres que fabricaban los paquetes de té, fundían el hierro, producían la porcelana y tejían la seda, pero el «expansionismo» se hallaba rigurosamente restringido. Por doquier había ya-men (oficinas del gobierno) que velaban para que esa pequeña industria nunca dejara de ser pequeña. Estaba prohibido poseer más de un centenar de telares. Se cobraba una contribución de cincuenta taels de plata por cada telar en actividad, lo cual ya constituía en sí una restricción (el campesino de término medio ganaba un tael a la semana).

La comisión recomendó al gobierno británico que reanudase inmediatamente los intercambios comerciales. No habría competencia. Si los ingleses pedían privilegios especiales, les serían negados; pero, en su conjunto, la administración del país vivía en tal caos, que si se tomaban tales privilegios sin permiso, nadie se opondría a ello.

Durante los años 1820-1830, el comercio británico se desarrolló rápidamente en cuanto a su volumen, pero no en cuanto a la diversidad de las mercancías. El opio seguía siendo la importación más provechosa. Encontraba un amplio mercado. Desde mediados del decenio que se inició con el año 1831, la mayoría de los aristócratas chinos se habían aficionado a esta droga, y en tal costumbre fueron imitados por numerosos funcionarios y un elevado tanto por ciento de oficiales del ejército. Si no habían liquidado a la oposición, por lo menos, la habían «adormecido».

El efecto que tuvo el opio sobre la economía nacional fue desastroso. Los ingleses exigían que se les pagase en lingotes de plata. En 1835, solamente el puerto de Cantón exportaba cada año treinta millones de taels de plata para pagar el opio procedente de la India. En 1838, el tael 1600 monedas de cobre. Diez años atrás, el tael valía 1200. Los campesinos pagaban su impuestos en taels, pero cobraban su sueldo en monedas de cobre; por consiguiente, su nivel de vida disminuyó en una tercera parte. Incluso los cortesanos, que percibían una renta del campo, hallaron que su riqueza disminuía tan deprisa que no tenían tiempo para resarcirse de sus pérdidas con lo que cobraban de sus campesinos. Uno de ellos, Lin Tse-hsu protestó ante el emperador, Tao Kuang. Tras una serie de protestas, Tao Kuang consintió en que Lin tomase «ciertas medidas». Las reservas monetarias de la China se estaban agotando y el país entero estaba sumiéndose en el marasmo.

En la primavera del año 1839, Lin llegó a Cantón y ordenó al intendente mercantil británico, un tal capitán Elliott, que le cediera todas las existencias de opio. Elliott se negó a ello, y Lin, como represalia, sitió a los ingleses en sus almacenes. Cuando se agotaron las provisiones de alimentos y de agua en los almacenes, Elliott tuvo que rendirse. El 3 de junio de 1839, en la playa de Bocca

Tigris, Lin Tse-hsu incendió veinte mil cajas de la droga. Aquella playa fue rebautizada entonces con el nombre de «Arenas de los peces dormidos».

En julio de 1839, un marinero inglés mató a un chino que había sido sorprendido en acto de «reconocimiento» nocturno en uno de los barcos de la flota mercante inglesa. El capitán Elliott se negó a entregar el marinero a las autoridades chinas para que lo juzgasen, apeló a dos buques de guerra que se hallaban fondeados en Cantón y les pidió que enviasen una salva de advertencia en medio de unos juncos anclados en el río de las Perlas. Los cantoneses se amotinaron y pegaron fuego a una docena de almacenes británicos. La flota mercante británica abandonó el puerto, escoltada por buques de guerra. Cuando Londres recibió la noticia de ello, el gobierno declaró inmediatamente la guerra. Una flota británica llegó en el mes de junio de 1840, pasó por delante del puerto de Cantón muy bien defendido y se apoderó de Tinghai, puerto igualmente importante, situado ante la costa de Chekiang.

Cuando el emperador se enteró de la caída de Tinghai, sintió miedo, relevó a Lin de su mando provisional de las fuerzas armadas chinas y pidió consejo a sus cortesanos. El más rico y poderoso de los jefes militares que residía en la corte, Chi Shan, virrey de Chihli, le aconsejó que llegase a un acuerdo con los ingleses, porque se había enterado de que una flota de guerra se estaba acercando a Tientsing, ciudad muy desagradablemente próxima a Pekín.

Chi Shan se encontró con la flota británica en Tientsing, y convino con el almirante comandante en jefe en abrir negociaciones para un tratado de paz y amistad con la condición de que la flota regresara a Cantón.

Cuando Chi Shan hubo llegado a Cantón, mandó desmantelar todas las defensas del puerto e inició las negociaciones del tratado. Para asegurarse de que el emperador perdería las ganas de «jugárselas», los ingleses enviaron un contingente de fusileros de marina para que ocupasen Chinkiang y Nankín. El 29 de agosto de 1842, cuando estaban a punto de entrar en Nankín, Chi Shan se apresuró a poner fin a las negociaciones y firmó. El Tratado de Nankín, que puso fin a la primera guerra del opio, fue importante tanto para Gran Bretaña como para China.

El tratado confería a Gran Bretaña una especie de monopolio comercial con la China. Cinco puertos (Cantón, Fuchow, Ningpo y Shanghai) estaban permanentemente abiertos a los súbditos británicos que desearan establecer en ellos su residencia o su negocio. Hong Kong fue cedido como colonia a Gran Bretaña. Los derechos de aduana para las importaciones y para el transporte de las mercancías debían ser fijados por un comité mixto chino-británico en el que los ingleses tendrían un derecho de veto. La tarifa nunca había de ser superior al cinco por ciento. Los súbditos británicos dependerían únicamente de la ley inglesa, incluso en sus litigios con los chinos. Y finalmente, para suavizar la cosa, el emperador prometió pagar una indemnización de veintiún millones de dólares de plata por el opio que había sido quemado en las «Arenas de los peces dormidos». El Tratado de Nankín encubría en realidad, bajo este nombre, una capitulación incondicional.

Cuando los Estados Unidos y Francia se enteraron de las cláusulas de tratado, se apresuraron a enviar representantes a la corte del emperador. Los franceses le prestaron el dinero para pagar la indemnización a cambio de privilegios comerciales parecidos a los de los ingleses; el Tratado de Whampoa les daba derecho a predicar el catolicismo en la China. Los Estados Unidos se contentaron con el Tratado de Wanghia, en virtud del cual obtenían casi los mismo privilegios que los ingleses.

El Tratado de Nankín, aunque desastroso para la China, tuvo, sin embargo, una ventaja para ese país. El pueblo chino, en su conjunto, se sintió humillado. Los habitantes de las cinco ciudades en las que los ingleses tenían ahora el derecho legal de residencia, iniciaron una serie de motines y sabotajes que habían de prologarse por espacio de diez años. En Cantón, el sabotaje de las propiedades fue bastante intenso y regular para impedir todo establecimiento hasta que una policía a las órdenes de oficiales británicos hubiera restablecido el orden. Pero más alarmante aún que las revueltas era el desprecio que ahora el pueblo entero profesaba al emperador y a la dinastía manchú en su conjunto.

Cuando una nación empieza a hacerse preguntas acerca de un poder de «derecho divino», inicia el camino de la revolución, o por lo menos, de la reforma. Cuando los ingleses discutieron el derecho de Carlos I a gobernar sin el Parlamento (a pesar de que Isabel I, en el siglo anterior, ya se había atrevido a hacerlo), iniciaron el camino que había de conducirlos a la guerra civil, luego a la restauración y finalmente el establecimiento de la primera monarquía constitucional. Y cuando los chinos empezaron a discutir la conducta de su emperador durante la primera guerra del opio, iniciaron de hecho el proceso que había de llevar al Celeste Imperio a la revolución, y finalmente al comunismo.

Pero en aquellos días el nombre de Karl Marx jamás sido oído en China. Las primeras protestas de su intelectualidad adoptaron la forma de peticiones y de consejos dirigidos al emperador. Wei Yuan esperaba liberar a la China de su sujeción a la Gran Bretaña estudiando el modo de vivir y de trabajar de los ingleses. Este primer abogado de la «occidentalización» escribió un libro, Historia y geografía de los países extranjeros (Hai Kuo Tu Chih) en el que hacía un resumen de la evolución económica y tecnológica de Europa. Pero los amigos de Wei Yuan fueron más lejos. Sugerían que no bastaba con cambiar la forma en que los manchúes gobernaban a la China, sino que era preciso que los manchúes mismos se marchasen del país. Esta es la manera tradicional de los chinos para efectuar sus reformas. La historia del Imperio chino cuenta treinta y dos dinastías. Las antiguas siempre cedieron su sitio a las nuevas después de un gran desastre nacional.

Las primeras medidas prácticas para derribar a la dinastía manchú fueron tomadas en la provincia de Hunan, hogar de lo miao. Los miao, que constituían una minoría en China, siempre habían «causado trastornos». En el Hunan había estacionados más guardias imperiales que en ninguna otra provincia. Entre los años 1841 y 1848 se produjeron más de cien levantamientos de campesinos en Hunan, Kueichou y en Hupei, tres provincias con una densa población miao. Los miao eran acérrimos nacionalistas, opuestos a los manchúes, obstinados y particularistas como la mayor parte de los pueblos campe-

sinos. También eran muy religiosos y devotos. Sus levantamientos constituían una protesta por la inmoralidad y la decadencia de los manchúes, que «en su bagaje habían traído la ruina inevitable de la China». Fundaron una sociedad, la *Tien Ti Hui* (Sociedad del Cielo y de la Tierra), que aspiraba a confundir al extranjero resucitando las viejas doctrinas de Confucio y de Buda, modernizadas con un barniz de protestantismo tomado de los misioneros locales. Decían que derrotarían a los ingleses y a los franceses con las Escrituras en una mano y la espada de la justicia en la otra.

En el año 1849 se produjo un hambre más grave que de costumbre. Lo mismo que ahora, Hunan dependía, para vivir, de la cosecha de arroz: la capital de la provincia, Changcha, es la capital arrocera de la China. Aquel año, la cosecha de arroz no respondió a las esperanzas. Li Yuan-fa, jefe de la Sociedad del Cielo y de la Tierra en Hunan, decidió que esto era la señal procedente de Dios de que había llegado la hora de proclamar un nuevo reino. Los miao abandonaron sus yermos campos y se armaron con palos y espadas. Emprendieron la marcha hacia Changcha, entonando himnos y blandiendo bambúes, tomaron por asalto la ciudad y sometieron a la provincia entera. El virrey huyó a Pekín a comunicar el desastre. Sus tropas eran impotentes para enfrentarse a medio millón de fanáticos labriegos. En la vecina provincia de Kuangtung, la noticia del éxito de los miao llegó a la rama local de la Sociedad del Cielo y de la Tierra y de la Shang Ti Hui (Sociedad para la Adoración de Dios). Ambas sociedades convinieron que el hambre y el éxito que estaba obteniendo la marcha de Li Yuan-fa eran señales de cielo. El jefe de la Sociedad para la Adoración de Dios convocó una asamblea en masa de sus fieles en Chentien. Armados con cualesquiera armas que pudieron encontrar, decenas de miles de labriegos de Kuangtung partieron, cantando, para unirse a sus «hermanos» de Hunan. Después de dieciocho meses de lucha, expulsando a los guardias imperiales y a las tropas de los jefes militares dondequiera que los encontrasen, la *Tien Ti* Hui y la Shang Ti Hui se unieron para proclamar el Tai Ping Tien Kuo (Reinado Celestial de la Gran Paz) el 11 de enero de 1851.

Bajo la guía de Hung Hsiu-chan (fundador de la Sociedad para la Adoración de Dios, el cual creía ser hermano de Jesucristo), los ejércitos del Tai Ping cruzaron la frontera provincial para penetrar en la provincia de Kiangsi, entonces al norte de Anhwei y Kiangsu. Derrotaron el Ejército imperial en una encarnizada batalla en Huaning en el mes de abril de 1852, capturaron una pequeña flota de juncos y descendieron por la corriente del Yang-tse, aclamados por los campesinos de todas las localidades donde desembarcaban. En enero de 1853, tomaron por asalto Wuhan, y en marzo del mismo año entraron en Nankín (capital de la provincia de Kiangsu). Nankín cambió de nombre y fue llamada Tienching (Capital Celestial) y fue sede del gobierno Reino Celestial de la Gran Paz durante los once años siguientes.

El ministro de la Gran Bretaña en Pekín, George Bonham, veía progresar la guerra con ojos un tanto desorbitados. Había, realmente, motivos para asombrarse; el Reino Celestial parecía salir directamente de una opereta; las sociedades religiosas ostentaban los nombres más extraños; millones de campesinos se abatían como una ola inmensa sobre territorios que ayer mismo

eran «leales», entonando himnos singularmente poco armoniosos para oídos occidentales; se proclamaba un «reino» en el Imperio al son de los bambúes y de los gongs.

El asombrado Bonham escribió a su país diciendo: «Esto es como el mundo de Gulliver enloquecido».

Pero el Reino Celestial de la Gran Paz era una palpable realidad. Esto era muy evidente. El emperador hizo a Bonham la confidencia de que su única esperanza era de que se contentasen con el territorio que tenían ahora en sus manos y que no llevasen la guerra hasta la capital del Imperio. «Si yo contase todas las municiones de mis arsenales, no habría un número suficiente para disparar una de ellas a cada cabeza. Cuando mi pueblo se pone en marcha, ninguna fuerza del mundo sería capaz de detenerlo». Bonham comunicó todas estas cosas al gobierno de Londres, el cual le dio instrucciones para que se encaminase sin pérdida de tiempo a la Capital Celestial, para ver si era posible tratar con el nuevo reino en un plano de diplomacia mundana.

Bonham salió de Pekín con dirección a la Capital Celestial en el mes de febrero de 1854. Llevó consigo, a modo de protección, a sus colegas francés y norteamericano, De Bourboulon y McLane, respectivamente. Llegaron a principios de marzo. El ministro francés hizo el siguiente informe: «Aquí se ha producido una revolución. He visto por las calles a mujeres que caminaban libremente, por primera vez desde que llegué a la China. Este es el único lugar de China en el que las mujeres tienen derechos económicos y políticos. Ya no se las puede vender como esclavas o concubinas, porque la poligamia ha sido abolida. También parece ser que ha sido abolido el sistema de compra mediante regalos nupciales y dotes. Incluso se ha declarado ilegal la costumbre de vendar los pies de las niñas. Hoy me he dado por vez primera de lo bonitas que son las mujeres chinas. Y su emancipación no les ha hecho perder su legendaria docilidad».

El ministro norteamericano no mencionaba a las mujeres, sino que hacía resaltar lo siguiente: «El gobierno se niega a ratificar los tratados que firmamos con el gobierno de Pekín. Dice que no quiere comprometerse con nadie hasta el día en que reciba un mensaje celestial que le ordene lo contrario. No puedo descubrir si es que tratan o no de conquistar el resto del Imperio. También esto depende de lo que se les diga desde el cielo».

George Bonham, hombre práctico, escribió lo siguiente: «Decididamente, no hay esperanzas de establecer comercio entre nosotros y el Reino Celestial. El traficar con opio está rigurosamente prohibido». Luego procedía a recomendar al gobierno de Su Majestad que se enviase ayuda rápidamente al emperador en el caso de que el Tai Ping recibiera del cielo la orden de que Pekín debía caer. El fin de la dinastía manchú significaría el fin de un comercio sumamente provechoso.

La orden del cielo de que Pekín había de caer llegó a la Capital Celestial en el mes de mayo de 1854, inmediatamente después de que Bonham se hubiera marchado. Un ejército de diez mil hombres cruzó el Yang-tse e inició su marcha hacia la capital del Imperio. En cinco meses habían sojuzgado la mayor parte de las provincias de Anhwei, Hunan, Shanshi y Chihli, apoderándose

14

de Tientsing, solo a cien millas de Pekín, en los primeros días de octubre. La corte imperial fue presa del pánico. El emperador y sus cortesanos quisieron poner a salvo a sus familias enviándolas a Jehol. Una vez más el emperador pidió auxilio a los jefes militares. A toda prisa, tropas escogidas fueron traídas del noreste para cortar al Ejército celestial los suministros. El Ejército celestial carecía de organización de abastos, carecía de toda organización en general. Confiaba en la fuerza del número y de la fe, y avanzaba aplastando todo lo que fuera «pagano» bajo sus pies innumerables.

Las tropas de Chihli lograron frenar la marcha del Ejército celestial y lo sitiaron en Tientsing. La Capital Celestial envió refuerzos, pero estos fueron interceptados y destruidos. Lin Feng-hsiang, general del Ejército celestial en Tientsing, se las arregló para salir de Tientsing y regresar a Lienchin, pero su ejército se estaba muriendo de hambre. Los hombres combatían con un puñado de habichuelas por toda ración. Cuando se agotó la provisión de habichuelas, se tendieron en el suelo y murieron, sin pensar siquiera en la posibilidad de rendirse. Pekín estaba salvada.

Pero, aun cuando el Ejército celeste había visto brutalmente interrumpida su marcha hacia el norte, el Reino era todavía grande y poderoso. El emperador notificó a todos los virreyes que aún quedaban que ese reino había de ser abatido de una manera o de otra. Ninguno de los virreyes tenía la menor idea de cómo realizar tal empresa, pero la mayoría de ellos enviaron alentadores mensajes de lealtad y obediencia. Ninguno de ellos, sin embargo, hizo nada positivo.

Fue preciso que Tseng Kuo-fan tomara en sus propias manos la organización de la guerra contra el Tai Ping para que se viera que alguien hacía por fin realmente algo. Tseng Kuo-fan era un rico terrateniente de la provincia de Hunan, donde había sido concebido el Reino Celestial. Había perdido a la mayor parte de sus trabajadores y a todas sus concubinas y abrigaba un resentimiento personal contra el dirigente de la Sociedad para la Adoración de Dios (Hung Hsia Chang), un maestro de escuela al que él había ayudado a salir airoso de los exámenes imperiales. Decidió formar un «ejército de voluntarios» en la provincia de Hunan e iniciar su propia campaña de castigo. Si lograba sojuzgar al Reino Celestial o, por lo menos, contribuir a que este fuera sojuzgado, acabaría sus días como virrey de Hunan. Esto era, creía él, una muy loable ambición. Y recobraría a sus trabajadores y a sus concubinas. Designio muy comprensible. Tseng reclutó un ejército de descontentos, hombres que no tenían sangre miao en las venas, y los adiestró. Cuando los tuvo suficientemente disciplinados los condujo hacia el norte, hasta el lago Poyang, vasta extensión de agua sobre la frontera de Hunan, alimentada por un afluente del Yang-tse. En las orillas de este lago se encontraba acampado un cuerpo del Ejército celestial. Tseng requisó una flota de juncos y descendió la corriente del afluente del Yang-tse al encuentro del enemigo. Al propio tiempo comunicó al emperador que la campaña se hallaba en marcha.

Desgraciadamente para Tseng, su primera campaña no constituyó ningún éxito. Cuando sus juncos anclaban durante toda la noche, el Ejército celestial infundía espanto en el ánimo de su tripulación haciendo sonar gongs y en-

tonando himnos en la orilla. Luego comenzaron a disparar flechas incendiarias contra las velas de los juncos, destruyendo una cuarta parte de su flota en una semana. Después empujaron a los supervivientes hacia el interior del lago Poyang y construyeron a toda prisa unas rejas para cerrar la embocadura, dejándolos encerrados... Tseng pudo darse por satisfecho con salvar el pellejo.

George Bonham había estado observando al campaña de Tseng en un estado de perpetua ansiedad. Esta como las demás campañas imperiales, solamente había servido para que se desarrollara en su mente el creciente temor de que pudiera haberse equivocado al recomendar al gobierno de Su Majestad que se prestase apoyo a los manchúes contra los ejércitos imperiales. Envió una serie de mensajes con la idea de confundir las ideas de su gobierno e inducirle a no hacer nada. En esto tuvo éxito. El gobierno no hizo nada. Bonham continúo entonces ejerciendo presión sobre el emperador, ahora acosado por todas partes, para que extendiera los privilegios concedidos a los comerciantes británicos a cambio de una ayuda contra el Tai Ping. Pero en esto ya no fue tan afortunado. El emperador se había enterado de que no había flota inglesa alguna suficientemente cerca de las costas chinas para poder prestar cualquier clase de ayuda.

En octubre de 1856, la situación cambió. Un junco chino con un cargamento de opio en el que ondeaba la bandera británica, recibió la visita sanitaria de las autoridades civiles de Cantón cuando se encontraba en el río de las Perlas, cerca de la ciudad. El cargamento fue confiscado y la tripulación encarcelada. El cónsul de la Gran Bretaña protestó inmediatamente, escribió a Pekín exigiendo que se le presentaran excusas y se entregara enseguida el cargamento y la tripulación. El virrey local rechazó la propuesta, y entonces el cónsul llamó a algunos buques de guerra de la flota británica del Extremo Oriente que providencialmente estaba efectuando una visita de cortesía, para que bombardease la ciudad de Cantón. La ciudad fue tomada y puesta bajo el mando del gobierno militar británico. Este se retiró bajo la promesa de que se efectuaría una «investigación completa», pero, haciéndose esperar dicha encuesta (el virrey y el emperador tenían otros asuntos de los que ocuparse), la flota inglesa desembarcó un nuevo contingente de fusileros marinos en diciembre de 1857 y volvió a ocupar la ciudad.

En junio de 1858, habiéndose enterado el emperador de que la flota de Extremo Oriente se disponía a bombardear Tientsing, concluyó apresuradamente un tratado de paz y amistad con el almirante británico. El Ejército Celestial estaba nuevamente en marcha, y el emperador no tenía tiempo para regatear las condiciones. Concedió a los ingleses el uso de otros siete puertos francos de aduana y de impuestos sobre consumos: Niuchuang, Tengchow, Tainan, Tanshui, Hangkow, Chinkiang y Nankín (la Capital Celestial) tan pronto como fuera «liberada». Concedía el estacionamiento permanente de los buques de guerra en estos puertos y el libre acceso al interior «para inspecciones». Y prometió pagar una indemnización de cuatro millones de taels de plata. Juró amistad eterna a la Corona británica. Así fue como terminó la segunda guerra del opio.

El almirante británico no estaba convencido de la sinceridad de aquella promesa de eterna amistad, y estaba completamente seguro de que la autoridad del emperador sobre sus súbditos se debilitaba de día en día. Sin embargo, era más provechoso estrechar la mano al emperador, con tal de que no se le perdiera de vista un momento, que andar con negociaciones y tratados con los «fanáticos» que regían el Reino Celestial. El almirante decidió pedir tropas a la India (donde la revuelta de los cipayos acababa de ser sofocada) y reforzar el ejército imperial estacionado en las fronteras con el Tai Ping. Los primeros destacamentos llegaron en noviembre de 1859 y fueron rápidamente desplegados por el norte, en los alrededores de Tientsing y a lo largo del río Amarillo.

El Ejército celestial avanzaba hacia la ribera sur del río Amarillo, después de haber demolido el campamento imperial de Chiangpei y haberse asegurado cierta protección para sus líneas de comunicación. Otro cuerpo del Ejército celestial se apoderó de Hangkow, al sur de la Capital Celestial, destruyendo las últimas fuerzas imperiales entre el Reino y la costa. El emperador volvió a sentir pánico. Pero las tropas inglesas de refuerzo efectuaron un movimiento hacia el sur con el Ejército imperial y rechazaron regularmente al Ejército celestial desde el norte hasta las orillas del Yang-tse, sobre un amplio frente que se extendía de Nankín a Anking. El emperador, impresionado por esta victoria, volvió a traer a su familia desde Jehol y firmó una «convención» con el almirante, agregando Tientsing a la lista de «puertos británicos».

Entretanto, Tseng Kuo-fan había organizado otro ejército en Hunan y lanzado su segunda campaña para reducir al Ejército celestial desde el oeste. Atacó al Ejército celestial que se hallaba estacionado a lo largo de la frontera de Hunan-Kiangsi, y lo derrotó. Luego reunió otra flota de juncos y remontó la corriente del Yang-tse hacia Anking. Allí se le unió Li Hung-chang, que había formado un ejército propio en la provincia de Anhwei. En septiembre de 1860, Tseng y Li, entraron en Anking y pusieron sitio a Nankín, la Capital Celestial, la cual cayó en mayo de 1862 y con ella el Reino Celestial de la Gran Paz.

El interludio del Reino fue la mayor sublevación de campesinos en la historia de la China. Su caída final se debió a la vez a las rivalidades que dividían a sus jefes y a la incompetencia de sus generales, en su mayor parte improvisados. El Reino cayó ante el talento militar y la obstinación de dos hombres que no tenían en sus venas una sola gota de sangre real, pero que pudieron tener luego al emperador en calidad de rehén durante años. Directa e indirectamente conmovió a la dinastía manchú hasta sus cimientos. En la cima del poder, había dado a diecisiete provincias un sabor de régimen republicano jamás habrían de olvidar.

Tseng Kuo-fan, cargado con los honores imperiales, volvió a conducir a su ejército a Hunan. La perturbación había tenido allí su origen, pero también un hombre de allí le había puesto fin. Para Tseng, esto venía a demostrar una vez más, si es que tal prueba era necesaria, que la China hace mañana lo que Hunan piensa hoy. Con excelente humor hizo su entrada en Changcha, la capital de la provincia, y se oyó proclamar virrey.

Tseng compartió su buena fortuna con sus soldados. No había sido necesario llamar a las tropas británicas en Anking. Sus hombres habían extermi-

nado al Ejército celestial con el único apoyo «moral» de la bandera británica ondeando sobre el Yang-tse. Merecían una recompensa.

Como cabía esperar, Tseng no pagó esta recompensa de su propio peculio. Permitió a todos sus oficiales y suboficiales que se sirvieran de las tierras que les hicieran falta, pero proporcionalmente a su graduación. Todos los campesinos que se habían unido al Tai Ping habían de ser desposeídos y decapitados. Después de una espléndida fiesta en Changcha, envió a sus hombres a que fueran a establecerse donde mejor les pareciese. Él mismo se instaló en el palacio del antiguo virrey para reponerse de sus fatigas en compañía de sus concubinas.

Uno de los suboficiales de Tseng era un excelente soldado, con talento natural para la organización y las cuestiones financieras. Había regresado de la guerra con un botón considerable y el ardiente deseo de abrirse paso en el mundo. Se alejó de la capital, a más de doscientos kilómetros al sur de Changcha, y se dispuso a buscar una granja. Encontró varias que le agradaron. Procesó a los propietarios y mandó decapitar como sospechosos de simpatizar con el Reino Celestial. Luego se construyó una casa magnífica y se casó con la viuda del antiguo propietario de una de las mejores tierras que había «adquirido». Luego emprendió la tarea de criar hijos y consolidar su situación. Su nombre era Mao, y se le conocía como Ping-Ying (el Aplastador).

Los hijos de Mao llegaron rápidamente. En su mayor parte eran robustos y estúpidos y Mao los puso a trabajar tan pronto como pudo. Mientras sus hijos iban naciendo, él no cesaba de ensanchar sus dominios. Su método era simple y directo. A cada mala cosecha, es decir, con mucha frecuencia, apremiaba a sus vecinos para que le hipotecasen sus campos. Antes de que se hubiera recogido la nueva cosecha, él se apoderaba de los bienes hipotecados y ganaba algunos nuevos acres. A su hijo segundo, cuando hubo crecido, Mao le encargó que vigilase las propiedades vecinas y le indicase aquellas que merecían la atención de su padre. Este hijo segundo, llamado Mao Kuo-fan (en honor del virrey), constituía el orgullo de su padre. Cuando cumplió veinticuatro años de edad, Mao le encontró una esposa joven y robusta; la pareja fue a instalarse en una granja de mediana superficie, en el límite norte del dominio al que el viejo Ping Ying añadía cada año nuevas tierras.

La mujer de Mao Kuo-fan pronto trajo hijos al mundo, futuros granjeros. En su mayor parte eran robustos y estúpidos. Él continuó adquiriendo tierras, siguiendo el método acreditado de su padre, para que cuando fueran de edad suficiente y poseyeran el suficiente vigor físico pudieran labrarlas ellos mismos. Era un hombre brutal, grosero y cruel y se jactaba de ser un padre ejemplar. Quería estar seguro de que sus hijos pudieran «defenderse por sí mismos».

En 1893, su mujer dio a luz otro hijo varón. Kuo-fan comenzó a pensar en el modo de birlarle a otro vecino una parcela de terreno. Pero el muchacho, Tse-tung, se desarrollaba lentamente, y no era ni estúpido ni robusto. Kuo-fan estaba alarmado. ¿Cómo había podido engendrar a una criatura sensitiva, delicada? Comenzó a maltratar a su esposa, acusándola de infidelidad. Furio-

so, cubría de insultos al niño, que con aire soñador recorría las tierras de la granja, hablándole a los pollos y cogiendo flores en los campos.

Los vecinos de Kuo-fan, que en secreto se sentían complacidos, susurraban entre sí: «Mao Tse-tung será la muerte de su padre».

Tse-tung no se preocupaba de sus vecinos ni prestaba atención alguna a su padre. Las escenas no le afectaban. Le interesaban más las flores y los pájaros. Y le seducía la idea de jugar todo el día bajo el hermoso sol de la China meridional.

Cuando fuera mayor, ya tendría tiempo de ocuparse de otras cosas. El país estaba en guerra con los japoneses, pero a él esto no le preocupaba. Llegaría un día en que él también tendría una guerra propia.

2. EL FIN DEL CELESTE IMPERIO

La humillación experimentada por la China en la segunda guerra del opio vino a confirmar lo que la mayoría de chinos habían sospechado tras la humillación sufrida la guerra primera. Para el Occidente; el Gran Imperio del Oriente no era más que una farsa política. Ahora bien, el hacer reír, incluso a miles de millas de distancia, era un asunto desagradable en un país en el que «conservar la honra» ante los extraños es de vital importancia para una persona o para un pueblo. Y quizás aún más alarmante que el ridículo político era la explotación cada vez mayor de los recursos de la China por parte de la Gran Bretaña, Francia, EE. UU., la Rusia zarista y el Japón.

Hasta comienzos del siglo, los ingleses, los franceses y los norteamericanos se habían limitado a construir arsenales para asegurar la conservación de las mercancías desembarcadas en las costas chinas. El arsenal británico de Cantón (1845), los puertos franceses y norteamericanos de Shanghai, Amoy y Fuchow, daban empleo a mano de obra china, y así, en cierto modo, contribuían a estimular la economía nacional. Pero, después de las Convenciones de Pekín en 1860, los extranjeros comenzaron a instalar fábricas además de sus factorías comerciales. La industria china del té, aunque todavía se hallaba en la infancia, hacía progresos considerables, pero fue ahogada por los rusos, que construyeron fábricas en Hangkow, Kiukang y Fuchow. En 1862, los ingleses abrieron su primera sedería en Shanghai y fueron seguidos en ellos casi inmediatamente por los franceses y los norteamericanos. Se trataba de empresas de gran importancia (desde 1882, la fábrica norteamericana contaba con un millar de chinos en su nómina); la competencia fue demasiado fuerte para la industria artesana autóctona, que pronto fue languideciendo. Los artesanos que antaño fabricaban porcelana, el té y las sederías en sus propios talleres, pronto se vieron obligados a colocarse como dependientes al servicio de las fábricas extranjeras. No teniendo otra alternativa, luchaban por los pocos empleos que se ofrecían, no retrocediendo ante el soborno y el asesinato para asegurarse una remuneración más o menos regular. La oferta de mano de obra sobrepasó, pues la demanda, y la consecuencia inevitable fue que bajaron los precios del trabajo nativo. Un obrero chino se consideraba afortunado si podía conseguir treinta céntimos por catorce horas de trabajo diario, lo cual permitía comprar el arroz indispensable para poder sobrevivir. No existían sindicatos.

Los ingleses y los franceses disuadieron al emperador de intervenir en la industria. Le sugirieron que se mantuviera aparte de aquel «negocio» indigno de un emperador como él; sus contactos con la industria habían de limitarse a alargar la mano de vez en cuando para recibir su parte en los beneficios. El inglés Robert Hart, nombrado inspector general del Comercio en Pekín, persua-

dió al emperador de que le nombrase también inspector general de Aduanas. Hart fue pronto tan conocido en Pekín y gozó hasta tal punto de la amistad del emperador, que su recomendación llegó incluso a hacerse necesaria para el nombramiento de un virrey. Terminó sus días con el título de consejero imperial de Asuntos interiores y exteriores, lo cual le convertía prácticamente en el único dueño de la China, sin ninguna «interferencia china».

El Tai Ping y la derrota final del Ejército celestial en 1862 enseñaron por lo una cosa a la intelectualidad china de esa época. De momento, los ingleses, los franceses y los norteamericanos estaban decididos a mantener a los manchúes en el poder, porque decían que «es mejor el diablo impotente que conocemos que un diablo que aún no conocemos y que quizá posea una mayor fuerza de voluntad». Esto no quería decir que no hubieran de formarse sociedades secretas con la finalidad explícita de asesinar o expulsa al emperador, pero estas sociedades fueron siempre pequeñas en cuanto al número de afiliados y sin gran influencia o autoridad. Los más inteligentes de los chinos veían la solución al problema en una competencia comercial e industrial con el extranjero. Si la Gran Bretaña se había convertido en la nación más grande del mundo, lo debía a su revolución industrial y a dos siglos de comercio intensivo. Todo cuanto tenían que hacer los chinos era construirse una industria y una flota; tarde o temprano, los millones de chinos barrerían del mercado mundial a los millares de británicos. Se escribieron libros en los que se hacía resaltar esto como un «punto de vista nacional». Feng Kuei-fen (un sobrino de aquel Lin Tse-hsu que había mandado incendiar los cargamentos de opio) y Cheng Kuan-ying escribieron bellas exhortaciones dirigidas a sus compatriotas para que trabajasen más duro y con mayor eficiencia imitando a los ingleses. Cheng fue decapitado por haber dado a entender que uno de los modos de llegar a la libertad comercial era limitar el poder absoluto del emperador y poner la economía nacional en manos de un hombre de negocios. El escribir libros acerca de lo que debe hacerse constituve una debilidad nacional de los chinos. Tradicionalmente, en la China, la gente que hace cosas no lee libros, y la gente que lee y escribe libros, escribe tantos, que luego no tiene tiempo para una acción directa. El cuidado de iniciar una campaña nacional de producción estuvo, pues, principalmente a cargo de un puñado de mercaderes semianalfabetos.

Al principio, las escasas fábricas creadas y administradas por los chinos fueron muy pequeñas. Un sindicato de comerciantes de Fuchow compró una máquina para empaquetar té y estableció una fábrica que hacía la competencia a los rusos. En Shanghai, en 1863, un grupo de comerciantes de arroz formaron una cooperativa para comprar una máquina de descascarillar arroz. Tres sederías, con capital totalmente chino, comenzaron a producir en Nanhai en el año 1880. No era mucho —cinco empresas enteramente chinas en un país que contaba 400 millones de habitantes—, pero representaba un comienzo. A partir de 1890, su número se había elevado a sesenta, y los capitales chinos invertidos habían pasado de 330 000 dólares a 8 500 000. En Shanghai y Wuhan no cesaban de abrirse fábricas de hilados; en el norte se explotaban minas de carbón por los cortesanos del emperador, con la ayuda de técnicos

británicos. Las fábricas de Hua Hsin y de Yu Yuan y las explotaciones de hulla de Chung Hsing y de Likuoyi eran tan eficientes como cualesquiera otras empresas pertenecientes a los extranjeros.

Unos cuantos chinos se asociaron con los ingleses y los franceses. La mayor parte de su dinero procedía del Tesoro imperial. El emperador había aceptado el punto de vista británico de que no era propio de su dignidad el que se le viera haciendo negocios, pero no tenía escrúpulos en invertir dinero por medio de sus cortesanos. Tseng Kuo-fan, después de la supresión del Tai Ping, estableció una fábrica de municiones en la provincia de Hunan, y a cambio de una parte de sus beneficios obtuvo el asesoramiento de oficiales franceses para entrenar a su ejército privado. Tso Tsung-chang construyó su propio arsenal en Fuchow en el año 1866 y lo regentó en colaboración con los rusos. Arsenales y fábricas de armas bajo la dirección de los franceses en asociación con Li Hung-chang fueron construidos en Shanghai, Suchow y Nankín, obras que los británicos observaban con el mayor recelo. Pero cuando todas las empresas francesas llegaron por sí solas a un marasmo, durante una guerra menor entre China y Francia en 1883-1885, los ingleses se tranquilizaron; resultaba evidente que una industria de armamento no podía ser administrada sobre la base de una asociación binacional. Robert Hart pudo escribir, con cierta satisfacción, que el arsenal de Nankín «estaba equipado únicamente con máquinas de importación, no tenía más que una sola producción y unas ambiciones limitadas, se mostraba incapaz de fabricar armamento pesado; estaba mal administrado, paralizado por la corrupción y perdía mucho dinero».

Pero el proceso de la «occidentalización» de la China parecía hallarse en buen camino. Si una industria autóctona y un comercio bien organizado, después de algunos primeros errores, podían ser injertados sobre las virtudes nacionales de la laboriosidad y la habilidad comercial, entonces la China podría un día esperar ocupar su puesto en la competición industrial mundial sobre un pie de igualdad sobre las otras naciones. Todos los minerales necesarios se encontraban allí, en su subsuelo. No había restricción de mano de obra. Tampoco había restricción de mercados en el mismo país y en el extranjero.

A fines del decenio que siguió al año 1880, esta idea no era corriente tan solo en la China. Sus implicaciones aparecían igualmente evidentes a la otra potencia asiática que estaba tratando de «occidentalizarse»: el Japón. El imperio nipón había estado edificando fábricas y abriendo minas durante treinta años y ya se encontraba en trance de convertirse en una potencia industrial. La política japonesa no consistía en animar a la China para que siguiera su ejemplo, sino todo lo contrario. Si la economía china se estancase, el vecino Japón podría explotar su riqueza mineral y sus mercados como una colonia. Así, pues, el Japón veía con malos ojos los progresos de una industria nacional en China. Y en 1894 halló el pretexto para manifestar sin duda alguna su malevolencia.

En enero de 1894 hubo una sublevación en Corea, organizada por una secta religiosa, la del Tonghak. En la creencia de que el Tonghak recibía fondos de los japoneses, el gobierno coreano pidió ayuda a los manchúes para aplastar la rebelión. El emperador chino envió tropas a través de las fronteras septen-

trionales de Corea y derrotó el minúsculo ejército de Tonghak. El ministro británico hizo el comentario de que se trataba del mayor ejército que las fuerzas imperiales chinas podían atacar con ciertas posibilidades de éxito. Pero dejo de bromear cuando se enteró de que los japoneses habían desembarcado en Corea del Sur. Aconsejó inmediatamente al emperador que negociase con los japoneses, lo más pronto posible, y que les propusiera retirar las tropas chinas a cambio de un gesto parecido. Los japoneses rehusaron y su ejército remontó la península de Corea hasta Seúl. En junio de 1894, sin previo aviso, el Japón declaró la guerra a la China. Como en Pearl Harbor aproximadamente cincuenta años más tarde, la declaración no fue escrita en un pedazo de papel. sino que adoptó la forma de hundir la flota septentrional china en Asan, al sur de Seúl, sin previo aviso. Luego, de acuerdo con el gobierno norteamericano y haciendo ondear la bandera norteamericana la flota japonesa se dirigió hacia el sur, hasta el mar Amarillo y puso en fuga la escuadra china de Peiyang. En tierra, el Ejército chino fue derrotado cada vez que se atrevió a detenerse para librar combate.

En marzo de 1895, para impedir nuevos desastres por tierra o por mar, Li Hung-chang fue a Shimonoseki, en el Japón, para negociar un tratado de paz. Este tratado, como era usual con todos los tratados de paz chinos, resultó un desastre. Otro trozo de soberanía nacional fue cortado del pastel chino y entregado a un extranjero. Por las cláusulas del Tratado de Shimonoseki, la China cedía al Japón la península de Liaotung, las islas de Penghu y Formosa; había de pagar al Japón 200 millones de taels de plata como «indemnización de guerra», y abrir Shanshi, Chinkiang, Suchow y Hangchow al comercio japonés. El Japón se había unido a Inglaterra, Francia y Norteamérica para poder «hacer y deshacer» en China.

La Gran Bretaña no sentía más que indiferencia por el Tratado de Shimonoseki. En la explotación de los recursos chinos llevaba una ventaja tan grande a las demás naciones, que la competencia de otra raza amarilla era un hecho que había de considerarse superficialmente y luego olvidar. Tal era la opinión del ministro británico.

Pero Rusia no era indiferente al tratado o a las cláusulas del mismo. Corea se hallaba demasiado cerca de sus fronteras. Reclutando a Francia y a Alemania como aliados en su campaña diplomática, el zar mandó ejercer fuertes presiones sobre el Japón para que este devolviese a la China la península de Liaotung. Y para apoyar este punto de vista, la flota rusa del Extremo Oriente efectuó sus maniobras ante la costa de Shantung. Los japoneses, todavía insuficientemente preparados para la guerra que algo más tarde había de enfrentarlos con Rusia, devolvieron la península, a cambio de una indemnización suplementaria de 30 millones de taels.

Esta guerra significó la bancarrota para la dinastía manchú. Entre los años 1895 y 1899, el emperador tuvo que pedir prestados a la Gran Bretaña y a Francia 370 millones de taels de plata para poder pagar sus indemnizaciones y mantener abierto el Tesoro. Como garantía para los empréstitos, los ingleses recibieron el derecho de abrir minas en Kailuan, el derecho de construir el ferrocarril Shanghai-Nankín y administrarlo ellos mismos, y el derecho de

instalar fábricas por toda la China, pagando solo impuestos nominales. Rusia, Norteamérica, Francia, y también Alemania, el país recién llegado a la China, arrancaron igualmente «derechos ferroviarios» a cambio de aquellos empréstitos de los que el emperador parecía tener siempre una desesperada necesidad. A fines del decenio que siguió a 1890, el futuro de China ya no se discutía en Pekín, sino que era debatido en las reuniones diplomáticas de París. Londres. Moscú o Berlín. En una de estas reuniones celebradas en París, en 1898, la China fue dividida en «zonas de influencia». A Francia se le dio Kiangsi para que explotase sus minas, una parte de Yunnan que lindaba con la Indochina, y Kwangtung. Arrendó, además, la bahía de Kwangchow al emperador, fijando la propia reunión de París un «arrendamiento razonable». A la Gran Bretaña se le dio el monte Yehjen, la península de Kowloon, los islotes de Hong Kong, los golfos de Taipang y Shumchun y una larga lista de puertos. Alemania obtuvo la bahía de Kiaochow y el «derecho exclusivo» de construir ferrocarriles desde ella hacia el interior. A Rusia se le dio (pero tampoco fue el emperador quien se lo dio) Heilung Kiang y Kirin y pudo terminar el transiberiano con sus nuevas «posesiones». Se acordó que el valle del Yang-tse perteneciera a la Gran Bretaña y todo lo que estaba al norte de la Gran Muralla a Rusia. Al emperador se le comunicaron estas decisiones en una serie de notas diplomáticas.

El proceso de reducir a la China a la condición de colonia estaba tocando a su fin. En 1900, después de una reunión de las potencias en Londres para «confirmar estos arreglos», el Imperio chino se había convertido en el mejor tema para chistes diplomáticos de la época. El Celeste Imperio divertía tanto a los occidentales como la marina suiza.

No cabía esperar que todos los chinos aceptasen sin protestar esta degradación continuada. Pero ¿qué podían hacer? En los exámenes imperiales de 1895, un millar de examinados, bajo la dirección de Kang Yu-wei, solicitaron del emperador una reforma constitucional. Creían que si ellos pudieran intervenir en el gobierno, las cosas irían mejor. Por lo menos, peor no podrían ir. Se habían preparado otras peticiones, pero se perdieron en el dédalo de corredores del Palacio imperial. Nacieron dos periódicos reformistas: el Kuo Wen Pao (Diario Noticiero Nacional) y el Chung Wai Chi Wen Pao (Boletín Diario Internacional), pero como eran pocas las personas que tenían la costumbre de leer diarios, ambas publicaciones fueron a la bancarrota. Solamente hubo un hombre que consiguió algo positivo. El doctor Sun Yat-sen, al ver la impotencia de sus compatriotas frente a la invasión extranjera y la incompetencia imperial, abandonó su clientela, salió de la China y en el exilio comenzó a organizar un gobierno revolucionario. Un día, creía, llegaría el momento en que (quizá cuando los extranjeros estuvieran ocupados en otra parte) sería posible una revolución. Se dirigió a Honolulú, que tiene una inmensa población china, y comenzó a reunir a su alrededor hombres e ideas. Fundó la Hsing Chung Hui (Sociedad para la Resurrección de China) y abrió el «Tesoro revolucionario». Desde Honolulú, a través de una red de agentes en todo territorio del sureste de Asia en que había una población china considerable, mantuvo una firme y continuada presión económica sobre el emperador. Los chinos

establecidos en el extranjero suministraban al Tesoro imperial rentas considerables mediante un impuesto denominado «contribución de lealtad», que los chinos de ultramar pagaban voluntariamente con objeto de conservar su nacionalidad.

En 1898, Sun Yat-sen tuvo su primer éxito. Persuadió al emperador Kuang Hsu para que promulgase un decreto en el que reformaba el sistema, anticuado, de enseñanza, se reducían los efectivos de la Administración, se establecía una oficina de información para la publicación de las ideas reformistas, se concedía a cada ciudadano el derecho de presentar al emperador peticiones, consejos y quejas. Había gran número de personas que estaban dispuestas a trabajar con Kuang Hsu para poner en orden la economía y la administración. Desgraciadamente, la tía del emperador, que vivía confortablemente de una pensión pagada por los franceses, no mostró ningún entusiasmo por ninguna clase de reforma. Cien días después de la publicación del decreto, el emperador fue encarcelado en su propio palacio y el mismo decreto rescindido. Aunque a primera vista no parecía constituir un gran logro, ese decreto había servido como punto de partida para todos los futuros movimientos de reforma. Por lo menos, ahora un objetivo constitucional concreto, como una «Ley fundamental» que ya había sido firmada por un emperador. Sun Yat-sen aseguraba a sus amigos que bastaría con aguardar a que falleciese la emperatriz viuda para que el decreto volviera a ser puesto en vigor. Si tenían paciencia, la revolución podría efectuarse sin necesidad de pérdidas de vidas humanas. Los seguidores de Sun Yat-sen hicieron como este les indicaba. Pero en China no todo el mundo estaba preparado para esperar.

Los supervivientes del Tai Ping habían mantenido vivo en la memoria de sus hijos el recuerdo del Reino Celestial de la Gran Paz. Les parecía que había sido el único interludio civilizado y digno en toda la historia china del siglo XIX. En las provincias de Anhwei y Kiangsu, alrededor de la antigua Capital Celestial, los recaudadores de contribuciones del emperador todavía estaban cobrando indemnizaciones por la última de las guerras del Tai Ping. Hacían caso omiso de las inundaciones y hambres de 1897 y 1898. Pedían incluso más dinero para ayudar al emperador a pagar la indemnización al Japón. No conseguían nada. Los campesinos no tenían nada que dar. Había de ellos por lo menos cinco millones, en 1898, que vivían de comer cortezas y raíces. Ciento ochenta y siete mil campesinos murieron en 1897 por falta de alimento, y en el año 1898 murieron 672 000.

En 1898, desesperados a causa del hambre, centenares de miles de campesinos se unieron a una insurrección acaudillada por Yu Tung-chen, nieto de uno de los fundadores del Tai Ping. En 1899, Yu Tung-chen condujo a sus secuaces a la provincia de Shantung, donde se afilió al Yi Ho Tuan, la Sociedad de la Justicia y la Armonía, heredera espiritual del Reino Celestial. La Yi Ho Tuan había cambiado de nombre (antes se llamaba Yi Ho Chuan, Sociedad de los Puños Justicieros y Armoniosos) y de lema, dejando el de «Hay que exterminar a los manchúes» por el de «Hay que respetar a los manchúes, pero exterminar a los extranjeros». Era flexible en su política, pero estaba bien organizado.

En enero de 1900, Yu Tung-chen y el Yi Ho Tuan invadieron Hopei (del cual Pekín es la capital provincial) y ocuparon Tientsing. Lograron cortar las vías férreas que daban acceso a Pekín, derrotar a la mayor parte del Ejército imperial. En mayo entraron en Pekín mismo y enseguida procedieron a incendiar todas las iglesias cristianas que pudieron encontrar en las comunidades extranjeras. La teoría de Yu era que esos dioses extranjeros habían sido la causa de la caída del Reino Celestial. Y no era algo que hubiera de suceder.

Tan pronto como Inglaterra, Francia y Rusia se enteraron del saqueo de sus iglesias, ordenaron a sus flotas que se desplegaran junto a las costas septentrionales de China y se mantuvieran preparadas para una acción de represalias. Pero la emperatriz viuda no estaba en condiciones de «presentar sus excusas» y de aplastar la revuelta conforme a las buenas tradiciones. Los rebeldes se encontraban en su palacio cuando ella recibió la nota de protesta británica. En junio de 1900, la emperatriz hizo lo único que podía hacer: pactar con el Yi Ho Tuan y declarar la guerra a «todos los agresores extranjeros».

En julio de 1900, un contingente de dos mil soldados británicos, franceses, rusos y norteamericanos [1] desembarcó cerca de Tientsing y fue avanzando a lo largo de la vía férrea que conducía a Pekín. Los rebeldes habían hecho saltar las vías, y a lo largo de todo el camino fueron diezmando al contingente con sus emboscadas. En agosto, el primer ejército aliado se apoderó de Pekín, pero la insurrección se había extendido a todas las partes de China. Los civiles eran asesinados por los extremistas del Yi Ho Tuan y por ambas partes se cometieron las inevitables atrocidades. El levantamiento de los boxers (púgiles), como se les llamaba (del nombre originario del Yi Ho Chuan, Sociedad de los «Puños Armoniosos»), duró un año entero, y fue tan sangriento como la revuelta de los cipayos en la India. Final e inevitablemente, la concentración de las tropas británicas, norteamericanas y francesas, apoyadas por sus flotas ancladas delante de cada puerto, se hizo tan densa, que la rebelión se vio obligada a claudicar. Los campesinos, que habían llevado todo el peso de la insurrección, regresaron a sus casas a esconder las armas y aguardar que llegase otro día. La emperatriz viuda, acorralada, tuvo que firmar un tratado de paz que sobrepasaba incluso al establecido con Japón por la importancia de las indemnizaciones reclamadas a los vencidos y el grado de humillación impuesto a lo que quedaba del Imperio chino. En realidad, el cuerpo diplomático arrebataba a los chinos el gobierno de la China. Incluso había una guardia británica apostada delante del Palacio imperial, con el pretexto de proteger a la emperatriz contra un posible asesinato. Por primera vez, tropas británicas penetraron en el interior de la China para «asegurar el servicio de guarnición».

Mao Tse-tung contaba con ocho años de edad cuando fue aplastada la insurrección de los *boxers*. Nunca había estado en la capital provincial de Changcha, y por ello jamás vio allí la guarnición británica. Pero su abuelo, que había ido a vivir con ellos, sufría ante la idea de que hubiera tropas extranjera en la provincia de Hunan. El anciano pasaba horas charlando con su extraño nieto, mientras acariciaba en sus manos la empuñadura del sable de que se había servido durante su campaña contra el Reino Celestial. El viejo Mao había calmado los temores de su propio hijo, asegurándole que era cosa buena tener

en la familia por lo menos un hijo que no fuera ni robusto ni estúpido. Si se animaba al joven Tse-tung y se le daba una buena educación, quizá un día podría salir airosos de los exámenes imperiales y entrar en la Administración. El viejo Mao pagó, pues, a un joven preceptor para que enseñase a leer y escribir a su nieto predilecto. Kuo-fan se sometió al capricho del anciano y dejó que Tse-tung hiciera lo que se antojase.

Tse-tung no crecía deprisa, pero su inteligencia no dejaba nada que desear. A los ocho años de edad dominaba algunos centenares de signos del alfabeto chino y poseía un extenso, aunque superficial, conocimiento de la literatura china, o por lo menos de aquella parte que se relacionaba con la provincia de Hunan. El muchacho tenía una graciosa cabeza en forma de pera, llena, como dijo él mismo más tarde, de las historias de guerra que le contaba su abuelo, y llena también de su propia poesía. Quería a aquel anciano, aunque sentía ante él un secreto temor. Cuando murió el virrey Seng, amigo del viejo Mao, el muchacho pintó un poema de circunstancias, que su abuelo envió a la familia del difunto. Luego, inducido por su padre (que abrigaba algunas esperanzas de que aquellos devaneos poéticos pudieran resultar comercialmente productivos), envió una poesía de felicitación al nuevo virrey, Chang Chih-tung. Ninguna de las dos poesías recibió respuesta. Pero a Tse-tung no le preocupaba la forma en que sus escritos fueran acogidos. A la edad de ocho años, no preocupan ni los editores ni los lectores. Él vivía su vida privilegiada, con un anciano abuelo que le mimaba y le compraba papel y tintas. El niño trató de granjearse la amistad de su padre, pero fracasó.

En 1903 murió el abuelo de Mao. Mao Kuo-fan se encontró con que el «ingrato viejo» no le había dejado nada en herencia. Después de haber albergado durante todos aquellos años al viejo loco en su casa, donde fastidiaba en la cocina y hacía perder el tiempo al más «vago» de sus hijos, el padre de Mao Tse-tung decidió desquitarse. Tan pronto como el anciano estuvo en la tumba, a Tse-tung le fueron quitados todos los libros y rollos de papel y fue enviado a trabajar al campo. Allí se reunió con sus robustos y estúpidos hermanos, los cuales siempre le habían envidiado por sus estudios. Ahora que lo tenían a su merced procuraban imponerle los trabajos más rudos y desagradables. Le pusieron a trabajar al lado de los trabajadores más rápidos de su padre. Se consideraba que Tse-Tung había de trabajar más deprisa que ellos y comer menos que ellos. Los trabajadores de la granja recibían un cuenco de arroz por día y un huevo al mes.

Mao Tse-tung dijo una vez a Edgar Snow: «Mis hermanos y yo nunca recibimos el huevo. Y jamás vimos el pescado o la carne».

Tse-tung contaba entonces diez años y nunca había hecho en su vida una sola jornada de trabajo manual. Aquellas largas horas pasadas en el trabajo de la tierra, inclinado sobre unos aperos primitivos, llevaron al límite las fuerzas de su cuerpo delicado y todavía no del todo desarrollado. Sus hermanos se burlaban continuamente de él. Durante dos años estuvo trabajando solo, sin hablar con nadie, reflexionando sobre la injusticia que ensombrecía su infancia. Ya no podía aguantar más. Una noche no regresó del campo a la casa. El día en que cumplía los doce años, provisto solamente de un pañuelo con arroz

seco, Mao Tse-tung huyó con dirección a Changcha, la capital de la provincia. Nunca llegó a Changcha. A una treintena de kilómetros de distancia de su casa, fue recogido por un labriego, el cual lo llevó a su cabaña, lo cuidó y alimentó. El campesino era pobre, pero no carecía de entusiasmo. Pertenecía a una de las innumerables sociedades secretas que se dedicaban a preparar la revolución. La esperanza de cosas futuras que fueran mejores y en las que él pudiera tomar parte, le mantenía moralmente con vida. La guerra contra el Japón acababa de perderse, pensaba él, a causa de la incuria cada vez mayor del emperador y de su corte. Su sociedad secreta, la Liga de la Unión, se reunía, trazaba planes, discutía en espera de que llegase «el día». Cada noche llegaban a la cabaña algunos amigos para cambiar largos saludos y conspirar con entusiasmo. Cuando la casa se convertía en un lugar de reunión, Tse-tung permanecía sentado en el suelo, callado y escuchando con atención. Les oía proferir consignas emocionantes. «¡Fuera los manchúes y los extranjeros!» Nunca había visto a un extranjero ni al emperador, pero suponía que todos los miembros de la sociedad los conocían bien. Y el hallarse presente en la reunión de una sociedad secreta ya era algo en sí emocionante, como podía serlo para cualquier chiquillo. Como la mayoría de los chiquillos, no pensaba que pudiera ser demasiado pequeño para las aventuras.

La primera huida de Tse-tung terminó en desastre. Tres semanas después de haberse marchado de la granja, la policía invadió la cabaña mientras se estaba celebrando en ella una reunión. Fue hallado sentado en cuclillas en el suelo, junto a los «rebeldes». Los agentes de la policía lo llevaron al lado de su padre, el cual lo azotó despiadadamente, y en público.

Desde entonces, Tse-tung tuvo que trabajar aún más duro que antes. El descanso se convirtió en un mito. Su régimen alimentario era monótono e insuficiente. Sus hermanos hacían como si él no existiese. Kuo-fan solo le dirigía la palabra para insultarle. Sostenido por el odio que abrigaba contra su padre, el muchacho trabajaba sin proferir una sola queja. Tenía mucho tiempo para reflexionar sobre todo lo que había oído en las reuniones de la Liga de la Unión. En su mente, el emperador quedó equiparado con su padre, el símbolo de la represión, de la crueldad y de la falta de humanidad. Los campesinos, como el buen samaritano, parecían representar para él todo lo que era generoso y amable. Los terratenientes y los policías no eran más que facsímiles de sus hermanos. Mao Tse-tung dice: «La severidad de mi padre fue la primera causa de las tendencias rebeldes que las otras personas observaron en mí antes de que yo mismo me diera cuenta de ellas. El comportamiento de mi padre se me antojaba algo que era preciso cambiar, junto con todas las vejaciones cometidas en cualquier otra familia china».

Por las noches, después de su larga jornada en los campos, Mao Tse-tung trataba de instruirse él mismo, de guardar intacto lo que había aprendido en vida de su abuelo, y si ello era posible, aprender todavía algo más. Había pocos libros en casa de su padre, pero los que en ella había los leyó y los volvió a leer hasta sabérselos de memoria. Su madre se ponía de su parte cuando el padre intentaba quitarle los libros y mandarle a la cama después de cenar. Esto era siempre causa de riña en el hogar. A Tse-tung le dolía oír que su padre insul-

tase a su madre todavía más que cuando le insultaba a él mismo. Su madre era una criatura buena y cariñosa, sin destello alguno de malicia. En 1905 desapareció. Se suicidó ahogándose en un estanque que se encontraba en el lindero de las tierras de Mao; el suicidio era algo menos penoso que vivir con Kuo-fan, que cada año iba volviéndose más despótico.

Privado del único aliado, que era su madre (y en aquel entonces todavía ignoraba hasta qué punto lo había sido), Mao Tse-tung consumía sus fuerzas en el campo. Y por la noche trabajaba aún más duro con la pluma. Sin embargo, sus esfuerzos ya no eran del todo desinteresados. Estudiaba con el propósito de llegar a ser competente de algún modo para poder abandonar su hogar los más pronto posible y «emprender algo». No tenía una idea clara de lo que hubiera de ser este algo, pero formaba vagamente parte de un sueño en el que imaginaba que había de exterminar a las personas que eran como su padre y liberar a las que eran como su madre. Esto se mezclaba y confundía con el hambre y el miedo y en las horas de comer se traducía en ideas conducentes a mejorar el nivel de vida de los campesinos chinos más pobres. A él se le trataba peor que a cualquiera de ellos. Trabó amistad con muchos campesinos, especialmente con los trabajadores de su padre. Esto a pesar de la orden estricta de que recordase que él era hijo de la casa (aunque una calamidad para la familia) y que debía mantener distancias. Los trabajadores, por su parte, hacían lo que podían para hacerle a él algo más soportable la vida.

En 1906, cuando Tse-tung tenía trece años, la cosecha de arroz fue catastrófica. La desgracia afectó a las provincias de Hunan y Kiangsi, los distritos de Liuyang, Liling y Pinghsiang, y fue más o menos grave en el sur y en el sureste, regiones que, sin embargo, son ricas en arroz. Incluso en Changcha hubo poco o nada que llevar al mercado. El padre de Mao Tse-tung acogió el hambre como una bendición. Aumentó el precio del arroz en sus almacenes y aguardó a que llegase la «inevitable fortuna». Pero la inevitable fortuna nunca llegó. Nadie tenía el dinero necesario para comprar el arroz a precios exorbitantes. La mayoría de la gente padecía hambre. Los más hambrientos e impacientes eran aquellos que tenían que trabajar más duro. Seis mil mineros de las explotaciones de hulla de Pinghsiang emprendieron una marcha hacia las oficinas de la Administración local. Se les unieron en la protesta docenas de miles de campesinos. Alentados por los agentes locales de la Liga Revolucionaria de Sun Yat-sen (Teng Meng Hui), los más pobres y hambrientos de ellos irrumpieron en almacenes y tiendas por la noche, robando todo cuanto era comestible y escribiendo con tiza lemas en las paredes («Que se establezca una República y se divida equitativamente la propiedad del suelo»). El almacén del padre de Mao fue el primero en ser asaltado, y él mismo cogido como rehén. Sin duda habría sido linchado como «acaparador», de no haber sido por la providencial llegada de un destacamento de la Guardia Imperial de Changcha.

Después de la represión de los disturbios, Mao Kuo-fan recibió un nombramiento provisional de «juez de paz» con la autorización de presidir un tribunal destinado a castigar a los rebeldes. Cualquier hombre sospechoso de haber tomado parte en el pillaje o de alentar los disturbios, fue decapitado. Los labradores que tenían pequeños campos que lindaban con el de Mao fueron

acusados automáticamente de traición, decapitados, y sus tierras pasaron a engrosar el dominio de Mao. Kuo-fan procesó a sus propios trabajadores, acusándoles de haber intentado saquear su almacén, y fueron decapitados todos menos uno.

Mao Tse-tung, que había sido encerrado en su casa durante lo más violento de la revuelta y que fue puesto en libertad por los alborotadores para volver a ser seguidamente encarcelado por su padre, fue dejado libre después de los llamados «juicios». Volvió a trabajar a los campos de arroz, y cuando sus ojos se hubieron acostumbrado de nuevo al sol después de la oscuridad de su cárcel, pudo ver las cabezas de sus amigos campesinos que le sonreían con una triste mueca, clavadas en unos palos en el límite del dominio. Aquello era demasiado. Después de todos aquellos años de persecución, la «desaparición» de la madre, tantos actos de crueldad y tantas humillaciones, Tse-tung perdió la cabeza. Empezó a correr, gritando, por los campos, con un cuchillo en la mano, buscando al verdugo. Al no encontrar a su padre, quizá afortunadamente, su cólera se volvió contra sí mismo y trató de suicidarse. Su hermano mayor, al que habían encargado que no le perdiera de vista, le halló en el preciso instante en que se disponía a ahorcarse. Después de una lucha, fue salvado, pero corrió hacia el borde del estanque en el que se había ahogado su madre, amenazando con arrojarse al agua (no sabía nadar) a menos que su padre «se enmendase». Su padre, asustado, decidió que quizá fuera más seguro tratar al muchacho de un modo más humano. Tse-tung dice: «Así aprendí que cuando yo defendía mis derechos con franca rebelión mi padre cedía. Si yo hubiera permanecido manso y sumiso, me habría pegado. Desde entonces tuve el apoyo de un partido de oposición dentro de mi familia: un hermano y el trabajador que había sobrevivido».

En 1907, al parecer completamente restablecido de lo que su padre llamaba su «trastorno nervioso», Mao Tse-tung fue enviado a Changcha y allí se matriculó como estudiante en la escuela secundaria local. Su padre, recordando la ambición que tenía el abuelo de que Tse-tung realizara con éxito los exámenes imperiales e ingresara en el servicio civil imperial, esperaba que todavía estuvieran para reanimar la cultura del muchacho. Al igual que el padre de Jruschov y que Giovanni Battista Roncalli, padre del papa Juan XXIII, comprobó con pesar que nada en el mundo era capaz de convertir a su hijo en un buen granjero.

En la escuela secundaria, bajo la supervisión del virrey, se preparaba a los muchachos para los exámenes imperiales, y nada más que esto. El programa de estudios consistía en su mayor parte en disertaciones y en redactar cartas. No había «otras actividades», deportes o sociedades escolares como en la mayoría de las escuelas europeas. Aun cuando las hubiera habido, no habría tomado parte en ellas aquel muchacho taciturno, de músculos de acero y ánimo amargado. Estaba en la escuela para prepararse para una vida tan alejada de su propio hogar como se lo permitiese la Providencia y no tenía tiempo que perder. Encontraba las lecciones bastante difíciles. A los pocos meses pasados con el preceptor que le había buscado su abuelo habían sucedido años de rudo trabajo durante el día y de preparación personal durante la noche y que

apenas había bastado para hacerle salir airoso del examen de ingreso. Aquel muchacho, complejo de inhibiciones y represiones, sueños y pesadillas, poesía y parricidio, trabajó intensamente en la escuela secundaria.

Pero en la escuela encontró Mao Tse-tung a un condiscípulo que le ayudó y al que convirtió en el amigo de toda la vida. Era un muchacho precoz que había sido admitido en la escuela secundaria a la inaudita edad de nueve años. Para mantener al niño prodigio en el lugar que le correspondía, los profesores le abrumaban de tareas. Era él quien tenía que recoger las disertaciones después de la clase, llenar una y otra vez los grandes tinteros, manteniendo al mismo tiempo los ojos bajos, hacia el entarimado cuidadosamente encerado. El niño prodigio se llamaba Liu Shao-chi. Liu y Mao se hallaban a menudo solos en la escuela cuando los otros muchachos ya se habían ido, Liu con sus tinteros, Mao tratando de redactar un tema. Se ayudaban mutuamente, Mao levantando los grandes recipientes de piedra llenos de tinta, Liu sugiriendo formas fáciles de tratar el tema. Pronto se hicieron amigos. Actualmente, Liu Shao-chi es presidente de la República Popular de China. Mao Tse-tung jamás ha olvidado la ayuda que le prestó su compañero en los años escolares.

También compartían su interés por la política. Las escuelas secundarias en las provincias del sur y del este eran centros de intriga política. El doctor Sun Yat-sen, desde el Japón, organizaba mediante agentes en las escuelas secundarias y en las universidades la distribución de folletos y periódicos revolucionarios. Había fusionado casi todas las sociedades secretas en su Liga Revolucionaria («el primer partido revolucionario burgués de la China», según indica la historia oficial comunista) y les había hecho aceptar un objetivo común: «Arrojar a los manchúes, establecer una República y nivelar la propiedad de la tierra». Se trataba de un programa calculado para atraer a las dos clases de la China sin cuya ayuda no era posible lograr un drástico cambio de gobierno: la clase de los «doctos» y la de los campesinos. Desde tiempos inmemoriales, una reducida clase de burócratas instruidos administraba los asuntos cotidianos del Imperio chino. Mientras el emperador, a juicio de ellos, no hiciera nada que menoscabase el prestigio de la nación china o que amenazase reducir su civilización al nivel de la «barbarie» que ellos creían general más allá de sus fronteras, los funcionarios imperiales permanecían fieles. Asimismo, los campesinos eran capaces de aceptarlo casi todo, con tal de que la injusticia no resultara demasiado flagrante. Consideraban como normal cierto grado de injusticia y la democracia les habría causado incomodidad, pero exigían un mínimo de alimentos y de libertad en sus disputas privadas. Los manchúes habían traicionado la confianza que en ellos habían depositado ambas clases. Habían humillado a China delante de los bárbaros extranjeros procedentes de Inglaterra, Francia y Alemania. Y habían permitido que la recaudación de contribuciones se ejerciera de un modo tan incontrolado que se había hecho realmente posible vivir de los productos de la tierra.

El periódico de Sun Yat-sen era El Heraldo del Pueblo (Min Pao). Se distribuía gratuitamente en las escuelas y era leído por avidez por Mao Tse-tung y Liu Shao-chi. Los dos muchachos organizaron grupos de estudio para comentar el programa de la Liga y hacer sugerencias a su agente local, que, según decía,

había de transmitirías al doctor Sun en persona. Cuando otros estudiantes organizaban revueltas en alguna parte del país, ellos recogían dinero para enviar a los supervivientes. Las revueltas eran sofocadas siempre por la policía. En 1907, Hsu Hsi-lin, que había obtenido una beca para continuar sus estudios en el Japón y había encontrado al doctor Sun, fue nombrado (por equivocación) director de la Academia de Policía de Anhwei. En el verano, durante la ceremonia del reparto de diplomas, el nuevo director apuñaló a En Ming, el gobernador de la provincia de Anhwei, que había acudido a recibir el homenaje de la nueva promoción; luego, Hsu Hsi-lin organizó a sus estudiantes y formó con ellos una milicia del pueblo. Ocuparon la Academia y el campo de policía adyacente, donde se mantuvieron por espacio de tres semanas, hasta que finalmente los capturaron los guardias locales. Hsu Hsi-lin fue ejecutado.

De la noche a la mañana, Hsu se convirtió en el «mártir de los estudiantes». En cada escuela, los alumnos dirigían miradas llenas de esperanza hacia su propio director para ver si había en él madera de revolucionario. La mayoría de ellos quedaban contrariados. El director de Mao constituía una excepción. Era un hombre de espíritu abierto y carácter práctico. Asistió, dentro del mayor secreto, a ciertas reuniones de sus estudiantes y les aseguró que la revolución estaba próxima, pero dijo que temía que la falta de una organización que abarcase a la China por entero fuera la causa de que pronto volviera a desintegrarse. Después de siglos de mala administración, lo mejor era planear las cosas con cuidado y aguardar, pero el doctor Sun era viejo, y estaba impaciente por ver el éxito antes de morir. Habría guerra y guerra civil durante años si la revolución comenzaba prematuramente, les decía el director.

Tenía razón, pero sus alumnos le creían demasiado pesimista. Al otro lado de un mar estrecho se erguía la heroica figura de Sun Yat-sen, al que los jóvenes se complacían en imaginar como una mente genial en una cabeza fría, sobre un cuerpo trabajado por las pruebas. Cuando llegase la hora, él no se equivocaría. Y esto sería pronto.

En 1908 fallecieron la emperatriz viuda y el emperador Kuang Hsu. Poco antes de morir, el emperador prometido reconsiderar un «programa de reforma constitucional», que había sido aclamado por Sun Yat-sen como el comienzo de una «revolución sin desórdenes». Pero con la muerte del autor de las reformas, parecía que había de desvanecerse toda esperanza de evitar derramamiento de sangre. Esto pareció aún más evidente cuando le sucedió a Kuang su sobrino Pu Yi, de tres años de edad [2]. El padre de Pu, Tsai Feng, fue nombrado regente hasta que el niño emperador alcanzase la mayoría de edad. Tsai Feng enseguida se nombró a sí mismo comandante supremo de las fuerzas imperiales y a sus dos hermanos jefe de Estado y secretario de la Marina, respectivamente. Tsai tenía fama de ser el miembro menos ilustrado de una familia imperial que se distinguía precisamente por sus escasas luces.

Un mes después del advenimiento al trono de Pu Yi, Hsiung Cheng-chi, oficial del nuevo ejército reclutado por Tsai Feng entre los estudiantes leales a los manchúes, dirigió una rebelión por su cuenta en Anking. Reunió un cuerpo de hombres jóvenes como él, que habían oído decir que el regente tenía la intención de oponerse a cualquier presión ejercida para conseguir una refor-

ma constitucional, y proclamó un «gobierno militar» en la ciudad. Fue rápidamente derrotado y decapitado, pero incluso su restringido éxito impresionó a Tsai. Decidió que si realmente persistían mucho tiempo las reivindicaciones reformistas, sería mejor satisfacerlas con la mayor dosis de buen grado posible, antes que ver cómo le eran arrancadas del trono. El efecto de cualquier reforma podía neutralizarse siempre instalando amigos en cualquier «Parlamento» nuevo. Tsai proclamó el comienzo de una nueva era de «cooperación constitucional» entre el trono y el pueblo. Empezaría, decía, dentro de poco tiempo, posiblemente no más tarde de 1911. Pero Tsai no consiguió engañar a nadie. Sun Yat-sen continuaba organizando levantamientos de campesinos dondequiera que podía encontrar apoyo. Mao Tse-tung y Liu escribieron versos satíricos acerca de la «nueva era de cooperación» y comenzaron a prepararse para un combate. Mao, impresionado por sus lecturas en la biblioteca de la escuela, decidió organizar sus propias tropas revolucionarias de choque. Recorrió la escuela, adoctrinando y sacudiendo sin contemplaciones a sus condiscípulos, y consiguió reunir una treintena de mozos, todos ellos más altos y robustos que el promedio de los chinos. Los bautizó con el nombre de «espartanos de Hunan». Todas las mañanas, antes de empezar las clases, salían a dar un largo cross-country, de preferencia con un recorrido difícil, que les expusiera a remojones y contusiones. Luego solían correr alrededor de la escuela entre clase y clase, durante el día, y al atardecer volvían a emprender una «carrera de endurecimiento». Durante las vacaciones, los «espartanos» abandonaban la ciudad provistos de habichuelas rojas y vivían tres o cuatros días solo de habichuelas y agua pura. Liu Shao-chi no se unió a los espartanos. Con mucho gusto dejaba el entrenamiento físico a cargo de Mao, mientras él redactaba los primeros de los folletos políticos (citando a menudo a Mao) que habría de publicar durante cuarenta años. Los espartanos leían estos folletos, continuaban con sus entrenamientos y ardían en deseos de combatir.

A principios del 1909, Liang Chi-chiao, un fiel amigo del difunto emperador, convocó a sus amigos en Tokio. Había en el Japón muchos hombres de negocios chinos, y un número considerable de exiliados políticos. Liang les dijo que por desgracia había llegado a la conclusión de que el regente conseguiría derrocar la dinastía manchú a menos que se hiciera algo para pararle los pies. Era inútil pretender, como hacía Tsai Feng, que el progreso pudiera ser detenido. Las depuraciones que él había iniciado en el ejército y en la universidad, no hacían más que inducir a un mayor número de personas a que engrosaran las filas de la Tung Meng Hui (la Liga Revolucionaria de Sun Yat-sen). La única alternativa a una revolución acaudillada por Sun, decía Liang, era una especie de monarquía constitucional al estilo de la británica. Si fundaban alguna clase de organización liberal que pudiera representar una alternativa inteligente a la Liga de Sun, entonces habría una posibilidad razonable de éxito político. Todavía había muchos chinos que por instinto eran leales a la dinastía. Liang y sus amigos fundaron su Asociación Política (Cheng Wen Sheh) y llenos de optimismo enviaron a Kang Yu-wei para que defendiera su causa ante el regente. Kang le explicó que el programa de la Asociación Política era el único

sostén con que ahora podía contar el trono. Si el regente aceptaba su proyecto de «constitución de tipo británico», la monarquía aún podía ser salvada.

El regente no era suficientemente inteligente para comprender que Liang y Kang tenían razón, por lo menos en parte. En aquellos momentos, en 1909, su plan habría podido tener éxito. La mayoría de los chinos inteligentes se habían dado cuenta de que era preciso que la China se embarcase en un programa de occidentalización rápida para evitar que su país quedase demasiado rezagado en el desarrollo industrial y agrícola. Y si habían de occidentalizar la economía, parecía razonable que occidentalizasen también su gobierno. La nación más rica y más poderosa del Occidente era una monarquía constitucional: la Gran Bretaña. El regente habría podido ganar un buen número de nuevos amigos si hubiese escuchado las sugerencias de la Asociación Política. Pero rehusaba considerar cualquier clase de reforma que no fuera su propia «cooperación». Declaró ilegal la Asociación Política y desterró a sus jefes.

Sun Yat-sen tomó en serio la Asociación Política. La denunció en el *Heraldo del Pueblo* como «fraude extranjero» y redobló sus esfuerzos para reunir la materia prima de su propia revolución. En 1910 ganó para su causa a un nuevo grupo de oficiales del Nuevo Ejército, y el día de Año Nuevo lanzó un ataque contra Cantón. El ataque fue rechazado por las tropas imperiales y Sun tuvo que refugiarse en Hong Kong, pero los rebeldes habían podido apoderarse de una cantidad considerable de fusiles y municiones que luego pudieron colocar en lugar seguro.

El invierno de 1910-1911 fue muy crudo para el Hunan. La sucesión de malas cosechas de arroz en 1909 y en 1910, había reducido a la mayoría de los campesinos a un estado próximo a la inanición y a todos ellos al de desesperación. Mao Tse-tung, que contaba diecisiete años de edad, trató de organizar un ejército propio para marchar sobre la *ya-men* del virrey en Changcha. Pero fueron pocos los campesinos que quisieron seguirle. Estaban más interesados en el problema inmediato de robar alimentos para sus familias, lo cual significaba concretamente robar al padre del joven Tse-tung. No sabían a qué atenerse en cuanto a aquel joven que tenía fama de ser propenso a las depresiones de ánimo, de una sensibilidad poco normal y cierta tendencia al suicidio. Pero Liu Shao-chi y Mao reclutaron entre los dos una impresionante columna de estudiantes, maestros y tenderos. No era un ejército, porque carecían de armas. Liu sugirió marchar pacíficamente hacia la ya-men y presentar una petición para la distribución gratuita de arroz en las áreas más afectadas por la escasez. En China, era este el modo tradicional de obtener ayuda oficial de las autoridades en época de escasez. Liu y Mao llegaron hasta el patio de la ya-men. Pero el virrey se mostró poco comprensivo. No solamente se negó a aceptar la petición, sino que lanzó a sus guardias en persecución de los solicitantes. Mao, Liu y su columna de manifestantes desaparecieron perseguidos por un grupo de policías que disparaban contra sus piernas.

En la primavera de 1911, el doctor Sun Yat-sen organizó una presentación de peticiones simultánea a todos los gobernadores de las provincias del sur. Cuando se produjo la inevitable negativa, seguida de los disparos de los guardias, llamó a sus propias tropas armadas para que tomasen por asalto la *ya*-

men. Este era su plan. Pero el hermoso mecanismo falló, y en todas partes, los hombres de Sun, mal entrenados y mal dirigidos, fueron derrotados, muertos o heridos. El 27 de abril de 1911, setenta y dos de los mejores hombres de Sun fueron pasados por las armas en la *ya-men*; se les conoce como los Setenta y Dos Mártires, y tienen un gigantesco mausoleo en Huanghuakang, en las afueras de Cantón.

Pero los tiempos estaban maduros para la revolución. Por toda la China, los levantamientos, de la clase que fuese, se sucedían rápidamente los unos a los otros. Sesenta mil personas se sublevaron en Laiyang y mantuvieron la agitación durante cuatro meses. Aun cuando la organización del doctor Sun dejaba mucho que desear, él sabía que tarde o temprano el pueblo chino por entero se embarcaría en una revolución que él esperaba poder dirigir. Solo era cuestión de tiempo y de lugar, de que llegara la chispa que hiciera estallar la pólvora.

La chispa vino del exterior. En junio de 1911, los embajadores inglés, francés y alemán presentaron al regente una nota conjunta. En realidad, se trataba de un ultimátum. Alarmados por todas las revueltas y por todos los disturbios civiles, las potencias occidentales que habían puesto su confianza en los ferrocarriles chinos, habían llegado al acuerdo de que el único modo de proteger sus intereses era nacionalizar los ferrocarriles y hacer al regente responsable personalmente de cualquier dano que pudieran sufrir sus propiedades. También habían llegado a un acuerdo sobre un programa para la expansión de la red ferroviaria china sobre la base de un control completo por parte de un consorcio en el que los chinos no tendrían intervención alguna. La nacionalización sería un medio expeditivo de retirar el derecho de competencia a todas las compañías ferroviarias provinciales. El regente se hallaba impotente frente a la petición. Hizo lo que se le indicó y dictó un edicto por el que se nacionalizaban los ferrocarriles. Para el pueblo chino fue esta medida, por más que ello parezca inexplicable, la gota de agua que hizo rebosar el vaso. Lo que el hambre y la explotación no habían podido lograr, lo logró finalmente la amenaza de nacionalizar los ferrocarriles. Por toda la China se organizaron mítines de protesta por accionistas chinos de las compañías provinciales, los cuales estaban amenazados con la nacionalización. E incluso en el Hunan, que aún no poseía más que un embrión de red ferroviaria, Mao Tse-tung pudo reunir delante de la ya-men del virrey multitudes furiosas que aullaban: «¡No toquéis nuestros ferrocarriles!».

En Chengdu, capital de la provincia de Szechuan, los habitantes formaron una «Sociedad para la Protección de los Derechos del Pueblo en la Propiedad de los Ferrocarriles» y organizaron una conferencia que agrupó a delegados de todas las secciones de la comunidad. El virrey local, hombre de escasa imaginación, ordenó a su guardia que abriera fuego sobre los delegados que acudieron a la conferencia. Millares de chinos inermes fueron abatidos en las calles.

Cuando se difundió la noticia de la matanza de Chengdu, con ella se difundió también la revuelta. Formaron sociedades similares, que automáticamente se convirtieron en el núcleo del Ejército revolucionario. La *ya-men* fue

tomada por asalto y sus armas distribuidas entre la multitud. El primer levantamiento en gran escala se produjo en Hsinchin, seguido rápidamente por los que se efectuaron en Junghsien, Weiyuan y Chienwei. Los virreyes fueron decapitados o fusilados y la Administración local fue asumida por los «gobiernos populares provisionales» que exigían el destronamiento del emperador.

El regente envió precipitadamente tropas desde Hupei hacia Szechuan en un vano intento de aplastar la revuelta en su punto de origen, pero las tropas se pasaron a los revolucionarios. El 10 de octubre de 1911, todo el destacamento del Nuevo Ejército que se encontraba en Wuchang, se pasó al lado de la revolución, atacó la *ya-men* y se apoderó del arsenal del virrey. El gobierno manchú huyó, mientras el general que mandaba las fuerzas de Wuchang establecía un gobierno militar en su provincia. Proclamó el fin de la dinastía manchú y el advenimiento de la «Primera República de China», luego hizo un llamamiento a todo el país para que le siguiera a Pekín. Delegados de organizaciones revolucionarias de toda la China a llegar empezaron a Wuchang. Cuando el ejército leal a los manchúes contraatacó, el gobierno provisional se trasladó a Nankín. El 24 de diciembre de 1911, Sun Yat-sen regresó a China de un rápido viaje por Europa y fue elegido presidente interino de la República. El 1 de enero, tomó posesión de su cargo en Nankín y se enteró de que la dinastía había abdicado.

Mao Tse-tung y Liu Shao-chi se hallaban entre la multitud de centenares de miles de personas que atestaban las calles de Nankín cuando Sun Yat-sen leyó la nueva Constitución. Era un texto impresionante: igualdad sin distinción de clase, de credo o de color. Libertad de palabra y de prensa. Libertad de asociación y derecho de dirigir peticiones y reproches al gobierno.

La muchedumbre aplaudía con ardor frenético cada cláusula que se leía. Dícese que Mao Tse-tung se volvió hacia Liu para decirle: ¿Quieres decir que eso irá bien?».

Y Liu Shao-chi, impertérrito, le respondió: «Un día nosotros escribiremos algo mejor, y haremos que vaya bien».

3. LA DEMOCRACIA IMPOTENTE

La primera República china duró dos años. Se desintegró en parte debido a la hostilidad de las potencias europeas, que no se dieron cuenta de que su única esperanza de futuro indefinido como comerciantes libres en China dependía de que apoyasen a Sun Yat-sen. Al proclamar la República, la China daba un paso como nunca lo había dado hacia el ideal democrático de los occidentales, un ideal tomado de Francia y de los Estados Unidos, las dos naciones occidentales mejor conocidas de los intelectuales chinos. La democracia es un concepto extraño a la mentalidad de los chinos. No han visto nunca un ejemplo concreto de democracia en su propio suelo, pocos son los chinos que hayan vivido en algunos de los países en los que se acepta la democracia como una forma de gobierno inevitable y deseable. Ellos estaban dispuestos en 1911 a darle a esta forma de gobierno una oportunidad, porque el viejo Imperio se había caído hecho añicos, humillando al pueblo chino delante de los extranjeros. Cualquier solución para sustituir a la dinastía manchú era aceptable. Si este sistema occidental, esa democracia que Sun Yat-sen no cesaba de invocar, podía devolverle a la China su prosperidad y su prestigio, el intelectual chino estaba dispuesto a darle honradamente su oportunidad. El campesino chino no podía estar peor de lo que había estado bajo los manchúes; detestaba a los extranjeros, pero esperaba sacar algún partido de esos «diablos extranjeros» y consentía en poner a prueba el régimen democrático.

Pero los demócratas chinos no hicieron nada para granjearse la confianza ni de los intelectuales ni de los campesinos. Sun Yat-sen no tenía madera de verdadero jefe, sus lugartenientes eran idealistas sin sentido práctico, o bien eran hombres corrompidos. Cuando en enero de 1912 se declaró abierto el primer Parlamento, para escuchar el discurso inaugural de Sun Yat-sen, aquello parecía la plaza del mercado. Los escaños y los votos se vendían y se compraban. Se «arreglaban» los distritos electorales por un precio estipulado. Los empleos estaban también sujetos a una tarifa. Incluso el contrato para las reparaciones del edificio del Parlamento fue subastado «privadamente» y adjudicado al hermano de uno de los miembros más «democráticos» del Parlamento. Pero este comportamiento quizá no debería extrañar a nadie. Nadie sabía el modo como habían de comportarse los demócratas. Quizá, con el tiempo, habrían llegado a aprender la honradez política junto con la técnica de los debates y la práctica legislativa. Pero no se les dio tiempo suficiente para ello.

Cuando el primer Parlamento de la República China celebraba en Nankín esta primera y muy discutible sesión, en el interior del país y en el extranjero ya se estaba hablando de su disolución.

Todas las provincias situadas al sur del río Amarillo habían puesto su suerte en manos de los revolucionarios «demócratas», pero todavía quedaba el norte. En enero de 1912, el regente y su pupilo manchú esperaban aún contraatacar desde el norte y reconquistar el centro y el sur. Por lo menos, el regente esperaba salvar el norte y mantener intactas dos Chinas (una monarquía y una república), hasta que pudiera reanudarse la reconquista. Por desgracia, en la corte no contaba con ningún general que fuese a la vez competente y fiel. El único soldado competente en la China septentrional era el general Yuan Shih-kai. Era él quien había ayudado a la emperatriz viuda a neutralizar al hermano de esta cuando se hallaba «en peligro de conceder reformas» en el año 1898. Había organizado el Nuevo Ejército, que, aun cuando no todo él fuese leal a los manchúes, por lo menos era eficiente y leal al propio general Yuan. Pero al regente le era tan antipático Yuan como a Yuan le era antipático el regente. Hasta el último momento posible, Tsai trató de encontrar un sustituto. Pero no había sustituto. El 10 de enero de 1912, Tsai pidió a Yuan que ocupase el cargo de primer ministro del norte imperial y asumiese el mando de las fuerzas armadas manchúes. Yuan aceptó, tomó en sus manos las riendas del poder, luego volvió a sentarse para reflexionar.

Yuan Shih-kai era un hombre realista. Había sido leal al Imperio mientras vivió la emperatriz viuda, la cual, después de todo, era su dueña. Pero ahora que había muerto aquella mujer, ningún vínculo de afecto le unía a él con los manchúes. Y le parecía imposible que, durante su propia vida, pudiera reconquistar el sur, por muy mal administrado que estuviese por Sun Yat-sen. También había oído decir que las potencias occidentales, aunque no excesivamente amigas de la nueva República, preferían a esta a aquel imperio tan inestable. Los manchúes solo habían acarreado trastornos a la Gran Bretaña y a Francia. Yuan se hizo cargo bien pronto de la situación y llegó a la conclusión de que su mejor plan consistía en «doblar» al regente y convencerle para que abdicase junto con su pupilo; en cuanto a él, pondría su suerte (lo cual incluía evidentemente a su ejército) en manos de la República, a cambio de que esta le diese a él la presidencia; solo le faltaría entonces convencer a las potencias de que él era capaz de establecer un gobierno fuerte «al estilo occidental» si los aliados consentían solamente en adelantarle el dinero necesario para mantenerse en el poder un primer año. Yuan fue a ver al embajador de la Gran Bretaña, el cual emitió ciertos sonidos alentadores. Luego se acercó al recién nacido gobierno republicano en Nankín y le hizo un sencilla proposición. Llevaría al niño manchú a un palacio lejano y entregaría intacto su ejército, y de este modo reuniría a la China bajo un solo gobierno, pero con la condición de ser elegido él mismo presidente de la República. El hecho de que la República tuviera ya presidente desde hacía quince días, no le preocupaba en absoluto. Los presidentes van y vienen, y también era posible desembarazarse de Sun Yat-sen. Por el contrario, su los republicanos rechazaban sus proposiciones, ello significaba la guerra civil, y el propio Yuan se pondría a la cabeza del Ejército imperial.

Sun Yat-sen y el gobierno de Nankín le escucharon sin pestañear. Sun envió mensajeros a las embajadas occidentales de Pekín para ver lo que opinaban

de él y de Yuan, para descubrir a quién de los dos preferían. Sus mensajeros le dijeron que, por lo que ellos podían juzgar, Yuan, «el hombre fuerte», era el que de los dos gozaba de mayor popularidad con los políticos europeos, y que desde luego era el hombre que preferían los bancos europeos, que estaban ansiosos por la seguridad de sus inversiones. Sun, quizá de un modo excesivamente idealista, pero indiscutiblemente exento de egoísmo, renunció a su cargo. En febrero de 1912, los manchúes declaraban oficialmente terminada su dinastía, Yuan llegó a Nankín con su ejército y se le ofreció el cargo vacante de presidente. Aceptó, y luego regresó a Pekín. Había concebido el propósito de convertir aquella «presidencia» en el comienzo de una nueva dinastía de la que él sería el primer emperador. Y la capital imperial había sido siempre Pekín. Un candidato a emperador no debía romper con la tradición de un modo demasiado ostensible. Y después de todo, las legaciones occidentales se encontraban en Pekín y le habían prometido que le suministrarían fondos.

El Parlamento de Nankín fue desintegrándose poco a poco. Nadie parecía darse cuenta de ello. Los occidentales nunca lo habían tomado en serio. Yuan hacía caso omiso de su existencia. En enero de 1913, un consorcio de cinco potencias (Gran Bretaña, Francia, Alemania, Japón y la Rusia zarista) le ofreció un empréstito que le independizó de su gobierno. «Aquí termina la democracia burguesa», dijo Mao Tse-tung, cuando leyó en *El Heraldo del Pueblo* lo referente al empréstito y los planes de Yuan de coronarse a sí mismo emperador ante una asamblea de parlamentarios cuidadosamente seleccionados.

Pronto comprendió Sun Yat-sen que, tanto si las potencias occidentales le querían o no a él, al apoyar a Yuan estaban matando la democracia en China. E hizo un último intento por reanimar a la víctima. Su antiguo partido, la Liga Revolucionaria, se había dividido en tres al proclamarse la República: el Yi Tang (Partido de la Unificación), el Kung Ho Tang (Partido Republicano) y el Min Chu Tang (Partido Democrático). Los líderes de estos tres partido de escisión habían sido comprados por Yuan, y sus organizaciones fueron amalgamadas en su propio sello político, denominado irónicamente la Liga Progresiva (Chin Pu Tang). En agosto de 1912, uno de los lugartenientes de Sun Yat-sen propuso la formación de un nuevo partido democrático. En enero de 1913, tras muchas reflexiones y vacilaciones, Sun Yat-sen dio su bendición a una federación de varios grupos políticos, todos los cuales no eran demócratas en el nombre ni en el ambiente. Todavía se sentía más intranquilo a causa del individuo al que sus lugartenientes habían elegido como director político del nuevo partido, que iba a recibir el nombre de Kuo Ming Tang: un hombre que se había formado en una universidad metodista y hablaba inglés con un desagradable acento americano. Se llamaba Chiang Kai-chek, y Sun Yat-sen dijo acerca de él a su mujer: «Es un chino y un patriota, pero demasiado listo para su reducida sesera».

Pero el antipático Chiang Kai-chek era indiscutiblemente un organizador nato. Tan pronto como Yuan tuvo en su bolsillo particular el empréstito extranjero, procedió a despedir a todos los líderes revolucionarios de los cargos administrativos de Nankín. Si había de ser coronado emperador, tenía que estar seguro de que tenía a sus propios hombres en el control de la Administra-

ción provincial y de que podía confiar en sus virreyes. En junio de 1913, publicó un decreto revocando a los gobernadores de Kiangsi, Anhwei y Kwangtung. Apenas se había secado la tinta sobre los decretos, cuando ya Chiang Kai-chek partió para visitar a los tres gobernadores destituidos. En una semana les convenció de que su *Kuo-Ming-Tang* era la única organización nacionalista de China y les demostró que contaba con el apoyo de Sun Yat-sen. Siguiendo las instrucciones que le dio Chiang, Li Lieh-chun, el gobernador de Kiangsi, envió a Yuan un mensaje en el que se negaba a obedecer el decreto. Enseguida, ordenó a sus propias tropas que ocupasen la provincia en nombre del *Kuo-Ming-Tang* e hizo un llamamiento a todo el país para derribar a Yuan en nombre de la «Gloriosa Revolución China». Los gobernadores de Kiangsu, de Kwangtung, de Fukien y de Szechuan se unieron rápidamente al movimiento, y antes de que hubieran transcurrido quince días del nombramiento de Chiang Kaichek, Yuan se encontró entre las manos con una segunda revolución.

Era inevitable que el Nuevo Ejército de Yuan acabara por vencer a las fuerzas limitadas de que disponían los gobernadores, pero la derrota en sí misma no era importante. En cambio, lo importante fue la segunda revolución, a pesar de su efímera existencia, ya que fue la causa de que la figura de Chiang Kai-chek llamara la atención de la minoría culta en el seno de los jefes revolucionarios. E indujo a Yuan a cometer un error de juicio al apresurarse a proclamarse emperador antes de que todo el país se hubiera hecho a la idea de que la República estaba agonizando. En mayo de 1914, trazó con el arado el surco ritual en el Templo de la Agricultura de Pekín y ofreció sacrificios en el Altar del Cielo.

Al principio, pareció como si Yuan, con su suministro, al parecer inagotable, de dinero procedente de EE. UU. e Inglaterra, hubiera tenido éxito en la empresa de fundar una nueva dinastía. Nadie se oponía a ello. Los viejos funcionarios habían sido educados en la idea de que la monarquía era la única forma posible de gobierno y los campesinos jamás habían soñado que pudiera haber otra forma. El país había visto dos años de la tal democracia, y esta no había constituido ningún éxito. Incluso algunos de los amigos de Sun Yatsen, la generación más vieja, habían perdido la fe en el ideal del republicanismo. Los chinos odian el fracaso, y la República se les antojaba como el mayor fracaso de la historia de su país. Ahora parecía como si las cosas estuvieran en camino de arreglarse. Una vez más un militar había derrocado una dinastía y estaba a punto de proclamarse emperador; este había sido el modelo de cambio constitucional durante mayor número de años del que registraban los rollos. Por lo menos, esta era la forma china de hacer las cosas, e incluso aquellos amigos que simpatizaban en principio con las ideas democráticas occidentales, todavía desconfiaban de los extranjeros. Esperaban a ver qué harían ahora Yuan y Sun.

Sun, con la ayuda de Chiang Kai-chek (el cual estaba animado por la victoriosa derrota en la segunda revolución), estableció un gobierno propio en Cantón. Este gobierno era débil y dependía para existir de la caridad de los terratenientes y militares locales, pero por lo menos manifestaba voluntad de lucha. Al ver esto, algunos de los tibios volvieron a abrazar la causa republica-

na y se unieron al *Kuo-Ming Tang*. Una rama de este se formó en Tokio aquel mismo año, pero no duró mucho tiempo; el suficiente para recoger fondos para el Partido en Cantón.

Yuan había decidido lanzar un ataque masivo contra el *Kuo-Ming Tang* antes de su coronación, cuando le sobrevino la primera racha de mala suerte. En agosto de 1914 estalló la gran guerra en Europa. Ninguna de las potencias europeas enzarzadas en la guerra tenía tiempo o dinero que dedicar a China. El Japón era un «aliado», y se le había encomendado la responsabilidad de vigilar a su anárquico vecino. Yuan se encontró, de pronto, que dependía, en cuanto a fondos, de la nación menos dispuesta a aprobar la idea de establecer una China fuerte y unida.

El día que siguió al de la declaración de guerra, los japoneses desembarcaron tropas en el continente chino, se apoderaron de las instalaciones ferroviarias alemanas de Tsingtao y de Kiaochow-Tsinan. Yuan no estaba en condiciones de protestar. Se dirigió al gobierno japonés y le preguntó en qué condiciones estaría dispuesto a cooperar con él. La respuesta japonesa consistió en las famosas «Veintiuna peticiones» que habrían convertido de nuevo a la China en una colonia extranjera. Tales peticiones eran exorbitantes:

- Todos los derechos y propiedades de los alemanes habían de serle transferidos al Japón;
- Las principales fábricas de hierro y de acero instaladas en China habrían de ser administradas en lo sucesivo en copropiedad con el Japón;
- El gobierno chino emplearía consejeros políticos, económicos y militares japoneses;
- Los departamentos de policía de las principales ciudades chinas habrían de ponerse bajo el mando mixto japonés-chino, al igual que todas las minas, ferrocarriles y arsenales del gobierno...

y así, sucesivamente, una lista interminable de condiciones absolutamente irrazonables para una «cooperación». Pero, a pesar de ser irrazonables, Yuan tuvo que aceptarlas. No había para él otra alternativa. Si convocaba al Parlamento para pedirle fondo, tendría que renunciar a una parte de su control dictatorial sobre el Estado y la economía. No llegaba dinero de Gran Bretaña, Francia o Alemania, Y sin dinero, que solo los japoneses podían adelantarle, su Imperio de nuevo cuño seguiría el mismo camino que el que le había precedido.

Tan pronto como Sun Yat-sen y sus amigos del sur se enteraron de que Yuan había «liquidado» la China en manos de los japoneses, el Kuo-Ming-Tang hizo todo lo posible para volver a sumir al país en la rebelión armada. Chiang Kaichek fue enviado a persuadir a los gobernadores provinciales y comandantes militares a que se declarasen en favor de aquel. Primero fue a la provincia de Yunnan. Allí persuadió a Tsai para que reclutase un Ejército de salvación nacional y exhortase a sus colegas que tenían a su mando las otras provincias para que derribasen a Yuan. Esta vez, la defección inspirada por Chiang resultó eficaz. Todas las fuerzas armadas del sur y del sureste emprendieron la marcha con Tsai. Yuan se vio obligado a contemporizar y a reunir una asamblea de los jefes revolucionarios. A fines del año 1915, había perdido el presti-

gio y el control. En enero de 1916, le fue notificado por los embajadores británico y francés que había perdido la confianza de su gobiernos respectivos y en junio del mismo año falleció de tristeza.

Durante los nueve años siguientes, la China dejó de existir como Estado centralizado e independiente. Parte del continente se hallaba ocupado por tropas japonesas con el pretexto de intervenir los recursos alemanes. En Cantón había un gobierno presidido por Sun Yat-sen y otros varios esparcidos por todo el país. En Pekín había un gobierno cada seis meses, más o menos, que cambiaba cuando variaba la suerte de cada uno de los jefes militares. Hubo en 1917 un intento de restaurar la monarquía, pero fracasó. Y en todas había tumultos y revoluciones menores.

Solo la industria y el comercio autóctonos se beneficiaron del caos. La falta de competencia por parte de los europeos, envueltos en una guerra a varios miles de kilómetros de distancia, dio al capitalismo una oportunidad para desarrollarse. Entre 1913 y 1919, la capacidad de producción de la industria textil, sector vital de la economía, subió de un salto desde 650 000 husos a 1170 000: o sea, un progreso del ochenta por ciento. La producción de las fábricas de tejidos pasó de 4500 telares a 9500; por primera vez nació y prosperó una industria harinera. En 1915, la China era un país que importaba harina. En 1919 comenzó a exportar este producto. El progreso era irregular y se concentraba ampliamente en el área alrededor de Shanghai, Tientsing, Tsingtao y Wuhan, y había cierta competencia de parte de los molinos que en Shanghai eran propiedad de los japoneses. Pero, en general, por lo que se refiere a las industrias de los tejidos, harineras, de cerillas y tintes, el progreso era alentador. Para los marxistas clásicos, lo era especialmente. El número de obreros de fábrica, fuerzas de choque de la revolución comunista ortodoxa, subió del medio millón a más de dos millones entre los años 1913 y 1919. Las condiciones eran clásicamente malas. Había huelgas y lockouts. Todo estaba preparado para el nacimiento de un partido comunista chino.

Cuando estalló la Revolución rusa en 1917, Mao Tse-tung y Liu Shao-chi se hallaban todavía en la escuela, esperando que los llamaran para los exámenes del servicio civil. Eran alumnos bastante irregulares, que preferían seguir las vicisitudes de la vieja y de la nueva monarquía y tomar parte en las manifestaciones de protesta. Mao Tse-tung se las había ingeniado para persuadir al gobernador de la provincia de Hunan que hiciera causa común con la segunda revolución. El gobernador había sido decapitado cuando la revolución fracasó, lo cual no era buena recomendación para Mao a los ojos de los habitantes, pero él persistió en su propósito. Entre las clases y sus largas horas de estudio personal, continuaba con el reclutamiento y la formación de sus «espartanos». El cross-country, el nadar en arroyos de aguas heladas y el trepar por las montañas, le mantenía en excelentes condiciones físicas y le dio energía para el mando. Dice el propio Mao que en ese período recorrió a pie más de 6000 kilómetros a través de la China central, con un saco de judías negras por único bagaje.

Mao Tse-tung quedó impresionado por el éxito de la Revolución rusa. Más especialmente debido a que vio fracasar las revoluciones en las que él había

participado. Pero no estaba tan convencido como Liu Shao-chi de que esto demostrase que el comunismo fuera la respuesta a todos los problemas de la China. Lo mismo se había pretendido de la democracia, otra «importación extranjera», y nadie podía negar que la democracia hubiera constituido un fracaso estrepitoso. Sin embargo, por lo que él había oído decir, los rusos eran gente notable. Ciertamente, en tiempos de los zares, se habían apropiado grandes lonjas de la China del Noreste. Cuando Liu Shao-chi trató de demostrarle que el creciente número de obreros en China significaba que pronto habría suficiente para organizar un «ejército proletario», Mao le recordó que China era un país de campesinos, con 550 millones de campesinos frente al escaso número de dos millones de obreros. Para Mao, debilidad del comunismo residía en esto. En Europa había una gran proporción de trabajadores, y en sus respectivos partidos comunistas encontraban el apoyo y los jefes que necesitaban. En China, los jefes habían de proceder o bien de la minoría intelectual, o bien de la mayoría campesina, o mejor aún, de ambas.

Liu estudiaba ruso y leía a Lenin. Mao leía a Chen Tu-hsiu y a Lu Hsun, los dos autores chinos más sobresalientes de entonces, ambos miembros del Kuo Ming Tang. Mao daba la preferencia a Lu. Chen atacaba la pasividad tradicional del chino aficionado al opio, que recibe sin protestar todas las injurias y exhortaba a sus lectores a la revolución, lo cual agradaba a Mao; pero Chen, en esa época, era francamente prooccidental y aún creía posible volver a modelar la China conforme a la imagen de Inglaterra desde el punto de vista político. Lu, que se parecía exactamente al Stalin de los primeros tiempos, era nacionalista y poseía un intenso sentido del humor, y ambas cosas constituían un atractivo para Mao. Lu escribió una novela, El diario de un loco, que atacaba al viejo sistema imperial y contenía la caricatura de un hombre que en todos los aspectos se parecía al detestado padre de Mao. Impresionado por el grado en que se veía influido por los escritos de otras personas, Mao comenzó también a escribir. De momento se contentó con poemas cortos, poesías líricas que terminaban a modo de un laberinto de sátiras políticas. Los envió a la revista *Nueva* Juventud (Hsin Chin Nien). Era una revista de «vanguardia», fundada en 1915 y que abogaba por la «nueva literatura»; pretendía abolir las formas literarias clásicas, establecer un nuevo código moral e inducir al gobierno (fuese cual fuere) a conceder mayor interés a las ciencias. Nueva Juventud era lo suficientemente inteligente como para no tratar de abolir la escritura ideográfica en favor de la escritura romana. Para la mayor parte de los chinos, estos antiguos ideogramas son el único medio de transmitir sus ideas a personas que viven en otras regiones de su propio país, un país que cuenta cinco idiomas distintos e innumerables dialectos; incluso hoy, los chinos que se encuentran unos a otros por vez primera tienen un bloc de notas junto a su vaso y escriben en él ideas que no pueden expresar con palabras inteligibles. Esta situación es muy agradable para los periodistas occidentales que conocen mal la lengua china. Cuando vacila ante una palabra, su huésped supone cortésmente que se trata de un término dialectal con el cual él mismo está poco familiarizado, y le tiene su bloc de notas. Pero como se admite que un extranjero no pierde prestigio cuando resulta que no sabe dibujar los caracteres chinos, nuestro periodistas

no tiene por qué sentirse mucho tiempo avergonzado de su ignorancia. Mao Tse-tung era excelente calígrafo y dibujaba admirablemente sus poesías. Esto le daba práctica para lo que había de ser uno de los textos más importantes de su vida: su examen de ingreso en la Administración.

Mao fue convocado para examinarse en el mes de enero de 1918. No estaba nervioso, nos examinarse él mismo, porque Liu Shao-chi había estado ayudando toda la noche en llenar su cabeza de información útil. El director de la escuela era pesimista, pero, sin embargo, le daba ánimos. El padre de Mao Tse-tung llegó a Changcha el primer día de examen y dejó asombrado a su hijo un gran paquete con comida. Mao Kuo-fan no se quedó durante el resto de los exámenes, sino que desapareció tan inesperadamente como había llegado, satisfecho de que su extraño vástago fuera hombre de letras.

El 10 de mayo, con sorpresa de todos, Mao Tse-tung se enteró de que había sido calificado muy bien en los exámenes y se le había ofrecido el cargo de bibliotecario auxiliar de la Biblioteca Central de Pekín. Fue un día de fiesta para el grupo Mao-Liu. Nadie esperaba un resultado tan brillante. Años de labor revolucionaria a tiempo parcial le habían mantenido tantas veces alejado de las clases, que su director temía que careciese de conocimientos formales. Y algunos de sus amigos suponían que fuera un alborotador tan notorio que los que habían de examinarle le tacharan de la lista tan pronto como fuera inscrito en ella. Pero, como dijo Mao: «Los exámenes estaban anticuados en cuanto a los fines y el método, pero eran escrupulosamente justos. Ningún gobierno se habría atrevido a tratar de corromper a los examinadores, ni siquiera después de que la proclamación de la primera República hubo sumido al país en el caos y a la mayoría de los funcionarios administrativos en un desorden del que jamás pudieron recuperarse».

En junio, Mao partió para Pekín. Liu Shao-chi, al hacía que no hacía gracia quedarse solo en Changcha sin su «otra mitad», decidió encaminarse a Shanghai y obtener algún empleo, mientras estudiaba «el proletariado» para ver si constituía una buena perspectiva para el comunismo. Los dos amigos se separaron junto a la taquilla de la estación de Changcha. No volvieron a encontrarse durante diez años, no volvieron a vivir juntos hasta quince años después. La China no estaba aún madura para ninguno de los dos ni para ninguna de sus ideas.

A Mao le agradó enseguida Pekín. Tan pronto como hubo llegado, se matriculó en la Universidad como oyente libre y encontró una pequeña habitación delante mismo de la casa en que vivía su profesor de filosofía moral, el profesor Yang. Su labor en la biblioteca no era agobiante, y el número de clases a las que era admitido, reducido. Se esperaba que Mao preparase él mismo su promoción leyendo el mayor número de libros confiados a su cuidado (y leyéndolos con discernimiento). Solo tenía un motivo de queja: su sueldo era tan exiguo, que no le permitía comprar comida más que una vez al día. Uno de los otros jóvenes que estaban en la Biblioteca le dijo: «Cuando llegué aquí, nuestro director me dijo que tendría el privilegio de devorar libros y saciar mi sed de conocimientos. Así, pues, no tendría necesidad de comer melón».

Mao Tse-tung llegó a ser muy pronto popular entre sus jóvenes compañeros. Era inteligente, pero su inteligencia no le hacía ser antipático. Nunca ocultó el hecho de que a pesar de toda la riqueza relativamente grande de su familia (riqueza adquirida en forma dudosa), él era esencialmente un campesino, y que la primera generación de los Mao con pretensiones literarias era él. Bromeaba con ellos, como solía hacer con sus amigos. Esmaltaba su conversación con obscenidades y groserías campesinas, rasgo que había heredado de su padre. Solía discutir con sus amigos acerca de la revolución y de los extranjeros. La mayoría de los jóvenes de la Biblioteca pertenecían al Kuo Ming Tang. Su política consistía en la unificación de China y en devolver a Pekín sus perdidas glorias. En 1919, el Partido esperaba lograr esto mediante la cooperación amistosa con los «diablos extranjeros» o, por lo menos, con aquellos diablos extranjeros que estuvieran en buenas disposiciones con respecto a la República. Mao, como la mayoría de los habitantes del Hunan, odiaba a los extranjeros. La idea de cooperar con ellos constituía anatema para él. Pero sus jóvenes amigos no solamente consideraban absolutamente necesaria la ayuda extranjera, sino que incluso sentían simpatías por los extranjeros mismos. En Pekín, donde se encontraban todas las legaciones occidentales, estaba de moda el ser americanófilo o francófilo, especialmente entre la minoría intelectual. Mao desconfiaba de todo aquel que no fuese chino, y particularmente de las personas blancas de la clase, forma o tamaño que fuese.

La Universidad vio muy poco a Mao Tse-tung durante el primer año. No era más que oyente libre y no tenía acceso a la sociedad universitaria. Nadie le invitaba a las recepciones ni a los tés interminables sazonados de saludos y zalemas. Pasaba la mayor parte del tiempo libre con sus compañeros, y la mayor parte de su tiempo de trabajo se lo pasaba leyendo. En la Biblioteca, Mao leía a los economistas ingleses: Smith, Stuart Mill y Jevons. Eran extranjeros, pero, por lo menos, a diferencia de Marx, hablaban en términos generales. Quedábase impresionado. Pero lo que más le impresionaba era la necesidad que sentía de hacer algo por mejorar las condiciones de su país, más bien que pasarse las horas digiriendo las teorías económicas de otra nación. Por lo que él veía, no había tiempo que perder si es que la China había de ser salvada de ser ocupada por los japoneses, y esta ocupación podría ser algo más duradero y desagradable que cualquier otra explotación por parte de los europeos. En esto, según él, era en lo que fallaban los comunistas de Pekín. Estos decían que todavía no estaban maduros los tiempos para una «acción positiva» en la China, que era mejor aguardar a que la industria se hubiese extendido hasta el punto de que hubiera un gran número de trabajadores, «la materia prima de la revolución». En Pekín, Mao creía que había suficiente «materia prima». Y él se puso a trabajar con lo que pudo encontrar.

En la primavera de 1919, los aliados se reunieron en Versalles para establecer el tratado que ponía fin oficialmente a la gran guerra. Había una delegación china en Versalles. En efecto, la China había declarado la guerra a Alemania en 1915, para permitir que Yuan transfiriese legalmente a los japoneses las concesiones alemanas, consideradas desde entonces como «propiedades enemigas». Pero la delegación china se vio tratar como un pariente pobre. Gran

Bretaña, Francia y los Estados Unidos llegaron a un «arreglo» con el Japón en virtud del cual todas las tierras, propiedad y moneda que les habían sido confiscadas a los alemanes, debían colocarse bajo un protectorado permanente en Tokio. Ello equivalía a entregar a una potencia hostil unos territorios que, después de todo, eran esencialmente chinos. Cuando llegó a Pekín la noticia de que las Veintiuna peticiones habían sido puestas de nuevo en vigor y que la delegación china en Versalles se disponía a firmar un tratado internacional que satisfacía las reivindicaciones japonesas, los ánimos se exaltaron hasta un grado indescriptible.

El joven Mao decidió que había llegado el momento de hacer por Pekín lo que él había intentado hacer por Changcha, convertir la ciudad en el centro de protesta por parte de los chinos contra la explotación de los chinos por cualquiera, y especialmente por cualquiera que no fuese chino. No tenía a ningún Liu Shao-chi para que le ayudase, pero durante sus días escolares había aprendido una o dos cosas. Lo que había dejado de hacer fuera de la ya-men del virrey, comprendía que podría conseguir hacerlo fuera del viejo Palacio imperial. Reunió a su alrededor un núcleo organizado de jóvenes de la Administración y dividió la ciudad en zonas y puso cada una de ellas a cargo de uno de sus colegas. Luego planeó, cuidadosamente, el movimiento de cada hombre o mujer que pudiera gritar consignas desde las zonas hacia el centro de la ciudad. Cada uno de sus «comandantes de zona» hubo de celebrar mítines en la víspera del 3 de mayo y reclutar personas que vocearan consignas; el día 4, al mediodía, se pusieron en marcha, concentrándose en la plaza de Tien An Men por la tarde. En los accesos de la plaza se entregarían banderines con las adecuadas consignas escritas en ellos. Todo cuanto habían de hacer los «comandantes de zona» en aquel punto sería comenzar a gritar, leyendo lo que estaba escrito en los banderines.

El 3 de mayo de 1919, Mao encontró al oportunidad: corrió por la ciudad el rumor de que el Tratado de Versalles había sido firmado aquella mañana y que el Japón ya había cortado una lonja de territorio chino. Los voceadores de consignas, reunidos para la asamblea de la tarde, se dirigieron obedientemente hacia el centro de la ciudad el día 4. Dejando a 40 000 personas que gritaran: «¡Mantengamos nuestras soberanía!», «¡Castigad a los traidores!», «¡No hay que firmar el Tratado de Versalles!» y «¡Abajo las Veintiuna peticiones!», Mao condujo a su propio destacamento a la residencia particular de Tsao Ju-lin, el cual, en calidad de ministro adjunto de Asuntos extranjeros bajo el gobierno de Yuan, había firmado la aceptación original de las Veintiuna peticiones. Desgraciadamente para Tsao, este se hallaba en casa. Mao y sus muchachos le propinaron una paliza en su propio patio y pintaron consignas por todas las paredes de su casa. En una habitación del piso encontraron a Chang Tsunghsiang, ministro de la China en el Japón, y le trataron de la misma manera. Cuando se marcharon, Mao pegó fuego al edificio.

En la plaza, la muchedumbre seguía gritando hasta desgañitarse, obedeciendo las instrucciones que se le habían dado. Toda la manifestación se había desarrollado conforme al plan establecido.

El gobierno de Pekín fue presa del pánico. Envió precipitadamente tropas al centro de la ciudad, y solo al cabo de horas de brutalidad y de persuasión poco amable consiguieron dispersar a la multitud. En todas partes había casas incendiadas, con sus ocupantes tendidos en el suelo, sangrando. Lo peor de todo era que los ocupantes de las casas eran todos ellos prominentes miembros del gobierno. Los supervivientes se atrincheraron en los edificios del Parlamento (una parte del antiguo Palacio de Invierno) y enviaron urgentes mensajes a la delegación de Versalles avisando a sus colegas que no firmasen el tratado, o de lo contrario, serían asesinados todos ellos en sus camas. El tratado no se firmó.

Al día siguiente, el 5 de mayo, la «organización» de Mao distribuyó un folleto convocando a una huelga general a los estudiantes de las escuelas secundarias y de la Universidad. El éxito volvió a ser completo. Todas las aulas y salas de conferencias estaban desiertas. La noticia de la huelga y de la manifestación se esparció rápidamente a través de la China. Mao puso en conocimiento de Liu Shao-chi esta su primera acción independiente y exhortó a su amigo para que organizase una manifestación análoga en Shanghai. En Tientsing, Nankín, Wuhan y Cantón, otros líderes estudiantiles siguieron el movimiento. Durante el mes de mayo, el descontento se extendió a todos los estratos de la población urbana. El 5 de julio, Liu organizó una huelga de 20 000 obreros del ramo textil en Shanghai; su iniciativa fue engrosándose a modo de una bola de nieve hasta que toda la ciudad quedó paralizada por una huelga general.

El gobierno llegó a contener la ola de huelgas y manifestaciones con la simple amenaza de las armas y del número. Pero durante los seis años siguientes el país iba a vivir en un estado de ebullición permanente que estallaría espasmódicamente en ruidosos desórdenes.

De la noche a la mañana, Mao Tse-tung fue un hombre famoso. Nunca ha dejado de serlo desde entonces. De pronto se vio a sí mismo convertido en el protegido de la élite intelectual de la capital. Fue presentado a todo el mundo, grandemente agasajado por los catedráticos de la universidad y por las esposas de estos. Mao se sintió particularmente feliz al ser recibido en la casa situada frente a su pequeña habitación, en la acera de enfrente. La conversación del profesor Yang no era excesivamente amena, y sus tés languidecían siempre en un extremado formalismo. Pero había un consuelo a todo ello, y era que Yang tenía una hija muy linda, llamada Kai-Hui. Mao, con todo su entrenamiento «espartano», poseía todos los instintos humanos normales, y un hombre joven arrastrado constantemente por el tumulto de la acción es siempre susceptible de sentirse fascinado por la suave serenidad de una mujer. A Kai-Hui le agradaba el muchacho, a pesar de que estaba excesivamente delgado y nunca se cortaba el pelo. Además, todo el mundo hablaba de él en la universidad, lo que todavía le hacía más seductor. La pareja empezó a cortejar desde ambos extremos de la mesita del té, continuaron haciéndolo en la Biblioteca y finalmente en el parque. Mao Tse-tung escribía a la muchacha largas y líricas cartas de amor. Le enviaba poesías que escribía para ella y publicaba en las revistas de vanguardia. Ninguna joven habría resistido semejante tentación de compartir la fama, la pasión y la perspectiva de la inmortalidad

literaria. Se casaron en la primavera de 1920. Eran pobres, pero felices, aun cuando tuvieran que compartir la vivienda del padre de Kai-Hui. Mao se trasladó a ella con sus libros y su cuerpo fuerte y delgado.

El éxito de Mao, considerado como el cerebro que dirigió la manifestación del 4 de mayo, marcó otro cambio importante en su vida. Uno de los amigos más íntimos del profesor Yang y asiduo visitante de su casa era el profesor Chen Tu-hsiu. Chen era catedrático de economía y brillante conversador. Mao se quedó fascinado cuando Chen hizo revivir en su charla a los viejos economistas y tradujo en urgentes programas para la salvación de China unas teorías que parecían rancias. Por su parte, Chen estaba intrigado con respecto a aquel veterano de la agitación política que apenas contaba veintiséis años de edad. «Es un joven —pensaba— que puede hacer por la China lo que Lenin ha hecho por Rusia». Chen era comunista.

Inevitablemente, Mao Tse-tung se vio cada vez más profundamente enzarzado en discusiones acerca de las teorías marxistas y en la práctica del comunismo. A su objeción de que Marx escribía deduciendo sus teorías de unos hechos que acaecían en Europa, donde el capitalismo se hallaba establecido, Chen replicaba que Marx era europeo y que utilizaba los hechos que encontraba más a mano. Si Mao consideraba que las propias deducciones de Marx no eran válidas para la China, entonces el remedio no consistía en rechazar a Marx, sino en utilizar el método de Marx, haciendo deducciones, deducciones chinas. A las objeciones de Mao de que los comunistas hablaban demasiado de Rusia y de la revolución, Chen decía que Rusia era el único país en el que se habían puesto la práctica teorías revolucionarias de Marx. Cuanto más pronto se pusieran en práctica esas teorías en la China, tanto más pronto los comunistas chinos podrían hablar de su propia revolución.

Recuerda —le dijo Chen— que Marx era un alemán que vivió en el exilio durante la mayor parte de su vida. Y además era judío. Así, era un hombre sin patria. Nosotros le daremos una patria. Haremos de él un chino.

Mao sentía que se estaba debilitando (o, como diría actualmente, sentía que se estaba haciendo más fuerte). Fueron los propios rusos, sin sospecharlo, quienes hicieron un gesto que finalmente le convenció de que el reciente pasado de ellos había cambiado la situación, mejorándola. A fines del siglo XVIII, los ejércitos del zar habían comenzado a infiltrarse en la Manchuria. El siglo XIX había visto aumentar aquella oleada de militares y civiles rusos; los técnicos ocupados en la construcción del ferrocarril transiberiano y sus tropas de protección habían instalado bases un poco en todas partes en el norte de la China. Los manchúes no dejaron oír grandes protestas, a pesar de que el territorio de tal modo ocupado fuese su región de origen. Sabían que sus ejércitos eran demasiado débiles para arrojar por la violencia a rusos, y además, los rusos estaban construyendo, no destruyendo, y siempre había la posibilidad de que lo que ellos construían llegara algún día a ser de los chinos. Nadie, antes del año 1917 creía realmente que la Manchuria del Norte volviera a ser china algún día. Pero en 1920, milagrosamente, y sin que Pekín hubiera pedido nada, el gobierno soviético ofreció renunciar a todos sus derechos extraterritoriales en la China, el derecho de comerciar bajo la protección de

las leyes rusas, la exención fiscal y el derecho de fundar establecimientos rusos. El ofrecimiento resultaba todavía más sorprendente por la adición de una propuesta de negociar un acuerdo en virtud del cual la Unión Soviética pagaría todos los privilegios especiales que tuviese en la Manchuria septentrional. A cambio de ello, Rusia no pedía nada, salvo «la amistad del pueblo chino». En junio de 1920, Adolfo Joffe, el delegado ruso encargado de presentar oficialmente estas propuestas llegó a Pekín. Era el primer representante oficial de un gobierno extranjero que venía a Pekín para dar y no para coger. Incluso los hombres y las mujeres más hostiles por principio al comunismo pensaban que todo sistema que trajese del exterior un beneficio a la China en un espíritu de fraternidad comercial, merecía ser tenido en cuenta. El profesor Chen, en calidad del comunista más conspicuo de Pekín, recibió el encargo de atender al visitante ruso y procuró presentar a Joffe todos sus protegidos, incluido Mao Tse-tung entre ellos. Mao tuvo largos coloquios con este visitante que venía del «nuevo mundo socialista». Todavía se sintió más impresionado por él que por la cortés persuasión de Chen. Ningún inglés o norteamericano hablaba como lo hizo Joffe, con una mezcla de pesar por la explotación efectuada en el pasado y esperanza de cooperación en el futuro.

En Cantón, Sun Yat-sen comprendió toda la influencia que esta visita podía tener en el ánimo de los que aún titubeaban. No es que él fuese hostil al socialismo en teoría, pero aún creía que podía hacerse algo más pacíficamente positivo para resolver los problemas de China. Pero si las ideas inglesas, francesas o norteamericanas de gobierno parlamentario habían de echar algún día raíces en la China (y él había estado tratando, aunque sin éxito, de implantarlas desde el año 1911), entonces la Gran Bretaña, Francia o EE. UU. debían hacer algo para ayudarles. Lo menos que podían hacer era sumarse al ofrecimiento de la Unión Soviética para enmendar la forma en que la China había sido explotada durante el siglo XIX. Quizá no haría falta una concesión enorme, pero haría falta por lo menos una concesión. Y habían de reconocer su gobierno de Cantón como el gobierno chino legítimo y dejar de reconocer la sucesión de jefes militares que actuaban a las órdenes del supuesto gobierno de Pekín. Sun esperaba que con la ayuda moral de los ingleses, la República podría ser salvada. Chiang Kai-chek, que no simpatizaba con la Gran Bretaña, prefería acudir a los norteamericanos. En julio de 1920, Sun Yat-sen pidió formalmente a la Gran Bretaña que adoptase su programa y realizase un intercambio de embajadores con su gobierno. Chiang, utilizando sus relaciones norteamericanas, hizo la misma petición a Washington. Pero ambos países hicieron oídos de mercader. Los ingleses ni siquiera contestaron a la petición de reconocimiento diplomático. Por lo que respecta a su petición de que renunciasen a «derechos contranatura» en China, Sun Yat-sen no obtuvo más que un chasco afrentoso.

Cuando Mao Tse-tung, conquistado por el ejemplo de Joffe y por la convicción de Chen, se enteró de que el *Kuo Ming Tang* había sido despreciado por las potencias occidentales europeas y por Estados Unidos, ya no quiso esperar más. Se desvaneció toda débil esperanza que hubiera podido abrigar de «aprender sin imitar» de los ingleses y norteamericanos. Tenía la impresión

de saber dónde estaban sus amigos y los amigos de China. La Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos hablaban mucho de revolución y democracia y adoraban a sus antepasadas civilizaciones de Grecia y de Roma, pero, evidentemente, no estaban dispuestas a ayudar a China a pasar por las mismas crisis hasta alcanzar la «libertad, la igualdad y la fraternidad». Querían continuar viviendo en sus concesiones de las ciudades chinas, con inmunidad de arresto, de contribuciones o de interferencia china. Por otro lado, los rusos, no solamente *hablaban* de revolución y fraternidad, sino que habían tenido su revolución y estaban dispuestos a ser fraternales. Después de todo, Liu Shao-chi había tenido razón.

En septiembre de 1920, Mao Tse-tung se separó de Joffe, que regresaba a Moscú. Con el profesor Chen, un grupo de funcionarios del gobierno y simpatizantes comunistas, despidió a Joffe, el cual repitió una vez más que la Unión Soviética no tenía intenciones ocultas con respecto a China, sino que únicamente quería ayudarla a salir de su situación apurada. Insinuó a Chen la idea de que lo mejor sería para todo el mundo que se desembarazase cuanto antes de los gobiernos débiles, faltos de escrúpulos y corrompidos de Pekín y estableciese una Administración nacional verdaderamente eficiente. Pero esto, añadía, era asunto de los chinos mismos. La Unión Soviética deseaba negociar de igual a igual, y no imponer su voluntad.

Según una anécdota del Partido, cuando Joffe se hubo marchado , Mao se volvió hacia el profesor Chen y le dijo:

- Es buena persona. ¿Por qué no hay un partido comunista en China?
- Y Chen le respondió:
- —Hay una gran necesidad de ello. Hemos de fundar uno.

Mao se quedó pensativo unos instantes.

—Si hubiera aquí un partido comunista —repuso—, me parece que me afiliaría a él.

El profesor Chen, disimulando su satisfacción, dijo solemnemente:

—Tú y yo, los dos juntos, lo fundaremos.

Y así lo hicieron.

4. COMUNISMO Y KUO MING TANG

Uno de los misterios oficiales de la historia de China es quién fue exactamente el que fundó el Partido Comunista chino. Tung Pi-wi dice que lo fundó él en Hupeh, en septiembre de 1920. Li Ta-chao, que escribió la primera «interpretación» china del marxismo («Cómo entiendo yo el marxismo», *Nueva Juventud*, mayo 1919), dice que en esa época él ya tenía en Tientsing un grupo comunista bien organizado. Liu Shao-chi ha descrito que él fundó el Partido después de una visita efectuada por el profesor Chen en agosto de 1920, pero no ha repetido esta pretensión desde el advenimiento de la República Popular. Pero, sea quien fuere el que redactó los estatutos de la primera sección del Partido, su primera organización eficaz nació en Pekín por obra de Mao Tse-tung y del profesor Chen; es ella la que en lo sucesivo llevará el nombre del Partido Comunista Chino y suministrará, veintinueve años más tarde, lo esencial de sus cuadros a la República Popular [3].

Cuando Sun Yat-sen y Chiang Kai-chek se enteraron de la fundación del Partido Comunista, se alarmaron. Sun comenzó enseguida a pensar en la forma en que pudiera demostrar que «el comunismo no es adecuado para la China» sin ofender a sus vecinos los rusos, cuya amistad acababan de ofrecer a su país. Chiang Kai-chek se apresuró a transformar el Kuo Ming Tang en un formidable competidor del Partido Comunista, dejando las teorías para el doctor Sun. Chiang empezó por inundar la organización existente bajo un mar de reproches y de insultos. Luego la reorganizó totalmente calcando el esquema del Partido Comunista soviético, con todo aparato de células locales, comités regionales y comisarios políticos. El nuevo Kuo Ming Tang tenía incluso un Politburó. A Chiang Kai-chek no le sorprendió comprobar que la nueva organización funcionaba. Comenzó enseguida a consolidar el Kuo Ming Tang en la China meridional y a empujar a sus comisarios hacia el norte.

Cuando Liu Shao-chi se enteró de que Chiang Kai-chek había remozado el Kuo Ming Tang, comprendió que la razón fundamental por la cual la Revolución de 1911 no había producido un gobierno sólido era en realidad su falta total de organización, tanto política como industrial o comercial. La vieja Administración había ido de capa caída a la muerte de Yuan, y nada había venido a sustituirla. En el campo, bandas armadas de soldados merodeaban, robando comida y bebida y aterrorizando a los campesinos. Los antiguos jefes militares habían huido a las ciudades, dejando a los campesinos sin ninguna clase de guía, buena o mala. Por doquier reinaba el caos. Era preciso reconstruir todo un nuevo Estado, y en la China no había nada que supiera cómo hacerlo. En el mundo solo había un país que, como la China, hubiera tenido que volver a empezar desde los cimientos, y ese país había logrado más cosas en tres años, desde 1917, que la China en nueve, desde 1911. Liu decidió visitar la Unión

Soviética para aprender la forma en que allí se reconstruía un Estado y se restablecía la ley. No era difícil encontrar el modo de ir allá. Había agentes soviéticos de una o de otra clase en cada bar y en cada burdel de Shanghai. Liu dio a entender que le agradaría ir a la Unión Soviética a «estudiar». Después de unas breves entrevistas, se le comunicó que se le había concedido una «beca» para ir a estudiar en la universidad de Extremo Oriente de Moscú y que podía partir inmediatamente. Partió sin ver a Mao. Sabía que Mao desaprobaría su decisión; incluso el nuevo Mao, el Mao comunista. Los rusos, por más que fuesen buenos, amables y procreadores del comunismo, no por ello dejaban de ser extranjeros. Mao Tse-tung es el único líder comunista que no ha sido educado en Moscú, y él se considera a sí mismo como un comunista *chino* mejor por no haber efectuado con Liu la peregrinación a la Unión Soviética.

Mao tenía mucho que hacer en Pekín. Había abandonado la Biblioteca. porque en ella el gobierno le hacía la vida imposible, debido a que no aprobaba que sus funcionarios civiles ejerciesen una acción política. Nadie había podido probar jamás que él hubiera organizado los disturbios del 4 de mayo, aunque todo el mundo lo sabía. Y he aquí que ahora salía a la luz del día para unirse a una organización política, legal, es verdad, pero «en parte subversiva»; pretexto ideal para obligar a Mao a dimitir. Pero había una gran labor a realizar para el Partido, que le suministraba fondos de procedencia no identificada. Se hallaba muy ocupado con jóvenes de su misma edad, los cuales le comprendían y a los que ya había guiado con éxito. Fundó la primera organización china de «frente común», la Liga Nacional de la Juventud China, y reclutó para ella millares de no comunistas cuyo apoyo era inapreciable. Se le encomendó la tarea de coordinar las actividades juveniles entre personas de menos de treinta años dondequiera que se encontrasen, incluyendo a los chinos del extranjero. Inició una voluminosa correspondencia con estudiantes de la Gran Bretaña, Francia y EE. UU., instándoles para que regresaran a su patria tan pronto como hubiesen terminado sus estudios y entretanto se agrupasen con sus colegas en las Ligas de Jóvenes, reclutasen simpatizantes y en todas partes entrasen en contacto con los medios izquierdistas. Su «agente» en París fue Chou En-lai, que estudiaba en la Sorbona. Tanto en la patria como en el extranjero, Mao trabajaba intensamente para crear una manera de «fuerza móvil» encuadrada por los comunistas y lo suficiente joven para tener el tiempo y la energía necesarios para reconstruir la China sobre bases socialistas.

Cada día se hacía para China más urgente la necesidad de una reforma. La industria se encontraba en el más profundo marasmo después de un breve período de prosperidad experimentado durante la gran guerra. La industria textil había pasado casi íntegramente a manos de los japoneses; el número de husos de propiedad japonesa subió de 290 000 en 1918 a 860 000 en 1921. Los bancos norteamericanos financiaban toda la actividad comercial del país y administraban la telegrafía con beneficios considerables. Inglaterra y Estados Unidos, que deseaban ver un gobierno que por fin durase suficiente tiempo para traer la paz a todo el país, decidieron apoyar al jefe militar del momento, a Feng Kuo-chang, de Chihli, y financiaron su campaña de 1920, que, según se

esperaba, colocaría a la China bajo una Administración única y poderosa. Los japoneses, a los que no hacía ninguna gracia la idea de una dictadura militar sometida a sus competidores comerciales, decidieron financiar una campaña análoga a cargo del jefe militar partidario de ellos, Tuan Chi-jui, de Anhwei. La «estabilización» se convirtió en una guerra civil que se libró a través de la China septentrional y central, que destruyó una gran parte del país que trataban de estabilizar. Durante ese período, el sur se hallaba exprimido como un limón por hombres de negocios ansiosos por recuperar el tiempo perdido durante la gran guerra; la China entera iba sumiéndose en una verdadera postración.

En la primavera de 1921, Feng Kuo-chang logró destruir el ejército de Anhwei y vencer a otro mercenario japonés, Chang Tso-lin, que se había erigido a sí mismo en rey de la China del Noreste. Durante los dieciocho meses siguientes, Feng llegó a ser el gobernante indiscutido de Pekín. Él era, como indicó un embajador británico, «casi un gobierno». Poseía por lo menos una característica que le hacía simpático al embajador: era patológicamente anticomunista. Tan pronto como se hubo instalado en el Palacio imperial, procedió a desintegrar el recién formado Partido de Pekín. Dio instrucciones para desembarazarse de todos los líderes comunistas chinos que tuvieran algún provenir político (dichos en otros términos: todos los jóvenes). Afortunadamente para Mao Tse-tung, cuyo nombre figuraba en la lista, Chen llegó a enterarse de tales instrucciones por medio de un simpatizante que estaba empleado en la Administración. Mao, con su joven esposa y un paquete de libros, salió de Pekín por la puerta trasera tan discretamente como había llegado tres años atrás.

Chen sugirió a Mao que regresara a la provincia de Hunan como principal organizador del Partido local, hasta que, en el orden natural de las cosas, el gobierno Feng diera paso a otro menos hostil a ellos. Mao no se mostró muy entusiasmado por lo que a él se le antojaba un paso atrás. Un movimiento desde el campo hacia la capital, constituye un avance. Regresar demasiado pronto al campo es generalmente un fracaso e implica para el que regresa una pérdida de prestigio. Pero, realmente, no había otra alternativa. Liu Shao-chi estaba en Rusia, y Mao no tenía a nadie a quien dirigirse en Shanghai, donde los obreros eran en número suficiente para darle ocasión de lucirse a un joven organizador. Kai-Hui consiguió convencer a su marido. Le dijo que sentía gran curiosidad por ver el lugar donde él había nacido y crecido, y todavía estaba más curiosa por ver Changcha. No sentía ninguna impaciencia por encontrarse con la familia de Tse-tung, pero suponía que ello había de ocurrir un día u otro.

La joven pareja llegó a Changcha en el mes de mayo de 1921. Mientras Kai-Hui instalaba su hogar en una pequeña habitación en el centro de la ciudad, Mao reanudaba el contacto con sus antiguos condiscípulos, los reunía con los comunistas locales y creaba oficialmente una sección del Partido. El gobernador de la provincia de Hunan no tenía nada de liberal, pero era ambicioso. Todavía no había podido hacerse una idea acerca de la oportunidad que el comunismo tenía en la China. Si lo comunistas eran un gobierno en potencia, él quería encontrarse en el lado de los vencedores. Pero, en el caso de que hubieran de tener en la China menos éxito que en Rusia, él no deseaba que se le pudiera acusar de haber cooperado con la sección de Changcha, ni siquiera

de «negligencia» en el ejercicio de su cargo. Por ello le dijo a Mao que le estaba prohibido organizar mítines o provocativas manifestaciones, pero que si no pasaba de ciertas manifestaciones pacíficas y discretas, la policía haría la vista gorda. No había ninguna ley que le impidiese publicar libelos o cualquier cosa por el estilo, pero debía procurar no comprometer al gobernador. Mao se avino a tales condiciones y puso en marcha su pequeña organización buscando viejas prensas, caracteres tipográficos y papel. Había decidido lanzar un periódico por su cuenta. De este modo podría publicar su propia obra, literaria y política, sin tener que pasarla por el tamiz de la mente de un editor. Y también podría mantener contacto con miembros del Partido sin tener contacto personal con ellos, lo cual era más discreto.

El 15 de junio de 1921 se vendió el primer número de la Revista de Hsiana Chiang por las calles de Changcha. No hubo ninguna distribución organizada, por ello el matrimonio Mao, junto con todos los afiliados al Partido que pudieron reclutar, se apostaron en las esquinas y vendieron ellos mismos su periódico. La policía miraba divertida el entusiasmo de aquella gente, y además, no había recibido instrucciones para suprimir la Revista. Solamente los tenderos de Changcha, delante de cuyos establecimientos se hallaban los Mao pregonando su periódico, pusieron algunos reparos a la venta de la publicación. El periódico se vendió bien, quizá porque Mao era popular y su mujer la vendedora de periódicos más linda que jamás haya visto Changcha. Diez años atrás, una muchacha vendedora en la calle habría constituido algo insólito, a menos que se hubiera estado vendiendo a sí misma. Por lo menos, esto es lo que había logrado la Revolución de 1911; ahora era ilegal vender muchachas para los burdeles o para el concubinato, y era posible para una muchacha el ir a la escuela, incluso ingresar en los negocios o en los grados inferiores de la Administración. En 1911, la policía se habría llevado a Kai-Hui antes de que hubiera tenido tiempo de vender su primer ejemplar de la Revista. En 1921, los policías buscaban en sus bolsillos por si encontraban algunas monedas, y también ellos compraban ejemplares,

Mao no era el único que se lanzaba al negocio de editar un periódico. Todo joven que aspiraba a un brillante futuro político publicaba su propia hoja: el *Boletín de las Federaciones Estudiantiles*, creado por Chou En-lai a su regreso de París de 1922; *La Joven China* y las *Nuevas Corrientes*, publicadas por los antiguos colegas de Mao en Pekín; la *Revista del Domingo*, editada por Liu Shao-chi y que luego continuó apareciendo bajo la dirección de su «celador» en Shanghai; la *Revista de Chekiang*, en Hangchow, editada por otro protegido del profesor Chen. La mayoría de estas hojas gozaron de buena acogida. Paulatinamente iba encauzándose en China la revolución roja.

Al ver que la Revista de Hsiang Chiang se vendía bien, Mao Tse-tung se «eligió» así mismo delegado de Hunan para el Primer Congreso Nacional del Partido Comunista chino en Shanghai en el mes de julio de 1921. Fue un congreso muy formalista, con discursos estereotipados siguiendo el ejemplo soviético, pero sirvió por lo menos para presentar a los delegados unos a otros. Casi sin excepción, todos los jóvenes delegados que asistieron a aquel congreso, llegaron posteriormente a formar parte de la jerarquía de la República Popular China [4].

El primer Congreso Nacional decidió que ya era hora de que la revolución roja calcada sobre el modelo soviético sustituyese a aquella democracia turbia que se encenagaba en manejos interminables sin encontrar nunca formas válidas de gobierno. Pero antes de poder crear un Estado soviético, era preciso multiplicar el caos. Era preciso que hubiera aquella clase de anarquía extensa en la que el comunismo germina y se desarrolla rápidamente. Los delegados decidieron que solamente una campaña general de huelgas y de lock-outs, en toda la China, podía dislocar suficientemente la economía para que el gobierno de los militares en el norte abdicase voluntariamente. Un Secretariado de las Organizaciones obreras fue, pues, creado, con la misión de organizar las huelgas y de convencer a los chinos de que tenían interés en ingresar en los sindicatos «ortodoxos», pero sin transformarlos de la noche a la mañana en sociedades secretas. Mao Tse-tung, satisfecho de saber su Revista de Hsiang Chiang solvente inmediatamente, propuso que el Secretariado emprendiese la publicación de un diario en el que los delegados pudieran describir «sus propias experiencias en el combate de la clase obrera». Su proposición fue aceptada, y poco después inició su publicación el Semanario del Trabajo.

El Secretariado procedió enseguida a organizar las huelgas. En el mes de enero de 1922, la minoría comunista del Consejo General de la Federación de los Marinos chinos de Hong Kong impuso la huelga para obtener aumentos de salario. Los propietarios de los barcos, en su mayoría británicos, se negaron a negociar con el Consejo. En menos de una semana, más de 30 000 marinos y obreros de los astilleros habían abandonado su trabajo, inmovilizando todos los barcos que estaban anclados en Hong Kong. Todo el mundo quedó impresionado en Hong Kong, especialmente los otros trabajadores chinos. La eficacia del Comité de huelga constituía una novedad. En febrero, el Consejo hizo un llamamiento a todos los demás sindicatos de Hong Kong pidiéndoles que manifestasen su solidaridad hacia los marinos mediante huelgas lo más prolongadas posible. No habían transcurrido veinticuatro horas, cuando ya sesenta mil hombres se cruzaban de brazos. El secretario comunista del Comité de huelga anunció entonces que el Secretariado sindical del Partido Comunista aguardaba a los huelguistas en Cantón con provisiones de víveres y trabajo; movilizó pues, a los obreros para una emigración en masa de Hong Kong a Cantón. Si la maniobra tenía éxito, la colonia británica quedaría totalmente paralizada. Los huelguistas emprendieron la marcha hacia el continente. Presa del pánico, el gobernador inglés ordenó a la guarnición estacionada en Kowloon y a la policía de la frontera que obligasen a los huelguistas a retroceder. Se produjo un choque violento, centenares de huelguistas fueron heridos. Esto, en vez de aplastar la huelga como lo habían hecho otras acciones parecidas en el pasado, fue causa de que se propagase al continente chino. La organización del Partido Comunista en la China del Norte envió hacia el sur alimentos y medicamentos. Movilizaron a los obreros ferroviarios y pintaron consignas en todas las locomotoras que bajaban hacia el sur, por la línea de Pekín-Hangkow. Transcurrían las semanas y la huelga no presentaba señales de que fuera a terminar. Como escribe Mao Tse-tung: «La huelga tuvo el apoyo de todos los chinos porque iba dirigida contra los extranjeros, en este caso, contra los ingleses. Los chinos de ultramar, incluso si eran capitalistas o no simpatizaban con la causa de la revolución, enviaron dinero para ayudar a los huelguistas. La situación era diferente de la que reinaba en Rusia, donde los capitalistas rusos que vivían en el extranjero solamente ayudaban a la clase capitalista en la Rusia revolucionaria. El sentimiento nacional superó el obstáculo de la clase». Después de ocho semanas, las líneas marítimas y la comunidad mercantil de Hong Kong tuvieron miedo y por fin concedieron el aumento de salarios. Su capitulación resultó tan poco digna, que reforzó al Partido Comunista todavía más de lo que lo había reforzado la cruel represión de la «evacuación» hacia Cantón.

El éxito de la huelga de los astilleros fue como un tremendo estímulo para la organización sindical, todavía en mantillas. A lo largo de la vía férrea de Pekín-Hangkow se formaron las secciones de un Sindicato General de Obreros Ferroviarios de Pekín-Hangkow, que el gobierno Feng se apresuró a poner fuera de la ley. El Partido respondió con una manifestación admirablemente organizada. El 4 de febrero de 1923, tres horas después de que desde Pekín se hubiera hecho el llamamiento para la huelga, todo el tráfico, considerable, de los ferrocarriles había quedado paralizado. Los huelguistas pintaron las acostumbradas consignas en ambos lados de los vagones de mercancías y de pasajeros. Feng dio a su primo Wu Pei-fu el encargo de atajar la huelga. Wu era un hombre simple, cuya actitud con relación a los tumultos era disparar contra cualquiera que los causara. Movilizó a todas las tropas del gobierno y las envió por ferrocarril en vagones propulsados a mano. Cada vez que encontraban un grupo de huelguistas, disparaban contra ellos. Si los huelguistas ofrecían resistencia, los arrestaban y los fusilaban uno tras otro. No se dejaban impresionar por ningún heroísmo. Cuando capturaron al dirigente de la huelga, Lin Hsiang-chen, en Hangkow, le ordenaron que llamase a sus hombres y les mandara volver al trabajo. Lin se irguió dificultosamente, después de la acostumbrada paliza, y declaró: «Podré perder la cabeza, pero jamás daré la orden de que cese la huelga». Estas palabras impresionaron al jefe del destacamento hasta el punto que las recordó para transmitirlas a la posteridad, pero a Lin le costaron la cabeza. Sin embargo, la huelga continuó. En Moscú, la Internacional Comunista se reunió ex profeso para tratar de ella y la calificó de «acontecimiento histórico». Los ferroviarios solo volvieron al trabajo cuando lo ordenó el Partido, como «preludio de manifestaciones aún mayores».

El éxito de las huelgas de Hong Kong y en la principal línea de ferrocarril, unido al hecho de que las potencias europeas rehusaban continuamente apoyar el gobierno de Cantón, motivó que Sun Yat-sen se aproximase más a las izquierdas. Los comunistas, aunque en escaso número, estaban realizando demasiadas cosas, para pasar inadvertidos, y contaban con el apoyo moral y financiero del Komintern. Chiang Kai-Chek, viendo que el doctor Sun resbalaba hacia el «abismo rojo», aceleró su remozamiento del Kuo Ming Tang, plagiando cada ardid, cada estratagema que los comunistas habían inventado desde 1917. Chiang persuadió a Sun para que se reuniese con Adolfo Joffe

en Shanghai en 1922, entre dos huelgas, para arrancarle la promesa de que la Unión Soviética no intervendría en los asuntos interiores de la China. Chiang persuadió a Joffe para que declarase que el comunismo no era «adecuado para la China»; Chiang había recibido también la promesa de una ayuda soviética para el Kuo Ming Tang, «el único partido gubernamental de la China revolucionaria». A cambio de esta ayuda, los comunistas serían libremente admitidos en el Kuo Ming Tang, podrían desempeñar un papel en su jerarquía, e incluso llegar a ser comisarios políticos, hasta en el ejército. Tal obligación resultaba para Chiang bastante molesta, pero se trataba de una concesión imposible de rehusar. Él mismo fue invitado a ir a Moscú para estudiar allá la organización del Partido, y especialmente para ver cómo el Ejército, «conjunto contrarrevolucionario» por definición, estaba integrado dentro del aparato mismo del Partido.

En el mes de junio de 1923, cuando Mao Tse-tung asistió al congreso anual del Partido en Cantón [5], el Kuo Ming Tang se había convertido en un verdadero duplicado del Partido Comunista. En vísperas del Congreso, Sun Yat-sen declaró que su política era una política de alianza con la Rusia soviética, de cooperación con el Partido Comunista y de «ayuda a los obreros y campesinos». El congreso comunista no pudo hacer más que «afirmar la contribución de Sun Yat-sen a la revolución democrática y decidir ayudarle a reorganizar el Kuo Ming Tang y establecer la cooperación en todos los niveles».

En octubre de 1923, con gran pesar por parte de Mao Tse-tung y de los otros dirigentes rojos, Chiang Kai-chek volvió de Moscú, más dinámico que nunca, y anunció su intención de establecer una Academia militar. En la Academia (que se establecería en Whampoa y cuyo propio presidente sería Chiang), se entrenarían tropas de choque para una guerra contra los señores militares del norte, en Pekín, «para liberar y unificar el país según las reglas democráticas». Durante los doce años transcurridos desde que había fracasado en Shanghai como corredor de bolsa, Chiang Kai-chek había progresado mucho. Sun Yatsen y la familia de su mujer, una de las más ricas de China, le agasajaron a su llegada. Pero Sun, siempre prudente, le impuso la admisión de algunos comunistas en el consejo de administración de la Academia militar de Whampoa. Le decía que si Chiang los excluía, ellos abrirían una Academia por su cuenta. Chiang comprendió que Sun tenía razón e invitó a los comunistas «más civilizados» a formar parte de su Consejo. Chou En-lai y Yeh Chien-ying aceptaron.

Durante los dos años siguientes, todos los comunistas de alguna importancia pasaron por uno u otro de los cursos de la Academia (la cual ocupaba una posición «estratégica» cerca de Cantón). El Estado Mayor del futuro Ejército rojo chino aprendió su oficio bajo la dirección de Chiang Kai-chek.

En enero de 9124 se celebró en Cantón la primera asamblea conjunta del Partido Comunista y del Kuo Ming Tang para discutir el «frente popular» contra el gobierno militar del norte. Mao Tse-tung, inevitablemente, asistió como delegado, en calidad de presidente de la Liga de la Juventud Socialista. Tras una semana de discusiones, la asamblea adoptó lo que se denominó el «Manifiesto del Primer Congreso nacional del Kuo Ming Tang».

Según los comunistas, el Frente popular marcaba «la aceptación de la política antiimperialista y antifeudal del Partido Comunista; el acuerdo sobre la admisión en el Kuo Ming Tang de los miembros del Partido y de la Liga de la Juventud Socialista en calidad de miembros individuales; la decisión de transformar el Kuo Ming Tang en una verdadera alianza revolucionaria de obreros, campesinos, de la pequeña burguesía y de la burguesía nacional. De este modo el Partido Comunista inyectó sangre nueva en la revolución». En secreto, Mao Tse-tung y Chou En-lai esperaban poder infiltrar a tantos miembros en el Kuo Ming Tang que, cuando llegase el momento propicio, pudieran hacer una depuración de miembros no comunistas y cambiar el nombre al Partido.

Pero, según Chiang Kai-chek, el Frente popular era una «generosa admisión de otros elementos en nuestros esfuerzos por reconstruir a la China dentro del espíritu de la democracia». En secreto le dijo a su cuñado Soong, que permitiendo a los comunistas participar en las actividades del Kuo Ming Tang, le sería posible explotar el cerebro de ellos, utilizar sus músculos y «liquidarlos» más fácilmente cuando llegase la hora.

En este ambiente de feliz dobles, se inició la campaña de reunificar a la China. Las huelgas, las marchas de protesta y la propaganda antibritánica estuvieron a la orden del día. Alarmados, los comerciantes británicos de Cantón formaron su propia guardia territorial en octubre de 1924: la de los Canton Merchant Volunteers. Los «voluntarios» compraron el ejército privado del jefe militar local, Chen Lim-pak, y le persuadieron para que pusiera en escena una «revolución» destinada a derribar al Kuo Ming Tang y asesinar a Sun Yat-sen. Los comerciantes sabían que no podrían sustituir al gobierno de Cantón más que por la dictadura militar de ese mismo Chen; pero, sin embargo, consideraban que esta solución era preferible a una Administración «infestada de comunistas». A veces resulta difícil imaginar el grado de histeria que hubo entre los sectores menos inteligentes de la sociedad europea en los años que siguieron inmediatamente a la Revolución rusa. Novelas exaltadas describían el desbordamiento de la «marea roja» y se predecía que «dentro de cinco años, todos seremos asesinados en nuestras camas por los rojos»; todo esto llegaba a trastornar la mente de personas que de ordinario eran inteligentes y realistas. La revolución de Chen Lim-pak, fracasó, siendo derrotadas sus tropas por la primera generación de graduados de la Academia de Whampoa, hábilmente entrenados por sus instructores rusos.

Viendo a los británicos ocupados en hacer y deshacer los gobiernos en Cantón, los japoneses aprovecharon la ocasión para desalojar «el otro gobierno chino», el de Pekín. Derramaron dinero y suministros en la mano siempre abierta de Tuan Chi-jui, el jefe militar de Anhwei que había sido derrotado dos años atrás, y Tuan logró esta vez derribar al gobierno Feng. Pero era demasiado tarde. El tiempo de las dictaduras militares respaldadas por el extranjero había pasado. Entre el Kuo-Ming-Tang y los comunistas se había creado una amplia red de organizaciones revolucionarias. No bien se había acomodado Tuan en el viejo trono imperial, cuando le fue presentada un bien elaborada petición de «reunificación y una Asamblea nacional». La petición había sido redactada en Cantón. A Mao Tse-tung se le encargó la tarea de organizar los

«comités de reunificación» en Hunan, su propia provincia natal, y en Shanghai, Chekiang, Kwangtung y Hupeh. Ahora era esto para Mao como un juego de niños. Podría desencadenar una manifestación que cubriese todo el país; para ello el Partido no tenía que hacer otra cosa más que nombrar el lugar, la razón oficial y el número de personas que desearía ver manifestándose en las calles. La cadena de periódicos aliados a su *Revista de Hsiang Chiang* podía difundir llamamientos a las armas, consignas y horarios de operaciones en un plazo sumamente breve. Sus instrucciones siempre eran escuchadas. Esta vez, el *crescendo* del clamor democrático alcanzó tales cimas, que Tuan, muerto de miedo, envió a su propio primo a Cantón para invitar al doctor Sun a que fuera a la capital a discutir «la reunificación de la República China».

A Sun Yat-sen no le hacía ninguna gracia tener que negociar con Tuan, por ello, en realidad, significaba negociar con el Japón. Por ello, antes de partir, Sun quiso asegurarse contra cualquier mala interpretación que los comunistas pudieran explotar, publicando su *Manifiesto relativo al viaje por el norte*. En este manifiesto se mostraba Sun nacionalista en extremo, opuesto en forma irreductible «al imperialismo o a los feudales», resuelto a rechazar todo compromiso con el extranjero o con los chinos puestos bajo tutela extranjera.

Si Tuan esperaba evitar derramamiento de sangre y salvar su propia cabeza haciendo de Sun Yat-sen un presidente títere de una república fantoche, sufrió una grave decepción. Sun era un hombre anciano, desgastado en la lucha, pero rechazó inmediatamente toda sugerencia de abandonar la alianza soviética del gobierno de Cantón a cambio de un tratado con el Japón y de la «unidad». Los dos hombres discutieron, se amenazaron y se adularon uno a otro durante el invierno de 1924-25, sin llegar a conclusión alguna. Sun fue debilitándose cada vez más físicamente, debido a los esfuerzos ocasionados por la prolongada negociación, y de repente, el 12 de marzo de 1925, falleció. No era un gran dirigente, pero más que cualquier otro había conseguido acelerar la caída de los manchúes. Y su abnegación sin límites al ideal republicano impresionaba incluso a los comunistas, los cuales eran escépticos en cuanto a la madurez política de Sun. Quizá les resultaba más simpático muerto que vivo. Por fin tenían un mártir. Como dice la historia oficial china: «El duelo nacional por el gran demócrata revolucionario dio lugar a una vasta campaña de propaganda política...».

Habiendo fallecido el doctor Sun, solo había un hombre realmente idóneo para ocupar su puesto al frente del Kuo Ming Tang. De todas formas, Chiang Kai-chek había inspirado en gran parte la política de Sun durante los dos años últimos. Asumió, pues, en 1925, la «presidencia interina» del Comité ejecutivo central, pero este mandato provisional había de durar veintitrés años.

El advenimiento de Chiang puso al Partido Comunista en una situación difícil. Chiang era bien conocido como un fanático anticomunista, pero había estudiado en Moscú y aprendido todos los trucos. Esto hacía de él un hombre difícil de manejar, porque siempre era capaz de descubrir las intenciones del Partido cuando este preparaba una trampa. Era evidente para Mao que tarde o temprano trataría Chiang de suprimir el Partido Comunista. Escribió, pues, un folleto para llamar la atención de los comunistas sobre esta amenaza y reco-

mendar «una campaña total por el poder de los obreros y de los campesinos». Mao fue desautorizado por el Partido, que oficialmente seguía aliado con el Kuo Ming Tang, pero no echó en saco roto su advertencia. El Secretariado sindical decidió iniciar una campaña de desobediencia civil la cual comparada con todas las pasadas revueltas no serían más que corteses protestas. Los japoneses trataron de reestablecer el orden en sus fábricas de Shanghai; creyeron conseguirlo despidiendo a sus obreros adultos para dar sus puestos a obreros niños. Colocados ante una doble imposición, física y económica, los chinos apechugaron con los despidos y se encogieron de hombros al mandar a sus chiquillos a trabajar; de no haberlo así, los exponían a castigos corporales y ellos acarrearía además la miseria total a la familia. Trabajando miembros adultos de la familia, las cosas podían ir aún peor. Pero el 10 de mayo de 1925, un director de fábrica japonés más obcecado que los demás, vino a cambiar la situación, despidió a todos sus obreros adultos y anunció que haría funcionar su fábrica de hilados «exclusivamente con niños de menos de 10 años de edad, un milagro de organización». El 14 de mayo, el Partido Comunista llamó a la huelga a todos los obreros del ramo textil de Shanghai para protestar, no tanto contra el empleo de niños de diez años como contra el despido en masa de hiladores adultos. En el segundo día de huelga, los guardias japoneses armados que se hallaban apostados junto a las puertas de las fábricas hicieron fuego contra los huelguistas, matando e hiriendo aproximadamente una docena de ellos. El 30 de mayo, la organización de los estudiantes, dominada por los comunistas, se lanzó a la calle en Shanghai distribuyendo folletos de protesta contra los disparos hechos indiscriminadamente sobre los huelguistas. Estos quizá no habría tenido mayores consecuencias (disparar contra huelguistas no constituía en Shanghai ninguna novedad) si el jefe británico de policía de Shanghai, mal aconsejado, no hubiera decidido arrestar a los estudiantes que repartían los folletos. Cuando en Nanking Road, un grupo de estudiantes se negó a dejarse detener, la policía abrió fuego contra la multitud que le rodeaba por todas partes. Al cabo de una hora, toda la ciudad se hallaba convertida en un inmenso tumulto. El jefe de policía solo pudo restablecer el orden poniendo en acción toda su milicia. El 1 de junio, el Partido llamó a una huelga general, y esta tuvo ciento por ciento de éxito. Al tocar a los hombres de negocios y los industriales chinos en el punto sensible (es decir, persuadiéndoles de que la huelga buscaba la unida de los chinos contra el extranjero), los comunistas consiguieron cerrar todas las tiendas, todas las fábricas y todos los despachos de propietario chino. Shanghai quedó totalmente paralizado. Se formó un Consejo mixto de Obreros, Comerciantes y Estudiantes para «controlar» la ciudad. Las autoridades de la ciudad tuvieron miedo y llamaron al gobernador de Hong Kong. Buques de guerra británicos, japoneses y norteamericanos penetraron por el río Whangpoo y desembarcaron tropas, pero sin impresionar a los huelguistas, los cuales, en realidad, se hallaban respaldados por la ciudad. El único modo de restablecer el orden por la fuerza era fusilar a todos los ciudadanos chinos adultos, y no había nadie tan estúpido como para provocar esta matanza. Por fortuna para los ingleses y norteamericanos de Shanghai, la Embajada británica contaba con un cuerpo de diplomáticos jóvenes e inteligentes que se dieron cuenta de que la única manera de romper la huelga consistía en romper la unidad de los chinos, persuadiendo a los industriales y comerciantes de que se habían dejado arrastrar a una «alianza imposible» con los obreros comunistas. Así se hizo, y los hombres de negocios, que habían vuelto a ser «razonables», se retiraron del juego. En agosto terminó la huelga; los obreros chinos obtuvieron un aumento considerable de salario y quedaba prohibido el trabajo de los niños. Entre tanto, el 19 de junio, el Partido en Hong Kong había organizado una huelga en la que estaban implicados más de 100 000 obreros, de «solidaridad» con los huelguistas de Shanghai. El gobernador ordenó inmediatamente el estado de guerra y de nuevo cerró el acceso al continente. Imperturbables, millares de chinos invadieron la frontera y se abrieron paso hasta Cantón, donde, el 23 de junio, pudieron unirse a los sindicatos locales para paralizar igualmente el puerto del sur. Unos buques de guerra británicos y franceses bombardearon a los huelguistas en Shakee, provocando una huelga general en Hong Kong, dirigida por los dos secretarios locales del Partido Comunista (Su Chao-cheng y Teng Chung-hsia), los cuales fueron expulsados enseguida de la colonia. Hong Kong estuvo muerto como puerto durante tres meses. La huelga no terminó propiamente hasta dieciséis meses más tarde, y fue una de las más largas que registra la historia. Pudo haber sido evitada. Pero el Kuo Ming-Tang y el Partido Comunista llevaron la operación hasta el último extremo y reclutaron gran número de adeptos.

Chiang Kai-chek había aprendido en Moscú algo más que organización. Había aprendido que el método más fácil de hacer crecer un partido y hacerlo popular es reivindicar lo más deprisa posible el menor éxito en el que haya tomado parte. Aun cuando la participación del Kuo Ming Tang en las huelgas de Hong Kong y de Shanghai era exigua, y no mayor que los comunistas en Cantón, Chiang, tan pronto como vio asegurado el éxito de las huelgas, se apresuró a publicar un boletín de victoria en el que cantaba sus propias alabanzas. Dio a entender al pueblo chino que él era «la fuente principal del movimiento para expulsar a los extranjeros» e hizo saber a los extranjeros que si querían paz y tranquilidad, tenían que tratar con él. Con el precio y el tiempo necesarios, llegarían a entenderse. Mao Tse-tung quiso lanzar su propia campaña de propaganda, devolver al Partido Comunista el crédito merecido por su victoria en la huelgas y al mismo tiempo confundir ante la opinión pública el «descarado oportunismo» de Chiang Kai-chek. Pero el profesor Chen, que toda su vida había creído posible colaborar con Chiang Kai-chek y el Kuo Ming Tang, dijo a Mao que debía manifestar un poco más de tacto. Mao fue, pues, enviado a Hunan, a reclutar campesinos para el Partido, y recibió la orden de no meterse con el Kuo Ming Tang. Mao obedeció.

Pero Chen estaba equivocado en cuanto a Chiang Kai-chek. Durante los primeros doce meses que siguieron a la muerte de Sun Yat-sen, Chiang vigilaba y esperaba. Robar a los comunistas los frutos de su éxito en las huelgas no era más que una operación de rutina, un acto de oportunismo político que la mayor parte de los comunistas le perdonaban de buen grado, e incluso le admiraban por ello. Ya que, en definitiva, también ellos habían salido de escuelas soviéticas. Pero esto carecía de importancia, y él aguardaba a que lle-

gase su hora. En 1925, el Kuo Ming Tang y el Partido Comunista organizaron una expedición conjunta contra un caudillo militar. Chen Chiung-ming, que se había atrincherado en Waichow, Chaochow y Swatow, en la provincia de Kwangtung. Mientras Chen Chiung-ming estuviera armado y activo, Cantón mismo corría siempre el peligro de ser invadido. La expedición constaba de campesinos mandados por cadetes salidos de la Academia militar de Whampoa y con una veintena de asesores soviéticos para asegurarse de que los cadetes ponían en práctica lo que habían aprendido. El contingente era pequeño, pero con excelente mando, y en ocho semanas derrotó al ejército de Chen, mucho más numeroso, y ocupó toda la parte oriental de Kwangtung. Chiang Kai-chek, animado por este buen éxito, tuvo miedo al enterarse de que los cadetes comunistas llamaban a sus comisarios políticos después de cada victoria y organizaban a los campesinos en «cooperativas políticas». Estas cooperativas estaban lejos de ser granjas colectivas, pero aunaban en forma atractiva la cooperativa de compras y ventas agrícolas con el cuerpo de autodefensa. A fines de 1925, las Asociaciones de campesinos de Kwangtung contaban 600 000 miembros. Resultaba difícil competir con una organización tan poderosa. Había que organizar expediciones al norte para abatir a los caudillos militares. Pero Chiang no podía permitirse el ver el país entero «cooperativizado» como en Kwangtung; de lo contrario, llegaría a existir en él un Estado comunista antes de que hubieran tomado Pekín, y esto era lo último que Chiang podía desear o incluso consentir que ocurriera. Para él, la situación era sencilla: había llegado el momento de eliminar a los comunistas de la Academia militar y dar comienzo a la depuración de los comunistas que ya se hallaban en el ejército (mandado conjuntamente por el Partido y el Kuo Ming Tang). Pero, ¿cómo?

El 18 de marzo de 1926, Chiang dirigió un mensaje a Li Chih-lung, director comunista de la Oficina Naval, rogándole que enviase el crucero *Sun Yat-sen* a Whampoa para aguardar allá nuevas órdenes. Chiang sabía que, con toda probabilidad, los oficiales del *Sun Yat-sen* serían en su mayoría comunistas, por la sencilla razón de que la Oficina Naval estaba controlada por el Partido. Cuando recibió un mensaje de Li Chih-lung en el que este le comunicaba que el *Sun Yat-sen* había llegado felizmente, fingió sorprenderse. Inmediatamente envió instrucciones detalladas a sus hombres de Whampoa: estos habían de arrestar a todos los líderes comunistas relacionados de cerca o de lejos con la Academia militar y a todo oficial comunista del Ejército revolucionario nacional del distrito. Con el pretexto de que «con toda evidencia los comunistas proyectaban un golpe de Estado con el apoyo de los oficiales rojos del *Sun Yat-sen*», Chiang tomaba simplemente «las medidas naturales de represalia».

A los europeos, el incidente del Sun Yat-sen se nos aparece con una aureola irreal, de algo inverosímil y fantástico, pero los chinos no vieron en él más que el respeto a las tradiciones seculares del engaño y de la hipocresía políticas. A partir de este incidente, Chiang prosiguió su acción imponiendo al Comité Central del Kuo Ming Tang una «Resolución sobre la mejora de los asuntos del Partido». Los comunistas, dijo, se estaban preparando para adueñarse del

poder. Era preciso, pues, eliminarlos poco a poco del Kuo-Ming-Tang y exterminarlos. La Resolución exigía:

- una lista de los comunistas afiliados al Kuo Ming Tang, para ser entregada personalmente a Chiang;
- el despido de los comunistas de los puestos más altos dentro de la organización del Kuo Ming Tang, de suerte que en ningún momento ocupasen más que un tercio de los cargos;
- —la prohibición de nombrar comunistas al frente de los departamentos centrales del Kuo Ming Tang.

Una ruptura completa con los comunistas no era aun posible en esta fase, pero estimaba que esto constituiría un buen comienzo. Cuando el Kuo Ming Tang hubiese utilizado a los comunistas para conquistar el norte, se podría, con cierta habilidad, consumar la ruptura sin exceso de sangre derramada.

Los comunistas aceptaron con gran estoicismo el incidente del Sun Yat-sen y la Resolución. Ellos mismos solo estaban esperando la ocasión de engañar a Chiang Kai-chek. Porque la mayor parte de los jefes del Partido creía que no solamente la Expedición del Norte prevista para el mes de julio reuniría a la China bajo un gobierno único, sino también que ese gobierno sería comunista. Las pequeñas intrigas de Chiang Kai-chek carecían de importancia. Lo esencial eran los resultados obtenidos por los organizadores del Partido en las provincias, donde los campesinos se contaban por millones. Y su organizado de Hunan no había perdido nada de su dinamismo. Dejando a su esposa que se ocupara del periódico, Mao Tse-tung se había dedicado resueltamente a la tarea de organizar verdaderas cooperativas campesinas. Muchos de los caudillos militares habían huido a Changcha, la capital de la provincia, cuando los tumultos llegaron a extenderse tanto que ponían sus vidas en constante peligro. Mao efectuaba viajes por toda la provincia, persuadiendo a los campesinos que habían «perdido» a sus propietarios para que procurasen por todos los medios impedirles que regresaran. Luego, la tierra era «vendida» a sus arrendatarios en un simulacro de subasta. Un abogado, amigo de Mao, redactó nuevo títulos de propiedad. Probablemente no eran válidos, pero su aspecto resultaba de un efecto. Las cooperativas de Mao no iban contra las aspiraciones de los campesinos, contra el deseo, simple, pero fanático, de poseer la tierra que uno mismo trabaja. Todo cuanto él pedía era que comprasen juntos las semillas y vendieran juntos el arroz, fijando los precios que ellos hubieran de pagar o hubieran de pedir, antes de ir al mercado. Y les rogaba que recordasen que era el Partido Comunista el que les había sugerido todas estas cosas y que no debían olvidar su deuda de gratitud. A fines del año 1926, más de dos millones de campesinos se habían afiliado a las cooperativas de Mao en el Hunan. Y a medida que estas cooperativas iban haciéndose más pujantes, más iba debilitándose la posición de los pocos caudillos militares que aún quedaban. Mao incitaba a los aparceros a que exigieran reducciones en el arrendamiento y hacía comprender a todo campesino inteligente que podía escucharle, que, en el caso general de la época, nadie estaba en condiciones de averiguar si los impuestos habían sido pagados o no. Si un hombre no pagaba, no corría el menor riesgo.

En julio de 1926, la Expedición Norte salió de Cantón. El ejército salió bien equipado, según las normas chinas; sus oficiales eran jóvenes y entusiastas. Las tropas se dividían en varios cuerpos expedicionarios, algunos de ellos mandados por comunistas, otros por miembros del Kuo Ming Tang (que ya empezaban a darse a sí mismos el nombre de nacionalistas). El Regimiento autónomo del Cuarto Ejército, a las órdenes de Yeh Ting, un comunista, emprendió su marcha hacia el Hunan a fines del mes de julio. Yeh Ting esperaba rudos combares, especialmente alrededor de la capital, Changcha, donde las tropas del caudillo militar de Chihli se hallaban apostadas. Pero, al avanzar hacia el norte, halló a los campesinos ya organizados en cuerpos de voluntarios, cada cual bajo su comandante comunista; los voluntarios salían en masa a la llegada del regimiento y combatían con él, como auxiliares, cada vez que era preciso librar batalla. Mao había organizado también servicios de abastecimiento. Dondequiera que Yeh Ting acampase, podía disponer siempre de alimentos y agua. Esto lo apreciaba él incluso más que el entusiasmo de los batallones de campesinos, armados en su mayor parte con hoces, viejas escopetas de caza y palos. Cuando Yeh Ting llegó a Changcha mismo, halló que la ciudad estaba rodeada por piquetes comunistas, con alimentos y agua para su ejército. Escribió lo siguiente: «Esta expedición se ha visto coronada con el éxito más completo, no a causa del valor de los soldados puestos bajo mis órdenes, a pesar de que su valor ha sido ejemplar, sino a causa de la asombrosa eficacia con que Mao Tse-tung, el dirigente local del Partido, ha movilizado a los obreros y campesinos en toda la provincia. La camarilla de caudillos militares ha sido derrotada no por los soldados, sino por la unión de los campesinos». Mao no había defraudado a su partido.

En cuanto al cuerpo expedicionario principal, progresaba con menos facilidad, pero regularmente. Nankín fue tomada en el mes de marzo de 1927, y en mayo todo el valle del Yang-tse. Los obreros en las ciudades industriales promovieron huelgas mientras duró toda la campaña, arrojando al país en una confusión en apariencia irreductible y haciendo difícil para los ingleses, franceses y japoneses averiguar lo que estaba sucediendo. Entre octubre de 1926 y enero de 1927, solamente en Wuhan, hubo más de 300 huelgas, que afectaron a todos los servicios de correos y de telecomunicaciones, las imprentas, las industrias textil y tabacalera, y a todos los bancos, tiendas y oficinas. El 3 de enero de 1927, el cuerpo expedicionario entraba en Wuhan y chocaba por primera vez con una guarnición británica. Afortunadamente, el choque no fue grave y las autoridades británicas se dieron cuenta de que no se trataba de una «revuelta corriente», sino que tenían que enfrentarse con una verdadera fuerza armada. Los ingleses negociaron, pues, una «tregua permanente» con el «Comité de los ciudadanos de Wuhan». Esta tregua fue algo más que un alto el fuego. A cambio de garantías para su propia seguridad personal y para sus bienes, los ingleses no tenían otra alternativa que la de cerrar la Concesión, el «territorio británico» en el que estaban viviendo al margen de la ley china, bajo su propia administración. El cierre de las Concesiones en Hangkow y Kiukang fue la primera prueba de que una potencia europea reconocía que, al cabo de muchos años de caos, del cual se habían aprovechado todos los extranjeros, los chinos parecían ahora dispuestos y capaces de poner en orden su propia casa. En febrero de 1927, el ejército se apoderó de Hangchow y fue recibido por una administración comunista ya en funciones. En Shanghai, la rama local del Partido organizó una serie de huelgas que culminaron en un paro general el 21 de marzo de 1927, cuando el ejército llegaba a las puertas de la ciudad. La expedición había casi terminado. Los ejércitos de los caudillos militares habían sido derrotados y las comunidades extranjeras habían sido puestas bajo control chino. Como dijo entonces el embajador de la Gran Bretaña: «Ahora no nos queda más que una oportunidad, y es la de que los chinos comiencen a pelear entre sí. En cuanto a esto, me siento muy optimista».

El embajador tenía en esto un aliado. Chiang Kai-chek estaba encantado con el éxito de la Expedición Norte, de la que él tenía el mando nominal, pero se sentía más alarmado que nunca a causa de la fuerza de la influencia comunista en las principales ciudades y en cuatro o cinco de las provincias. Comprendió que había llegado el momento de arreglar cuentas con los comunistas. Si ahora no los aplastaba y no eliminaba cualquier clase de partido rival, ellos se volverían contra él y disolverían el Kuo Ming Tang.

Chiang tuvo la suerte de que el profesor Chen Tu-hsiu, todavía dirigente del Partido Comunista, no solo fuera un hombre anciano, sino que, algo increíble, todavía creyera en una cooperación entre el Kuo-Ming-Tang y el comunismo. No fue difícil lograr que Chen ordenase a los comandantes del ejército comunista que entregasen sus tropas a un nuevo «alto mando del Kuo Ming Tang». Entonces, Chiang, habiendo neutralizado a los soldados, pudo dedicar toda su atención a los cuadros civiles del Partido.

El 12 de abril de 1927, Chiang Kai-chek, siempre inspirado por su genio maquiavélico, pagó a un grupo de provocadores profesionales para que fueran a sembrar el desorden entre los piquetes de comunistas armados que montaban la guardia en Shanghai. Los piquetes se hallaban apostados delante de cada fábrica, aguardando a los dirigentes del Partido, dispuestos a volver al trabajo o a asumir ellos mismos la dirección de la empresa. Los hombres de Chiang insultaron a los huelguistas, luego los amenazaron; los piquetes se dejaron provocar y dispararon al aire; así que sonaron los primeros disparos, Chiang les ordenó que entregasen sus armas a la policía para restablecer la paz y el orden. El organizador local del Partido Comunista, no sabiendo exactamente a qué atenerse, les dijo que hicieran lo que se les mandaba. Luego, preocupado, se fue a pedir instrucciones a su jefe del Partido. Su jefe le dijo que había sido un tonto al entregar los rifles comunistas a los policías del Kuo Ming Tang y le ordenó que para el día siguiente organizase una reunión en masa de trabajadores para pedir que se les devolvieran las armas. El mitin se celebró debidamente y los participantes partieron en cortejo a lo largo de Paochan Road hacia el cuartel general del ejército expedicionario con objeto de recuperar sus fusiles. Chiang, para «mantener el orden», ordenó a los centinelas que disparasen contra la multitud en marcha. Los comunistas que se encontraban entre las tropas, se negaron a disparar, y fueron fusilados. Los otros hicieron fuego, matando a más de mil personas en una hora, iniciándose así la guerra civil que, con interrupciones y armisticios, iba a durar casi veinte años.

Chiang Kai-chek sabía que la verdadera historia del desarme de los piquetes llegaría a los oídos del Politburó del Partido Comunista con bastante prontitud, y que, a pesar del profesor Chen, pondría fin a cualquier conversación de cooperación con el Kuo Ming Tang en general y con él mismo en particular. No quiso esperar a que se tomaran represalias. Dio una orden general de arresto de todos y cada uno de los miembros del Partido Comunista en todo lo largo y ancho de la China. Trasladó su gobierno a Nankín, capital situada en lugar más central, desde el cual pudiera dirigir su depuración.

El Politburó comunista reaccionó rápidamente. Tenían un buen número de amigos en el Kuo Ming Tang de Wuhan. Allí decidieron instaurar el «verdadero gobierno de la China». A Wang Ching-wei, el dirigente local del Kuo Ming Tang, se le dijo que era «un administrador mejor y más eficaz que Chiang Kai-chek y un administrador con el que los comunistas se alegrarían de poder colaborar». Wang no necesitaba más para traicionar a Chiang. Se celebró en Wuhan un mitin de emergencia del Kuo Ming Tang y Chiang Kai-chek fue expulsado oficialmente del partido. La capital de la China sería Wuhan, y el propio Wang sería el presidente interino de una nueva República. En el mes de mayo de 1927, Hsia Toy-yin, uno de los pocos amigos que Chiang tenía en Wuhan, trató de derribar al «verdadero gobierno», pero fue derrotado por un contingente mixto del Kuo Ming Tang y de los comunistas al mando de Yeh Ting.

Pero este éxito comunista fue efímero. Chiang Kai-chek había conservado la mayor parte de la China, que se hallaba bajo su control, y la forma completa e implacable con que sus tropas estaban ejecutando sus órdenes de arrestar y matar a los comunistas dondequiera que los encontrasen impresionó a aquellos que pensaban que era poco lo que había por escoger entre ambos partidos. En China, nada tiene tanto éxito como el propio éxito. Chiang envió un mensaje a Wang Ching-wei instándole para que rompiese con los comunistas y volviera al seno del verdadero Kuo-Ming-Tang. Wang sucumbió a la tentación. Traicionó al «verdadero Gobierno» el 15 de julio de 1927, y se rindió a un grupo del Kuo Ming Tang acaudillado por el hermano de Chiang Kai-chek. A los comunistas de Wuhan les cupo la misma suerte que a sus colegas de cualquier otra parte. Algunos de ellos fueron decapitados, otros fusilados; en su mayoría, estrangulados.

En la provincia de Hunan, Mao Tse-tung oyó rumores acerca de las matanzas que se suponía habían acaecido. Pero en Hunan reinaba la tranquilidad y se hallaba en manos de los comunistas. Los destacamentos del ejército estaban mandados por comunistas y las autoridades civiles eran todas ellas amigas suyas. Mao sabía que la organización del Partido era fuerte, él la había creado. Estos relatos de la estrangulación en masa sonaban como algo inverosímil. Nunca podría ocurrir aquello en el Hunan. Kai-Hui y Mao Tse-tung pasaron juntos felizmente la primavera y el verano. Por fin había llegado la revolución, la verdadera revolución roja. Quizás aún habrían de tener algunos disgustos con el «bandido Chiang Kai-chek», pero negociarían con él. Seguían publicando la *Revista de Hsiang Chiang*, negándose a reimprimir los «rumo-

res» de la traición de Wuhan. Celebraban mítines y leían juntos. Trabajaban y eran felices. Si todo iba bien, tendrían su primer hijo en septiembre.

De pronto, una noche del mes de agosto de 1927, las calles de Changcha fueron presa del incendio. De todas las partes de la ciudad llegaba el estampido de los fusiles y de las ametralladoras y los gritos de hombres y mujeres que habían sido sacados de la cama para ser fusilados o decapitados. Chiang Kaichek había hecho infiltrarse en Hunan 7000 soldados bajo el mando de Hsu Ke-hsiang, y logró que se «disolvieran» en la masa del ejército. En la noche del 10 de agosto, desarmaron a los comunistas en sus habitaciones del cuartel y dieron comienzo a la matanza de Changcha. Aquella misma noche, a una hora avanzada, Mao y su mujer, que habían pasado el día en el campo, se detuvieron en la casa de un amigo de ellos, en las afueras de la ciudad, engañados por las llamas y el sonido distante de los disparos. En la casa encontraron a un oficial del Partido, que había huido de Wuhan y el cual les dijo que lo peor era cierto. Toda la China estaba o muerta o bajo Chiang Kai-chek. No quedaba más alternativa que la de huir hacia el sur, con dirección a Yunnan, o hacia el norte, hacia la Unión Soviética.

Mao no creía lo que oía. No podía creer que Chiang Kai-chek, por muy «buen bandido» que fuese, pudiera haber burlado y derrotado a la organización del Partido en China. Y se negaba a creer que en Changcha hubiese un número suficientemente grande de tropas o de miembros del Kuo Ming Tang para matar o capturar a los miembros de su propio partido y a los que los apoyaban. Insistió en ir a la ciudad para comprobar por sí mismo lo que en ella estaba sucediendo. Era preciso que fuera posible movilizar a los obreros o alguna de las asociaciones de campesinos para negociar con cualesquiera bandidos que pudieran andar sueltos por la ciudad. Su mujer insistió en acompañarle. Caminando con cuidado a través de las calles laterales, yendo de una casa de un amigo a la casa de otro, Mao halló que la situación era aún peor de lo que le habían dicho. Nadie oponía la menor resistencia a las detenciones o al desmantelamiento de los organismos del Partido, y ello porque Chen Tuhsiu había dado una orden «por cuenta del Politburó del Partido Comunista, dando instrucciones a todos los miembros del Partido para que depusieran las armas y cooperasen plenamente con el gobierno legal de la China, bajo la presidencia de Chiang Kai-chek». Era algo incomprensible. ¿Cómo era posible que Chen, que había tenido tantas ocasiones de desenmascarar a Chiang Kaichek, persistiese en su ceguera? El 11 de agosto, un grupo de jóvenes oficiales del Partido se habían reunido en Nanchang, decidiendo hacer caso omiso de la orden; organizaron un gran levantamiento de campesinos en toda la provincia de Kiangsi y con la materia prima de que disponían crearon lo que ellos bautizaron con el nombre de Primer Ejército rojo (en China se celebra Día del Eiército). Pero Mao no había oído decir nada acerca de este Ejército rojo, uno de cuyos promotores era Chou En-lai. Se enfrentaba al desastre de su propia provincia y no sabía qué hacer. La noche parecía interminable. Los disparos se oían más fuertes. Y sin embargo, Mao y su mujer continuaban pasando de una casa a otra, tratando de organizar una especie de comité que pudiera enfrentarse a la situación una vez que amaneciese. Pero el Partido estaba completamente desmoralizado y nadie quería hacer nada. Algunos de sus amigos ya habían huido de la ciudad y le habían dejado mensajes diciéndole que fuera a reunirse con ellos en las afueras: juntos podrían ir a alguna parte y empezar de nuevo.

Mao Tse-tung y su mujer fueron detenidos por el Kuo Ming Tang en las primeras horas de la mañana. Al principio, el oficial que mandaba el pelotón que los había descubierto, quiso fusilarlos enseguida. Pero uno de sus hombres, oriundo de Changcha, conocía a Mao de vista y dijo a su jefe la buena captura que acababa de realizar. Mao fue llevado a los cuarteles del ejército locales y fue «interrogado». Afortunadamente para él, no había llegado a Changcha ninguno de los «interrogadores» realmente expertos. Chiang Kai-chek poseía un grupo de interrogadores que para sí los hubiera querido la Gestapo. Mao fue golpeado, pero más para respetar la tradición que para obtener verdaderos resultados. Luego le encerraron en el cuerpo de guardia.

Mao Tse-tung se encontró, espumeando de rabia, en una celda. No sabía lo que habrían hecho con su mujer, después de que se la llevó el mismo oficial que le había arrestado a él. Esperaba lo mejor y temía lo peor. Quizás el estado de embarazo en que la joven se encontraba la salvaría por lo menos de ser violada. Pero no se sentía extremadamente optimista. Más que el deseo de evadirse, la necesidad de volver a encontrar a su mujer le hizo arrastrarse en derredor de su celda, hasta que hubo explorado todas las paredes y el techo. El techo estaba formado por tablas sueltas, que ni siquiera estaban clavadas en las junturas. Mao pudo alcanzar el techo y con grandes esfuerzos pasar la cabeza entre las tablas. Lenta, minuciosamente, fue pasando todo él a través de la abertura, luego por el intersticio comprendido entre el techo y el tejado. Deslizándose por un canal de ventilación, pudo finalmente llegar a la calle y huir luego hasta los campos vecinos (el cuartel estaba situado en las afueras de la ciudad).

Al alba, Mao, impotente, vio un largo cortejo de prisioneros y de guardias abandonar el cuartel y dirigirse hacia una hilera de postes hinchados en el borde del campo en el que él se hallaba escondido. Vio, horrorizado, cómo ataban a su mujer, llorando, en uno de los garrotes. Se volvió, petrificado, sabiendo lo que ahora iba a ocurrir. Kai-Hui fue estrangulada en el garrote y su cuerpo abandonado allí, aplastado contra el poste. Mao, llorando, maldijo a los asesinos, y luego, cuando llegó la noche, se arrastró hasta los restos de su esposa. Dijo adiós a Kai-Hui. Entonces, con su Partido y con su vida en ruinas, huyó a las montañas de la frontera entre Kiangsi y Hunan. Por el camino, mientras se dirigía a Chingkangshan, escribió estos versos llenos de amargura:

Me corté las manos en las cuerdas del garrote de estrangulación. Pero no brotó sangre de mis venas. En vez de sangre, vi y sentí escaparse de mí la compasión.

5. EL SOVIET DE KIANGSI

Al observador imparcial que examinar el comportamiento de todos los que estuvieron relacionados con la segunda revolución de 1926-27, no puede menos de asombrarle la estupidez de que dieron muestras todos ellos, con excepción de Chiang Kai-chek.

La actitud de Chiang Kai-chek con respecto a la revolución requiere una explicación algo detallada, si no queremos que se vea en él a un «bandido» sin escrúpulos. Él era un nacionalista sincero. Sentía la desgracia de la China, el estado caótico de su industria y de su agricultura y su atraso frente a las naciones occidentales que se habían atrincherado en suelo chino. Le dolía la presencia de tropas extranjeras en calidad de guardia de las Concesiones a los largo de la costa china, incluso si su presencia era, para las propias potencias occidentales, legalmente justificada. Consideraba que los señores militares constituían un peligroso anacronismo, el mayor obstáculo que oponía al progreso de la unidad de la nación china. Tenían que marcharse, tanto lo extranjeros como los señores de la guerra. Cuando se hubieran marchado y existieran las condiciones para la estructuración de un Estado moderno, entonces creía ser su principal arquitecto. Aunque en años posteriores llegó a depender cada vez más del dinero y de los suministros norteamericanos para poder simplemente sobrevivir, no siempre fue, como los comunistas se complacen en afirmar, «un agente de las potencias extranjeras». Él quería hacer resaltar, como Mao Tse-tung, el carácter chino de la revolución. Esta es la razón por la cual se empeñó en casarse con la viuda de Sun Yat-sen (finalmente se casó con la hermana de ella), para que la Revolución de 1911 pudiera seguir viviendo en sus hijos: una idea dinástica típicamente china. A Chiang le resultaban antipáticos los comunistas, por el mismo motivo que le resultaban antipáticos los ingleses. El comunismo era algo tan extraño como las ideas de justicia y de ley que los ingleses trataban de introducir en el país. Los sucesos de 1911 le habían demostrado que si trataba de instaurar una especie de gobierno parlamentario basado en el modelo británico, este gobierno estaba condenado al fracaso simplemente porque estaba basado en el modelo británico. Y la introducción de un concepto británico de democracia haría en cierto modo que la China dependiese de la Gran Bretaña, pensaba él, de la misma manera que un criado se siente atado a su antiguo amo si lleva las vestiduras viejas que este desechó. Chiang sentía que el comunismo, siendo de origen ruso (o, para ser académicamente exactos, alemán), era un demonio extranjero tan negro como la democracia parlamentaria.

Naturalmente, Chiang Kai-chek había nacido con mentalidad de dictador, con la mentalidad de un Mussolini. Creía, con toda sinceridad, que él era el hombre que podía hacer rápidamente todo aquello que debía hacerse. La im-

paciencia es madre de mayor número de dictadores que el llamado «afán de poder». Más tarde, Chiang se embriagaría con la idea de su propio talento, y descendería por la pendiente con la misma rapidez que su predecesor italiano y su sucesor alemán. Fusiló, estranguló, mató, asesinó en masa. Decir que todo esto lo hizo con las mejores intenciones del mundo, no es suficiente, desde luego, para justificar su conducta. Pero estas mejores intenciones fue precisamente las tuvo. El hecho las que perdiera ha de atribuirse en parte a su vanidad, en parte al comportamiento de sus rivales dentro y fuera de China.

Las potencias occidentales no hicieron, al principio, nada por ayudar a Chiang Kai-chek, y estuvieron bastante mal informadas acerca del estado de las cosas durante la Revolución de 1926-27. Cuando los tumultos de Shanghai se hallaban en su fase peor, el primer ministro británico, Standley Baldwin, fue persuadido para que discutiera una hora en el Foreign Office «la situación de Extremo Oriente». Algunos diputados de los Comunes, inteligentes e interesados en el comercio británico en China, comprendían que el Shanghai de 1927 podía, como San Petersburgo en 1917, convertirse en el foco de una revolución que los barrería a todos del Extremo Oriente, con capitales, coolies y todo lo demás. Se dice que el señor Baldwin oyó las últimas noticias de Shanghai y Cantón, luego se dirigió hacia un mapa de la China que estaba colgado en la pared del despacho de su secretario del Foreign Office. «¡Dios mío -dijo-, de modo que Cantón se encuentra ahí al fondo! ¡Yo siempre había creído que se encontraba allá arriba!» (y con el dedo señalaba la zona general de Pekín). El secretario del Foreign Office, Austen Chamberlain, aportó también su contribución a ese penetrante análisis: «Ya sabe usted —dijo— que la China es mucho mayor que el Japón». No debe, pues, extrañarnos, que toda la revolución fuese mal interpretada en la Gran Bretaña. Los tradicionales buques de guerra con tropas a bordo fueron enviados a los puertos chinos, incluido el de Shanghai, solo para encontrarse con que se les aconsejaba que no hicieran nada. El embajador británico, contento a causa de la división entre los comunistas y Chiang Kai-chek, dijo a los oficiales que aguardaran y observaran. Pero Su Excelencia no acertó a comprender que aquella división en realidad no tenía nada con los extranjeros, ni en bien ni en mal, sino que era un asunto interno puramente chino. La revolución estaba por fin en marcha. No importaba quién fuese el que ahora la dirigiera; tenía que continuar hasta que la China hubiese expulsado a todos los extranjeros y se hubiera convertido en la dueña de su propia casa. Los norteamericanos fueron algo más inteligentes al principio. Creían que podían apoyar al nuevo régimen (con tal de que no estuviera dirigido por un comunista) y sacar ventajas. Estaban dispuestos a convertirse en amigos de los chinos... hasta cierto punto. La mayoría de los norteamericanos no cometían el error típico de los ingleses, para quienes Chiang Kai-chek no era más que «un rojo como los otros». Comprendían que si los extranjeros querían sobrevivir en China, Chiang Kai-chek era su única esperanza a breve plazo, y quizás incluso a largo plazo. Los Estados Unidos organizaron, pues, una ayuda sutil, enviando socorros contra el hambre y planes de organización agrícola. No bien había barrido Chiang a los comunistas y destruido sus asociaciones de campesinos, cuando vio llegar norteamericanos inteligentes, dispuestos a instalarle un sistema de cooperativas de recambio que no conduciría al comunismo. Si Chiang Kai-chek no tenía el dinero necesario para la realización de estos proyectos ni bastante interés por los campesinos, la culpa no era de los norteamericanos. Fue solo veinte años más tarde cuando los Estados Unidos comenzaron a cometer el error imperdonable de dar considerable ayuda material al bando que estaba perdiendo. En 1927, Chiang Kai-chek todavía estaba ganando.

Chiang Kai-chek pudo asesinar en masa a los dirigentes del Partido Comunista y destruir su organización (casi de la noche a la mañana), debido a que el Partido Comunista en aquel entonces era una corporación muy ortodoxa y hacía todo lo que Moscú le decía que hiciese, aunque se tratase de una evidente estupidez. En Moscú, la idea de una revolución comunista con éxito era ridícula si no se basaba en una alianza entre los trabajadores y los intelectuales. Los campesinos, «bestias de carga de la civilización», carecían de importancia. En Moscú no llegaron a comprender que la clave del éxito de una revolución roja china estaba en los campesinos, y no vieron que con un poquitín de ayuda los campesinos podían haber hecho brecha en 1927. En vez de decirle a Chen que siguiera adelante y se adueñase del poder, Moscú le ordenó que se sometiera al Kuo Ming Tang, considerando que el tiempo no estaba maduro todavía para el comunismo en China y que entretanto los comunistas podrían ir minando secretamente al Kuo Ming Tang desde su interior. No comprendieron que había llegado el momento de tomar una decisión: o el comunismo o el Kuo-Ming-Tang había de monopolizar la revolución. Al aconsejar a Chen que se rindiera, tentaron a Chang Kai-chek a la matanza, y él sucumbió a la tentación. En realidad, lo que el Partido Comunista soviético ordenó a sus colegas chinos, fue que se suicidaran. Muchos de los supervivientes de la generación de Mao Tse-tung jamás han podido olvidar esto. Cuando el gobierno de Wuhan se había derrumbado y los comunistas estaban siendo fusilados y estrangulados en toda la China, Moscú dio finalmente nuevas órdenes para «una lucha a muerte en todas las calles». De nuevo vemos en esto que no se comprendía que la fuerza de los comunistas residía en los campesinos, aunque evidentemente ya era tarde para que sirviera de algo el comprenderlo. China tenía que aguardar otros veinte años para su «revolución final».

Los dirigentes del Partido Comunista, obedientes como siempre, quisieron hacer algo y trataron de ganar para su causa a los trabajadores. Pero, en la mayoría de las ciudades importantes, los trabajadores se habían dado cuenta de que el pasarse a los comunistas, que parecían haber perdido su oportunidad, significaba morir a manos del Kuo Ming Tang. El Partido no consiguió sublevar ni una sola ciudad.

Mao Tse-tung al enterarse de la nueva orden dada por Moscú, se golpeó la cabeza con las manos, indignado ante tanta necedad. Él se había pasado toda la vida predicando que la revolución china debía nacer de los arrozales, no de las fábricas. La única esperanza que le quedaba al Partido de salvar la revolución de 1926-27 era tratar de preparar una insurrección a gran escala de los campesinos. Poco después del asesinato de su esposa, entró en contacto con Chou En-lai y con Chuh Teh, jefe del Primer Ejército rojo. Aconsejó a Chou que

llevase su ejército a la provincia de Hunan lo más rápidamente posible. Los obreros de Changcha aun estaban esperando ver si los comunistas tomaban represalias por las matanzas del 10 de agosto. Si las represalias hubieran sido suficientemente brutales, habrían seguido al Ejército rojo a los campos. Los campesinos estaban en su campos esperando que Mao Tse-tung hiciera su aparición en escena con un ejército, como ocasión para poder asesinar a todos los terratenientes y repartirse sus tierras. Chou En-lai y Chuh Teh fueron a ver al presidente del Comité Central, Li Li-san (en «ausencia» de Chen) y le pidieron permiso para la marcha. Al principio, Li se lo negó. Moscú no se había manifestado en cuanto a una insurrección abierta de los campesinos. Esto podría ocurrir más adelante, cuando los obreros se hubieran adueñado del poder. Cuando Li se dio cuenta de que la nueva línea de Moscú era tan estúpida como la antigua, y cambió su no por un sí, era demasiado tarde. El Ejército rojo marchó sobre Changcha y se apoderó de la ciudad, pero fue expulsado de nuevo con pérdidas inmensas. El propio Chuh Teh, el comandante del ejército, tuvo que huir para no caer prisionero. Huyó a los montes Chingkangshan, donde encontró a Mao Tse-tung, que se hallaba en un lugar casi inaccesible, con un ejército particular de comunistas del Hunan compuesto de 1000 hombres. En octubre de 1927 Chuh y Mao izaron la bandera roja en todo lo que quedaba de la China comunista. El encuentro en el pico más alto de Chingkangshan constituye el tema predilecto de pintores, escultores y poetas de la China comunista actual, que aspiran al título de Artistas del Gran Pueblo.

Chiang Kai-chek estaba seguro de haber barrido las últimas formaciones organizadas del Partido Comunista. En la China meridional y central, sus lugartenientes le comunicaron que el Kuo Ming Tang dominaba completamente la situación. Los obreros de las ciudades principales habían ofrecido su apoyo al partido «nacionalista»; además, Chiang podía contar con la clase culta. Los industriales y los comerciantes lo respaldaban porque les prometía protegerles contra la nacionalización por parte de los comunistas y contra la explotación por parte de los extranjeros. Se sentía con fuerzas suficientes para iniciar una campaña que le permitiera controlar a toda la China. Su Expedición Norte, esta vez depurada de comunistas, partió para atacar a los militaristas del Fengtien, apoyados por los japoneses. En 1928 cayó Pekín. El último de los señores de la guerra, Chang Tso-lin, fue «liquidado» por los japoneses, que no veían ninguna ventaja de conservarle con vida. Durante los dos años siguientes, aunque hubo algunos levantamientos menores esporádicos, la China entera, unida bajo Chiang, esperaba ver las promesas que el generalísimo cumpliría. Los japoneses intentaron una o dos veces detener el avance de la Expedición, pero la China estaba resuelta a permanecer intacta, y tales intentos fueron repelidos.

Cuando cayó Pekín, Chiang comunicó a los manes de la dinastía Ming que se disponía a trasladar definitivamente la capital a Nankín. Esta ciudad se hallaba más alejada de los japoneses, y más cerca de la posición central que deberían tener todas las buenas capitales. Según todas las apariencias, Chiang tenía en el bolsillo el país entero; y las potencias occidentales (a pesar de que sus hombres de negocios establecidos en aquellos lugares opinaban que el

generalísimo era un rojo peligroso) reconocieron su régimen y le enviaron embajadores.

Al principio, Chiang parecía estar haciendo todo lo que había prometido. La Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos convinieron en entrar en negociaciones (a las que dieron una gran publicidad) para poner fin a sus privilegios especiales en suelo chino. Chiang pronunció fogosos discursos. Las potencias occidentales, dándose cuenta de que era el único hombre del mundo que demostraba experiencia para derrotar al comunismo, hicieron concesiones. Se cerraron algunos establecimientos, otros fueron puestos bajo administración conjunta. El Ministerio chino de Asuntos exteriores, que siempre efectuó sus asuntos bajo el foco de la publicidad, hizo urgentes peticiones de devolución inmediata de la plena soberanía china sobre las Concesiones extranjeras en Shanghai, Hong Kong y Wi-Hai-Wei. Los intelectuales y los estudiantes, impresionados, aplaudieron cortésmente a Chiang. Los comerciantes y los obreros de las ciudades apreciaban el restablecimiento del orden. Chiang Kaichek comenzó a trabajar para redactar una Constitución para su nueva China. Mientras, se abrieron algunas escuelas, se construyeron algunas carreteras, se repararon los ferrocarriles. Después de veinte años de caos, el orden parecía haber sido restablecido desde Pekín a Cantón, y todos estaban contentos...

En los montes de Chingkangshan, Mao Tse-tung y Chuh Teh trataban de analizar la razón de su fracaso en cuanto a «adueñarse de la revolución», la razón del éxito de Chiang Kai-chek. Inevitablemente, dieron la culpa de todo ello a Moscú. Redactaron su propio manifiesto: hacer caso omiso de las ciudades, pelear en el campo, primero los campesinos, después los obreros; reformar el campo y dejar las fábricas que se las arreglasen por sí solas; reclutar un nuevo Ejército rojo en el campo, vivir allá hasta que hubiera madurado la revolución campesina. Iniciaron la labor del reclutamiento, experimentando diferentes métodos de organizar a los campesinos. Iniciaron las granjas colectivas modelo y las cooperativas en las montañas. De vez en cuando bajaban a los valles, predicando la reforma agraria y estrangulando terratenientes. Inevitablemente, sus actividades llamaron la atención. Los campesinos acudían en tropel a reunirse con ellos; todo partido que fuera enemigo de los terratenientes era amigo de ellos. Los chinos cultos oyeron hablar de Mao, pero lo despreciaron como a un campesino bárbaro por el estilo del líder del Reino Celestial; las propias matanzas perpetradas por Mao durante los años de los montes Kiangsi, le enajenaron gran parte del apoyo que pudiera haber encontrado anteriormente entre los intelectuales, retrasando la alianza de los campesinos y de los intelectuales que posteriormente había de conducirle al éxito.

Los rusos, al enterarse por Li Li-san de la existencia de este joven bandolero que creía en la primacía de los campesinos, se quedaron horrorizados. Estaba tomando en vano el santo nombre del Partido Comunista. Dieron instrucciones a Li Li-san (que tenía su cuartel general secreto en Cantón) para que expulsara a Mao del Comité Central del Partido Comunista chino y le exigiese el reconocimiento de sus «errores». Mao rehusó la autocrítica. En 1929 fue expulsado del Partido Comunista. De todos los errores fundamentales en la historia del Komintern, este fue sin duda el mayor.

Mao permaneció imperturbable ante su expulsión, que sus amigos rehusaron admitir como válida. No porque dudasen de la sabiduría del Politburó ruso o chino, sino simplemente porque en el reglamento del Partido se preveía que no se podía expulsar a un miembro del Comité Central si no se hallaba presente para responder a los cargos que se le hiciesen. El Comité estaba en Cantón y Mao se encontraba en las montañas. Por consiguiente, la expulsión era irregular y no válida. El Ejército rojo seguía creciendo. En diciembre de 1928, Peng Teh-huai halló el modo de llegar hasta el escondrijo llevando consigo un ejército privado que había reclutado en la frontera de Hunan-Hupeh-Kiangsi. El nuevo ejército efectuaba de vez en cuando incursiones a los campos circundantes, para matar terratenientes y organizar granjas cooperativas, cada una de ellas protegida por una buena guarnición, las llamadas «bases revolucionarias». En 1929, Mao condujo una expedición hacia el Kiangsi meridional y el Fukien occidental, donde estableció su base revolucionaria principal con Juichin como su centro administrativo. Al iniciarse el año 1930, había 15 bases, protegidas por un Ejército rojo que había crecido hasta alcanzar el número de 60 000 hombres. Las bases revolucionarias llegaron a ser el modelo para la cooperación entre los soldados y los campesinos en la China controlada por los comunistas hasta la capitulación del Kuo Ming Tang en el año 1949.

Chiang Kai-chek ovó con una mezcla de cólera y de incredulidad los rumores que circulaban acerca del robustecimiento del Ejército rojo. Sus hombres en las provincias le habían dicho que la actividad comunista efectiva estaba tocando a su fin. Sabía de la existencia de Mao Tse-tung como una especie de Robin de los Bosques, pero no le tomaba en serio. Ahora se le aseguraba que Robin había llegado a poseer un ejército de 60 000 soldados y que contaba con el apoyo de unos dos millones de campesinos. También había oído decir Chiang que los japoneses estaban preparando una seria ofensiva en las zonas en litigio de la Manchuria, ofensiva que podría convertirse en una invasión en gran escala de la China. Si quería hacer frente a los japoneses, tenía que desembarazarse primero de los comunistas. Esta es la interpretación más caritativa que pueda darse de la acción de Chiang a partir del año 1930. Desde luego, durante los seis años siguientes, hizo caso omiso de los japoneses mientras estos avanzaban incesantemente en el interior de la China. Ordenó a sus tropas que se concentrasen en los comunistas y dejasen a los japoneses. Quizá la creciente ferocidad de su campaña anti-Mao estaba destinada a interpretar a los estudiantes. Quizá estuviera destinada a apartar la atención de su ostensible incapacidad en aliviar el tercer período de hambre de la China septentrional, aunque sus enemigos afirmaban que Chiang no enviaba ayuda a las zonas afectadas por el hambre porque esperaba debilitar a los dos gobernadores de la China del Noroeste, Yen Hsi-shan y Feng Yu-hsiang, que eran ambos rivales de él en potencia. Sean cuales fuesen sus motivos, durante los seis años siguientes toda la economía china fue utilizada para borrar las huellas del comunismo en las ciudades y en el campo; luego, prosiguió regularmente esta política, hasta que él mismo fue expulsado de la China por ese mismo comunismo.

Mao no sentía miedo ante un contraataque del Kuo Ming Tang. Su organización de la producción en el campo dondequiera que le fuera posible establecer guarniciones había dado a su gobierno de obreros y campesinos una amplia base de apoyo popular. No había quinta columna en los montes Kiangsi. No solamente los campesinos pobres se habían unido de todo corazón a las diferentes experiencias de propiedad colectiva, sino que incluso pequeños comerciantes e industriales habían ingresado en las filas del Partido Comunista. Todas las deudas y contribuciones con respecto al gobierno central de Nankín fueron «canceladas» y todo el mundo comenzó de nuevo con Mao. Cualesquiera que fuesen los diversos motivos que impulsaran a la gente a unirse a él, no había traidores en sus bases. Y también sabía que solamente un genio de las guerrillas podría hacer salir a su ejército de los montes Chingkangshan. Este macizo montañoso se extiende más de ciento sesenta kilómetros a lo largo de la frontera que separa Hunan de Kiangsi. Solamente hay cinco caminos que conducen al escondrijo que ocupaba en entonces Mao, y son estos unos desfiladeros angostos labrados en la roca por torrentes de rápida corriente. Para subir, es preciso seguir el lecho de estos torrentes. Un enemigo puede fácilmente ser avistado y abatido con el fusil a unos ochocientos metros de distancia. Inevitablemente, la inaccesibilidad del cuartel general dificultaba el problema de los abastecimientos. El suministro médico brillaba poco menos que por su ausencia y Mao se aficionó a las hierbas medicinales y a los polvos preparados por los campesinos, que todavía compiten hoy con la penicilina en las farmacias de la República Popular. Los alimentos subían desde el valle acarreados por los hombres. Todo lo que podía ser secado, ahumado y almacenado se guardaba en previsión de un asedio. En la montaña misma, los soldados se entretenían criando cabras y cerdos; un vaso de leche o una buena chuleta daba variación a su sustento. La moral era elevada, y las armas de fuego, aunque a menudo viejas, se hallaban en buen estado.

En noviembre de 1930, Chiang Kai-chek lanzó su primera campaña de cerco. Su cuerpo expedicionario contaba con 100 000 hombres y concentraba todos los esfuerzos contra la base revolucionaria central de Juichin, con una guarnición de 40 000 hombres, normalmente al mando de Chuh Teh. Al saber que las tropas de Chiang estaban rodeando Juichin, Mao Tse-tung mismo condujo un comando de 9000 soldados escogidos a través de las líneas enemigas y los atacó de noche, cerca de Ningtu, en la vertiente Kiangsi de las montañas. Cogido de improvisto, atacado en el lugar en que menos contaba por un ejército que creía completamente imaginario, el «primer ejército de cerco» huyó a la desbandada.

En febrero de 1931, Chiang Kai-chek dobló el efectivo de sus fuerzas en el Hunan (hasta 200 000 soldados) y lanzó su segunda campaña de cerco. Esta vez las tropas cometieron el trágico error de arrojarse sobre los campesinos de la base misma y fusilarlos como colaboracionistas; esto motivó que, espontáneamente, naciese un nuevo «ejército sin armas» dondequiera que los hombres de Chiang se detuviesen para reorganizarse. A fines de abril, toda la frontera Kiangsi-Fukien se hallaba en un estado de franca revuelta sin que el cuerpo expedicionario de Chiang hubiera visto a un solo soldado rojo. En

mayo, Mao hizo salir a su ejército y rechazó al segundo ejército de cerco hasta Fukien, a los largo de las montañas, haciéndole retroceder 300 kilómetros en el tiempo récord de catorce días. Las tropas de Chiang no cesaron de huir; luego, completamente desmoralizadas, se dirigieron en desorden hacia el este. Cuando Chiang recibió en Nankín la noticia de esta segunda humillación, fue enseguida a ver a sus oficiales de enlace en las legaciones británica, alemana y japonesa con el fin de proponerles una «campaña internacional para reducir a los comunistas». Ninguna de las legaciones extranjeras manifestó entusiasmo por esta idea. Solamente se contentaron con prestarle a Chiang «expertos militares», la mayoría de los cuales no había tenido jamás experiencia alguna de guerrillas ni del combate en las montañas. La única excepción la constituía el consejero militar británico, que, habiendo servido en la India, conocía la guerra de montaña; pero el inglés se vio tan mal secundado por los servicios de información nacionalistas, que su consejo generalmente resultaba tardío.

Chiang lanzó 320 000 hombres en su tercera campaña de cerco. Trataron de atacar de frente a lo largo de la frontera de Kiangsi y fueron derrotados en Hsingkuo. Intentaron infiltrarse en las montañas y fueron abatidos como pichones. Lucharon dos veces más en Hsingkuo y dos veces volvieron a ser derrotados, dejando tras de sí 30 000 cadáveres. Desalentado por el momento, Chiang abandonó la «pacificación interna» y trató de hallar otros medios de liquidar la ridícula República de Obreros y Campesinos de Mao.

El consejero japonés de la tercera campaña de cerco envió un informe a Tokio diciendo que las fuerzas de Chiang Kai-chek eran incapaces de destruir siquiera a un bandido como Mao Tse-tung y que, por lo tanto, sería impotente contra el Ejército japonés. Animados por ello, los japoneses lanzaron un ataque inesperado en la noche del 18 de septiembre de 1931. Fue el comienzo de la guerra con el Japón, que había de durar catorce años. Al principio, Chiang no lo creía. Cuando le informaron del incidente de Mukden, se echó a reír y dijo: «Aun cuando fuera verdad, preferiría ver la China invadida por los japoneses que conquistada por los comunistas». No era esta precisamente una observación destinada a granjearle las simpatías de sus partidarios nacionalistas.

El 19 de septiembre, cuando se le hubo confirmado el informe de Mukden, Chiang ordenó a sus tropas batirse en retirada hacia el sur e instalarse en posiciones más fáciles de defender. Esta medida se justificaba desde el punto de vista estratégico, pero políticamente era una nueva tontería. El 22 de septiembre, el Partido Comunista en Kiangsi publicaba una Declaración llamando «al país entero a luchar contra el imperialismo en el noroeste». Enseguida siguió a esta otra declaración, esta vez en Cantón, en la que Li Li-san y el «verdadero» Comité Central del Partido seguían sin reconocer el partido comunista de Mao Tse-tung, atrincherado en el triángulo Kiangsi-Hunan-Hopeh. Ambas declaraciones eran políticamente inteligentes, pero carecían prácticamente de importancia. En ninguna parte de la China había un solo soldado comunista a menos de ciento cincuenta kilómetros de distancia de una unidad japonesa. La promesa de «enviar inmediatamente al Ejército rojo para proseguir la lucha» no era más que una hermosa frase.

El 10 de octubre de 1931, Chiang comprendió toda la eficacia política de las declaraciones comunistas; aquel día, las manifestaciones que celebraban el aniversario de la Revolución de 1911 se convirtieron espontáneamente en un inmenso grito de guerra colectivo pidiendo la lucha contra el Japón. No era solamente una manifestación obrera organizada rutinariamente por el Partido Comunista. De todas partes habían acudido los estudiantes a Nankín para tomar parte en ella. En Shanghai y en Pekín, gentes de todas las clases y filiaciones políticas se alistaron en el cuerpo de voluntarios para luchar contra el Japón. Los comerciantes de las ciudades principales, sin hacer caso de los consejos del Kuo Ming Tang, iniciaron un boicot de los géneros japoneses y decidieron poner fin, de la noche a la mañana, a toda relación comercial con el Japón. Incluso periódicos que normalmente simpatizaban con el Kuo Ming Tang, publicaban artículos en los que instaban a Chiang para que no perdiese más tiempo y dinero persiguiendo «bandidos» y concentrase sus fuerzas en la tarea de unir al país contra los japoneses. El 4 de noviembre, 30 000 estudiantes se manifestaron en Nankín. Fue el comienzo de la constante pérdida de apoyo que sufrió Chiang entre los chinos cultos de los cuales dependía todo el aparato de su gobierno. La manifestación fue acogida con la característica y eficaz brutalidad. La policía abrió fuego contra los manifestantes y siguió disparando hasta que los que quedaban con vida lograron huir, dando traspiés por encima de los cadáveres.

Volvieron a producirse huelgas en toda la China. En el norte, los obreros de Shenyang, Anshan y Fushan abandonaron el trabajo, se armaron y huyeron a las montañas. Se formaron a lo largo de las riberas del río Sungari y en los montes Changpai guerrillas que acosaban a los japoneses desde todos los lados. Pero los japoneses seguían avanzando. En el mes de noviembre, cruzaron el puente sobre el Nunkiang, en Tsitsihar, derrotando una división escogida del Kuo Ming Tang, a las órdenes de Ma Chanshan. Habiendo barrido a la mavor parte de las fuerzas de Ma, siguieron avanzando hacia el sur, en dirección a Shanghai. Un cuerpo de voluntarios que contaba 300 000 hombres y mujeres armados diversamente, se formó en la retaguardia de los japoneses. Este pequeño ejército no estaba dirigido por comunistas ni obraba en modo alguno bajo influencia comunista. Durante las primeras semanas del año 1932, demostró su eficacia atacando con éxito las ciudades en las que había guarnición y causando estragos en las líneas de abastecimiento japonesas. Pero por motivos inexplicables, Chiang se negó a enviarles oficiales o armas, y el cuerpo se vio obligado a disolverse y sus miembros se esparcieron por los campos, en espera de que llegasen, si habían de llegar alguna vez, los comunistas.

El 28 de enero de 1932, el Ejército japonés llegó a los arrabales de Shanghai. Su comandante en jefe se jactaba de que en cuatro horas podía tomar la ciudad, y muchos observadores extranjeros, encerrados en sus casas, se sentían inclinados a darle la razón. Por ello la sorpresa fue completa cuando el XIX Ejército de Marcha chino (guarnición de Shanghai) no solo consiguió contener a los japoneses, sino que los rechazó hasta Woosung, en el estuario del Yangtse. Toda la población china cerró sus filas alrededor del XIX Ejército de Marcha. Los chinos de ultramar enviaron dinero y alimentos lo más rápidamente

que les fue posible. Estudiantes y comerciantes abrieron e hicieron funcionar hospitales de urgencia y depósitos de suministros. El alto mando japonés estaba atónito. Nadie hubiera creído que los chinos pudieran reunir siquiera una división bien entrenada, y mucho menos todo un ejército eficiente. Entre fines de enero y comienzos de marzo de 1932, el Japón movilizó un tercio de todas sus fuerzas regulares, navales y de tierra. Era evidente que la conquista de China iba a resultar más difícil de lo que en un principio habían creído. Las fuerzas armadas japonesas se aumentaron hasta contar 100 000 hombres, y el mando fue cambiado cuatro veces en otras tantas semanas, en un esfuerzo por hallar algún medio para reducir a la ciudad. Finalmente, los 42 000 supervivientes del XIX Ejército se vieron obligados a abandonar la ciudad y replegarse hacia el oeste, a lo largo del Yang-tse.

El 5 de mayo, el Kuo Ming Tang firmó un tratado de paz con el Japón en Shanghai. No se permitiría que hubiera tropas chinas estacionadas cerca de la ciudad, que en el futuro tendría una guarnición japonesa. Y Chiang Kai-chek se comprometía a «hacer cesar toda acción antijaponesa en cualquier lugar de la China en donde pudiera producirse».

En junio del mismo año 1932, Mao Tse-tung organizó sus primeras elecciones en el soviet de Kiangsi; ganó el Partido Comunista, único candidato. Mao fue elegido presidente del Consejo ejecutivo del Gobierno de Obreros y Campesinos, cargo que ha venido conservando hasta ahora [6]. El 10 de junio, en nombre de su gobierno, Mao declaró la guerra al Japón.

Esta manifestación de pura insolencia molestó tanto a los japoneses como al mismo Chiang Kai-chek. El comandante en jefe japonés requirió a Chiang para que observara las cláusulas del tratado y eliminase a los bandidos, sin reparar en gastos de hombres y de material.

A fines de junio, Chiang movilizó medio millón de hombres y atacó las bases revolucionarias de Hupeh y Juichin. Esta campaña no tuvo más éxito que las anteriores, y Chiang volvió a los japoneses en nueva demanda de consejos. Los japoneses solo pudieron darle uno: que dejara de jugar a los soldados en las montañas y asediara al Ejército rojo hasta que se rindiera por hambre. En el otoño de 1932 se efectuó un bloqueo completo de la provincia natal de Mao. Mao respondió al bloqueo con una reorganización completa del soviet de Kiangsi. Escribió luego lo siguiente:

Nuestro esfuerzo económico principal frente al bloqueo fue el aumentar la producción agrícola y de este modo asegurarnos un aprovisionamiento de cereales que cubriese las necesidades del Ejército rojo, así como algunas materias primas para las industrias que habíamos creado nosotros mismos. Los campesinos aún no colectivizados fueron organizados en grupos de asistencia mutua y en equipos de trabajo agrícola. Se fundó una nueva cooperativa en la que los bueyes de tiro y otros animales eran mantenidos y llevados al trabajo por varias familias. Nos hemos hecho totalmente independientes del mundo exterior, hemos establecido industrias para fabricar papel, tejer e hilar las telas, refinar el azúcar, extraer el wolframio y producir nuestros propios aperos de labranza. Incluso hemos llegado a comerciar con comerciantes que eran hos-

tiles al bloqueo, haciendo pasar wolframio más allá de la base, para cambiarlo por sal y tejidos de lana.

En la República de Kiangsi, relativamente pequeña y aislada del mundo, la vida continuaba como si Chiang Kai-chek no existiese. El nivel de vida de la población civil de la bases era mantenido constante para asegurar su lealtad, y para muchos de los campesinos más pobres el soviet representó por primera vez en su vida una seguridad personal y de subsistencia. Al Ejército rojo nunca le faltaban reclutas, a pesar de la dureza de su entrenamiento y de que no gozaba de especiales privilegios. Mao Tse-tung no tenía más que ir a darse una vuelta por las cooperativas e insinuar que se sentía capaz de equipar otro batallón con fusiles robados, para que enseguida se formara detrás de él el batallón dispuesto a comenzar el entrenamiento. En una ciudad del distrito de Shanghai, el 86% de todos los hombres y mujeres de menos de treinta años de edad se habían alistado en el Ejército rojo en octubre de 1933, y todos eran voluntarios. Había por todas partes escuelas en las que se enseñaba afanosamente a los campesinos a leer y escribir y a mostrarse agradecidos al Partido Comunista. El propio Mao Tse-tung lanzó un nuevo periódico en el que publicaba sus propias poesías y órdenes del día. En un espléndido aislamiento, un grupo de estudiantes que habían venido a unirse al ejército, iniciaron lo que ellos llamaron la Escuela Dramática Gorki, que enseñaba a más de un millar de actores y actrices detrás de las barricadas, recorría los frentes de batalla y las aldeas dentro de las bases y formó un repertorio de dramas rurales representados por la misma gente del campo. Todo esto sucedía en una parte de la China que estaba bloqueada por el gobierno legítimo y estaba desautorizada por la mayor parte del resto del mundo. La Unión Soviética no podía hacerle llegar ninguna instrucción ni suministro alguno; en realidad, los rusos seguían oficialmente ligados al Partido de Cantón, el cual había expulsado a Mao. El Partido Comunista en Cantón consistía ahora en un pequeño Politburó que se había sentado a escribir tratados marxistas ortodoxos. Había perdido todo contacto con el pueblo chino, incluso con los «obreros», los predilectos del Komintern, cuya causa suponían ellos que estaban defendiendo contra la herética primacía que Mao Tse-tung concedía a los campesinos.

En febrero de 1933, los japoneses atacaron Jehol, Juego avanzaron a través de la China septentrional para cercar a Pekín y Tientsing. Todo el mundo aguardaba un nuevo «milagro de Shanghai»: Esta vez, escribían los observadores militares extranjeros, las fuerzas del Kuo Ming Tang superaban al Ejército japonés en la proporción de diez contra uno. Si los chinos se mostraban la mitad de valientes que su XIX Ejército de Marcha (que había contenido el avance de unos efectivos dos veces más poderosos en Shanghai), entonces este último Ejército japonés invasor debería ser rechazado rápidamente y sin más preámbulos. Pero, cosa evidentemente inexplicable, Chiang Kai-chek ordenó a sus tropas que se retirasen de la «zona de batalla» y prohibió cualquier clase de resistencia frente al enemigo. En realidad, rehusó reconocerlo como tal enemigo. En mayo de 1933, firmó el Acuerdo de Tangku, capitulación evidentemente inútil, garantizando la soberanía japonesa sobre las provincias

del noreste [7] y evacuando Hopei. La Gran Muralla de China cayó en manos de los japoneses. Nadie sabía qué triunfos guardaba Chiang en su manga, pero sus partidarios esperaban todavía que esta humillante pérdida de prestigio tuviera un sentido oculto.

En junio de 1933, los japoneses entraron en Chahar [8]. De nuevo se les había prohibido a las tropas luchar, pero esta vez Chiang Kai-chek había ido demasiado lejos. Feng Yu-siang y Fang Chen-wu, dos generales del Kuo Ming Tang, estaban ya cansados de tanta retirada. Organizaron por propia iniciativa lo que ellos llamaron el Ejército Aliado Antijaponés del Pueblo y en un día expulsaron a los japoneses de Chahar y los hicieron volver a la carretera de la Muralla, de donde habían venido. Al propio tiempo, el Estado Mayor del heroico XIX Ejército de Marcha, que había sido retirado del frente antijaponés para hacerle participar en el bloqueo contra Mao, decidió recuperar su libertad. Estos oficiales proclamaron su intención de abandonar el bloqueo y establecer su propio gobierno en Fukien (el Gobierno Revolucionario y Popular de la República china) No estaban dispuestos a servir a gobernar con Mao, pero declararon que tenían la intención de combatir a los japoneses al lado del Ejército rojo. Ningún soldado comunista había podido hasta entonces disparar un solo cartucho contra las tropas japonesas.

Chiang Kai-chek esperaba que ocurriera esto. Se valió de las defecciones de Feng y del XIX Ejército de Marcha para amedrentar a los demás generales y convencerles a que apoyasen su próxima campaña contra los comunistas. Estaba preparándose para otra campaña, les dijo, esta vez con ayuda de los japoneses. Les había «arrendado» el norte de la China a cambio de su ayuda, pero, naturalmente, agregó, «cuando hayamos saldado nuestra cuenta con los comunistas, podremos fácilmente saldar la que tenemos con los japoneses». Sus amigos se sintieron aliviados al enterarse de que su jefe no era un traidor, sino simplemente un hombre hundido hasta el cuello en la intriga, como de costumbre; consintieron, pues, en seguir prestando su apoyo a su gobierno. Los oficiales tenían ciertas dudas, pero les parecía que los hombres del XIX Ejército se habían comportado como rebeldes y malos soldados. Querían combatir a los comunistas, incluso al lado de los japoneses, pero con la condición de que un día les fuera permitido volverse contra esos mismos japoneses.

En octubre de 1933, Chiang Kai-chek lanzó al ataque los contingentes que bloqueaban al Ejército rojo de Mao Tse-tung. Tenía casi un millón de hombres acampados alrededor de las bases revolucionarias, todos ellos bien armados, pertrechados y dirigidos. Tenía numerosos asesores militares alemanes, norteamericanos, japoneses y franceses. En cuanto a Gran Bretaña, hay que decir en su honor que no tomó parte alguna en esta discutible maniobra chino-japonesa. El avance de Chiang era lento y seguro. Sus tropas se adueñaban de un kilómetro cuadrado aproximadamente y entonces construían blocaos a cada centenar de metros. A medida que el frente iba avanzando, los blocaos de la última línea eran desmantelados y reconstruidos en el terreno recién conquistado. Era una forma increíblemente dispendiosa de sujetar lo que se

tenía agarrado, pero era la única estrategia capaz de reducir al Ejército rojo, demasiado bien atrincherado para que pudiera ser tomado por asalto.

Mao Tse-tung miraba cómo las líneas de blocaos se arrastraban al pie de las colinas, sin perder la serenidad. Tardarían por lo menos un año en llegar a la base central, y con la velocidad con que procedían, tardarían cinco años o más en llegar a su escondrijo. Pero, inevitablemente llegarían algún día. Y esta presión gigantesca comenzaba a enervar a algunos miembros del Consejo supremo del Ejército rojo, que Mao había querido siempre dirigir de un modo tan democrático como le permitía su nacionalidad y su credo político. Algunos miembros, principalmente Peng Teh-huai, opinaban que se hacía peligroso salir de las bases para atraer a las fuerzas del Kuo Ming Tang hacia las angostas gargantas, al pie de las colinas donde siempre habían sido aniquiladas. Por mayoría, con la abstención de Mao, que había adoptado la actitud de una Buda desaprobador, el Consejo decidió hacer cesar tanto como fuera posible los movimientos de tropas y mantenerse fuera del alcance del enemigo. La política que había elegido el Consejo era, en realidad, la equivocada. El Ejército rojo tenía que haber continuado acosando al ejército de cerco, atrayéndole hacia las colinas y desmoralizándolo hasta que vieran llegada la ocasión para una acción a mayor escala. Luego, cuando se hubieran ganado las batallas menores, podrían retirarse con el botín a descansar. Habiendo sido depurado Peng Teh-huai en 1959, después del fracaso del Gran Salto, su error es actualmente reconocido en China. La historia del Partido dice lo siguiente:

En el momento crítico del bloqueo, algunos de los miembros dirigentes del Partido Comunista y especialmente el desviacionista Peng Teh-huai, adoptaron una errónea política de defensa pasiva, apartándose de los principios estratégicos establecidos por Mao Tse-tung, a saber: atraer al enemigo hacia el interior de nuestro territorio, luego concentrar fuerzas superiores para atacar sus puntos débiles y barrer los contingentes enemigos uno tras otro en una guerra móvil.

Le costó a Mao casi un año cambiar la decisión del Consejo y empezar a hacer la guerra a su modo. Cuando lo consiguió, la moral de los hombres subió inmediatamente y un éxito sucedió a otro éxito. Pero estos eran relativos. En octubre de 1934, un millón de nacionalistas estaban aún cercando, cada vez más estrechamente, al soviet de Kiangsi.

El 11 de octubre de 1934, Chuh Teh y Chou En-lai fueron a la cueva de Mao a hacer su informe mensual. Mao Tse-tung, sentado en el suelo, estaba espolvoreando con pimienta roja su cuenco de arroz. A su lado, de pie, sonriendo, se hallaba su nueva esposa, una joven que para estar con él había trepado por el lecho de un torrente. Chou y Chuh estaban sentados en el suelo junto a él y le entregaron el estadillo mensual de los alistamientos y de las bajas sufridas. Él seguía comiendo. Consideradas todas las cosas, el estado del Ejército rojo era satisfactorio. Ahora eran raros los nuevos alistamientos, pero las bajas eran «normales»: en el pasado mes, solamente habían muerto, armados o sin

armas, 10 000 hombres y mujeres. Y el Ejército rojo contaba todavía 70 000 soldados en excelentes condiciones.

Chou En-lai aguardó a que el jefe hubiera terminado de comer su cuenco de arroz, para decir:

—Hasta ahora, hemos vivido de nuestras reservas. Ya no hay suficiente cantidad de víveres para el invierno y solamente disponemos de municiones para hacer frente a un ataque de importancia. Ya no nos llegan suministros. Y nos es imposible salir de aquí.

Mao levantó los ojos para mirarle y sonrió. Se pasó la mano por sus largos cabellos negros. Luego se inclinó y extendió un mapa sobre el sucio suelo de la cueva.

—Ya he decidido salir —dijo—. No hay nada imposible. Aquí, en Juichin —prosiguió, señalando un desfiladero cercano a la base central—, el Kuo Ming Tang es débil. Chiang Kai-chek ha fusilado a muchos oficiales que querían luchar contra los japoneses, y sus hombres están descontentos. Pasaremos por ahí.

Chuh Teh miró el tosco mapa de China que Mao había dibujado en el suelo.

—Iremos hacia el norte, hacia las montañas que se alzan por encima del río Amarillo —prosiguió diciendo Mao—, hacia la línea del frente. Los japoneses están allí y Chiang Kai-chek no tiene amigos en la provincia de Shensi. Podremos encontrar comida allí y continuar la lucha. Tomaremos prestados suministros de los mismos japoneses.

Chuh Teh volvió a lanzar una mirada al mapa, luego volvió a mirar a Mao.

—Pero Shensi se encuentra cerca de diez mil kilómetros de distancia dijo—. ¿Cómo haremos para llegar hasta allá?

Mao Tse-tung se levantó y trazó una línea con el pie en el sucio suelo de la cueva.

-Marcharemos -dijo.

6. LA LARGA MARCHA

La Larga Marcha del Primer Ejército rojo es una de las proezas más increíbles del siglo XX. Mao Tse-tung trasladó todo el soviet del Kiangsi, civiles y militares mezclados, desde la parte central y meridional de la China hasta su extremo norte, recorriendo a pie cerca de 12 000 kilómetros a través de territorio inhóspito, acosado por tropas enemigas mucho más poderosas. Su éxito constituye el más hermoso tributo a su extraordinario talento de jefe y a su incomparable de inspirar lealtad y abnegación.

El 29 de octubre de 1934 [9], el contingente principal del Ejército rojo, de unos 50 000 hombres, abandonó las bases revolucionarias, bajó a lo largo de los cinco torrentes y pasó por delante de los centinelas de Chiang Kai-chek, profundamente dormidos en sus posiciones más allá de Juichin. Era un ejército extraño. Pocos de los hombres y ninguna de las mujeres llevaban uniformes. La única insignia era una estrella roja, toscamente recortada y cosida sobre los gorros. Las armas eran tan heteróclitas como la vestimenta. Había fusiles ingleses y norteamericanos capturados a Chiang Kai-chek. Había un puñado de ametralladoras rusas, que no todas funcionaban. Algunos fusiles llevaban un sable a guisa de bayoneta, otros una hoz corta. Millares de hombres tenían como única arma un cuchillo o un garfio sujeto a un bastón y «participaban» en cierto modo de la posesión de un arma de fuego. La mayoría de ellos llevaban vendajes en los que la sangre se había coagulado desde hacía tiempo. Nadie se quejaba. Nadie decía una palabra.

La retaguardia del Ejército rojo despertó a los centinelas del Kuo Ming Tang poco después de que hubiera pasado el grueso de la tropa. La retaguardia destruyó la guarnición nacionalista, pero al precio de un verdadero suicidio. Algunos centenares de hombres lograron salvarse, huyeron a las montañas y permanecieron en ellas los trece años siguientes.

El Ejército rojo propiamente dicho avanzó a través de los contrafuertes a un paso que habría dejado atónito al propio Aníbal, franqueó el enclave de la provincia de Kwangtung para penetrar en el Hunan. Mao dijo adiós a su provincia natal. No la volvería a ver hasta que la China estuviera casi completamente en su bolsillo. Luego el largo cortejo desfiló por la extremidad norte de Kiangsi, aclamado por aquellos campesinos que rehusaban unirse a la Marcha, pero que le deseaban el mayor éxito posible. A principios de diciembre se hallaban provisionalmente a salvo en las montañas Kwangsi-Kweichow, donde viven los pueblos miao y yao. Ni los miao ni los yao simpatizaban con Chiang Kaichek. Chiang enviaba precipitadamente tropas dondequiera que se rumorease que se hallaba acuartelada la Marcha, solo para encontrarse con que se le había informado mal, que toda la gente del campo estaba conspirando para enmascarar la empresa. El 9 de diciembre, Chiang, siempre optimista, publi-

caba un comunicado anunciando que el Ejército rojo se había desintegrado bajo el ataque combinado de las fuerzas de la naturaleza y de las del Ejército del Kuo Ming Tang; en adelante, ya no volvería a hablarse más de él. Habría de publicar estos optimistas boletines, uno tras otro, durante los doce meses siguientes.

El 10 de diciembre, Mao, al frente de su ejército, abandonó las montañas para descender al valle del río Wukiang. Llegaron al río propiamente dicho el día 20 de diciembre, pero lo hallaron en plena crecida a causa de las lluvias y custodiado por la división local del Kuo Ming Tang, bien resguardada en la otra orilla.

El 11 de diciembre, Mao pasó revista a sus «tropas». Los primeros 1500 kilómetros del viaje (cuyo total sería de 12 000) habían cobrado su tributo: 7000 heridos; los más, graves. El resto de los hombres estaba hambriento, cansado y desmoralizado. Peng Teh-huai sugería que todos se retirasen a invernar a los montes Miao, para descansar y recuperar fuerzas; la Marcha podría reanudarse durante la primavera. Mao Tse-tung dijo entonces:

—En un viaje como este, no hay regreso. Los débiles morirán, pero morirán con valor.

El 16 de diciembre, el Ejército rojo, como una hilera de hormigas, descendió lentamente hacia el Wukiang, a través de una granizada de balas de fusil y de ametralladora. Millares de hombres murieron en las riberas, otros millares perecieron ahogados en las aguas crecidas aguas del río mismo. Los supervivientes solo se detenían el tiempo suficiente para arrancar de los cadáveres los fusiles y las cartucheras. Hacia el atardecer del día siguiente, las tropas del Kuo Ming Tang se hallaban tan desmoralizadas por la evidente ineficacia de sus disparos, que emprendieron la fuga. Trece mil hombres perdieron la vida en el Wukiang. Los débiles murieron con valor.

Una vez se hallaron en la orilla opuesta, la Marcha continuó hacia el norte, durante 500 kilómetros, con dirección a la frontera de la provincia de Szechuan. Allí, Chou En-lai, jefe de la vanguardia, se enteró de la presencia inminente de importantes refuerzos del Kuo Ming Tang que se dirigían hacia el suroeste. (Durante toda la marcha, Chou dispuso siempre de una información oportuna y detallada que le suministraban los campesinos locales). Mao ordenó, pues, a toda aquella procesión que doblase hacia el sur y continuara avanzando durante tres días con sus noches, sin dormir, hasta que volvieron a divisar el Wukiang. Al llegar a Tsunyi, dio la orden de detenerse. Allí, en un pabellón con tejado de pagoda, conservado actualmente como monumento nacional, convocó el Consejo revolucionario: el Politburó más el Consejo del Ejército rojo. Algunos líderes del Partido de Cantón habían conseguido reunirse con él antes de que cruzara el Wukiang y Mao pidió a este comité ampliado algo que remotamente se parecía a un voto de confianza. Había conducido la Marcha haciéndola salir de las bases, a través de cinco provincias, franqueando dos cadenas de montañas y cruzando un río ensangrentado. Aproximadamente unos 20 000 de sus hombres habían muerto y solamente se había recorrido una tercera parte del camino. Ahora ya no había ningún itinerario directo hacia la seguridad relativa que ofrecía el norte. Chiang había obstruido la ruta. Mao había de persuadir al Consejo para que le siguiera hacia el oeste y hacia el norte, con dirección a la frontera tibetana, luego de nuevo hacia el noreste, a través de las nieves. La alternativa consistía en hacer como había sugerido Peng antes de cruzar el río, regresar a las aldeas de los miao para descansar durante el resto del invierno. Esto para él era inconcebible, aparte el hecho de que si alguna vez se detenían por un tiempo algo prolongado en un lugar, Chiang los atraparía y los destruiría.

Mao expuso lacónicamente su caso ante un auditorio impresionante: El orador escrutó los semblantes inquietos de sus amigos y las caras impasibles de los cantoneses; luego abandonó la pieza y se dirigió a la galería, en el primer piso del pabellón. El Consejo se quedó a deliberar.

Mao Tse-tung aguardaba. Al cabo de dos horas, Chou En-lai fue a su encuentro. Permaneció un instante silencioso, junto a su jefe, mirando hacia el valle del Wukiang.

-Todos quisiéramos ir al Tibet.

Mao esbozó una leve sonrisa, giró sobre sus talones y se encaminó hacia la cabaña en la que había establecido su cuartel general. El Politburó acababa de confirmar su posición de dirigente del único partido comunista activo que había en el este [10]. Desde entonces, también Moscú le reconocería. Era de presumir que su expulsión del Partido sería borrada de los registros. Ocurriera ahora lo que ocurriera, nada podía discutir su autoridad. Si todo iba bien, una día Mao Tse-tung llegaría a encarnar a la China. Abrió la puerta de su cabaña y entró. Sabía lo que allí encontraría. Su segunda esposa, casi muerta de fatiga, se movía débilmente sobre un montón de sacos.

-Nos vamos al Tibet -le dijo Mao.

Cinco horas después, la joven fallecía.

Mao volvió a cruzar el Wukiang, pero esta vez sin tener que luchar, y atravesó la provincia de Kweichow para entrar en el Yunnan. En Yunnan obtuvo sus primeros reclutas. La provincia de Yunnan formaba parte nominalmente de la China y nominalmente era leal al Kuo Ming Tang. Estaba gobernada por un «comisario de la pacificación», Lu Han, y dos bandidos de gran categoría, Chang «Treinta y Seis Caballos» (el gobernador militar), y Lung «Tigre Enjaulado» (el gobernador civil), conforme a los mismos sanos principios de gobierno practicados en Yunnan durante los pasados mil años. Allí todo el mundo era un bandido o un administrador o un comerciante que vivían a merced de los bandidos. Los bandidos más hábiles llegaban a gobernadores o comisarios o a millonarios locales; los menores no era fieles a nadie más que a sí mismos y desconfiaban de todo aquel que ejerciera una autoridad. La agricultura estaba casi exclusivamente consagrada al opio, de suerte que había siempre millares de campesinos parados, dispuestos a elegir el bandolerismo como medio de ganarse la vida, por no decir como vocación. Mao los clasificó a todos ellos como rojos o como blancos. A los bandidos blancos solamente se les podía comprar, y la mayoría de ellos eventualmente se unieron al Kuo Ming Tang. A los bandidos rojos se les podía convertir. Mao Tse-tung les convirtió. Los necesitaba para que le guiasen a través de la provincia, donde a menudo no había carreteras ni senderos claros a través de las montañas. El hecho de que él fuese el dirigente del partido del pueblo no le habría salvado de los Robin de los Bosques locales, a menos que tuviera a algunos de ellos a su lado.

Con su «cuerpo auxiliar» de bandidos en la vanguardia y en la retaguardia, Mao se dirigió al norte, cruzando el río Chinsha para entrar en Sikiang. Tuvo que librar, sin embargo, algunos combates contra Chiang «Treinta y Seis Caballos», el cual había sido espoleado a la actividad por el gobierno de Nankín con la amenaza de que si los comunistas llegaban a adueñarse del poder perdería su monopolio del tráfico del opio.

El viaje a través de la parte sureste de Sikiang se realizó de un modo relativamente tranquilo. El tiempo era malo, los víveres escaseaban (a Mao le costó mucho trabajo impedir que su cuerpo de bandidos saquearan las aldeas por las cuales pasaban), pero por lo menos se las arreglaron para evitar encontrarse con «el enemigo». Su marcha se vio interrumpida a orillas del río Tatu, flanqueado por altas montañas que no ofrecían cobijo alguno y que como antes el Wukiang, había crecido a causa de las lluvias. Era imposible vadear el río, y al parecer solamente había un medio de cruzarlo, mediante un puente de hierro, suspendido, custodiado por el Kuo Ming Tang. En la otra orilla se desplegaban en profundidad unas divisiones del Kuo Ming Tang, a la espera. Mao no tenía tiempo que perder. Sabía que tenía un ejército a sus talones y no sentía ningún deseo de quedar copado entre las dos «fuerzas de pacificación». Dio la orden de cruzar el río. Uno de sus lugartenientes había encontrado un ferry-boat en Anshuanchang, pequeña ciudad situada no lejos del río; antes de que la embarcación se hundiera, 3000 hombres pasaron a la otra orilla, bajo el fuego de los disparos; algunos de ellos estaban todavía más o menos vivos. Mao ordenó que el resto cruzase el río por el puente durante la noche. El ejército se deslizó a lo largo de una angosta pista de montaña cortada en la pared escarpada de un precipicio y llegó a la cabeza del puente. El blocao que se encontraba al comienzo del puente propiamente dicho estaba envuelto en llamas, pero ellos pasaron sin hacer el menor caso. Veinticuatro mil hombres cruzaron el puente de Luting. Lo cruzaron al revés, agarrándose a los travesaños de la parte inferior, y apenas estuvieron en la otra orilla, se lanzaron contra las bayonetas nacionalistas. Desmoralizado por este ciego heroísmo, el ejército del Kuo Ming Tang emprendió la huida.

Mao Tse-tung concedió un día de descanso a su hombres, luego se puso en camino hacia la barrera natural más alta del itinerario: las Grandes Montañas de Nieve, junto a la frontera que separa el Szechuan del Sikiang. Las montañas están perpetuamente nevadas y carecen totalmente de moradas humanas. No hay plantas comestibles, y el aire está tan enrarecido, que resulta difícil respirarlo sin una máscara. El Primer Ejército rojo no tenía evidentemente equipo de oxígeno. Tardaron cuatro semanas en franquear las montañas y en bajar por la otra vertiente, hacia una pequeña aldea tibetana. El ejército descansó durante tres días en una ciudad algo mayor, a la que cambió su nombre por el de Mao-erhkai (en recuerdo de Mao Tse-tung y de Nieh Erh, el autor del himno La Marcha de los Voluntarios).

Desde Mao-erhkai hasta Latsekou había unos doscientos kilómetros de llanos fangosos y pantanos. Esta región era menos fría que las montañas, pero

aún más traidora. Si en los pantanos se apartaba un hombre de la pista apenas visible, desaparecía inmediatamente en las arenas negras y movedizas. Los tibetanos habían dado a Mao un centenar de yaks para que le ayudasen a transportar su equipo a través de la llanura, pero antes de que el Ejército llegase a los montes Liupan, ya habían matado y comido los yaks (la comida corriente consistió entonces en carne de yak y hierbas silvestres); desde entonces, los soldados tuvieron que transportar víveres y municiones sobre sus propias espaldas.

Los montes Liupan fueron un juego de niños comparado con lo que los soldados habían tenido ya que sufrir anteriormente. Podían pasar la noche en lujosas cavernas, centenares de aldeas pobres, pero acogedoras les ofrecieron algo de comida y de «té blanco» (simple agua caliente). Y además, a muchos kilómetros a la redonda no había ningún ejército del Kuo Ming Tang. En el verano de 1935, bajaron las montañas para ir al encuentro de Li Chihten, comunista local que había construido por su propia iniciativa una base revolucionaria en la parte septentrional de Shensi. En Wuchichen se unieron a ellos, en el mes de octubre, Jen Pi-shih, Ho Lung y Hsu Hsiang-chien, que habían conducido destacamentos propios en marchas espectaculares desde la cuenca del Yang-tse. La Larga Marcha había terminado. Mao Tse-tung la conmemoró con una de sus poseías:

El Ejército rojo jamás tuvo miedo de la Larga Marcha.
Los soldados miraban con desprecio los numerosos picos y ríos.
Los montes Wu Liang subían y bajaban como olas,
y los montes Wu Meng no eran más que diminutos guijarros verdes.
Las olas del río de Dorada Arena azotaban y calentaban las rocas,
y frías eran las cadenas de hierro del puente sobre el Tatu.
En los mil mantos de nieve del monte Min,
superado el último desfiladero,
los Tres Ejércitos sonreían.

Las sonrisas eran a la vez de orgullo y de alivio porque había sido superada la terrible prueba. De los 50 000 soldados, solamente habían sobrevivido 15 000. Nueve mujeres habían llegado con vida al término del viaje, y una de ellas llevaba todavía a cuestas sus utensilios de cocina. Fue una marcha épica, que reforzó al Partido Comunista en una forma que ningún congreso o huelga hubiera hecho jamás. A lo largo de la ruta seguida por la Marcha vivían doscientos millones de personas y todas debieron de quedar impresionadas por lo que la historia oficial denomina «la invencibilidad del Partido Comunista y del Ejército rojo». Once provincias fueron atravesadas y sembradas con la semilla de la propaganda: Fukien, Kiangsi, Kwangtung, Hunan, Kwangsi, Kweichow, Szechuan, Yunnan, Sikiang, Kansu y Shensi. Nunca podrían olvidar lo que habían visto.

Una vez estuvieron a salvo en Shensi, Mao procedió a reorganizar el soviet. A fines de 1935, declaró Pao-ngan la capital de su gobierno [11]. A su alrededor se extendían las tierras de *loess*, esos aluviones traídos del Asia central y

esculpidos por los vientos y las lluvias en formas extrañas que recuerdan las montañas de la luna. En Pao-ngan, los campesinos construyeron una ciudad de cavernas, hicieron algunos muebles toscamente labrados y rindieron un verdadero culto a su «emperador». Cuando llegó el invierno a Shensi, parecía como si en la China no hubiera hombres tan firmemente instalados en el corazón de su pueblo como el trío de los triunfadores: Mao Tse-tung, Chou Enlai y Chuh Teh.

Chuh Teh puso manos a la obra, con un joven amigo que más tarde llegaría a ser el mejor experto del mundo en cuestión de guerrillas, Lin Piao; ambos procedieron a entrenar lo que había quedado del ejército. El 5 de diciembre de 1935 abrieron una Academia del Ejército rojo, que consistía en una serie de cavernas que se comunicaban unas con otras, con refugios para 800 estudiantes. Aquí fue donde empezaron a trazar sus planes para la próxima campaña contra el Kuo Ming Tang. Chiang Kai-chek había puesto precio a sus cabezas y ofrecía 40 000 dólares por cada uno de ellos, muerto o vivo.

Chou En-lai, oficialmente comandante jefe del Ejército rojo del Frente del Este, se encargó de los abastecimientos, almacenó coles, mijo y hierbas en cuevas bien custodiadas, racionando la comida a razón de un cerdo por pelotón y por mes. También se le había encargado la tarea de «convertir» a Chang Hsueh-liang, el hijo de Chang Tso-lin y comandante jefe del Ejército del Noreste del Kuo Ming Tang. Chang quería combatir a los japoneses. No importaba en compañía de quién lo hiciese. Chou salía de ve en cuando de su escondrijo de Pao-ngan para ir a ver a Chang, bajo la bandera blanca de la tregua. Cualquiera de los hombres de Chang pudo haber rasgado la bandera de tregua y haber ganado para sí el premio de 40 000 dólares.

Mao Tse-tung se tomó un poco de descanso, encontró una nueva esposa, se recobró de la fatiga comiendo en abundancia arroz con pimienta roja. Su tercera mujer añadió a esto otro plato de su propia cosecha: ciruelas agrias cocidas al vapor. Bien alimentado y cuidado, Mao administraba prácticamente solo el joven soviet de Shensi, usando la amable persuasión para vencer las objeciones (que eran pocas) que pudiera hacer alguien a sus planes. Se entretenía publicando un nuevo periódico. Inauguró cavernas-imprenta que imprimieron folletos del Partido al dorso de los manifiestos del Kuo Ming Tang. Y entretanto, aguardaba la ocasión de dar el siguiente golpe. Vivía en una cueva de una sola pieza, con una sola ventana y una puerta que daba a un sendero solitario. En la parte exterior solo había un centinela. Haciendo pasar el fusil a través de la ventana y apretando el gatillo, el centinela habría podido ganar en una noche un cuarto de millón de dólares.

A ninguno de los habitantes de Pao-ngan le hizo perder un instante de sueño la idea de que se había puesto precio a su cabeza. Después de la hazaña de la Larga Marcha, a partir de ahora todo parecía fácil y llevadero.

7. LA ALIANZA ANTIJAPONESA

El éxito de la Larga Marcha perjudicó a la causa personal de Chiang Kai-chek más que cualquier derrota en el campo de batalla. Había perdido cinco años jugando al escondite con un ejército fantasma que rehusaba la batalla abierta, pero que se estaba convirtiendo en una fuerza de guerrillas extraordinariamente experta. Todo lo que había conseguido había sido dar al propio Ejército rojo un entrenamiento inapreciable que algún día podía ser empleado contra él mismo. Sus campañas de cerco habían sido un error desde el principio.

Si, en 1930, Chiang Kai-chek hubiera sido realista en su modo de considerar la naturaleza de la amenaza comunista, habría podido enfrentarse al Ejército rojo en su propio terreno de ellos y quizá lo hubiese desintegrado. De haber dirigido todos sus esfuerzos a la mejora de las condiciones de la vida en el campo, jamás habría podido encontrar Mao Tse-tung un apoyo tan grande entre los campesinos, ni siquiera teniendo la ventaja de ser él mismo un campesino. Si Chiang hubiera puesto en práctica un bien trazado programa de reforma agraria, acabando con los viejos dominios feudales y reorganizándolos en cooperativas, las cooperativas de Mao habrían sufrido menoscabo en la comparación. Chiang tenía de su parte a todos los expertos, chinos y norteamericanos, y pudo haber elevado la producción agrícola hasta un grado tal, que, a pesar de los impuestos, el nivel de vida en el campo hubiera subido de modo apreciable. Y quienquiera que llene de arroz el vientre de un campesino chino, compra con ello su inquebrantable lealtad. Si Chiang hubiese organizado una campaña de socorro contra el hambre en forma adecuada y hubiera impedido que terratenientes sin escrúpulos comprasen a precios irrisorios los campos cuyos dueños se estaban muriendo de hambre, entonces a los comunistas no les habrían quedado grandes dominios que conquistar con su propaganda. Si Chiang hubiera fijado las rentas y los impuestos locales a un nivel razonable y los hubiera recaudado honradamente (una innovación para China, pero no algo imposible), se habría granjeado entonces la asombrada gratitud de los labriegos. Y si hubiera vuelto a su pueblo contra los japoneses desde el principio, y dejado de molestar a los ingleses solo por el placer de demostrarles cuán buen nacionalista era, entonces habría podido tener algún apoyo europeo para sus campañas dentro y fuera de China.

Pero Chiang fue desde luego un gobernador injusto, y como general, un verdadero desastre. Lo único que llegó a conseguir fue mantener a la China bajo su control explotando el recuerdo de la Revolución de 1911 y haciéndose pasar a los ojos de las poblaciones urbanas como la encarnación de esa revolución. Y, al igual que Mussolini y que todos los dictadores que en el mundo han sido, construyó impresionantes carreteras e hizo que algunos de los trenes circularan con puntualidad. Estas medidas no aumentaron en modo alguno su pres-

tigio excepto entre los residentes extranjeros, de todas formas hostiles a su régimen, que no les acarreaba más que humillaciones y contrariedades.

Chiang fue haciéndose cada vez impopular. Los intelectuales comenzaron a disgustarse con él porque se le veía traicionar la revolución que se suponía que estaba defendiendo. Armaba gran alboroto proclamando que era nacionalista, y sin embargo, entregó grandes cantidades de terreno a los japoneses a cambio de una exigua ayuda que estos le prestaron contra los comunistas. Prometió una Constitución que jamás llegó a materializarse y que por ello los intelectuales no tuvieron oportunidad de participar en el gobierno y de cambiar tal vez el curso de su política. Esos estamentos cultivados no hicieron, en principio, objeciones a su dictadura; todo lo que pedían es que fuese una dictadura eficiente.

La clase media comenzó también a perder la confianza en Chiang como protector suyo contra el comunismo. Adivinaba que este general incapaz de contener la Larga Marcha, corría el peligro de hacerse derrotar completamente el día en que estallase la batalla decisiva para la China. Además, los comerciantes y hombres de negocios se sentían celosos al ver cómo Chiang y sus amigos se servían del poder para enriquecerse más deprisa que ellos. Hacia 1935, en efecto, toda la China «pertenecía» a cuatro familias: los Chiang, los Soong (la familia de su mujer), los Kung y los Chen. Entre ellos controlaban los cuatro bancos oficiales: el Banco Central de la China, el Banco de la China, el Banco de Comunicaciones y el Banco de los Granjeros de la China. A través de estos bancos, las cuatro familias intervenían todas las demás instituciones bancarias del país y de un modo indirecto toda la economía en su conjunto [12]. Todos los empréstitos del gobierno eran difundidos por uno u otro de los bancos, y los títulos públicos, emitidos con su garantía. Evidentemente, los bancos se hacían cierta competencia para tener el mayor número posible de «valores del gobierno», lo cual provocaba una especie de inflación extrañamente oriental que nada tenía que ver con el cuadro de la producción o de la distribución. Entre los años 1927 y 1935, emitieron, dentro de un sano espíritu de competición, un número de títulos cuatro veces mayor que el Banco Central durante los quince años que precedieron a 1927. En 1935, Soong persuadió a Chiang Kai-chek para que promulgase un decreto en virtud del cual los billetes emitidos por el Banco Central, el Banco de la China y el Banco de Comunicaciones tuvieran curso legal y substituyesen a la moneda de plata. Esta medida permitía que subieran las acciones de los bancos cada vez que eran puestas en venta (generalmente, durante una crisis grave, cuando parecía llegado el momento para las Cuatro Familias de tener que evacuar) y tuvo como resultado que entrase en sus arcas la mayor parte de la moneda de plata, la mejor garantía posible contra las vicisitudes de la política.

Las Cuatro Familias, por medio de sus bancos y de sus diversas organizaciones de compras y de ventas, monopolizaban el algodón, el arroz y la industria del tabaco, fijando precios y cuotas por mediación de la oficina del Kuo Ming Tang en Nankín. Emitieron empréstitos en colaboración con los bancos de ultramar, adquirieron el control de las industrias siderúrgicas y mecánicas que a la sazón se hallaban en sus comienzos. En el campo, compraron a cam-

pesinos que no podían encontrar dinero para pagar las contribuciones en las épocas de hambre.

Todo el gobierno del país se apoyaba en esta base familiar. El objetivo común era enriquecerse lo más rápidamente posible y procurar no perjudicar demasiado a la China durante este proceso. Chiang Kai-chek, habiendo recibido calabazas de Ching-Ling, la viuda de Sun Yat-sen, vendió su concubina, se divorció de su primera mujer y contrajo matrimonio con Mei-Ling, la hermana menor de Ching-Ling. La tercera hermana era el genio financiero de la familia. Ching-Ling dijo de ella (que representaba a las mil maravillas al típico chino bien situado, capaz de hacer fortuna en un solo día): «Ah-Ling es muy lista. Nunca corre el menor riesgo. Compra y vende valores y acciones solamente cuando recibe de los amigos información anticipada acerca de los cambios que han de producirse en la política fiscal del gobierno. Nunca pierde».

Chiang Kai-chek se enriqueció como los demás miembros de su familia, pero, desde el punto de vista político, su suerte empeoró. En junio de 1935 se vio obligado a entregar toda la provincia de Hopei a los japoneses y a evacuar Chahar. Y presionado por Tokio lanzó otra campaña de propaganda destinada a hacerles creer a los chinos que los japoneses eran realmente sus hermanos y habían venido para salvar la civilización mongoloide contra los europeos, que siempre la habían amenazado. No era una campaña que tuviera la menor probabilidad de éxito, porque todos los días se sabían noticias de que los japoneses se habían adueñado de alguna porción de tierra. El 1 de agosto de 1935, el Partido Comunista chino (todavía en marcha) había dado a conocer su «Llamamiento a los compatriotas acerca de la resistencia contra el Japón y la salvación nacional». Pedía un frente antijaponés unido y que se pusiera fin a la «guerra civil». Todas las fuerzas de guerrillas en el noreste de China oyeron y aceptaron el llamamiento y se unieron formando el «Nuevo Ejército Aliado Antijaponés», al mando de Yang Ching-yu. El ejército pronto llegó a contar con 45 000 hombres. Ninguna de las fuerzas de Chiang en el noreste parecía poder o querer hacer algo. Se mostraban tan indiferentes respecto a la lucha de sus propias guerrillas como con respecto a la idea de abrazar a los japoneses como hermanos.

Nadie sabe si Chiang Kai-chek subestimó realmente la creciente fuerza del sentimiento antijaponés o si era ciego para cualquier campaña que no fuera su ofensiva casi anual contra los comunistas. Una cosa, sin embargo, es segura: Chiang se comportaba como si pudiera pisotear impunemente aquel nacionalismo del cual él se consideraba el símbolo. A lo largo de todo el año siguiente, iba a cometer error tras error, hasta llegar el momento en que, de modo imprevisto, se vio obligado a «nadar con los peces», como decía Mao Tse-tung.

Cuando llegó a Pekín la noticia de la llegada victoriosa de la Larga Marcha, los estudiantes decidieron organizar una manifestación. Invitaron a estudiantes de todas las otras ciudades que simpatizasen con los comunistas y se congregaron en la plaza de Tien An Men, cantando la *Marcha de los Voluntarios* y gritando consignas prohibidas («Salvación nacional contra los impe-

rialistas», «Guerra con el Japón» y «Los chinos no pelean contra los chinos»). Después de algunos versos como:

En pie todos los que se niegan a ser esclavos; con nuestra carne y con nuestra sangre construyamos una nueva Gran Muralla...

avanzaron hacia el cuartel general del Kuo-Ming-Tang para presentar una petición al gobernador local. Agrupados frente al antiguo Palacio de Invierno, aguardaban al general Sung o a su representante, pero de preferencia al general en persona. Sung administraba Hopei-Chahar como «región autónoma» desde el acuerdo de junio que había cedido estos dos territorios a la influencia japonesa; por otra parte, Sung se esperaba una nueva tentativa para alejarle algo más de la China y someterle más estrechamente a la protección japonesa. Tenía buenas razones para pensar que Tokio tenía la intención de anexionarse, en una forma o en otra, Hopei y Chahar. El general Doihara, el negociador japonés, incluso le había ofrecido diez millones de dólares chinos para que se declarase independiente de Nankín. Para Sung la manifestación estudiantil no podía ser más oportuna. La multitud congregada cada vez en mayor número ante el Palacio le permitió enviar un mensaje a Doihara diciendo que sería suicida tratar de separar de la China nacionalista las dos provincias y Pekín y convertirlas en un Estado títere de los japoneses. Doihara, hombre inteligente, se dispuso a partir para Tokio.

En la tarde del día 9 de diciembre, la muchedumbre que se había concentrado delante del Palacio de Invierno alcanzaba la cifra de 30 000. La policía local viendo allí cerca a un grupo de periodistas ingleses y norteamericanos, trató amablemente a los manifestantes. Si Sung no les daba la orden de atacar, los policías preferían no desencadenar las hostilidades por su cuenta. Pero la noticia de la manifestación había llegado a oídos de Chiang Kai-chek, en Nankín. Se puso furioso contra Sung y contra el jefe de policía local por haber dejado que la «revuelta» durase tanto tiempo, Sabía demasiado bien que unas horas más de gritar consignas y toda la ciudad se uniría a los estudiantes en las calles. Chiang llamó, pues, a su sobrino, jefe de la policía política de Pekín, ordenándole que dispersase a la muchedumbre. El sobrino de Chiang reunió a sus «agentes especiales» —verdaderos gánsters con chaquetas de cuero negro— y los llevó a la plaza y a las avenidas que daban acceso al Palacio. Mandó colocar ametralladoras en batería frente a los estudiantes que iban y venían. Pero tampoco él se atrevió a disparar en presencia de los periodistas y fotógrafos dispuestos a dar al mundo las primicias de la matanza. Ordenó a sus hombres que permaneciesen quietos y que no respondiesen a ninguna provocación, ni siguiera cuando los estudiantes celebraron su último mitin bajo la Puerta del Cielo exigiendo la dimisión de Chiang Kai-chek.

El 16 de diciembre se repitió la manifestación. Esta vez, estudiantes de toda la China se habían enterado del éxito del «Movimiento del 9 de diciembre» y organizaron concentraciones simultáneas en Tientsing, Shanghai, Cantón y Hangkow. En Pekín, la policía política pudo intervenir desde un buen principio

y dispersar a la multitud, dando muerte a cincuenta y siete jóvenes e hiriendo a más de doscientos. Las puertas de la ciudad fueron cerradas para impedir «refuerzos». Pero en las otras ciudades se dejó en paz a la multitud. Incluso la policía dio a entender que simpatizaba con los jóvenes chinos en su determinación de luchar contra los japoneses y arrojarlos fuera del noreste. Chiang Kai-chek decidió no tomar represalias. En vez de ello, se hizo personalmente responsables a los maestros y profesores de Pekín de la conducta de sus estudiantes. Esta «garantía» fue muy poco eficaz, ya que la mayor parte de los profesores habían participado también en la segunda manifestación. Muchos de los estudiantes y profesores de la universidad de Manchuria, que vivían en Pekín desde que los japoneses se habían tragado a su provincia, se trasladaron a Sianfu y allí fundaron una nueva universidad de Manchuria. Sianfu estaba en la línea del frente contra los comunistas que habían estado en Shensi durante dos meses. Inevitablemente, la universidad entera comenzó a fraternizar «a través de las alambradas», llegando a impedir toda operación de las tropas locales contra el Ejército rojo de Mao, en plena reorganización.

En enero de 1936 algunos miles de estudiantes de Pekín y de Tientsing, todavía contagiados del entusiasmo del 9 de diciembre, decidieron organizarse a sí mismos en un Cuerpo de Propaganda. Este tenía un núcleo de 3000 estudiantes que viajaban arriba y abajo del ferrocarril de Pekín-Hangkow (los estudiantes podían comprar muy baratos los billetes de tren), apeándose a cada estación durante uno o dos días para celebrar mítines antijaponeses. Algunos de los estudiantes eran comunistas, la mayorías de ellos no lo eran. La fuerza del nacionalismo, que había hecho posibles las revoluciones de 1911 y 1926-27, todavía no se había convertido en todas partes en la dinámica del comunismo. Cuando Chiang se enteró de las «excursiones en ferrocarril», trató de cancelar la concesión de rebaja de precios de billetes de ferrocarril a los estudiantes para impedir de este modo su actividad. Pero los estudiantes ocupan un lugar muy especial en la sociedad china y a causa de una protesta general fue preciso restablecer las tarifas. Chiang sufrió un nuevo fracaso cuando quiso imponer la reserva de asientos y hacer supervisar esta reserva por la policía.

En febrero de 1936, el Ejército Antijaponés del Pueblo (parte del Ejército Antijaponés Aliado más algunos destacamentos del Ejército rojo) cruzó el río Amarillo junto a la frontera de Shensi y libró una «batalla de demostración» contra un pequeño contingente del Kuo Ming Tang. Al atardecer, pusieron fin al combate, fueron a estrechar la mano al adversario y luego se alejaron gritando: «Los chinos no pelean contra los chinos».

Poco a poco, en todo el norte de la China, incidentes repetidos sirvieron para ganar a las tropas y oficiales del Kuo Ming Tang a la idea de un frente popular con el Partido Comunista contra los japoneses.

En marzo de 1936, Liu Shao-chi regresó de Moscú, completamente adiestrado como «agente de agitación y propaganda». Fue inmediatamente confirmado en el cargo de «Primer Agitador del Partido». Liu fue primeramente a Shanghai, donde vivían más de un tercio de los obreros de la China, y procedió a organizar las clásicas huelgas y marchas de protesta. En mayo organizó una huelga antijaponesa, hizo salir a 45 000 obreros a la calle y fue herido en

un brazo por la policía. Al ver desintegrarse la huelga bajo la fuerza del contraataque, Liu comprendió que las guarniciones de las ciudades principales eran demasiado fuertes para dejarle la menor libertad de maniobra. También aprendió, a sus expensas, que «el movimiento campesino era de la más alta importancia si el proletariado quería alcanzar sus fines». Luego, curando sus heridas, Liu fue a reunirse con su amigo campesino en los montes Shensi y renunció a sus obreros durante los cinco años siguientes. En Shensi fue un organizador brillante. Su obra en la provincia y en las regiones vecinas tuvo finalmente como resultado un Estado chino comunista dentro del Estado oficial, que demostró ser indestructible incluso en la época de las mayores victorias japonesas. La política de Chiang Kai-chek, al hacer que Liu se convirtiese a la teoría de Mao de la primacía de los campesinos en la acción revolucionaria, había de empujar al generalísimo unos pasos más hacia en el camino de Formosa.

A partir del mes de diciembre de 1936, las fuerzas nacionalistas en contacto con el Ejército rojo habían puesto fin a todo esfuerzo que tendiera a reducir a este último. Muchos de los generales del Kuo Ming Tang, y especialmente Chang Hsueh-liang, fraternizaban abiertamente con sus colegas del Ejército rojo. Chou En-lai entraba y salía del cuartel general de Chiang como un huésped de honor en vez de un criminal a cuya cabeza habían puesto precio. El 3 de diciembre, las tropas del Kuo Ming Tang en Suiyan obligaron a su comandante a que las llevase a atacar la guarnición japonesa de Pailingmiao, tomaron la ciudad y mataron a sus «hermanos japoneses». Cuando Chiang Kai-chek se enteró del incidente por un encolerizado embajador japonés, telegrafió enseguida al general Chang para ordenarle «severas represalias». Chang le respondió que si se intentaba tomar represalias, todas las tropas del noreste se pasarían en masa al Ejército rojo.

Alarmado por las noticias que llegaban del norte, por las insinuaciones de desafección hechas por Chang y por el general desorden que reinaba en Pekín y en Tientsing, Chiang Kai-chek decidió ir a ver por sí mismo lo que estaba sucediendo en el «área japonesa».

El 7 de diciembre, el generalísimo voló a Sian con el Estado Mayor chino, un observador japonés y un pequeño ejército de guardia personal. Le dijo a Chang que había venido para dirigir personalmente una campaña de exterminio contra el Ejército rojo. Sería la sexta y última «ofensiva final contra los bandidos». Dijo a Chang que por lo que se le había contado sería inútil confiar exclusivamente en las fuerzas del Kuo-Ming-Tang que se encontraban ya en el área, porque muchas de ellas habían sido «contaminadas» por el contacto personal con los comunistas y algunas de ellas eran «por cierto, francamente desleales». (Cinco comunistas vivían encima del propio despacho en el que Chang y Chiang tuvieron este primer cambio de noticias y de pareceres). Le dijo también a Chang que había decidido llamar a tres de sus «ejércitos leales», que ya estaban en camino hacia el norte y que deberían estar a punto para intervenir a mediados de enero, Y le entregó una lista de oficiales de su ejército que, según sus «servicios de información», estaban demasiado contaminados para poder ser regenerados, y debían ser fusilados.

Chang, como cualquier otro general en parecidas circunstancias, se sintió ofendido. Distaba mucho de ser comunista, aun cuando simpatizase con los objetivos del Ejército rojo: «Liquidar a los japoneses y unificar la China». Y era totalmente leal a Chiang Kai-chek. Pero le dolió la crítica que el generalísimo hizo de su mando. No le agradaba que le dijeran que su ejército no era apto para combatir y que muchos de sus oficiales no eran aptos para mandar. Furioso y perplejo a la vez, Chang envió un mensajero al otro lado de las «líneas» para preguntarle a Chou En-lai qué era lo que podía y convenía hacer.

Cuando Mao Tse-tung y Chou En-lai lo recibieron, apenas podían dar crédito a sus oídos. He aquí que el comandante jefe de Chiang Kai-chek en el norte y comandante supremo de todas las fuerzas armadas, les estaba preguntando lo que había de hacer con Chiang Kai-chek y con todos los planes y proyectos de este. Era muy fuerte la tentación de enviar junto con el mensajero un oficial encargado con la «noble tarea» de asesinar al generalísimo. Pero Mao resistió a la tentación. En breve plazo, deseaba únicamente poder combatir al Japón en compañía de los ejércitos del Kuo Ming Tang. Mao era consciente de la realidad para comprender que su ejército no era suficientemente fuerte para enfrentarse por sí solo a los japoneses, ni tampoco para proteger al joven Estado comunista contra una ofensiva total del Kuo Ming Tang. Tenía que hacer que la gente de toda la China se acostumbrase a la idea de que los comunistas estaban luchando contra el enemigo común, los japoneses, y desembarazarse de la etiqueta de «enemigo público número uno» que Chiang Kai-chek le había pegado en la frente. Un frente popular era lo único que podía pedir, en el caso de que se le pidiera consejo. Y Mao creía saber cómo colocarse en una situación favorable para negociar con Chiang Kai-chek. Si Chang se sentía realmente reacio a luchar contra el Ejército rojo, y de no ser así, no habría mandado un mensajero a Shensi, entonces también podría sugerir a Chiang Kai-chek que había llegado el momento de olvidar viejas enemistades y combatir todos juntos a los japoneses. Los «ejércitos leales» de Chiang Kai-chek aún no habían llegado a Sian. Los hombres de Chang harían cualquier cosa que este les ordenase. Mao Tse-tung envió, pues, a Chou En-lai [13] a través de las líneas en compañía del mensajero.

El 11 de diciembre, el Ejército rojo, sin encontrar oposición, descendió lentamente hacia las afueras de Sian y tomó discretamente posición en las afueras de la ciudad. A medianoche, Chang entró en la habitación de Chiang Kai-chek y le dijo que su Estado Mayor y su guardia personal habían sido «apartados» y que él debía considerarse «casi en estado de arresto». Era importante para el futuro de la China, dijo Chang, que se celebrasen serias conversaciones para tratar del conjunto de la política militar china. Debían tomar parte en tales conversaciones «todas las partes interesadas». Chiang Kai-chek no podía hacer más que aceptar en la forma más elegante posible. Así, el 12 de diciembre de 1936 se halló sentado ante una mesa con su general más leal como carcelero y con Chou En-lai, con la estrella roja en la gorra, sonriendo cortésmente por encima de una pila de documentos. Chou fue enumerando las proposiciones de Mao Tse-tung:

Armisticio y frente unido contra los japoneses. A su vez, el Partido Comunista se comprometía a «suspender» su Estado independiente y a reconocer a Chiang Kai-chek como el único gobernante de la China. El Ejército rojo cambiaría su nombre por el de 8º Ejército de Marcha y pasaría al mando de Chiang. No habría represalias por parte de ninguno de ambos bandos.

Al principio, Chiang Kai-chek se puso furioso y le dijo gritando a Chou que era una gran impertinencia por parte de un «bandido» el hacer proposiciones políticas a un jefe de Estado. Le dijo a Chou que tarde o temprano él aniquilaría el Ejército rojo y no tenía ninguna necesidad de regatear en cuanto a su apoyo. Chou no dio ninguna respuesta descortés. Únicamente indicó que aquellas proposiciones eran en realidad las condiciones bajo las cuales los «chinos patriotas» consentirían en soltar a Chiang Kai-chek y permitirle que regresara a Nankín. Chou añadió que consideraba necesario por su parte indicar que si Chiang rehusaba sus «proposiciones», quizá no fuera posible impedir un desdichado incidente en el que el generalísimo podría perder la vida.

En realidad, no había otra alternativa más que acceder a las proposiciones de Chou. Chang, por su parte, no podía garantizar el éxito de otra política.

El 13 de diciembre, Chiang Kai-chek cedió. A partir de entonces y hasta que fueron derrotados los japoneses, los comunistas y los nacionalistas combatieron juntos. Mao Tse-tung y Chiang Kai-chek recelaban evidentemente el uno del otro y aunque la alianza fue siempre muy inquieta, era, por lo menos, una alianza.

Mao Tse-tung, naturalmente, más que el líder del Kuo Ming Tang con aquel «armisticio». El sacrificio de su independencia, de la independencia de su Ejército y de su Partido, impresionaron a mucha gente, que por vez primera comenzó a admitir en público que los comunistas eran «buenos nacionalistas» y no tan malos como se les pintaba. Lo más importante de todo era que la clase educada, que había sido hostil a los comunistas como líderes de «otra rebelión de los campesinos» y que criticaba la matanza de terratenientes que Mao había realizado en el soviet de Kiangsi, comenzó a considerarle como un patriota y como un «dirigente positivo». En el decenio siguiente comenzarían a simpatizar cada vez más con él y con los fines declarados de su Partido, hasta que llegó el momento en que transfirieron su lealtad, casi en masa, de Chiang Kai-chek al campesino de Hunan.

En realidad, las «proposiciones de Mao» no sacrificaban nada en absoluto. Para que el Partido Comunista lograse establecerse como la camarilla gobernante en China, el Kuo Ming Tang había de ser destruido. Los únicos que poseían la suficiente fuerza militar para destruir al Kuo Ming Tang eran los japoneses. Mao Tse-tung quería, pues, impedir que Chiang Kai-chek cediera nuevas partes de territorio a Tokio para ganar tiempo, que dejara de «vender espacio para comprar tiempo»; su objetivo seguía siendo la ofensiva total contra los japoneses. Mao Tse-tung sabía muy bien que ni siquiera las fuerzas combinadas del Ejército rojo y del Kuo Ming Tang eran suficientes para contener a los japoneses. Sabía que, inevitablemente, los japoneses acabarían por invadir la mayor parte de la China. Fusilarían, estrangularían y decapitarían a todos los miembros del gobierno de Chiang Kai-chek. Cuando, llegado

el momento, el Japón fuera derrotado, quedaría expedito el camino para estructurar un Estado comunista sobre las ruinas de la República del Kuo Ming Tang. Mao no sabía quién derrotaría a los japoneses. Era posible que dentro de unos diez años los rusos fuesen lo suficientemente fuertes para penetrar en la China desde Siberia. Mao no deseaba ver al Japón vencido de esa manera. Odiaba la idea de contraer con Moscú una obligación que jamás le fuera permitido olvidar, y siempre resulta difícil hacer que los ejércitos de liberación se vuelvan luego a su país de procedencia. Considerando bien todo el asunto, Mao prefería otra solución, igualmente verosímil: con toda seguridad, el Japón no se limitaría a conquistar a la China. Por todo lo que había leído en los periódicos japoneses y oído decir a personas que habían estado en Tokio, el gobierno japonés se estaba preparando para la conquista de todo el Extremo Oriente, desde Manchuria hasta Malasia. La Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos estaban mal armados, mal preparados para la guerra, y bastantes preocupaciones tenían en Europa con Hitler y con Mussolini. Pero tarde o temprano su inmenso potencial los reforzaría y haría que los japoneses tuvieran que regresar a su superpoblado archipiélago. Jamás se le ocurrió a Mao Tsetung que la Unión Soviética hubiera de hallarse en alianza con las potencias capitalistas y que junto con ellas hubiera de «liberar» a la China. Ciertamente, no se le ocurrió jamás la idea de que los aliados pudiesen entregar una China liberada a Chiang Kai-chek. Lo que Mao Tse-tung esperaba era una buena y larga guerra, muchas bajas en el Kuo Ming Tang y luego una carrera hacia la conquista del poder.

Al enterarse los japoneses de la «capitulación» de Chiang Kai-chek en Sian, hicieron lo imposible por hacer que se volviera atrás en su palabra. Se trataba, decían, de un armisticio concedido «por la amenaza» y, por lo tanto, no válido. Le recordaron los tratados que él había firmado con Tokio y todas las promesas de ayuda contra sus bandidos. Le prometieron una campaña de exterminio contra los comunistas si repudiaba el acuerdo de Sian y volvía a la «alianza amistosa» con ellos. En honor de Chiang Kai-chek hay que decir que este mantuvo su palabra. Quizás había cogido miedo de su «gran hermano» y decidió romper entonces antes que ser aplastado más tarde. Pero es probable que en algún recoveco de su alma centellearan las últimas llamas de nacionalismo y tuvieran el suficiente calor para fundir la tentación [14].

El 7 de julio de 1937, los japoneses renunciaron a la tentativa de volver a ganar a Chiang para la alianza. Atacaron Lukouchiao, al sureste de Pekín e iniciaron la marcha hacia el sur. La guarnición china de Lukouchiao les opuso una resistencia heroica, pero tuvo que ceder, porque la proporción era de uno a cuatro. El 13 de agosto, los japoneses se hallaban ante Shanghai y exigían la rendición de la ciudad, intacta. Quedaron asombrados al ver que la exigencia era rechazada y al comprobar que la guarnición china se defendía valerosamente y con entusiasmo. Todavía fue mayor su asombro cuando la quinta columna que ellos tenían dentro de la ciudad les dijo que la población entera, banqueros, obreros, coolies y oficiales del Kuo Ming Tang, todos se habían unido para el asedio, que las Cuatro Grandes Familias estaban luchando al lado del Partido Comunista.

Mientras los japoneses se encontraban fuera de la ciudad, el cuñado de Chiang Kai-chek publicó los detalles del acuerdo de Sian, lo cual irritó aún más a los japoneses. Protestaron ante el embajador norteamericano en Tokio diciendo que aquello era «deshonroso».

El 20 de agosto, toda la población del minúsculo Estado comunista de los montes Shensi se levantó temprano para ver partir a sus hombres a la guerra. Eran 30 000 soldados, al mando de Chuh Teh y ostentando en sus gorros las insignias del 8º Ejército de Marcha en vez de la familiar estrella roja. Llevaban nuevos uniformes, nuevos fusiles y una confianza infinita. Las tropas comunistas se dirigían al combate. Los japoneses iban avanzando incesantemente siguiendo la línea del ferrocarril Pekín-Suiyan con dirección a Yangchu, capital de la provincia de Shanshi; desde allí tenían la intención de doblar hacia el sureste y unirse a sus propias fuerzas que estaban sitiando a Shanghai. Habían derrotado al Ejército del Kuo Ming Tang al sur de Pekín y la oposición que ahora encontraban era escasa. Esto fue quizá la causa de que aflojasen la guardia y no reconociesen suficientemente los flancos de su línea de avance. No tenían la menor idea de que en las inmediaciones pudiera haber tropas comunistas. En la noche del 24 de septiembre hicieron alto en el paso de Pinghsingkuan. Mientras estaban durmiendo, una división del 8º Ejército de Marcha se situó sigilosamente junto a la boca del paso, en el lado de la montaña que flanqueaba la carretera por la que los japoneses habían de pasar. Al amanecer, los japoneses se pusieron en marcha para encontrarse con una lluvia de millares de granadas y bombas de fabricación casera, y luego bajo el intenso fuego cruzado de ambos lados de la carretera. Después de una jornada de intenso combate, incapaces de hacer frente a sus atacantes, los japoneses se rindieron. Era la primera derrota que sufrían desde que habían iniciado su «conquista del Extremo Oriente». El efecto que la victoria del 8º Ejército de Marcha tuvo sobre la moral de toda China fue electrizante. Dio de repente un inmenso prestigio al Ejército rojo. Mao estuvo en condiciones para insistir en que a las guerrillas de Kiangsi y de Hunan bajo mando comunista se les diera estatuto militar y se les cambiara su nombre por el de Nuevo 4ºEjército. Pudo obtener suministros para las fuerzas de guerrillas de mando comunista, detrás de las líneas japonesas en Shanshi, Chahar, Hopei, Suiyan y Shantung. El Nuevo 4º Ejército, reorganizado y contando 12 000 hombres, penetró en territorio japonés en el sur del Kiangsi y en la provincia de Anhwei, cerca del lago Cahohu. Derrotó al ejército japonés dondequiera que lo encontró. Los chinos tenían la ventaja de que conocían cada piedra de las montañas y cada pez del lago, pero eran inferiores en número y en armas y aquella fue su primera «lucha regular». Fue una batalla de honor y una victoria de propaganda.

Con un ejército regular en acción, formado por dos grandes unidades, y una campaña de guerrillas que se extendía en cuatro o cinco lugares a la vez, la iniciativa en la guerra chino-japonesa parecía haber pasado completamente a Mao Tse-tung y a los comunistas. Mao esperaba alguna clase de reconocimiento de este hecho por parte de los rusos, y Liu Shao-chi le prometió «una palabra procedente de la cumbre». Pero cuando la palabra llegó, no iba dirigida a Mao. El 21 de agosto de 1937, Stalin firmó un tratado de paz y no agresión

con Chiang Kai-chek. La Unión Soviética accedía a «denunciar la agresión japonesa» y a suministrar armas y aviones en su «heroica lucha». Mao quedó anonadado. Recibió una invitación para el acto de la firma del tratado, pero rehusó ir. Fue en aumento la desconfianza que sentía por sus camaradas políticos de Moscú. Liu Shao-chi, aunque demasiado próximo a Mao para caer completamente en desgracia, fue «enviado al campo», como represalia, siendo nombrado comisario político del Nuevo 4º Ejército.

Si el Negociado de China en Moscú esperaba hacer algo acertado al tratar con Chiang en vez de hacerlo con Mao, era únicamente por mala información, como las potencias occidentales, en cuanto a la verdadera situación de China. Ciertas unidades del Kuo Ming Tang habían peleado bien (y sobre todo la guarnición de Shanghai, que había resistido durante tres largos meses), pero el balance general de los ejércitos de Chiang Kai-chek nada tenía de impresionante y desde luego no igualaba al de los comunistas. Stalin estaba apostando a una mala carta.

En noviembre de 1937, Chiang Kai-chek se vio obligado a abandonar su capital Nankín, y a retirarse a Hangkow, 400 millas arriba del Yang-tse. Un año después, fue arrojado de Hangkow y obligado a pasar el resto de la guerra en Chungking. En realidad, a fines del año 1938, el papel activo de las tropas al mando del Kuo Ming Tang había tocado a su fin. Las únicas batallas de Chiang fueron libradas contra los comunistas, que, sin embargo, eran sus «aliados». Por lo que se refiere al enemigo oficial, el Japón, a comienzos de 1939 había ocupado todo el norte de China, todo el valle del Yang-tse medio y todo el litoral. Todas las grandes ciudades, todos los ríos navegables y la mayor parte de las empresas industriales y comerciales se hallaban en manos de los japoneses. La única esperanza de Chiang parecía consistir en aferrarse a lo que le quedaba (la llanura occidental) y aguardar a que estallase una guerra mundial que afectase al Japón y terminara con la derrota de este. Al igual que Mao, Chiang estaba convencido de que el gobierno de Tokio había emprendido una campaña para construirse un gran imperio en Extremo Oriente y que tarde o temprano tendría que enfrentarse con demasiados adversarios a la vez. El generalísimo fue, pues, a enterrarse en Chungking, hizo lo posible por alimentar a sus tropas y se puso a la expectativa. Si Chiang no hubiera tenido la suerte de conservar precisamente la provincia natal de Mao Tse-tung, el Hunan, que el propio Mao había organizado en cooperativas muy eficaces y productivas, jamás habría podido dar de comer a su propio ejército.

A principios del año 1939, Mao Tse-tung había asumido la responsabilidad de toda clase de acción positiva contra los japoneses. Sin ninguna ayuda de Rusia ni tampoco de ningún otro país (ya procuraba Chiang que no sucediera tal cosa), procuró ir cercenando a las fuerzas enemigas dondequiera que sus guerrillas estuvieran en acción, formando al propio tiempo un ejército regular que un día arrojaría del continente chino tanto al Japón como al Kuo Ming Tang.

Durante el año 1939, el 8º Ejército de Marcha y el 4º Ejército mantuvieron una presión constante sobre los territorios ocupados por los japoneses. Los soldados comunistas se quitaban a veces los uniformes para mezclarse con

los aldeanos, a veces intervenían incluso en formaciones regulares: el resultado final fue fijar en el lugar un ejército de ocupación cuyos efectivos eran cuatro veces superiores a los de los comunistas. Mao sometía a la influencia constante de su propaganda a todos los chinos que apoyaban todavía en mayor o menor grado a Chiang. Lentamente fue ganando para sí a la mayor parte del ala izquierda del Kuo-Ming-Tang, ayudado en secreto por Ching-Ling, la viuda de Sun Yat-sen. Esta señora no estaba del todo convencida de la sinceridad desinteresada de Mao, pero dijo en una entrevista que tuvo con el corresponsal del Saturday Evening Post: «No me fío de ningún político en la China, hoy día. Pero quizá desconfío menos de Mao Tse-tung que de los otros». A veces también, los dirigentes del Kuo Ming Tang prestaban una ayuda involuntaria. Cuando Ching Wei, que había traicionado al gobierno de coalición de Wuhan en provecho de Chiang Kai-chek en 1927, traicionó a Chiang en provecho de los japoneses (estableciendo un gobierno títere en Nankín), Mao se granjeó un buen número de nuevos amigos al emplear atinadamente las palabras «nido de traidores» cada vez que se refería al gobierno en Chungking. Esto hacía muy difícil la vida para Chou En-lai, el delegado comunista del Consejo de Chungking, pero realizó el proceso esencial de ganar a los intelectuales para el bando comunista. Una vez que Mao los tuviese a su lado como a los campesinos, el tiempo estaría de su parte.

Inactivo ante los japoneses, Chiang Kai-chek tenía tiempo para ocuparse de sus pequeñas venganzas personales. En noviembre de 1939 organizó una ofensiva en gran escala contra la región fronteriza de Shensi, donde Mao estaba aún acuartelado con su gobierno secreto. Fue una impúdica tentativa de destruir la administración civil y militar del Partido. Simultáneamente se efectuaron ataques contra el 8º Ejército de Marcha y el Ejército Aliado Antijaponés de mando comunista. Todos estos ataques fueron aplastados. En respuesta a las protestas de Chou En-lai, Chiang Kai-chek alegó que mantener la ley y el orden formaba parte de sus atribuciones. Era tan difícil distinguir a los comunistas de los bandidos que era inevitable que algunas muertes accidentales fuesen la consecuencia de «la persecución normal de elementos fuera de la ley». De momento, Mao tuvo que aceptar esta explicación. Antes de estar en condiciones de devolver golpe por golpe, era preciso haber cosechado antes un mayor número de victorias.

El 20 de agosto de 1940, 115 regimientos del 8º Ejército de Marcha atacaron las líneas de comunicación japonesas del norte de China. Con la ayuda de milicias reclutadas por los comunistas, el ejército cortó, simultáneamente, los ferrocarriles desde Chengting-Taiyuan, Tatung-Puchow, Pekín-Hangkow, Tientsing-Puchow, Pekín-Liaoning y Pekín-Suiyan. Libraron una encarnizada batalla con el Ejército japonés en Niangtsekuan, la puerta natural de acceso a la China septentrional en la frontera Hopei-Shanshi, y la ganaron. Empleando como guías a los mineros locales, volaron la mayor mina de hulla de China en Chinghsing y todos los puentes y viaductos, túneles y estaciones en ciento cincuenta kilómetros a la redonda. Entre el 20 de agosto y el 5 de diciembre, cuando tocaba a su fin la «campaña de los cien regimientos», el 8º Ejército de Marcha consiguió poner fuera de combate a 40 000 japoneses, destruir

500 kilómetros de ferrocarril y 1500 kilómetros de carretera. Ebrios de orgullo, Chuh Teh y Mao Tse-tung pusieron un informe completo de la campaña, a disposición de los observadores militares rusos y occidentales en China. Las numerosas implicaciones de este documento no cayeron en saco roto ni para la delegación rusa ni para Chiang Kai-chek.

El 4 de enero de 1941, una división del 4. Ejército comenzó a evacuar la orilla meridional del Yang-tse. Chiang había ordenado a Yeh Ting que retirase sus tropas con el pretexto de «ajustar la línea», pero en realidad para debilitar las bases comunistas que habían sido establecidas en la parte sur de Anhwei. Chiang era todavía generalísimo, y no era cuestión de desobedecer sus órdenes. Liu Shao-chi, comisario político del ejército, partió con la vanguardia para vigilar a su escolta del Kuo Ming Tang. El 5 de enero llegaron a Maolin, ciudad al sureste de Chingsien. Descansaron allí y comieron alimentos preparados para ellos por la guarnición del Kuo Ming Tang local, luego se pusieron en camino, con excelente humor, a través de las montañas, hacia el norte. Cuando se hallaban a la mitad de camino a través de un angosto desfiladero, cayeron en una emboscada tendida por un contingente del Kuo Ming Tang, de por lo menos 80 000 hombres. Sin víveres y sin agua, los soldados del 4º Ejército se cavaron hoyos individuales y resistieron el choque. Pero Yeh Ting fue capturado y su comandante segundo fue muerto antes de que 1000 de los 9000 soldados comunistas pudieran huir a las montañas. De nuevo se hizo caso omiso de las protestas de Chou En-lai, y Mao Tse-tung ordenó a sus hombres que se abstuviesen de iniciar una guerra civil en gran escala. El 4ºEjército fue reunido en la primavera y recibió una nueva organización.

El 22 de junio de 1941, Alemania atacó a la Unión Soviética y el 8 de diciembre el Japón declaró la guerra a los Estados Unidos en Pearl Harbor del modo que ya sabemos. El supremo esfuerzo del Eje consistía en destruir rápidamente a sus enemigos más importantes. A los ejércitos japoneses en China se les dijo que «acabasen» en un mes y continuaran con la invasión del sureste de Asia. Los japoneses lanzaron, pues, una formidable ofensiva, que solo obtuvo un éxito parcial, pero que hizo que el número de chinos aún libres pasara de 100 000 000 a 50 000 000. Completamente desmoralizados, cerca de medio millón de soldados nacionalistas se pasaron a los japoneses y luego combatieron a su lado, en ejércitos fantasma. El 8º Ejército de Marcha, igualmente desmoralizado, se aferró a su posición, pero perdió la cuarta parte de su efectivo total (que bajó de 400 000 a 300 000 hombres).

Durante un año entero, Mao Tse-tung fue sitiado en los montes Shensi. La situación se parecía a la de 1930-34, cuando Chiang Kai-chek lo había cercado en las montañas del Kiangsi. Pero esta vez hacía frente a un enemigo dividido, con otros intereses. La defensa, con la ayuda de los obstáculos naturales, era más fácil. Tuvo tiempo de poner en orden su casa política. En 1940 había publicado un folleto intitulado *La nueva democracia*. En él decía que quería «combinar la verdad del marxismo-leninismo con las características históricas de la sociedad china, que exigen de la revolución china se realice en dos fases: la nueva revolución democrática y la revolución socialista. En la fase de nueva revolución democrática, el Partido Comunista debe adoptar programas

políticos, económicos y culturales que difieran a la vez del capitalismo y del socialismo, y ello para asegurar el porvenir de la revolución socialista». Este documento había causado consternación entre los miembros más ortodoxos del Partido y en Moscú. Desde el punto de vista soviético, esta actitud era de franca herejía. Solamente había una clase de revolución, y esta era la de la revolución socialista de tipo soviético. Ese hombre llamado Mao Tse-tung no podía inventar su propio tipo de revolución y continuar siendo comunista. En el momento en que, en su Estado de Shensi, se negó a colectivizar las granjas, permitió que floreciesen los talleres particulares y pequeñas industrias y autorizó fábricas regentadas según normas sospechosamente capitalistas, los puristas se rasgaron las vestiduras. El hecho de que al hacer entrar en su órbita a toda clase de chinos estuviera Mao edificando el núcleo de una sociedad totalmente leal, no les impresionaba. El hecho de que la superficie de tierra de labor cultivada se hubiera duplicado con las cooperativas campesinas de régimen privado, tampoco les impresionaba, aunque bien se comían todo lo que se les ponía en el plato. El hecho de que floreciesen como por arte de magia industrias siderúrgicas y de refinado de aceite, y de que 200 000 mujeres campesinas hilaran y tejiesen particularmente en sus casas para proporcionar suficiente tela con que uniformar a todas sus tropas, les dejaba fríos. Con los ojos clavados en los establecimientos comerciales privados, los ortodoxos no veían más que un escándalo: aquellos «gérmenes de decadencia» pasaban de 120 a 430 en solo dos años. Aunque la República de Shensi estuviera increíblemente bien organizada, los marxistas según la norma del Partido creían que habían de tener éxito «en la forma correcta». Sin pensar que con ello resultaban desleales a sí mismos, comenzaron a socavar la autoridad de Mao Tse-tung.

Mao Tse-tung está dispuesto a discutir cualquier cosa con cualquier persona en casi cualquier momento. Pero nunca ha permitido que nadie discutiera su autoridad. Personalidad muy diversa, mezcla de sensibilidad, de amplitud de espíritu, pero también de dogmatismo accesible a la cólera, tiene necesidad de ser el amo en su casa. Cuando se enteró de las murmuraciones y pudo descubrir a los que intrigaban entre bastidores, los mandó fusilar a todos. Ciento setenta y dos conspicuos comunistas fueron ejecutados en lo que se conoce como la «campaña de rectificación de 1942». La historia oficial del Partido describe así el proceso: «Bajo la dirección del Comité Central, todos los miembros del Partido hicieron por medio de la crítica y de la autocrítica un análisis completo de su propio modo de pensar y de su propio modo de obrar, preocupándose sobre todo de las tendencias nefastas conducentes al subjetivismo, al sectarismo y a la forma de expresión de estas dos tendencias, la jerga estereotipada. Estas tendencias fueron cortadas en su raíz. Las conferencias de Mao Tse-tung tituladas Reformemos nuestro estudio, Rectificación del estilo de trabajo del Partido, Conversaciones en el Foro de Yenan sobre el arte y la literatura, La eliminación de las concepciones erróneas en el Partido, y los discursos de Liu Shao-chi Cómo ser un buen comunista y Las disensiones internas del Partido, todo ello ha desempeñado un papel importante en la orientación de esta campaña, que constituyó un éxito manifiesto».

No bien habían sido eliminadas las «tendencias incorrectas», cuando Mao tuvo que hacer frente a otra campaña de limpieza, pero esta vez dirigida contra él mismo y provocada por los japoneses. En el mes de mayo de 1942, comenzaron a construir blocaos al estilo de los de Chiang, a intervalos, a lo largo de las carreteras que conducen a Shensi. Aislaban una aldea cercándola con una barrera de encañizada. Luego iban los japoneses de casa en casa obligando a los aldeanos a llenar formularios de identificación. Cuando el hombre interrogado tenía el menor indicio antijaponés o parecía forastero, se le consideraba como un soldado comunista oculto y se le fusilaba. En agosto de 1942, los japoneses habían construido 1500 blocaos y habían depurado 8000 aldeas. Fue el propio Mao quien ideó el modo de poner fin al bloqueo que iba avanzando inexorablemente hacia su reducto. Era un método muy sencillo. Ordenó que unos pequeños destacamentos del resto del 8º Ejército de Marcha bajase a la llanura y les dijo que se mantuvieran a cubierto allí hasta principios de septiembre. En la China del Norte, esta fecha marca el fin de la larga estación seca y Mao sabía en qué estado se encontrarían las encañizadas. El 2 de septiembre, estando completamente secas las encañizadas, les pegaron fuego a todas ellas al mismo tiempo, varios centenares de miles de encañizadas en total. Miles de japoneses fueron asados vivos, se incendiaron millares de vehículos. Algunos de los aldeanos perecieron también, pero dijo Mao que esto, «aunque era lamentable, no podía evitarse». Habían salvado la vanguardia de la revolución con un «pequeño costo» en vidas chinas.

Los japoneses intentaron varias veces «eliminar la actividad de los bandidos comunistas», pero nunca lo consiguieron. Fracasaron con tanta frecuencia, que llegaron a sentir admiración por la habilidad de Mao y pusieron precio a su cabeza: un millón de dólares. En octubre de 1943, enviaron 180 oficiales como cuerpo de «observadores especiales» para que se uniesen a 20 000 soldados que debían atacar las bases comunistas en los montes Taiyuan. Estaban completamente seguros de que Mao encontraría el medio de destruir el destacamento, querían únicamente ver cómo procedería para que los oficiales sacasen de ello útiles lecciones. Solamente tres de los observadores lograron escapar.

Lin Piao y Mao Tse-tung desarrollaron la técnica de la guerra de guerrillas hasta tal punto que en 1943 era mayor el número de tropas japonesas que luchaban contra sus guerrillas que el de las que empleaban contra los ejércitos aliados en el sureste asiático. En 1942-43, los rusos quisieron aportar su contribución. Enviaron pequeñas cantidades de armas y municiones directamente a Shensi y no vía Chungking como hacían antes. Y añadieron un *Manual de guerrillas* que resumía todo lo que sus propios guerrilleros habían aprendido luchando contra los alemanes en Ucrania. Mao y Lin lo leyeron. El comentario de Lin fue este: «Afortunadamente no cayó en nuestras manos este libro en el año 1940; de lo contrario, ahora estaríamos todos muertos».

En 1944, tanto el Kuo Ming Tang como los ejércitos mandados por jefes comunistas dieron comienzo a contraofensivas. Las armas y los suministros en general estaban amontonados tanto en Shensi como en Chungking, y para impedir que se perdiera totalmente la moral en el sur, Chang ordenó un con-

traataque unido. En la primavera de 1945, diecinueve provincias importantes o parte de ellas habían sido liberadas y la población de la China libre volvía a alcanzar la cifra de 100 000 000. El 8º Ejército de Marcha se fusionó con el 4º Ejército y con el Ejército Aliado Antijaponés, aumentando el número de sus soldados hasta algo menos de un millón, con el constante apoyo de una milicia de mando comunista, de dos millones. Los japoneses fueron constantemente rechazados hacia el norte y hacia el este.

El 8 de agosto, libre la mayor parte de la China meridional y oriental, la Unión Soviética declaró la guerra al Japón y ocupó Manchuria. El 9 de agosto, viendo inminente el fin de la guerra, Mao Tse-tung ordenó un esfuerzo total para derrotar a los japoneses que aún quedaban en el norte de la China. Un mes más tarde, el gobierno de Tokio se rendía. En su ofensiva final, el Ejército Popular de Liberación de Mao barrió un cuarto de millón de soldados al mando de jefes japoneses y liberó a dieciocho millones de personas.

Durante esta última campaña fue cuando Mao juzgó que había llegado la hora de trazar los planes de la China futura. Iniciando precipitadamente su última ofensiva de suerte que la extensión de territorio en manos soviéticas fuera lo menor posible, esperaba evitar para su Partido un futuro bajo el dominio de Moscú. Convocó un congreso del Partido Comunista chino y en él se discutió lo que había de hacerse a continuación. ¿Eran lo suficientemente fuertes para asumir el gobierno de toda la China y desembarazarse enseguida de Chiang Kai-chek? ¿Cuáles habían de ser sus relaciones con los aliados, la Gran Bretaña y EE. UU., sin cuya ayuda prestada en otras partes habría sido imposible su victoria en el Extremo Oriente? ¿Qué pensaba la Unión Soviética y cuáles eran los móviles que guiaban sus propósitos? ¿Qué era lo que Chiang Kai-chek estaba dispuesto a conceder ahora a los comunistas que controlaban las dos terceras partes de la China?

El modo con que se efectuó la rendición japonesa respondió a todas estas preguntas: Antes de ordenar a los japoneses que se rindiesen a los comandantes comunistas allí donde el terreno estaba en manos del Ejército Popular de Liberación, los Estados Unidos propusieron que se rindieran a los comisarios del Kuo Ming Tang, enviados especialmente en avión a las capitales provinciales para tal circunstancia. En cada área liberada había cierto número de estas ciudades que los comunistas no habían podido tomar, aunque las habían tenido sitiadas durante meses y habían ocupado todos los campos circundantes desde hacía mucho tiempo. Los oficiales de Chiang Kai-chek pasaron en avión por encima de las cabezas de los comunistas para ir a efectuar la colecta de sables japoneses únicamente en provecho del Kuo Ming Tang. En los sectores totalmente ocupados por las fuerzas de Chiang, en el sur y en el oeste, la capitulación se efectuó normalmente en las manos de sus oficiales. Así, aun cuando el Kuo Ming Tang solo tenía pleno control de una tercera parte de la China, recibió la rendición de los japoneses en todo el país. Y legalmente todo el mundo esperaba que Mao respetase esa decisión.

Cuando Mao Tse-tung quiso pedir a la Unión Soviética que interviniese e insistiera para que se tratase mejor a los comunistas, los cuales, después de todo habían llevado el peso esencial de la lucha contra los japoneses, se le dijo

que era perfectamente normal que los japoneses se rindieran a Chiang Kaichek. Y para que las cosas quedasen aún más claras, el Ejército soviético evacuó la Manchuria y entregó sus ciudades al Kuo Ming Tang, no sin antes haber desmantelado las fábricas de todo cuanto podía ser transportado.

A fines de agosto de 1945, Mao se encontró reducido de la categoría de héroe vencedor a la de un general menor. Todo el mundo se estaba comportando como si Chiang Kai-chek hubiera ganado la guerra en vez de haber permanecido agazapado en Chungking. Si no quería volver a convertirse en «el enemigo público número uno», Mao tenía que negociar y hallar lo más pronto posible un terreno de compromiso. Sabía que muchos de los del Kuo Ming Tang estaban cansados de Chiang y que no había nadie en la China que deseara otra guerra civil. Solo contaba Mao con estos dos triunfos, pero valían la pena.

El 28 de agosto de 1945, Mao condujo una delegación del Comité Central del Partido Comunista a Chungking para participar en las negociaciones con el Kuo Ming Tang sobre «el futuro de la China». Mao partió bastante inquieto y contra el consejo de Chou En-lai, que estaba seguro de que le asesinarían. Pero Mao encontró a Chiang expuesto a las presiones de su propio partido, que quería negociar para evitar una nueva guerra civil. Las conversaciones habían de durar cuarenta días. El general George Marshall le había dicho a Chiang Kai-chek en 1944 que lo mejor que podía esperar para la China, a la larga, era una especie de coalición con los comunistas, hasta que el nivel de vida en general hubiera subido tanto que ya el comunismo no ejerciera ningún aliciente. El 10 de octubre de 1945 se firmó un acuerdo para el establecimiento de un gobierno de coalición. El texto declaraba que era preciso evitar a toda costa una nueva guerra civil y que por esta razón las dos partes firmantes habían acordado olvidar sus diferencias. Se construiría una China independiente, libre y próspera, sobre una base de paz, democracia y unidad nacional. Se convocaría una conferencia pluripartita, que se convertiría en el guardián de la democracia [15]. El Partido Comunista accedió a evacuar sus tropas de ocho de las diecinueve áreas bajo su control, incluyendo entre ellas a Anhwei, Kiangsi y Chekiang. Mao Tse-tung prometió asimismo que, a cambio de una desmovilización parcial del Kuo Ming Tang, las fuerzas del Ejército Popular de Liberación serían reducidas en un veinte por ciento.

La conferencia distó mucho de ser un modelo de sinceridad. Ninguno de los dos bandos conocía o comprendía el significado de la palabra democracia ni ninguno de los dos creía que fuera posible la coexistencia durante mucho tiempo. Muchos norteamericanos creían que la coalición conduciría a la desintegración del Partido Comunista y los rusos creían que la coalición conduciría a la desintegración del Kuo Ming Tang «democrático-burgués».

Pero sin que Mao Tse-tung lo supiera, la opinión cambió en Washington en los últimos días de la conferencia. La línea oficial seguía favoreciendo a una coalición a breve plazo, pero, entre bastidores, se ejercían fuertes presiones sobre el gobierno norteamericano para que este sostuviese a Chiang Kai-chek en un último asalto contra los comunistas. Estaba a punto de estallar la Guerra Fría. Y sus primeras operaciones «calientes» iban a librarse en China.

Tan pronto como Chiang Kai-chek estuvo seguro de la existencia de este poderoso grupo de presión anticomunista en Washington, comenzó a preparar una maniobra que constituía, incluso para él, un monumento de doblez. Cuando aún no se había secado la tinta en él Acuerdo de Chungking, Chiang publicó secretamente un *Manual para la liquidación de los bandidos*, conjunto de normas para una campaña de exterminio anticomunista. Lanzó la campaña misma cuando el Ejército rojo estaba iniciando una retirada pacífica de las nueve zonas liberadas. Cerca de dos millones de soldados del Kuo Ming Tang fueron lanzados a una ofensiva en gran escala contra los ejércitos rojos de Shanshi y Chahar. La ofensiva fue un fracaso, porque las tropas comunistas estaban en excelentes condiciones y con una moral elevadísima; además, numerosos contingentes del Kuo Ming Tang no pusieron voluntad alguna en realizar una operación que en forma muy sospechosa se parecía al preámbulo de aquella guerra civil que todos los chinos temían que se produjese.

Mao manifestó admirable paciencia y gran perspicacia política el día en que se enteró de la existencia del plan de «liquidación de los bandidos». Afectó una actitud de asombro y desconcierto, rehusó recoger el guante y proclamó bien alto su decisión de dejar que el propio pueblo chino fuera el que juzgara a sus propios traidores. El anuncio se hizo el 4 de noviembre; en esa fecha, Liu Shao-chi estaba ya ocupado desde hacía tres días en preparar el juicio del pueblo chino. Liu no quería dejar al azar el cuidado de designar a los traidores. Organizó una «Asociación de todos los chinos contra la guerra civil» y procuró reunir en el comité una mayoría de no comunistas notorios. La Asociación inició pronto sus sesiones y votó sus primeras resoluciones.

La Asociación habría podido aún restablecer algo de la confianza llena de reticencias que había prevalecido el 10 de octubre en la conferencia de coalición; por su parte, Chiang Kai-chek todavía habría podido, decapitando a algunos generales, hacer recaer sobre ellos la responsabilidad de su «campaña de liquidación de bandidos» y conservar durante algo más de tiempo sus funciones de generalísimo. Pero Chiang no dejó a la Asociación la oportunidad de desempeñar su cometido.

El 25 de noviembre, un grupo de estudiantes de las escuelas secundarias y de la universidad de Kunming se reunió para votar una resolución a presentar en la Asociación. Era un mítin inofensivo y una resolución también inofensiva, pero algunos miembros de la policía local oyeron rumores de ello y trataron de detener al grupo. Los estudiantes dirigentes pudieron escapar y respondieron organizando un mítin general de estudiantes y profesores, invitados a que acudiesen a oír «conferencias sobre temas de actualidad». En las conferencias habían planeado discutir su resolución, a la que se habían añadido algunas agudas frases de crítica a la «dictadura policíaca» de Chiang kai-chek. La policía trató de prohibir las conferencias, pero no halló pretexto razonable para hacerlo. El 27 de noviembre la agencia de noticias local, dominada por el Kuo Ming Tang, hizo correr el rumor de que todos los estudiantes eran bandidos rojos. Si esta iniciativa estaba destinada a dar a los policías un motivo para dispersar el mitin, sus promotores fueron muy mal inspirados. Treinta mil estudiantes se lanzaron a la calle, trataron de incendiar las oficinas de la

agencia de la prensa y anunciaron una huelga de un mes, que se prolongaría eventualmente hasta que quedara definitivamente establecido un gobierno de coalición y hubieran desaparecido todas las amenazas de guerra civil. La policía del Kuo Ming Tang, bajo la «vigilancia personal» del sobrino de Chiang Kai-chek, disparó contra la multitud para que se dispersara. Ante esta provocación, los estudiantes respondieron con todas las armas que encontraron a mano; se parapetaron en las aulas y en las salas de conferencias de la universidad y se negaron categóricamente a evacuarlas. Los policías comenzaron a hacer fuego indistintamente dentro de las clases, atacaron a los estudiantes con granadas en los patios y pusieron bajo el fuego de sus armas todos los pasillos. Una muchacha estudiante que había sido herida con una granada, fue rematada a golpes de bayoneta. El furor de los huelguistas hizo que la huelga durase hasta principios del mes de enero.

En toda China se realizaron huelgas y mítines de protesta para apoyar a los estudiantes de Kunming. Algunos miembros del Politburó del Partido Comunista chino aconsejaron a Mao que rasgase el ineficaz acuerdo del 10 de octubre y diera comienzo enseguida a la revolución final. Mao no estaba contra, pero esperaba un gesto de Moscú. Sin una firme promesa de abastecimiento continuo de armas y municiones, no podía arriesgarse a una guerra civil. Y mientras el Partido Comunista continuara siendo perseguido, no cesarían de afluir a su frente popular chinos de todas las condiciones. Pero Moscú no cesaba de tergiversar. El Kremlin todavía creía que Chiang Kai-chek era el prólogo necesario a «revolución propiamente dicha». Quizá Stalin todavía pensara (como dijo Harry Hopkins) que «no debemos tomar en serio a los comunistas chinos».

Chiang Kai-chek, asustado por la forma en que el «incidente del 1 de diciembre» se había convertido en una protesta nacional, hizo las paces con los estudiantes y proclamó un «alto el fuego con el Partido Comunista que garantizaba que no habría guerra civil en China» (10 de enero de 1946) [16].

Esta vez, Mao no se dejó engañar. Puso fin a la evacuación de sus tropas y se atrincheró en Shensi para aguardar y ver lo que sucedería. En febrero y marzo, importantes fuerzas del Kuo Ming Tang efectuaron una llamadas «maniobras de ejercicio» en las cercanías inmediatas. En marzo iniciaron una campaña abierta en el extremo noreste, inaccesible a los corresponsales extranjeros.

El general Marshall hizo una última tentativa para convencer a Chiang de que cesara de arriesgar su propio destino en una guerra con el pueblo chino. Intentó demostrarle lo mejor que pudo que el Kuo Ming Tang había perdido el apoyo de la inmensa mayoría de sus viejos amigos en el país y en el extranjero. Trató de hacerles ver a los amigos de Chiang que el odio que este profesaba al comunismo le había cegado a las realidades militares. No consiguió nada. El general Marshall regresó a Washington para informar de que el gobierno de Chiang era un gobierno corrupto, desprestigiado y débil [17]. El gobierno de los Estados Unidos, que entonces estaba consagrado a su política de «containing Communism», aceptó su informe, pero le hizo la pregunta que le parecía ser la más natural: «¿Quién más puede en China salvar al país del comunismo?». No hubo respuesta a esta pregunta. La víspera del día en que Marshall aban-

donó la China definitivamente, la única organización de chinos liberales que podía haber ofrecido una solución (la Liga Democrática Liberal de la China) había sido declarada ilegal. Si lo Estados Unidos querían de un modo absoluto «contener el comunismo» y creían poderlo conseguir por la fuerza, no tenían más remedio que seguir apoyando a Chiang Kai-chek en todas sus iniciativas, fuesen cuales fuesen.

El 10 de julio, Chiang efectuó una nueva tentativa anunciando su «campaña definitiva para limpiar a la China de los bandidos rojos». Dos días después, sus mejores tropas atacaban a lo largo del Alto Yang-tse.

Poco después de comenzar la «campaña definitiva», los Estados Unidos firmaban un «tratado de amistad, comercio y navegación» con Chiang Kai-chek [18]. Al día siguiente, la Unión Soviética envió un fraternal saludo a Mao Tsetung anunciándole, finalmente, que había decidido prestar toda su ayuda al Partido Comunista chino «en su lucha contra el imperialismo fascista».

Era el principio del gran choque definitivo, que rompió la alianza de guerra entre Rusia y Norteamérica y dio la tónica de sus contactos mutuos para los años subsiguientes. Por fin Mao Tse-tung se encontraba en el camino que conducía al poder supremo. Y el generalísimo emprendía, irremisiblemente, el que había de llevarle a Formosa.

8. LA GUERRA CIVIL

Cuando Chiang Kai-chek renunció a seguir fingiendo que quería colaborar con Mao Tse-tung y los comunistas, confiaba en que realmente podría conquistar la China entera en cinco meses. Poseía un ejército de 4 300 000 soldados, todos ellos preparados y entrenados. Sus oficiales conocían el terreno en sus grandes líneas, a pesar de la desconfianza enfermiza del generalísimo, que generalmente les prohibía el mando en sus regiones natales. Contaba con la promesa específica de los Estados Unidos, parte de la cual figuraba escrita en el tratado chino-norteamericano: Washington se comprometía a apoyar sin reservas su campaña anticomunista, de forma que jamás llegaran a faltarle las armas y las municiones. Esta promesa constituía el arma más segura del arsenal de Chiang. No se equivocaba al suponer que los norteamericanos jamás faltarían a su promesa. Durante casi diez años, la política exterior norteamericana se basó, casi enteramente, en el temor de ver el comunismo extenderse sin cesar por el mundo. Los grupos de presión anticomunistas no permitieron jamás que se calmase ese temor, y en el caso de China se vieron además reforzados por los hombres de negocios que habían perdido sus Concesiones durante la guerra, convencidos de que un régimen Kuo Ming Tang restablecido por EE. UU. habría de pagar su deuda concediéndoles nuevos privilegios comerciales. Esta mezcla de temor y de codicia fue lo que aseguró a los soldados de Chiang Kai-chek un buen equipo y una buena alimentación, incluso quizás una alimentación demasiado buena.

Los generales de Chiang tenían motivos para ser optimistas. Sus adversarios no tenían gran experiencia en cuanto al orden de batalla, a pesar de que eran excelentes guerrilleros. Se hallaba bajo el control del Kuo Min Tang una población civil de 300 000 000 de personas, así como todas las ciudades más importantes, con sus empresas comerciales a las que se les había repetido hasta la saciedad que el advenimiento de una República roja significaría el fin de todas sus libertades. Seguros de su frente y de su retaguardia, los generales del Kuo Ming Tang miraban con serenidad la campaña de Chiang contra los «bandidos».

Las perspectivas para Mao Tse-tung no eran nada halagüeñas. Sus tropas eran aguerridas y bien disciplinadas, pero habían librado pocas batallas. Por todos sus lados estaban acosadas por los soldados del Kuo Ming Tang. Todas las ciudades del noreste, en Manchuria, estaban en manos del Kuo Ming Tang, aunque las milicias rojas hacían la ley en los campos circundantes. Y no podían confiar en los obreros, la «materia prima de la revolución», tan amada de Moscú, para que actuase como una quinta columna activa. Todo el dinero se hallaba en el otro lado. La lealtad de los trabajadores chinos estaba con quien pagase sus salarios con regularidad. Si alguna vez su condición llegó a hacerse

intolerable, como sucedió efectivamente durante la guerra civil, estaban dispuestos a la huelga o a perturbar de otro modo la economía; pero hasta que no estuvieran seguros de que los comunistas habían de ganar, no querían arriesgarse a las represalias y a la represión. Los 1 200 000 hombres del Ejército popular de Liberación tenían sus principales amigos entre los campesinos, a quienes Mao Tse-tung había demostrado que los comunistas podían substituir la clase de los grandes propietarios por un sistema igualmente estable, pero menos explotador.

Pero Mao tuvo algunos aliados inesperados. Si los obreros se mostraban reacios, no así la clase media. La clase media, la de comerciantes y funcionarios, había sido arruinada por la guerra, que había hecho que casi toda la riqueza de la China se concentrase en manos de las Cuatro Grandes Familias. Mientras habían ganado suficiente para llevar la vida propia de su clase, jamás habían provocado disturbios de ninguna clase, característica que compartían con la mayor de todo el mundo. Ahora bien, Chiang Kai-chek había hecho que bajara su nivel de vida, real y relativo; por esto ya no querían oír hablar de él. Si resultaba cierto que Mao Tse-tung, a pesar de ser comunista, permitía alguna empresa privada en sus soviets, entonces estaban dispuestos a colaborar con él. Mao recibí cierta ayuda material de la Unión Soviética. Los rusos habían entregado las ciudades de la Manchuria al Kuo Ming Tang. pero habían abandonado a los comunistas los depósitos de municiones japoneses diseminados por el campo. Esta inmensa reserva de armas suministró a los ejército rojos de Manchuria durante toda la guerra en el noreste y pudo incluso equipar nuevos ejércitos cuando la batalla se desplazó hacia el sur. Y de vez en cuando, los suministros procedentes de los arsenales soviéticos en los Urales se abrían camino hacia los ejércitos rojos en la parte noreste de la China. Era una ayuda, aunque concedida a regañadientes. Hasta el año 1947, Stalin no estaba todavía completamente persuadido de que Mao Tse-tung pudiese conducir una revolución a la victoria y establecer en la China un Estado soviético duradero.

Las primeras campañas de 1946-47 parecieron confirmar la confianza de Chiang Kai-chek y las dudas de Stalin. En ocho meses, las fuerzas comunistas fueron expulsadas de 105 ciudades, incluyendo entre ellas Chengteh y Changchiakou. En marzo de 1947 fue tomada Yenan, capital comunista, y esta conquista hizo subir de punto la moral del Kuo Ming Tang. Una vez caída su capital, pronosticaban llenos de confianza, los bandidos se desalentarían y tendrían que rendirse. La captura de Chengteh y de Yenan costó 700 000 víctimas, entre muertos y heridos, pero no era pagar demasiado cara una propaganda tan considerable. Mao Tse-tung con su gobierno fue a refugiarse en lo más profundo de los montes Shensi.

Durante el año siguiente, Mao estuvo esperando a ver qué errores cometería Chiang. De momento, los ejércitos rojos regulares eran demasiado exiguos para tomar la iniciativa dondequiera que fuese. Más bien contaba Mao con las milicias campesinas, muy numerosas, armadas de un modo heteróclito, pero soberbiamente encuadradas, que efectuaban acciones de acoso en todo el norte de la China. En esta fase de la guerra, la China del Norte y todas las

regiones al sur del Yang-tse eran en principio «leales» a Chiang Kai-chek y estaban controladas por guarniciones del Kuo Ming Tang. El plan de este era coger en tenaza a los comunistas entre el Yang-tse y sus fuerzas del norte, luego arrojarlos a todos hacia el mar o hacia los montes Shensi, como cuando apretamos un tubo de pasta dentífrica contra un espejo. Lo primero que tenía que hacer era restablecer las comunicaciones por ferrocarril y por avión entre el norte y el sur de China. Luego había de pacificar el campo que circundaba las ciudades de la Manchuria, todas ellas en un estado más o menos perpetuo de asedio por parte de las milicias rojas.

En julio de 1947, los ejércitos del Kuo Ming Tang comenzaron a avanzar hacia el norte, con dirección a Shantung, la puerta de acceso a la China septentrional, ocupando una zona a ambos lados del ferrocarril Pekín-Tientsing-Nankín, el principal eslabón ferroviario entre el norte y el sur. En su marcha hacia el norte, se vieron acosados todo el tiempo por milicias rojas y diversas fuerzas de guerrilla, algunas de las cuales eran verdaderos bandidos sin ninguna clase de filiación política. Pero la pérdida de algunos millares de camiones y unas cuantas decenas de millares de hombres no bastaba a disminuir la rapidez de la marcha. Mao se dio cuenta que una vez que el Kuo Ming Tang obtuviese el control del ferrocarril, podría abastecer a un ejército que le arrojaría fuera de la única tierra fértil que aún poseía. Y sobre todo, los nacionalistas podrían reprimir eficazmente sus guerrillas en Manchuria, luego emplear los vastos recursos industriales de la región para equiparse allí mismo y después equipar a todas las tropas del Kuo Ming Tang.

A Liu Po-heng y a Feng Hsaio-ping [19] se les ordenó que reuniesen el mayor ejército rojo que pudieran y procedieran a interceptar al Kuo Ming Tan en la parte suroeste de Shantung. Para apoyarles deberían movilizarse todas las milicias locales y las fuerzas de guerrillas. Serían inferiores en número, pero los comunistas no tenían otra alternativa, porque había llegado su hora crucial. Liu y Feng marcharon hacia el río Amarillo, donde este cruza por la provincia de Shantung y fueron siguiendo el río hasta que divisaron al enemigo. El Ejército rojo recibía constantemente información concerniente a los movimientos del adversario gracias a un magnífico servicio de espionaje compuesto de campesinos y bateleros. El Kuo Ming Tang fue cogido por sorpresa al cruzar un río, lo que le impidió formarse en orden de batalla y ocupar posiciones que le permitieran sacar partido de su superioridad numérica y de su mayor capacidad de fuego. Los nacionalistas se vieron, pues, obligados a combatir en aquel tipo de lucha de guerrillas en la que los comunistas eran maestros consumados. Su general explicó la derrota diciendo que la batalla «no se había desarrollado de un modo claro».

Habiendo detenido la marcha de Chiang en Shantung e impedido el establecimiento de una comunicación ferroviaria norte-sur, Mao envió el ejército de Liu Po-heng hacia el sur, le hizo cortar la vía de Lunghai y tomar posición ante los montes de Tapieh. Después allí ocuparon una zona comprendida entre Wuhan y la capital del Kuo Ming Tang, Nankín. En Wuhan, en el valle del Yang-tse, antes de la guerra hubo una base revolucionaria comunista y los

campesinos se alegraron de volverles a ver. Se convirtió en la base desde la cual partió la contraofensiva comunista final.

A Chiang Kai-chek no le hizo mucha gracia el fracaso de la primera parte de su plan. Dio la culpa de ello a los norteamericanos por no haberle prestado la suficiente ayuda aérea [20], pero en realidad no se hundió en el pesimismo. Si se le daba la mayor ayuda en el momento oportuno, todavía creía que volvería a adueñarse fácilmente de Shantung. Lo realmente urgente para él era la «pacificación» de Manchuria. En toda la historia de la China, nadie que tuviera enemigos en Manchuria podía sentirse seguro en el sur. Chiang no creía que teniendo en sus manos todas las ciudades importantes la pacificación resultase demasiado difícil. En otoño de 1947, desembarcó todas sus mejores tropas en la costa de Manchuria y les ordenó que emprendieran la marcha hacia Mukden y liberasen a la ciudad sitiada. Una vez liberada la guarnición de Mukden, lo serían también las otras cuando les llegase el turno y los campos podrían ser finalmente vigilados en forma eficaz. Entonces las fábricas podrían volver a trabajar e, incluso si se hubiera de embarcar por mar sus productos para el sur hasta que pudiera volver a adueñarse de Shantung, podría, por este camino, transportarse una cantidad considerable de material de guerra.

Mao envió a Lin Piao hacia el norte de Manchuria para hacer frente a la ofensiva. Lin contaba con pocas tropas regulares con que enfrentarse a las divisiones blindadas y a las tropas adiestradas en Birmania, que constituían el gozo y el orgullo de Chiang Kai-chek. No había esperanzas de derrotarlos en una batalla ordenada, en el lugar que fueses. Por eso dejó Lin que los refuerzos del Kuo Ming Tang llegasen a Mukden y a Changchun, acosándolos durante todo el camino con sus centenares de millares de guerrilleros entusiastas, aunque poco metódicos. Entonces los encerró rápidamente dentro de las ciudades con las guarniciones y se instaló cómodamente para sitiarlos hasta que se rindieran por hambre.

Entretanto, el Ejército de Liberación del Pueblo estaba recogiendo reclutas y consolidando su posición en el norte y en el noroeste de la China. Abandonó Shantung para penetrar en Honan y Hopei, luego rodeó Pekín y Tientsing. El 22 de abril de 1948, Mao hizo descender de las montañas a su propio ejército y volvió a apoderarse de Yenan, que con Pao-ngan se consideraba sagrada, como la «cuna de la revolución china». Ahora, la mayor parte de la China septentrional, al otro lado del Yang-tse, volvía a hallarse bajo la administración comunista. En Manchuria, el Kuo Ming Tang estaba siendo sitiado en siete ciudades. Más al sur, los nacionalistas ya no se atrevían a cruzar el Yang-tse y dejaban esta operación para más tarde. Por el momento, el tiempo se hallaba a favor de Mao.

En el sur, donde el gobierno del Kuo Ming Tang no encontraba oposición, la economía iba desintegrándose rápidamente. La clase media estaba en huelga, el comercio y la administración, esenciales para el país, no funcionaban. Según las condiciones del tratado de Chiang con los Estados Unidos, los productos norteamericanos podían entrar en la China sin pagar derecho alguno de importación. Fabricados en serie, estos productos eran menos caros que los artículos chinos, a los que expulsaron de sus propios mercados. El comer-

cio de exportación normal se encontraba en el marasmo. Los comerciantes chinos compraban lingotes de plata y aguardaban la victoria de los comunistas. Las Cuatro Familias, cuyos miembros eran los únicos chinos que todavía podían tener actividad comercial en el país, fueron haciéndose cada vez más ricas, especulando con la moneda para financiar sus diversas empresas [21]. Cuando las universidades protestaron contra esta «actividad comercial antipatriótica», fueron puestas bajo una rigurosa vigilancia policíaca.

Poco a poco, a medida que era cada vez mayor el número de fábricas, oficinas y talleres que cerraban, ante la inflación y la competencia de los productos norteamericanos, los trabajadores comenzaron a darse cuenta de que los únicos amigos que tenían en el mundo eran Mao Tse-tung y su curioso Partido Comunista. Empezaron a manifestar este modo de pensar mediante huelgas. El 31 de enero de 1948, la primera de una serie de huelgas paralizó lo que quedaba de la industria textil china en Shanghai. Los huelguistas fueron atacados con ametralladoras y gases, pero el único resultado de ello fue que el resto de la población de Shanghai, que hacia 1948 se hallaba en su mayoría en paro forzoso, se echase a la calle en manifestación de simpatía hacia los huelguistas. Las huelgas se esparcieron por toda la China meridional, a cada ciudad grande y a algunas de las menos importantes.

En julio de 1948, Mao Tse-tung convocó un congreso especial del Partido Comunista para discutir la siguiente fase de la campaña. Habían de tener la Manchuria en sus manos antes de que pudieran desencadenar un ataque en masa contra el Kuo Ming Tang en el sur. En teoría, el Ejército Popular de Liberación no podía efectuar el menor movimiento de importancia antes de que Mukden y Changchun se hallasen con suficiente hambre para rendirse. ¿Cuánto tiempo haría falta, pues, para que una guarnición tuviera demasiado hambre para poder pelear? Y las fuerzas aéreas de los Estados Unidos les enviaban alimentos, aunque no en cantidades considerables [22]. Liu Shao-chi, que acababa de regresar de un viaje a Moscú, le dijo a Mao que Stalin prefería una táctica de espera, no solo porque a la larga resultaría más barato dejar que la Manchuria cayera por sí misma en lugar de sacrificar centenares de millares de campesinos armados que guardasen aquel territorio; sino también porque, cuanto más durase la guerra, tanto mayor sería la cantidad de dinero y de material de guerra que los Estados Unidos tendrían que gastar en China. Stalin se encontraba en medio de la crisis de Berlín y quería que Estados Unidos se debilitase en todas partes y de todas las formas posibles.

Mao estaba indeciso. Esperaba desde hacía tanto tiempo que un año o dos apenas influirían en su edad y en su optimismo. Pero muchos de sus hombres estaban impacientes. Creían que una sola sacudida sería ahora suficiente para derribar el ridículo gobierno de Nankín y hacer triunfar la revolución antes del invierno. Mao optó por un compromiso. Abandonó provisionalmente a su suerte a las guarniciones del Kuo-Ming-Tang en Mukden y Changchun, pero inició un vigoroso asalto para consolidar su dominio en toda la China entre el Yang-tse y Manchuria. En septiembre de 1948, el Ejército Popular de Liberación dio comienzo a su campaña de Liaoshi-Shenyang. Bajando hacia Chinchow, encontrando a su paso poca oposición, ocupó la ciudad misma de

Chinchow, luego dobló suavemente hacia Shenyang. De Shenyang no pudo escapar ningún soldado del Kuo Ming Tang. Trescientos mil hombres fueron muertos o hechos prisioneros. Simultáneamente, en la provincia de Kiangsu, al este de Hsuchow los guerrilleros comunistas y un destacamento del Ejército de Liberación pusieron fuera de combate a cerca de un cuarto de millón de soldados y capturaron intactos dos regimientos blindados. El Kuo Ming Tang fue expulsado de los pocos territorios que le quedaban en Honan.

Entretanto, Chiang Kai-chek hizo una última y desesperada tentativa por ayudar a las guarniciones de Mukden y de Changchun. Mal aconsejado, trató de abrirse paso a través de Chinchow y encontrarse con la guarnición de Mukden a medio camino. Pero Chinchow había ya caído en el momento en que sus tropas (su mejor división blindada con tres divisiones de infantería como apoyo) llegaban a la ciudad. La guarnición de Mukden, yendo al encuentro de Chiang, solo pudo cubrir algunos kilómetros en los campos infestados de guerrillas antes de entregarse a los comunistas hasta el último hombre. El 31 de octubre, Chiang, que había ido a Pekín en avión para dirigir personalmente la operación de ayuda, se enteró de que tanto Mukden como Changchun habían caído y que Manchuria estaba perdida. Ahora un gran ejército regular e irregular quedaba en libertad para extenderse hacia el sur, en dirección al Yang-tse. Chiang voló a Nankín. En diciembre de 1948 se inició la campaña de Huai-Huai, la marcha sobre Shanghai. El Ejército Popular de Liberación avanzaba constantemente a lo largo de un amplio frente hacia Pekín y Tientsing, y se adueñó de la vieja capital imperial el 31 de enero de 1949 [23].

La guerra civil estaba entrando en su fase final. Bajo la presión del gobierno norteamericano, Chiang hizo a Mao una oferta inaceptable de «paz y cooperación en la que cada bando ocuparía un lugar proporcional a su poder». Mao respondió que no trataría con Chiang Kai-chek en ninguna circunstancia, salvo para recibir de sus manos la capitulación formal del Kuo Ming Tang y para hacerle juzgar como traidor a su país.

En el mes de marzo de 1949, Chiang fue persuadido para que abandonase la presidencia del Kuo Ming Tang en favor de Li Tsung-jen. Li era un general del Kuo Ming Tang que se había hecho elegir como vicepresidente por el ala izquierda del Kuo Ming Tang. Los pocos liberales de China que aun esperaban hallar una alternativa a un régimen inexorablemente comunista, ponían todas sus esperanzas en Li y en su oportunidad de negociar con Mao una fórmula de gobierno en el que los comunistas no estuviesen representados. Mao envió a Chou En-lai para que se entrevistase secretamente con Li en Pekín. Chou le presentó las condiciones de su jefe: una coalición era posible, pero con la única condición de que los comunistas dispusieran de una mayoría permanente; todas las fuerzas armadas deberían ser puestas bajo control comunista; todos los «criminales» del Kuo Ming Tang, incluyendo entre ellos a Chiang Kai-chek, deberían ser entregados al Partido Comunista para ser juzgados. Eran estas las condiciones de una capitulación. Li se negó a discutirlas y huyó hacia el sur. Para ciertos miembros del Politburó comunista, fue un error el exigir tanto, un error tratar con tanta dureza el legítimo temor que experimentaban los nacionalistas ante una pérdida demasiado grande de prestigio. Si las condiciones hubiesen sido menos severas, decían, el Partido Comunista habría podido asumir el poder «legalmente», sentarse en el asiento de Chiang Kai-chek en las Naciones Unidas y hacerse reconocer oficialmente por todas las naciones extranjeras. Pero era ya demasiado tarde para entregarse al pesar y a las reconvenciones.

El 21 de abril de 1949, Mao Tse-tung publicó una orden del día general del Ejército Popular de Liberación:

«Os mandamos que sigáis adelante con valentía, que exterminéis, resuelta y completamente, en el interior de las fronteras, a todos los reaccionarios del Kuo Ming Tang que se atrevan a oponeros resistencia, que liberéis al pueblo entero, que defendáis la soberanía y la integridad nacionales del país».

Cuando la orden llegó al contingente principal del Ejército Popular de Liberación, su millón de hombres se extendió a la otra orilla del Yang-tse, sobre un frente de 30 kilómetros, cantando la *Marcha de los Voluntarios* y gritando «¡Viva Mao Tse-tung!». Dos días después, la bandera roja ondeaba sobre las antiguas oficinas de Chiang Kai-chek.

En el noroeste y en el noreste, el Ejército Popular de Liberación, desplegado en un frente de 500 kilómetros, perseguía como una fiera a todo lo que llevase el uniforme del Kuo Ming Tang. A medida que avanzaban a través de una y de otra provincia, los campesinos se armaban y se unían a ellos. Cuando los diversos ejércitos rojos llegaron a las costas meridionales, contaban con trece millones de hombres. Ya nada podía contenerlos.

Chiang Kai-chek, resistiendo a la presión de su familia, que quería que se suicidase, huyó a Formosa. El porvenir solo le reservaba largos años de semiexilio en una isla fortificada por los norteamericanos y la vana esperanza de regresar algún día al continente. Su familia le abandonó, las otras tres Grandes Familias huyeron a Estados Unidos. Su cuñada Ching-Ling, viuda de Sun Yat-sen y «símbolo viviente de la Revolución de 1911», se pasó a los comunistas [24].

Mao Tse-tung siguió a sus ejércitos hasta la provincia de Hunan y se detuvo un día en Changcha. Los chinos no son un pueblo sentimental. No dedicó ningún momento de su tiempo a visitar a su vieja escuela o a ver lo que quedaba de ella, ni el lugar donde había sido estrangulada su primera mujer, ni la oficina de su periódico, ni el local del primer Politburó que él había presidido. Se tomó un poco de descanso, comió una buena ración de arroz y pimientos rojos y luego voló hacia el norte, hacia Pekín, para ser «coronado».

9. LA REPÚBLICA POPULAR

Aquella tarde del 31 de octubre de 1949, los pájaros habían volado de Pekín. El ruido de las carracas de bambú y el ondear de las banderas del dragón rojo habían ahuyentado a los pocos gorriones que habían podido librarse de la cacerola durante el hambre de 1948. El ruido era ensordecedor. Trescientas mil personas se hallaban congregadas en la plaza de Tien An Men en espera de oír cómo su dirigente, Mao Tse-tung, proclamaba la República Popular de la China

A las tres en punto llegó Mao Tse-tung, flanqueado por miembros del Politburó. Subió a la tribuna, sacudiéndose el polvo de yeso que se había adherido a su túnica abrochada hasta el cuello. Porque el Palacio imperial, donde acababan de aclamarle como jefe del Estado y jefe supremo del Partido, se estaba desmoronando. Mao calmó a la multitud y pronunció un breve discurso. Proclamó la República comunista como «la vanguardia de la paz en Asia». Con el rostro en tensión, pero sereno, izó la bandera de la liberación, roja y con cinco estrellas amarillas. Luego, sin previa advertencia, la serenidad desapareció como una máscara de su rostro. Lívido de odio, gritó, dirigiendo la voz al micrófono: «¡Y ahora, que se anden con cuidado los reaccionarios, tanto en este país como en el extranjero!».

En la plaza reinaba un verdadero pandemónium. Varias bandas de música, independientemente unas de otras, y sin tocas al unísono, ejecutaron los compases del *Marcha de los Voluntarios*. Las carracas de bambú eran agitadas de un modo ensordecedor. Los dragones rojos se enrollaban sobre sí mismos y luego daban un chasquido. En las calles vecinas brillaban fuegos artificiales. Un débil sol de otoño perfilaba las siluetas de los tejados de las pagodas.

Mao, cuyo semblante había vuelto a serenarse, se volvió para sonreír al amigo, un hombre con gafas, que se hallaba algo detrás de él. Liu Shao-chi, alto y delgado como siempre, inclinó la cabeza en señal de aprobación, confiado en el nuevo puesto de número 2 en la jerarquía del Partido. Quinientos ochenta y dos millones de chinos estaban aguardando las órdenes de aquellos hombres.

Al oeste de Pekín, un vecino escuchaba nervioso al enviado de la radio moscovita que estaba describiendo esta escena. Stalin cerró el aparato después de oír las primeras aclamaciones y con aire consternado un mapa de su Asia soviética, poco poblada. Solo hacía cuatro años que le dijo a Harry Hopkins, como ahora recordaba, que a los comunistas chinos no había que tomarlos en serio.

Al este de Pekín, otro vecino también nervioso daba gracias a las cuarenta y ocho estrellas de su bandera porque una respetable extensión de océano se interponía entre la nueva República Popular y San Francisco. Algunos optimistas esperaban que aquella República tendría una vida efímera; algunos, incluso se atrevían a decirlo.

Al sur de Pekín, los australianos tenían la misma dolorosa conciencia que Stalin o Truman de los vastos espacios vacíos que señalaban hacia la superpoblada China. El fantasma del peligro amarillo, que creían haber destruido completa y definitivamente en Hiroshima, estaba a punto de obsesionar de nuevo al mundo.

Mao Tse-tung, sin sospechar el nerviosismo de sus vecinos, sonreía con una ancha sonrisa a las masas de uniformes ocre que desfilaban ante su tribuna. Miraba, a su derecha y a su izquierda, a aquel puñado de hombres que habían llegado con él al poder supremo: Chuh Teh, Chou En-lai, Chen Yi, Peng Teng-huai. Habían luchado con él durante veinte años, hasta aquel día. Ellos le miraban con aire respetuoso. A los cincuenta y siete años de edad, aquel grueso labriego de cabello indómito era el jefe indiscutido de una cuarta parte de la población del mundo.

A las cinco y media, Mao cogió del brazo a Liu Shao-chi y los dos volvieron al trabajo.

La tarea a realizar era considerable. A las instancias repetidas de Liu, para quien el único tipo de revolución victoriosa era la Revolución soviética, Mao Tse-tung inició una acción «ortodoxa» para obtener el mínimo indispensable de víveres y de ropas y al propio tiempo una «campaña de economías». Siendo la China en su mayor parte un país agrícola, este gran impulso se dejó sentir especialmente entre los campesinos. En las fachadas de las casas rurales aparecieron carteles según el modelo ruso, que representaban al chino nuevo luchando por su bienestar y su seguridad. La prensa, reorganizada por el propio Mao (que se considera a sí mismo periodista nato) respaldó con todas sus fuerzas la campaña de economías.

En aquellas partes de la China en las que habían existido bases revolucionarias, era ya conocida la idea de la agricultura cooperativa. Tan pronto como fue proclamada la República, todas las tierras les fueron quitadas a los antiguos propietarios y distribuidas de nuevo entre los labradores, dando a cada familia exactamente lo suficiente para poder vivir. La única manera de lograr que estas parcelas de tierra pudieran producir alguna cantidad de alimentos consistía en cooperar en la compra de las simientes y en el uso de los aperos de labranza y eventualmente en la venta de los productos en el mercado. El Estado, que había vendido las simientes, recompensaba el trabajo comprando a los campesinos la cosecha. Donde nunca había existido una influencia comunista, la transición de la empresa privada a la cooperación con el Estado se hizo algo más difícilmente. La mayor parte de los campesinos acababan de adquirir la primera parcela de terreno que habían poseído en su vida y no sentían ningún entusiasmo ante la idea de ceder el menor de sus derechos. Fue necesario que llegasen en gran número los cuadros del Partido y que se pronunciasen continuamente discursos para que los labradores comprendieran finalmente que su único recurso consistía en hacer lo que se les «pedía» que hiciesen. Sun Yat-sen había dicho: «Dejad al agricultor la propiedad de su tierra». Pero no había dicho cómo podía hacerse tal cosa. Mao llenó esta laguna. Después de la expulsión de los propietarios, las tierras se distribuyeron de nuevo sobre la base de la propiedad perpetua y libre. Cualquier intento de

colectivizar o de anunciar la llegada de la colectivización habría enajenado las simpatías de muchos agricultores que todavía sentían profundo recelo ante el Partido Comunista. Y sin el apoyo de los agricultores, el Partido jamás habría llegado al poder y ahora no podría mantenerse en él. Para ganar a los campesinos para la cooperación, el Partido prometió que solo les proporcionaría las mejores simientes, que les alquilaría a precio módico aperos de labranza a los que no tenían, que vendería a las cooperativas vacas y cerdos de las mejores razas con objeto de darles el núcleo de un rebaño comunitario de primer orden. A medida que el movimiento cooperativista se esparció por la China meridional y se restablecía en la China septentrional roja, las dudas fueron desvaneciéndose. Nada permitía temer que el Partido hubiera de volver a llevarse lo que acababa de ofrecer. La prensa guardaba silencio en cuanto a los planes de futuro, Mao no dijo nada acerca de lo que serían los años cincuenta. Lo único que él guería entonces era tener almacenado para 1950 la mayor cantidad posible de arroz y grano, y al propio tiempo ganar para su causa a los chinos que aún no le conocían. Los cuadros del Partido construyeron diques para impedir las más graves inundaciones, y los campesinos estaban encantados de que esto no les costase un céntimo. El agricultor seguía pagando su alquiler, pero solo lo pagaba una vez, y a un funcionario del Estado que no esperaba ninguna clase de soborno a cambio de mejores condiciones. Se le decía que el arrendamiento era ahora un impuesto del Estado. Por lo menos, Mao les decía a los labradores: «Ahora pagáis contribuciones a un Estado que os da algo a cambio. Ya no tenéis que seguir pagando contribuciones a los terratenientes, porque hemos abolido los terratenientes». Además, a los agentes del Estado les estaba rigurosamente prohibido cobrar contribuciones por adelantado. En algunas provincias, antes de 1949, los recaudadores de contribuciones del Kuo Ming Tang habían cobrado ya contribuciones con veinte años de anticipación (y la mayor parte del dinero había ido a parar a sus propios bolsillos). Ahora por lo menos los campesinos tenían la impresión de que las contribuciones eran justas, aunque a veces seguían siendo onerosas, y veían que iban a parar directamente al Tesoro en vez de pasar por una serie de bolsillos oficiales.

La primera reforma agraria constituyó un éxito. No produjo los grandes progresos que Mao había esperado que se realizasen en los cultivos, pero la superficie cultivada aumentó de modo considerable. Hacia fines de 1950, era seguro que la población de la nueva República podría comer durante el invierno y que con los años el encontrarse con campesino chino perdería su secular temor de encontrarse con el cuenco vacío de arroz. La mayoría de los campesinos no se daban cuenta de que al organizarse en cooperativas se estaban preparando para aceptar una colectivización más completa de lo que la Unión Soviética jamás se había atrevido a introducir. La mayoría de las personas que vivían en el campo trabajaban y sacaban el mejor partido posible de su repentina buena fortuna. Por lo que sabían, podía ocurrir que aquello no durase mucho [25].

Habiendo llenado los estómagos de su pueblo en una medida en que jamás lo habían visto, ni en las épocas de mayor prosperidad, Mao sacó todo el parti-

do posible de la industria que había sido dejada intacta. Tenía que vestir a los chinos. Había centenares de miles de lanzaderas que estaban ociosas, paradas desde que el mercado chino se había visto inundado por los artículos norteamericanos. Había pocos obreros textiles y aún eran menos los directores de fábricas de tejidos. No había obreros que poseyeran los conocimientos necesarios para dirigir por sí mismos las fábricas. Mao debía, pues, entenderse con los «capitalistas». Tranquilizó su conciencia indicando, en letra impresa, que había en realidad dos clases de capitalistas, la de los muy grandes, vinculados a intereses extranjeros, y que, por lo tanto no eran patriotas, y la de los capitalistas menores, que eran «nacionales». Con los capitalistas nacionales fue con los que propuso Mao hacer negocios, aun cuando ante esta idea se hubiera horrorizado Karl Marx dentro de su tumba. Mao reunió, pues, a los industriales más conspicuos y les sometió su «proposición a breve plazo». Se esperaba de todos ellos que revisaran sus libros de los últimos cinco años y determinasen la cantidad de algodón bruto (o de otras materias primas) que sus fábricas habían consumido mensualmente, el número de trabajadores que necesitaban, el precio al que podía venderse el producto acabado y el beneficio normal que un capitalista esperaba obtener. Cuando hubieran hecho esto, se les vendería algodón bruto (o seda, o metal) y se les garantizaba un mercado para el producto acabado a precios fijados por el Estado. La diferencia les dejaría un margen suficiente para pagar los salarios a los trabajadores (fijados por los sindicatos controlados por el Estado) y para otros gastos y les dejaría un «beneficio» que en realidad sería un «generoso salario de director». Quedaban en libertad de aceptar o rehusar estas condiciones. El gobierno, les dijo Mao, no anda andar pleiteando con ellos. Los que no aceptasen, tendrían que abandonar la China, después de que hubieran pagado las contribuciones atrasadas. Las fábricas y talleres les serían compradas a un precio conveniente.

Los capitalistas nacionales comprendieron perfectamente lo que Mao quería decir. Si no se avenían a las sugestiones que se les hacían, el Estado les encontraría tantos impuestos atrasados que el precio pagado por sus fábricas sería completamente devorado por el fisco. Aceptaron su proposición. Las fábricas y los talleres volvieron a abrir sus puertas. Entre el precio de venta estatal y el precio de compra estatal no quedaba un margen suficiente para permitir alguna especie de inversión o acumulación de reservas. Cuando los industriales sondearon a Chou En-lai para que se tuviera en cuenta la amortización del material y su conservación, se les dijo que si no estaban satisfechos con el arreglo, ya sabían lo que tenían que hacer. El Estado se haría cargo de cualquier industria que sus dueños fueran incapaces de dirigir. Y cuando los «capitalistas» quisieron despedir a los innumerables parientes de trabajadores calificados que habían recibido una «sinecura familiar» en las empresas, se les dijo que nadie podía perder su empleo en la China nueva; los patronos no tenían más remedio que arreglárselas como mejor pudieran.

A pesar de todos los inconvenientes, cada vez fue mayor el número de fábricas que abrían de nuevo sus puertas. Incluso algunos chinos que habían huido a Hong Kong y a Singapur, en 1949, comenzaron a volver para realizar los planes de Mao. Uno de ellos le explicó al profesor C. P. Fitzgerald, de la Uni-

versidad Nacional de Australia, la razón por la cual había regresado de Hong Kong a Shanghai. «Volví, no porque esperase hacer fortuna con mi negocio, sino porque se me había dicho que los comunistas no tenían nada contra mí, debido a que yo había tratado siempre bien a mis obreros. Me gano la vida, el trabajo que realizo me interesa, y aunque mi hijo nunca podrá hereda mi negocio, como es un buen ingeniero, siempre será aceptado como experto técnico. Durante el régimen anterior [de Chiang Kai-chek], yo traté de realizar mis negocios durante veinte años. A veces obtenía grandes beneficios, luego un caudillo militar cualquiera venía a arrebatármelo todo o bien un «trust» obtenía un nuevo privilegio que destruía todas mis posibilidades de ganar algo. Nunca sabía lo que me ocurriría de un año para otro. Ahora ya lo sé. Puedo hacer funcionar la fábrica, más o menos para el Estado, pero con la seguridad de que voy a ganarme la vida y de que continuaré así hasta que me muera».

Mao Tse-tung creó un impuesto especial con la intención de que los «capitalistas nacionales» perdieran toda ilusión con respecto al porvenir. Les dijo que todas las empresas, aun cuando estuvieran en manos de particulares, serían clasificadas por categorías en lo que se refería a los impuestos. La industria del algodón, por ejemplo, debía pagar tantos yuans de impuesto. De donde procediese, era algo que a él no le importaba. Los propietarios de fábricas de hilados habían de reunirse para hallar ellos mismos el modo de repartirse las cargas. Lo que a Mao le interesaba era el importe global.

Los capitalistas refunfuñaron, pero las fábricas siguieron abiertas. Mao obtuvo los millones de metros de tejido que necesitaba para cubrir la desnudez de los campesinos de sus cooperativas. Naturalmente, el tejido era de lo más barato que podía fabricarse y los vestidos eran también de lo más sencillo. Tanto para los hombres como para las mujeres, consistía en una túnica, abrochada por delante, desde el cuello hasta la cintura y con unos pantalones para cubrir las piernas. El tinte más barato para fabricar en grandes cantidades eran el azul. A fines de 1950, la China había perdido de repente sus deslumbrantes colores, sus sedas ricamente teñidas y bordadas y no parecía más que un enorme hormiguero sobre el que pululaban diligentemente millones de hormigas azules bajo la dirección personal de la hormiga azul mayor de todas: Mao Tse-tung. Todo el mundo se ponía los monos azules y dejaba todas las viejas y «decadentes» ideas de individualidad.

Con la uniformidad volvió el orden a China. Los robos en las ciudades y en los puertos desaparecieron como por ensalmo. Las empresas extranjeras que comerciaban con la nueva China roja se dieron cuenta de que las restricciones con que tropezaban sus actividades venían compensadas por la rapidez, la eficacia y la honradez de los chinos, tanto si se trataba del descargo de sus mercancías como de su venta en el mercado. Mejoraron las comunicaciones en el interior. Las carreteras y las vías férreas se hacían cada vez más seguras y se reparaban con la mayor rapidez posible. En los primeros años, después del caos producido por la guerra civil y por la incuria del Kuo Ming Tang, hubiera sido exagerado esperar una producción récord en cualquier terreno que fuese. Pero lo que se producía, que era considerable, se distribuía en forma eficaz y equitativa. Quedó resuelto el viejo dilema chino de abundancia en el

sur y hambre en el norte. Al final de la guerra, había sido preciso aprovisionar a Shanghai con arroz procedente, por mar, del extranjero, siendo así que entonces había un excedente de arroz solo a mil quinientos kilómetros de distancia, pero este arroz era distribuido por los almacenistas del sur, que lo almacenaban en periodo de abundancia para venderlo luego carísimo en período de hambre. Mao Tse-tung organizó la distribución del arroz a escala nacional. No era una gran hazaña. Casi todas las zonas con grandes excedentes y con grandes restricciones se hallaban en el Yang-tse. Todo lo que Mao tuvo que hacer fue organizar un servicio fluvial que hiciera de lanzadera entre una zona y otra. El arroz de Szechuan fue a Shanghai y confundió a todos aquellos que creían que Shanghai se moriría de hambre tan pronto como Chiang Kaichek bloquease el puerto. El arroz del delta del Yang-tse fue distribuido a las ciudades situadas alrededor del mismo delta. El arroz de la provincia natal de Mao, el Hunan, fue al sur a alimentar a Cantón y los campos circundantes, el de Hupeh fue al norte, a su antiguo escondrijo de los montes Shensi, para alimentar a las personas que allí vivían y que tenían déficit de arroz. Manchuria se alimenta a sí misma y al resto de la China septentrional. En 1949, a pesar de una mala cosecha, Mao pudo dar de comer a cada chino, y ante este milagro, todos sintieron el mismo terror supersticioso que debieron sentir los judíos al ver a Jesús alimentando a cinco mil personas con unos cuantos panes y peces.

Para obligar a su pueblo a no pensar más que en el trabajo durante los primeros años de la reconstrucción (y los chinos trabajaban dos veces más de lo que habían trabajado en toda su vida), Mao suprimió todas las distracciones. Clasificó como «distracción» cualquier cosa que pudiera apartar el pensamiento de un chino de su trabajo y de la propaganda del Partido.

La prostitución fue abolida por decreto. No desapareció inmediatamente, porque, como es sabido, las prostitutas son muy reacias a leer periódicos y folletos; por eso el gobierno tuvo que tomar otras medidas. En Yugoslavia, cada primavera se hace una recogida de muchachas que llevan este género de vida y se las envía a granjas penales, donde resuelven los problemas laborales del campo plantando patatas. En verano vuelven a soltarlas para que vayan a divertir a los turistas, luego las recogen otra vez para efectuar, en otoño, los trabajos de la recolección. Mao arrestó a todas las «flores callejeras» que no habían leído su decreto y también las envió todas a las granjas penales. Pero la mayoría de ellas todavía están allá. Algunas han «reconocido el error de sus actividades» y se han entregado voluntariamente al trabajo en el campo o en el de las fábricas o lo puertos. El trabajar en los puertos es una forma refinada de atormentarse a sí mismo. Las chicas ven desembarcar a los marineros. que antes fueron algunos de sus mejores clientes, pero ni siquiera pueden hablarles por temor a ser llevadas de nuevo a la cárcel. En lugar de ocuparse de los marinos, ayudan a descargar sus cargamentos. Si algún marinero trata de aprovecharse de alguna de las chicas reformadas es arrestado inmediatamente y sentenciado a cinco años de cárcel. Esto se aplica a cualquier extranjero. La prostitución, el adulterio y el «amor libre» han sido delitos que se castigan con la pena de prisión desde el año 1950.

Solamente en Shanghai había 45 000 prostitutas antes de la guerra. Llenaban las calles, trabajaban en los bares como camareras y cantantes y constituían la principal atracción del turismo. Ahora que se han ido, las ciudades del litoral chino han perdido su brillo artificial. Los vestíbulos del hotel han dejado de ser un mercado de mujeres elegantes; actualmente resuenan en ellos los pasos cadenciosos de las delegaciones venidas de los otros países comunistas para comerciar y dispensar su ayuda técnica. Todos los clubes y bares extranjeros han cerrado sus puertas, naturalmente, con excepción de los que ahora son la Misión del Marino y el Club Internacional. Estos siguen abiertos, pero sin las chicas, y sirven insípida cerveza nativa y ginebra local inflamable a precios de inflación.

Cuando Mao hubo decidido «limpiar la ventana de la China», lo hizo de un modo completo y a conciencia. Hay en su carácter algo de puritanismo, aunque sería un error considerarle a él y a su amigo Liu Shao-chi como misóginos; Mao ha tenido tres esposas y Liu va para la cuarta, una muchacha veinticinco años más joven que él. El puritanismo rural de Mao es una mezcla de envidia justiciera y de disgusto. Le disgusta la idea de que sus compatriotas del sexo femenino eran vendidas y compradas por los extranjeros. Y siente envidia de que, al parecer, sean inagotables los bolsillos de aquellos mismos extranjeros y de sus millonarios nativos. Aquello que él mismo no podría o no querría comprar, está decidido a que nadie más lo compre. Y de cualquier modo, esta «limpieza» deja más cantidad de energía disponible para el trabajo duro en las fábricas y en el campo. A la juventud china no se la anima para que gaste sus energías besándose y acariciándose en los parques (ofensa criminal) o haciéndose el amor durante las largas noches de verano (tres años en una granja penal). Por el contrario, se les invita a sublimar su exceso de energía en productividad ante su máquina o ante los surcos de los campos, casi de la misma manera en que el uranio se transforma en electricidad [26].

Para Mao, también el cristianismo, al igual que la prostitución, es una «distracción» de origen extranjero. Si hubiera podido actuar a su modo, lo habría eliminado en 1949. Pero Liu le recordó que en la Unión Soviética no había daño alguno al incorporar en su Constitución una cláusula con la libertad de cultos y como consecuencia de ello se redactó el Artículo 5 del Capítulo 1 de la Constitución china de modo que manifestase la misma «libertad intelectual». Pero Mao insistió en que a las Iglesias cristianas se les dijera bajo qué condiciones se les permitiría esta «libertad de cultos». Tenía en su mente algo parecido a las condiciones bajo las cuales se les permitiría a los capitalistas nacionales el hilar y el tejer.

En junio de 1950, Chou En-lai recibió el encargo de convocar a los jefes de las Iglesias protestantes. Chou les explicó que Mao era enemigo de su presencia, «pero en conformidad con nuestra política de tolerancia hacia todas las minorías», no serían proscritas. Chou agregó que él había hecho observar al presidente Mao que antes y durante la guerra, las Iglesias protestantes habían realizado una admirable obra social. Escuelas y hospitales habían funcionado imparcialmente durante las guerras japonesa y civil y muchos cristianos habían luchado contra el «enemigo común». No añadió que la mayoría de los

sacerdotes extranjeros en China eran de países aliados de China durante la guerra y que por ello recibieron malos tratos por parte de los japoneses. Muchos miembros de la jerarquía comunista habían sido cuidados o educados o ambas cosas a la vez en misiones protestantes durante los años veinte. Chou En-lai dijo que el presidente Mao había acordado que las Iglesias continuaran existiendo sin obstáculo. Pero debían enviar a todos los misioneros extranjeros a su patria de origen y quedarse solo con pastores chinos. Y ningún pastor podría regresar a la China si se iba al extranjero a recibir «instrucción». Chou dijo que el presidente Mao preferiría ver que las Iglesias se limitasen a la «labor social», pero se daba cuenta de que ellas guerían continuar tratando de convertir a la gente. Si se les prohibía la predicación, comprendía el presidente Mao que las Iglesias no continuarían enseñando o curando a los enfermos, y la China necesitaba escuelas y hospitales. Un compromiso era, pues, necesario: «Nosotros permitiremos que ustedes sigan enseñando y continúen tratando de convertir a la gente, con tal de que continúen también ejerciendo su labor social. Unos y otros, comunistas y cristianos, creemos que la verdad prevalecerá al fin. Nosotros pensamos que las creencias de ustedes son falsas. Por lo tanto, si nosotros tenemos razón, llegará un momento en que el pueblo las rechazará; viendo al comunismo al lado de su fe, con la desfavorable comparación, la Iglesia de ustedes decaerá. Si tienen razón, entonces la gente les creerá a ustedes. Pero, puesto que nosotros estamos seguros de que ustedes no la tienen, estamos dispuestos a correr el riesgo».

El Consejo de las Iglesias protestantes aceptó las proposiciones de Mao tal como lo habían hecho los «capitalistas». No tenían otra alternativa. Todavía se encuentran entregados a la tarea de librar en China una batalla perdida de antemano. Es posible que puedan aferrarse hasta que el Partido se sienta lo suficientemente fuerte como para permitirles una predicación más extensa y más intensa, si es que el Partido se aparta un día de sus costumbres lo bastante para testimoniarles algo de benevolencia. Mao, que posee sentido del humor, promulgó un decreto de su propia cosecha poco después de efectuado el «acuerdo religioso». Estableció una Oficina de las Religiones, con objetivos mal definidos, y ofreció a la Iglesia cristiana o a cualquier otro «organismo parecido» un «intercambio cultural». Dijo que permitiría un intercambio de misioneros entre la China y cualquier otro país a base de una completa reciprocidad. Cuarenta misioneros protestantes de la Gran Bretaña podían ir a la China si la Gran Bretaña permitía que cuarenta misioneros chinos fueran a la Gran Bretaña. Los misioneros de Mao serían comunistas. No es probable que el primer ministro británico y el arzobispo de Canterbury acepten el ofrecimiento de Mao, pero sería interesante ver lo que sucedería si aceptasen.

Era evidente, incluso antes de 1949, que Mao procuraría por todos los medios eliminar el catolicismo en China [27]. Él es antiprotestante porque el protestantismo es un «demonio extranjero» y porque Chiang Kai-chek es metodista, como lo son asimismo los Kung y los Soong. Pero, por lo menos, los protestantes hicieron una labor útil, lucharon y se mostraron independientes. Los católicos, según Mao, son todos malos. Sus sacerdotes son en su mayoría extranjeros, responsables ante un extranjero que vive en Roma y cuyos prede-

cesores se pasaron medio siglo despotricando contra el comunismo y tratando de eliminarlo. Sus actividades religiosas son «una capa para el espionaje», como ha «descubierto» la Unión Soviética. Y la mayoría de los misioneros católicos en China eran de la «peor especie de extranjeros», con lo cual quiere decir Mao que son alemanes o italianos, aliados unos y otros del Japón durante la guerra, y ambos bien tratados, en general, por los japoneses. En 1950, Mao dio comienzo a una persecución sistemática de los sacerdotes católicos, con la intención de expulsarlos a todos ellos o de enviarlos al exilio, intención que jamás disimuló. A fines de 1954, no había obispos extranjeros de la Iglesia católica que ejerciesen su ministerio en China. Todos los sustitutos fueron considerados automáticamente como persona non grata. Chou En-lai sugirió al Vaticano el nombramiento de algunos «obispos chinos» con la aprobación del Partido, pero, como era de esperar, el ofrecimiento fue acogido con un silencio glacial. La Iglesia protestante de China podría convertirse un día en un culto puramente chino sin que tuviera mucho de específicamente cristiano. La Iglesia católica se verá probablemente sometida a tales presiones que acabará por desaparecer, exactamente como la Iglesia cristiana nestoriana desapareció hace mil años.

Mao trata a las minorías musulmanas de la China como a una minoría racial. No son hostiles al régimen y los grandes países musulmanes del mundo incluso simpatizan con la República Popular. Los musulmanes forman una parte insignificante de la población y jamás preocuparon al Politburó.

El budismo predica la no violencia y la cooperación, y Mao considera a los cincuenta millones de budistas de la China como «casi tan buenos como los miembros del Partido», buenos en el sentido de ser leales.

Sin las grandes distracciones del afán de lucro, de la prostitución y de la religión. Mao pudo reconstruir la China a un ritmo continuado. A cada retraso provocado por una mala organización (el Partido no era, desde el punto de vista numérico, lo suficiente fuerte para enviar organizadores capaces a todas partes), Mao desencadenaba una campaña de propaganda para convencer al pueblo chino de que los norteamericanos iban a invadir la joven República si sus hijos no trabajaban con mayor ahínco. Siempre podía aludir a los «bandidos» de Formosa, acaudillados por Chiang Kai-chek, como «prueba evidente de las intenciones agresivas de los norteamericanos». La especialidad de Mao en aquellos días eran las exposiciones de fotografías destinadas a la vez a desacreditar a los norteamericanos («Todos los imperialistas son tigres de papel») y a describirlos como una amenaza perpetua contra la paz. Obedientes, los obreros acudían en tropel a las exposiciones y firmaban en el libro de visitantes, añadiendo estas palabras: «Yo no quiero verme amenazado por EE. UU. Ahora voy a trabajar aún con más ahínco». A veces ocurría que el embotellamiento del tráfico fluvial o un grave período de hambre hacían indispensable una acción más concreta, un gesto más protector. El bombardeo periódico de Quemoy para «rechazar la invasión» había de incitar a los obreros siderúrgicos a producir más acero y a fabricar mayor número de proyectiles. Pero algunos gestos de Mao influyeron en mal sentido en la moral de su pueblo o llevaron a la China al borde de la guerra. Por ejemplo, en el caso del incidente

de Corea. El haber provocado la guerra de Corea no se considera ahora como una equivocación (el presidente Mao nunca se equivoca), pero sí como una «anticipación» estratégica. Mao persuadió a los norcoreanos de que podían invadir la Corea del Sur sin represalias razonables de parte de los norteamericanos, porque, les dijo, jamás aceptarían el riesgo de una Tercera Guerra Mundial; sin embargo, esta iniciativa estuvo a punto de acarrear lo último que podía desear Mao, que era la guerra y el que los Estados Unidos ocupasen toda Corea. La guerra generalizada habría significado una dependencia respecto de Rusia aún mayor de lo que era necesario en ese período de 1949-57 (época de la reconstrucción y del primer plan quinquenal). Habría socavado la fuerza industrial de China, de lento incremento, y su capacidad agrícola. Mao salió bastante bien parado del asunto de Corea, debido en gran parte a la habilidad de Chou En-lai como negociador. Estados Unidos no quería una Tercera Guerra Mundial, pero habría ido a la guerra si los chinos, en alianza con los comunistas norcoreanos, hubiesen invadido la Corea meridional. La Conferencia en la cumbre de Ginebra fue un triunfo para China y la diplomacia de Chou. Era un asunto muy delicado.

Sin embargo, el temor de la guerra intensificó la campaña de la industrialización y de la mejora del cultivo de las tierras. Hacia el final del primer Plan Quinquenal (1957), la producción total de las fábricas y de la tierra había aumentado un sesenta y ocho por ciento. La producción de acero, material básico de un complejo industrial, subió de 1 230 000 toneladas a 10 500 000 toneladas; la producción de carbón pasó de 60 000 000 de toneladas a 130 000 000; la electrificación de 7000 millones de kilovatios-hora a 19 000 millones; el petróleo bruto, de 400 000 a más de millón de toneladas. Los nuevos recursos en fuerza motriz y acero fueron explotados a fondo, lo que permitió extender ciertas industrias ya existentes y crear otras nuevas. Mao había descubierto a sus expensas, como jefe revolucionario, lo malas que eran las comunicaciones chinas, que impedían todo verdadero desarrollo en todos los lugares, excepto en la franja del litoral. Empleó, pues, su acero en la construcción de locomotoras (20 en 1952, 167 en 1957), vagones de mercancías (5000 en 1950, 7300 en 1957) y en implantar una industria del automóvil que no existía en 1949 y que en 1957 había producido 7500 Dongfengs (el utilitario chino).

El período comprendido entre los años 1949 y 1957 fue de éxito general, ensombrecido por desastres ocasionales, algunos naturales (inundaciones y hambres), otros provocados por Mao (la guerra de Corea, la invasión del Tibet, algunos miembros del Partido excesivamente entusiastas que sacrificaron prematuramente la vida de mucha gente en aras de la causa del marxismo-leninismo). Todos los miembros del Consejo de Estado tenían motivos para estar satisfechos. Liu Shao-chi, en un discurso pronunciado en el verano de 1957, dijo que la China continuaría por el mismo camino hasta obtener la victoria sobre el pasado, siguiendo el «ahora glorioso ejemplo de la reconstrucción socialista iniciada por la Unión Soviética».

Pero constituye siempre un error el no contar con Mao Tse-tung, incluso conociéndole desde hace tanto tiempo como Liu o Chou. Sin que ninguno de los dos lo supiera, Mao volvía a pensar en la revolución. Todo lo que en reali-

dad habían estado haciendo hasta ahora era «seguir el glorioso ejemplo de los soviéticos». A Mao no le agradaba esta idea. Creía y aún sigue creyendo que la única clase de revolución que tiene posibilidades de éxito en la China es una revolución que sea ciento por ciento china. No tiene inconveniente alguno en reconocer públicamente su deuda para con Lenin, Marx y Engels, e incluso para con Stalin, pero eleva a estos hombres a la categoría de dioses sin nacionalidad. Han dejado de ser rusos o alemanes, por lo que concierne a Mao, y se han convertido en propiedad de todos, quizá incluso más propiedad china que rusa, porque Mao se considera a sí mismo como «el comunista más puro del mundo».

La muerte de Stalin, acaecida en 1953, produjo una gran impresión en el ánimo de Mao Tse-tung. En público, cuando la noticia llegó a Pekín, se le vio profundamente conturbado. Probablemente se trataba de un gesto con vistas al exterior, que pudo ver las lágrimas del presidente por mediación de la agencia Nueva China. No por ello dejaba de ser Stalin el hombre que había excluido a Mao del Partido Comunista por «desviacionismo». En privado, decidió que ahora que el último dios había sido desnacionalizado, ya era hora de que la revolución en la China renunciase a todo lo que fuera ruso y se convirtiera en una revolución nacional, china y nueva. Cinco años más tarde, Mao anunció su nuevo programa.

A partir de 1958, la China no pediría más que una ayuda extranjera limitada. Según Mao, el pueblo chino no la necesitaba. Los técnicos rusos serían devueltos uno tras otro a su patria de origen cuando hubieran cumplido sus contratos presentes y los chinos ocuparían su sitio y «lo harían ellos mismos» [28]. Los nuevos proyectos ya no se describirían como «ejemplos de la cooperación chino-soviética verdaderamente fraternal» (como el puente doble sobre el Yang-tse, construido especialmente porque un ingeniero norteamericano había pretendido que tal obra era imposible de realizar). Los carteles que anunciaban el nuevo programa abandonaron el estilo soviético y sus exhortaciones al trabajo ilustradas con escenas de fábrica; los dibujos volvieron a asumir la tradición china, con dragones rojos y estandartes de seda, tejados de pagodas y banderas ondeando al viento.

El período del «hágalo usted mismo» del comunismo comenzó con dos campañas que eran una reminiscencia del origen campesino de Mao Tsetung. La primera fue una declaración de que la «medicina occidental», aun cuando hubiera hecho algunos descubrimientos útiles para la humanidad, en modo alguno era superior a la medicina tradicional de los chinos. En todas las universidades había que enseñarles a los estudiantes los rudimentos de este arte ancestral. Habían de estudiar cirugía y el tratamiento por medio de los antibióticos, pero también «los viejos métodos terapéuticos probados que tienen éxito donde la medicina occidental fracasa».

En la aldea de Mao Tse-tung había un médico consultado a menudo por toda la familia durante la infancia de Mao. Era un hombre de aspecto impresionante, con una barba fina y una siniestra túnica negra que le llegaba hasta los tobillos. Tenía dos métodos de tratar la enfermedad. Curaba ciertas afecciones por medio de cocciones complicadas de hierbas, alas de abejas, vísceras de cerdo (desecadas) y desagradables excrementos de animales. Las otras enfermedades, sobre todo aquellas que implicaban un dolor nervioso o muscular, las curaba por medio de la acupuntura. La acupuntura se basa en la teoría de que la salud del cuerpo es afectada por las condiciones meteorológicas, que difieren de un día a otro. El cuerpo se divide en 365 partes, cada una de las cuales es particularmente susceptible de enfermar un día del año. Si una parte del cuerpo enferma, es porque el día del cual dicha parte depende está perturbado por algún cambio atmosférico. Todos los «venenos del cuerpo» son absorbidos por el cuerpo a través de esta parte más débil que degenera y afecta al resto del organismo. Si un miembro de la familia Mao sentía un dolor el 12 de enero, el médico del pueblo se limitaba, en los casos más sencillos, a clavar una aguja de hilo de plata en la parte del cuerpo correspondiente al 12 de enero, y los venenos subían por la aguja para volver a la atmósfera (sin duda para ir a perturbar la «situación meteorológica» de otra persona). A veces surgen complicaciones, cuando un paciente ya no se acuerda del día en que comenzó a sentir dolor. En los casos más difíciles, el «doctor» tiene que clavar hasta cuarenta agujas en diversas partes del cuerpo, tratando de aislar el día crítico. Millones de chinos, y entre ellos Mao Tse-tung, son fervientes partidarios de la acupuntura y de las hierbas medicinales.

Los médicos formados en los métodos occidentales no compartían el entusiasmo del presidente, que quería hacer más china la medicina china, pero Mao les demostró que esas dudas científicas provenían de sus contactos con el pensamiento occidental. El mejor modo de evitar la contaminación, les dijo, era que aprendieran ellos mismos los secretos de la medicina tradicional. Para cerciorarse de que los «médicos occidentales» no se burlarían de los «doctores tradicionales» o de que no obstaculizarían la labor de estos, Mao apostó un miembro del Partido en cada hospital para «vigilar que se efectuara de un modo correcto el tratamiento de la enfermedad».

La iniciativa de Mao gozó de especial popularidad entre los campesinos, tal como él había esperado. Desde entonces, le dijo a Liu, los campesinos dirigirían la revolución en todas las esferas del progreso, aun cuando en la Unión Soviética el obrero de fábrica tuviera preeminencia sobre su colega del campo. En este mismo espíritu, Mao lanzó una segunda campaña para «comunalizar la vida privada» [29]. Las «comunas populares» llegaron a existir a pesar de la desaprobación desdeñosa de Jruschov y de Mikoyan, que calificaban de «anticuada» y de «ridícula» tal empresa. Una «comuna» es una comunidad estrechamente unida de unas 50 000 personas [30] que deben bastarse a sí mismas para sus necesidades cotidianas. Se supone que cada miembro de la comuna es un granjero, un obrero de fábrica y un soldado, todo junto. La comuna es administrada por un presidente y un vicepresidente que establecen los planes de acción y realizan las tareas administrativas. Más abajo dentro de la jerarquía se encuentran los comandantes de brigada y los jefes de equipo que ejecutan las órdenes emanadas de lo alto, después de consultar a los miembros de la comuna en cada caso. Los jefes de brigada organizan las conferencias sobre la doctrina marxista (con las obras de Mao Tse-tung) y las sesiones de entrenamiento militar. Procuran que ningún miembro de la comuna se olvide de llevar el fusil cuando va al campo. Nadie come en su propia casa. La comida se efectúa en comedores comunales para unas 500 personas, y la tarea de cocinar se deja a cargo de mujeres que son demasiado viejas para poder ir a los campos o para ser utilizadas en «proyectos industriales». Todas las mañanas, los comandantes de brigada y de batallón elaboran el plan de trabajo del día y deciden el número de personas que se precisan para cada parte del proyecto. Luego, la mano de obra es conducida hasta su lugar de trabajo (en una mano el fusil, en la otra la azada). Cuando los padres han abandonado la casa, los niños son «recogidos» (actualmente se están construyendo casas de dos pisos, destinadas a albergar finalmente a toda la población, a razón de una habitación por familia). Los niños más pequeños y los de pecho son llevados a la casa-cuna comunal, los demás niños van a la escuela. Desde la edad de ocho años se les dan fusiles de madera, de juguete, para realizar ejercicios militares después de las lecciones. A todos los niños se les enseña a cantar los nuevos «cantos de casa-cuna» chinos que hablan de «liberar a Formosa» y de «luchar contra el imperialismo». Cuando los padres vuelven de una larga jornada en el campo, es ya la hora de llevar a acostar a los niños, de efectuar una comida comunal y luego asistir a una conferencia para «perfeccionar la conciencia socialista». Algunas comunas han avanzado hasta alcanzar la fase de arrebatar a los niños completamente del lado de los padres. Una de ellas incluso ha separado al marido de la mujer en los días de la semana. Los sábados por la noche se les permite estar juntos en «especial intimidad privada» (es decir, se les permite incluso entregarse a los trabajos del amor y quizá de este modo producir mayor número de hijos comunales).

La propiedad privada, naturalmente, está desapareciendo rápidamente. Lo único que realmente posee un hombre o una mujer es unos cuantos cerdos y la ropa que lleva puesta. La moneda ha desaparecido completamente de algunas comunas. Las prendas de vestir, los cigarrillos, algo de vino, todo esto se les da de acuerdo con las «necesidades». En las grandes recepciones, por ejemplo, una boda, la comuna organiza la recepción y da a la feliz pareja un regalo comunal de bodas. Las lunas de miel son de tres días, pero a la novia y al novio se les anima para que al segundo día vuelvan ya al trabajo como muestra «de gratitud hacia la comuna». En 1960 la China se hallaba dividida en unas 27 000 comunas [31].

Evidentemente, las comunas producen cosas que no sean el alimento indispensable para sus miembros y las «entregas voluntarias de los excedentes al Estado». Construyen su propia maquinaria sencilla para labrar los campos y sus propios instrumentos. Y en 1958 comenzaron la campaña, de ámbito nacional, de fabricar el acero en el propio país, lo cual constituye la fase más notable del comunismo de «hágalo usted mismo». Mao anunció que un día tendría la China abundancia de altos hornos y fábricas de acero, pero que de momento tales cosas no existían, debido a «la mala administración de los imperialistas». Entretanto, en vez de pedir acero a Rusia (algún acero de alta calidad se importa aún de la Alemania occidental), los chinos habían de fabricar el acero ellos mismos. Hay abundancia de mineral de hierro en toda la China, decía Mao Tse-tung. Las comunas deberían buscarlo, extraerlo con instru-

mentos de fabricación casera, fundirlos en altos hornos igualmente construidos en la comuna, para enviar finalmente al centro industrial más próximo la fundición así obtenida. Las comunas podían quedarse con un poco de su hierro para fabricarse los objetos que pudiera necesitar. El *Diario del Pueblo* publicó una serie de artículos sobre el tema: «Cómo fundir vosotros mismos vuestro propio hierro», con ilustraciones que muestran al lector el modo de construir un sencillo alto horno en el extremo de una huerta. Los chinos acogieron entusiasmados la idea. Tradicionalmente, el campesino desconfía de los hombres de la aldea vecina y con mayor motivo de los que habitan más allá de las fronteras; este temor al extranjero hizo que los chinos produjesen tres millones de toneladas de fundición «doméstica» en 1958, cuatro millones en 1959. Su calidad no es muy alta, pero suficiente para construir instrumentos sencillos; además, dejaba el acero de buena calidad disponible para otros menesteres [32].

Las comunas cultivan el suelo, fabrican su hierro de fundición y otros productos, construyen sus propios diques (se encuentran artículos muy útiles, con ilustraciones, en el Diario del Pueblo) y van minando lentamente los tabúes de la vida familiar heredados de Confucio [33]. Para un occidental, la perspectiva de una nación entera sin identidad individual es algo horroroso y está «condenada al fracaso». Pero el experimento chino no está condenado al fracaso. Y puede incluso ser imitado en otras partes del sureste de Asia y también del bloque soviético fuera de Asia. Y sería un error pensar que las comunas llegaron a existir como consecuencia de una amenaza implícita de Mao. Mao amenaza a los obreros de las ciudades, cuyo espíritu comunista considera «inferior», pero nunca amenaza a sus campesinos. Los ha organizado hasta elevarlos a un estado de ardiente entusiasmo por el progreso, por el progreso de su propia revolución, que ellos realizan por sí mismos y sin deber nada a nadie. Ni siquiera hubo una orden general que prescribiera la disolución de las cooperativas establecidas entre los años 1949 y 1957. Nadie dijo: «El presidente Mao ordena que las cooperativas sean sustituidas por comunas». El Diario del Pueblo anunció, simplemente, que Mao Tse-tung había visitado en la provincia de Honan una «comuna modelo» que «mostraba el camino a seguir para ir hacia adelante». Ilustraban el artículo unas fotografías en las que aparecía Mao sonriendo a los jefes de brigada y dando un golpecito amistoso a la cabeza de un niño de la comuna. Esto ocurría en el mes de abril de 1958. En julio del mismo año el noventa y ocho por ciento de la China había sido comunalizado. Esto, mirando retrospectivamente, parece casi increíble.

Mao Tse-tung comprende a su pueblo. Ahora trabajan con mayor ahínco y más deprisa, porque ya no se les predica la revolución marxista, sino la revolución marxista china. El patriotismo más natural es lo que constituye la fuerza propulsora del segundo Plan Quinquenal o del Gran Salto (como se le llama). Actualmente, el objetivo inmediato es «aventajar a Inglaterra», según proclaman los carteles en cada esquina. A los chinos les agrada la idea de que el otrora poderoso Imperio británico se esté derrumbando frente a la reconstrucción china. Les hace trabajar más y mejor de los que podría hacerles trabajar cualquier otra teoría del Partido.

El nuevo nacionalismo de Mao se deja sentir incluso en sus relaciones con Chiang Kai-chek. Chiang sigue siendo un hombre con un «pasado criminal», según recuerdan sus folletos a sus lectores. Pero es un chino, y por lo tanto un ser superior. El modo de recuperar Formosa, cree ahora Mao, es el cesar de hacerle el juego a los rusos en su hostilidad a los norteamericanos y jugar el juego chino del «hermano que llama al hermano». En las emisiones de radio dedicadas a Formosa, ya no se insulta a Chiang. Ahora se le invita a abandonar a sus «cochinos protectores norteamericanos que un día le traicionarán» y a pasarse con sus tropas y los habitantes de la isla a los comunistas. «La China unificada» es la nueva consigna. Ahora ya no se habla tanto de invadir Formosa. Chiang no alienta sentimientos fraternales hacia Mao Tse-tung y quizá dude de la sinceridad de este, pero la mayoría de sus hombres se sienten atraídos por la idea de regresar a sus hogares (no son muchos los soldados de Chiang Kai-chek que son nativos de Formosa), Es perfectamente concebible que si Chiang accediese a devolver Formosa a la República Popular, sería recompensado con un puesto de vicepresidente del Consejo de Estado o por lo menos con una buena pensión. Y si no lo hace, es muy probable que sus hijos se vuelvan un día contra la guarnición norteamericana y la obliguen a marcharse de la isla. Las diferencias ideológicas significan muy poca cosa para un chino. La raza es lo más importante. Y el comunismo en el continente, que ahora se les hace pasar como una invención totalmente china, obtiene tangibles resultados. Por primera vez en la historia, los chinos están construyendo automóviles e instrumentos electrónicos. Y, progreso más importante todavía, la China posee hoy excedentes de algodón y de arroz para poder exportar, cuando antaño el hambre causaba estragos en forma crónica y había de importar arroz.

No hay duda de que Mao cuenta con el apoyo no solo del pueblo en su país, sino de muchos chinos que viven en el extranjero y que se sienten impresionados por el creciente prestigio de China. Mao tiene algo para todo el mundo. Agrada a la mayoría campesina y tiene por lo menos contenta a la minoría de obreros. Y cuando el ritmo del progreso se acelera demasiado, Mao se percata enseguida de ello y da comienzo a alguna «campaña» que hace que la máquina haga marcha atrás hasta que el pueblo vuelva a alcanzarla. Y esta operación se efectúa siempre de tal manera que los chinos se sientan agradecidos a Mao Tse-tung por sus nuevas decisiones. Cuando fundir el metal se convirtió en un esfuerzo agotador, después de una larga jornada en el campo y el país entero se puso a bostezar de fatiga, Mao bostezó más fuerte que nadie, para demostrar su simpatía. Publicó en el Diario del Pueblo un artículo ordenando a los chinos que durmieran por lo menos ocho horas al día. No dormir las ocho horas, sería comportarse de un modo antipatriótico. Si los organizadores locales del Partido obligaban a la población a trabajar diecinueve horas al día, este exceso de entusiasmo merecía ser censurado. La nación entera se fue a la cama, convencida de que Mao permanecía detrás de la puerta del dormitorio para cerciorarse de que todos dormían profundamente. La fuerza de la dictadura personal de Mao es terriblemente inmensa.

El Partido respalda también ahora sinceramente al presidente Mao en todo lo que este hace. Cuando Mao aludió por primera vez a su comunismo racional y autárquico y a una ruptura con la tradición rusa, hubo ciertas protestas por parte de los puristas. Hubo movimientos de sentidos diversos. Kao Kang, el dirigente local del Partido en Manchuria, se suicidó. Pero la mayoría del Partido respondió a una nueva «campaña de rectificación». Mao y Liu «desarraigaron» todas las «tendencias retrógradas» sin hacer caer demasiadas cabezas; Mao tiene horror a derrochar buenos trabajadores del Partido, incluso equivocados, derramando su sangre. Prefiere razonar con ellos, convertirlos a su método de «autoeducación», equivalente chino de la autocrítica rusa. La autoeducación, en la que muchas personas participan de la conversión de una persona que se aparta del sendero recto y angosto, es como una descendiente directa de la Inquisición, pero sin el aparato de tortura. A veces se le conoce en Occidente como «lavado de cerebro», pero esta expresión no describe el proceso con suficiente exactitud, sugiere la idea de que el lavado de cerebro lo realiza alguien que no es la misma persona cuyo cerebro ha de lavarse. La gran esperanza de Mao para con una oveja descarriada es que ella misma sea quien lave su propio cerebro. Cuando piensa que una persona es sincera en su confesión de «comportamiento incorrecto», entonces considera que ha conseguido algo valioso y permanente en el camino de la conversión. Al inducir a la «autoeducación», Mao ha tenido que habérselas con las mayor parte de los pecados del Partido:

- el «formalismo» (celebrar las reuniones del Partido sin el necesario entusiasmo, limitándose a seguir los reglamentos);
- el «mandismo» (portarse como un oficial de un ejército capitalista y tratar a las personas como a simples soldados);
- el «militarismo» (actitud muy afín a la anterior, sin implicar, como esta tendencia, un exceso de precipitación política);
- el «aventurerismo» (hacer gala de iniciativa superflua, obrar sin consultar a los superiores en graduación y prudencia);
- —el «sectarismo» (emplear en las palabras o en los escritos una jerga ininteligible para el pueblo, y de este modo convertir al Partido en una secta privilegiada que domina al pueblo y usa un lenguaje sacerdotal reservado a los iniciados);
- —el «heroísmo» (crecer demasiado en el valor de las propias invenciones o de las propias realizaciones);
- —el «expectismo» (excesiva precaución, el aguardar a ver lo que harán los demás antes de dar un paso uno mismo);
- —el «hermetismo» (delito menor, consistente en cerrar los ojos a lo que se encuentra más allá del trabajo de uno, especialmente con respecto al Occidente)
- —el «espíritu de campanario» (una actitud persistente de sectarismo local que pone los intereses locales, particulares, por encima del interés global de toda la organización).

Si la enumeración de estos delitos parece parodiar un periódico humorístico, es probablemente porque el humor ha desaparecido de China. Por otra

parte, la sátira nunca ha sido el punto fuerte del chino, que tiene la tendencia a tomar las cosas al pie de la letra. Entre los cuadros dirigentes, Chou y Mao son los únicos que poseen algo que se aproxima a un sentido del humor, pero con un matiz de crueldad.

En 1958, Liu se convirtió en jefe de Estado y se encargó desde entonces de estrechar las manos oficiales. Organizó una pequeña purga en 1959, cuando el «Gran Salto Adelante» no llevó a la China tan lejos como Mao había esperado. Un entusiasmo excesivo había trastornado las comunicaciones, los objetivos habían sido colocados demasiado alto (una revisión inmediata remedió este estado de cosas); pero el «Gran Salto» fue realmente un salto hacia adelante y la producción aumentó en proporciones considerables. Quizá no tanto como fuera preciso, pero, como comprendió Mao, tanto como fue posible. Hacia el año 1960, reinaba la calma en el frente del Partido. En realidad, el Partido Comunista ha ocupado, en gran medida, el lugar que antes ocupaba la antigua Administración imperial como clase dirigente del país. Durante miles de años, las únicas personas investidas de cierto poder político, las únicas personas que jamás discutirían de política o que ponían en práctica unos principios políticos (trasmitidos por el emperador) fueron los miembros de la selecta minoría culta. Actualmente el Partido Comunista se recluta en gran parte entre esa antigua clase culta y entre la nueva generación de estudiantes.

El chino educado, no miembro del Partido, también admira a Mao. Es la admiración del intelectual hacia el hombre que ha renovado una filosofía (el marxismo) nacida en Occidente. Esta admiración tiene un matiz de patriotismo y por ello resulta aún mayor. Aprecia en mucho la importancia que Mao concede a la tarea de difundir la instrucción. Durante la guerra de 1914-18, un estudiante chino había tratado de enseñar a leer y escribir a los coolies chinos que trabajaban en la retaguardia de las líneas aliadas en Europa. Inventó lo que él llamó el movimiento de los mil caracteres, una especie de chino elemental. El movimiento de los mil caracteres aspiraba a que todo chino pudiera conocer y escribir sus pictogramas más importantes y de este modo poder comunicarse con sus compatriotas por medio de papel y tinta, si no podía hacerlo por medio de la palabra oral. Hay en China tantas lenguas habladas corrientemente, todas ellas inteligibles entre sí, que solamente por medio de la escritura puede un chino meridional entenderse con un chino septentrional. Por esta razón no sucumbió a la presión de quienes querían abolir la escritura tradicional china. Mao ha lanzado su propia campaña de los Mil caracteres universales. Al propio tiempo ha promovido varios sistemas de conversión de las lenguas habladas a la escritura romana, para que a los extranjeros les es más fácil aprender chino (el lenguaje humano, como ellos le llaman). Se calculan los progresos de alfabetización en sesenta por ciento en el espacio de diez años, una verdadera hazaña su tenemos en cuenta que en el momento en que Mao asumió el poder solamente un chino de cada seis sabía leer y escribir. Actualmente 100 000 000 de niños asisten a las escuelas primarias y secundarias en China (la mayoría de las escuelas son nuevas) y hay 600 000 estudiantes universitarios.

Los únicos escépticos entre las personas de las clase cultivada son aquellos que padecieron, ellos o sus amigos, cuando la «autoeducación» fue aplicada a los escritores y a los artistas en 1957. Mao todavía escribe poesía. En 1957 decidió estimular la producción de más y mejor poesía y pintura. Admitiendo el hecho de que un artista no puede trabajar por encargo, el Partido lanzó su famosa consigna: «¡Ahora que se abran cien flores!», queriendo decir con ello que la poesía no debía limitarse a los modelos rusos, al canto de amor de un hombre joven por la joven obrera delante de su máquina, sino que los poetas podían elegir sus propios temas y tratarlos a su modo. Mao no estaba preparado para la ola de inconformismo que siguió. Por doquier, en el jardín de la literatura china, brotaron poesías decadentes, del tipo occidental, y ninguna de estas poesías las reconoció Mao como flores. A fines de 1957, ordenó una escardadura general y recomendó solamente una clase de flor, la de la «poesía socialista responsable», como la de él. Los poetas han comprendido muy bien la alusión y han puesto un límite a su «desviacionismo», pero no sin interrogarse el corazón y la mente. Sus amigos esperan que la libertad de expresión únicamente ha sido pospuesta hasta que se haya realizado completamente la «reconstrucción», que evidentemente, requiere «disciplina», según ellos mismo reconocen [34].

Esta campaña fue alentada de nuevo en 1961, al iniciarse una nueva campaña de las «Cien flores». A los escritores y a los pensadores se les instó nuevamente a que aplicasen sus esfuerzos mentales en la tarea de hallar la solución de los problemas culturales, políticos y sociales. En 1961, las «flores» eran de un género diferente. Poco fue el aliento que se dio a los pensadores o artistas no marxistas, y parece ser que Mao abandonó toda pretensión de reforzar el pensamiento marxista mediante el conflicto abierto con los profetas o apologistas de otras ideologías. Sin embargo, algunos profesores universitarios daban conferencias que no estaban inspiradas en los escritos de Marx y de Lenin, y al parecer, la vida académica recobró durante algún tiempo algo de la libertad perdida, quizá debido a que una mala cosecha de cereales hacía que su lealtad resultase preciosa.

La restringida libertad reconquistada en 1961 volvió a perderse en 1966, durante la Gran Revolución Cultural. El propio Mao parece ser que atizó la evolución con las manifestaciones de masa de los jóvenes guardias rojos, renovando los llamamientos a la «pureza ideológica». Mao, con toda probabilidad, se está dando cuenta de que no durará siempre y desea asegurarse de que cuando él muera o se retire, la nueva China sea tan apasionadamente revolucionaria como en el comienzo. Quiere, sobre todo, que los jóvenes eviten la «trampa burguesa» en la que él cree que ha caído la Unión Soviética, y que consideren la revolución como un estilo de vida. Parece ser que ha abrigado ciertas dudas respecto a algunos de sus camaradas de partido como revolucionarios «permanentes» y que no se ha opuesto a su dimisión, sino que más bien se les ha instado a ello. Parece ser también que ha comprendido que el genio de la guerrilla, Lin Piao, es el hombre más idóneo para mantener pura la ideología del Partido; tanto más, cuanto que Mao siempre ha considerado al Ejército popular de Liberación como el cancerbero permanente de la revolu-

ción en China. La Gran Revolución Cultural ha hecho evidente que ni siquiera en las épocas en que la libertad cultural «debe ser restringida» hay pretexto alguno para la «ociosidad cultural». Los escritores tienen que escribir, los pintores tienen que pintar, incluso si no sienten simpatías por el partido que les escoge los temas. La respuesta que da Mao a quienes le critican es siempre la siguiente: «Si no os sentís capaces de ser la clase de escritores que la nueva China necesita, entonces sería un deber patriótico el que dejarais de ser escritores y os dedicarais a conducir un tractor en una brigada de producción».

Entretanto, Mao, el profeta del nuevo y puro comunismo chino, lleva una vida solitaria. De acuerdo con la actitud general de trabajo duro que está tratando de promover, su vida personal, si es que la tiene, es la de un asceta. Llevó una vida dura, en su mayor parte en medio de las mayores incomodidades. Su infancia fue desgraciada. En su adolescencia hubo una felicidad que acabó en tragedia. Podría permitirse algunos lujos, pero no se permite ninguno. No comparte en modo alguno la afición de los dirigentes soviéticos por las fruslerías de la «decadente civilización occidental». Vive en una casita de la antigua Ciudad Prohibida de Pekín, con su tercera esposa, Chiang Ching, a la que conoció y con quien se casó en los montes Shensi. Nadie ha visto nunca niños en esa casa, y desde la muerte de su hijo An-ying (de su primera mujer), caído en la Guerra de Corea, Mao ha afirmado siempre que su única familia es el pueblo chino [35].

Mao come poco y mal. Su mujer siente debilidad por las ciruelas ácidas, él ha conservado su afición de campesino del Hunan por un plato de legumbres y arroz, salpicado de pimienta roja, rociado todo ello con té o suave vino de arroz. Al parecer, en su guardarropa no tiene más que una muda de su túnica abrochada hasta el cuello y un par de pantalones sin forma, aunque su mujer viste con sencillez y elegancia. Sus únicos visitantes son la familia de Lin Piao, y ocasionalmente Chou En-lai, aunque se dice que Mao no aprueba la afición de Chou por la buena cocina francesa. La *haute cuisine*, a la que se aficionó Chou siendo estudiante en París, es para Mao la afilada punta del cuchillo de la burguesía extranjera.

Desde luego, ningún político occidental tiene una jornada más larga. Diecisiete horas son poca cosa para el presidente Mao, incluso admitiendo que sus «exhibiciones» más fatigosas, como el nadar en el río Yang-tse, son realizadas con casi toda seguridad por un doble. Duerme solo cinco horas cada noche. Se le atribuye una sola debilidad y es la de que le gusta permanecer despierto en la cama, leyendo sus propias *Obras Completas*, que, como es sabido, no son en modo alguno literatura ligera. Mao se halla muy ocupado en la reconstrucción de la China. Cuando haya pasado el período de la reconstrucción, entonces dirigirá su mirada hacia el extranjero. Quizá se ablandará y será más indulgente con Chou, con los cocineros y los sastres occidentales. Quizá haga que vuelvan a florecer las «flores». Pero nadie sabe lo que le ocurrirá al mundo situado allende la China cuando él o sus sucesores decidan, si es que llegan a decidirlo, exportar la revolución china. Lo único que puede hacer un occidental es mirar el registro de la República Popular china en las relaciones exteriores y tratar de leer en él el destino de Occidente.

10. CHINA Y EL MUNDO

Cuando en tiempos de las antiguas Concesiones, un chino había de ser juzgado ante un tribunal británico, siempre se le preguntaba si prefería un juzgado chino o europeo. Inevitablemente, el chino escogía el jurado europeo. Sabía que podía esperar de él mayor indulgencia. Sabía que un jurado chino sería imparcial mientras él pareciera hallarse en el lado de los vencedores. No tenía nada que temer de doce europeos, de doce «extranjeros de grandes narices».

Algunos optimistas han dicho que Mao Tse-tung jamás dirigiría a los chinos hacia una conquista del mundo, porque tiene miedo de los Estados Unidos, del Occidente en general. Tal optimismo es infundado. Ni Mao Tse-tung ni ningún otro chino le tiene miedo a los «narigudos extranjeros». No sienten simpatía por los extranjeros, a menudo los desdeñan; pero no les tienen miedo. Los chinos creen que todo aquel que no es chino, tiene que ser un bárbaro, como pudo descubrir lord Macartney a sus propias expensas. En el siglo XX, estos bárbaros han conseguido superar a la China en la industria y en la técnica, pero es solo un fenómeno transitorio. La política exterior de Mao se basa en la creencia de que está en el orden divino de las cosas el que la China pueda igualar y superar a Occidente en cualquier campo de la actividad humana. Si hay algo que disuada a los chinos de lanzarse a la conquista del mundo, aun cuando esto sea ajeno a sus propias tradiciones, será el desdén que siente por un mundo habitado por habitado por bárbaros, un mundo que prefieren ignorar.

A Mao Tse-tung los rusos le son antipáticos de la misma manera que le son antipáticos los demás extranjeros. Los encuentra muy pagados de sí mismos y cree que se ufanan demasiado de ser los pioneros de la Revolución socialista. Sedujeron a Liu Shao-chi por algún tiempo, hasta que Mao pudo hacerle recobrar su «pureza», pero ya se había efectuado un daño irreparable. Fueron demasiado cándidos al tratar con el Kuo Ming Tang después de la muerte de Sun Yat-sen. En 1927, la Unión Soviética hizo fracasar la revolución que habría debido dar el poder a los comunistas chinos, condenando a Mao Tse-tung a más de treinta años de bandidaje, sin hablar de la pérdida de dos esposas. El ministro ruso de Asuntos Exteriores condenó su rapto «bellamente organizado» de Chiang Kai-chek en 1936 y pidió que este fuera devuelto sano y salvo, hasta que el embajador se cercioró de que se trataba de un golpe genuinamente comunista y que merecía su apoyo. El Komintern se negó a reconocer al propio Mao como dirigente del Partido hasta que los acontecimientos hicieron que tal falta de reconocimiento resultara ridícula. En 1945, la Unión Soviética trató muy mal al Partido chino al entregar al Kuo Ming Tang las ciudades de Manchuria, ocasionando una gran pérdida de vidas rojas al tener que reconquistarse esas ciudades. Y el entendimiento con Chiang Kai-chek continuó más

tiempo de lo que tal entendimiento era deseable o incluso posible. Para Mao, todo esto fueron trágicos errores por parte de los camaradas soviéticos, errores que no era fácil perdonar.

El discurso necrológico de Mao para Stalin fue una obra maestra de ironía: «De todos es conocido el ardiente amor que Stalin profesó al pueblo chino, y la fe que tenía en el poder de la Revolución china. Con su sublime sabiduría, contribuyó a los problemas de la Revolución china».

Durante el reinado de Jruschov, Mao dio a entender claramente que consideraba al sucesor de Stalin como inferior a él en lo social y en lo ideológico. Durante la lucha que se produjo al morir Stalin, Mao tuvo gran interés en ser consultado en cada fase, y especialmente durante las fases últimas. Jruschov tuvo que volar hacia Pekín para explicar las circunstancias en que fuera depuesto Malenkov en 1957. Mao no se cansaba de repetir al grupo de Jruschov que él, Mao, había sido el dirigente indiscutido del Partido chino desde el año 1934. En 1956, Jruschov no era más que un aprendiz en el poder, y duró escasamente en él ocho años.

Mao profesaba, y probablemente profesa todavía una gran admiración por lo logros de Stalin como principal promotor del Estado soviético. Los sucesores de Stalin son unos niños desde el punto de vista ideológico. Malenkov, Jruschov, Brezhnev, Kosygin, ¿qué han escrito esos hombres que tenga importancia ideológica? Mao, en cambio, ha efectuado muchas y notables contribuciones a las sagradas escrituras rojas. Solamente su *Nueva Democracia* le conquistará un puesto entre los Inmortales leninistas. De sus *Obras completas* provisionales solo en la Unión Soviética se han vendido 25 000 000 de ejemplares. Además de su obra en prosa, su poesía es lo suficientemente buena como para contar con admiradores tanto en el Este como en el Oeste.

Lo que ahora se conoce como el «conflicto chino-soviético» empezó con una disputa acerca de las «relaciones correctas» que un Estado comunista debería tener con un Estado capitalista. La teoría de Jruschov era la de que fingiendo una amistad eterna con el Occidente, la «coexistencia pacífica», sería posible adormecer al Occidente en una sensación de falsa seguridad y que, de este modo, llegaría el momento en que la Unión Soviética estaría en condiciones de destruir el capitalismo en su punto más débil, la economía. Nikita Sergueyevich esperaba crear el caos económico en Occidente inundando los mercados occidentales, y luego procedería a ayudar a los partidos locales a restablecer a su país en la prosperidad... y en el comunismo.

Mao siempre ha creído que su propia interpretación de la doctrina de Lenin (que la guerra con los países capitalistas es más o menos inevitable) es la interpretación correcta. Jruschov es un «mal leninista» porque esperaba evitar una guerra sangrienta. Mao comenzó a burlarse públicamente de la inadecuada política de Jruschov en 1960. El 1 de abril, el periódico quincenal *Bandera Roja* atacó el «erróneo concepto de que la naturaleza del imperialismo ha cambiado desde el primer análisis que de ella realizó Lenin». El 15 de abril, este argumento fue llevado más lejos y se sugirió que «toda persona bienintencionada» (o sea, Jruschov) que creyese que la naturaleza del imperialismo

había cambiado, debía procurar no debilitar el campo socialista demoliendo demasiado pronto sus fortificaciones.

En un congreso celebrado el día 1 de mayo, Jruschov hizo que Kuusinen, el ex «Quisling» finlandés, respondiera a Mao: «Hemos de guardarnos de aquellos que manejando citas quieren hacernos creer que Lenin era contrario a la coexistencia pacífica. Actualmente, para seguir siendo leales al marxismo-leninismo no basta con repetir la vieja verdad de que el imperialismo es agresivo. Una actitud dogmática es una actitud retrógrada». En el mes de junio de 1960, en el III Congreso del Partido Obrero rumano, en Bucarest [36], el propio Jruschov acusó a los chinos de estar locos, y añadió que la paz mundial sería mantenida en el futuro por la Unión Soviética y los Estados Unidos de América negociando por cuenta de los bloques que respectivamente acaudillaban.

En noviembre de 1960, Jruschov convocó un congreso de delegados de partidos comunistas de todo el mundo para reiterar su denuncia de Mao. Entretanto, Jruschov había retirado todos los técnicos y asesores soviéticos prestados a la República Popular China, a manera de advertencia de que ellos no querían participar en una descabellada conspiración para desencadenar la guerra. En el congreso celebrado en Moscú en el mes de noviembre, los representantes de Mao defendieron a este y condenaron la «debilidad y pacifismo» de Jruschov. Dijeron, citando a Mao: «Como discípulos de Lenin, debemos aplastar completamente todas las tentativas de los revisionistas modernos por tergiversar y vaciar de sustancia las enseñanzas de Lenin. Creemos en la absoluta verdad del pensamiento leninista, creemos con Lenin que la guerra es el resultado inevitable de los sistemas de explotación, que la fuente de todas las guerras modernas es el sistema imperialista».

Mao se sintió «profundamente apesadumbrado», según dijo en el *Diario del Pueblo*, el 5 de diciembre, al ver que todos los partidos comunistas activos, con la excepción de Albania, apoyaban al soviético al deplorar su intransigencia. Al parecer, Mao dedujo que la razón de todo ello era la hostilidad personal de Jruschov contra él, por no decir los celos que Jruschov sentía de que él ocupara un puesto preeminente en el bloque comunista. El congreso de noviembre en Moscú terminó con el hecho de que el representante de Mao reconoció la hegemonía del Partido soviético, como el «Partido de mayor experiencia», pero sugiriendo que el Partido y el pueblo soviéticos no debían ser identificados con «unos jefes de gobierno revisionista y con algunos elementos revisionistas del Partido». Un día, sugirió Mao desde Pekín, la dirección del Partido chino sería reconocida como la de mayor experiencia en la gestión de asuntos revolucionarios, y a su partido como el único que había comprendido que la insurrección es solamente un momento en la historia de la revolución.

Durante el año 1961, Mao hubo de suavizar sus golpes contra Jruschov, contra los «revisionistas» y contra el «imperialismo». El crudo invierno de 1960-1961 exigió que la República Popular China comprase a «países imperialistas», a Canadá y Australia, considerables cantidades de cereales.

Sin embargo, en 1962, las relaciones de Mao con el mundo «bárbaro» se normalizaron, ya que una buena cosecha le permitió reactivar su revolución permanente. Simultáneamente, empeoraron dramáticamente sus relaciones con Jruschov y con el Partido soviético. Recelando de Nehru y del movimiento gradual de la India hacia una identificación con la política exterior británica, real o imaginaria, Mao ordenó, a modo de prenda, una invasión de la India a lo largo de la frontera del noreste. Logró humillar a Occidente. No era dudoso que el Ejército chino habría de aplastar a las fuerzas armadas indias a lo largo de la frontera y que los Estados Unidos vacilarían en intervenir. Mao humilló a la Unión Soviética de dos maneras. Su invasión de la India fue en sí misma un gesto de desprecio, porque el gobierno soviético había prometido suministrar a aquel país aviones Mig para reforzar su fuerza aérea. Y el fracaso de Jruschov en mantener misiles en Cuba, frente a la oposición y a las amenazas norteamericanas, contrastaba desfavorablemente con el éxito de Mao en la India.

A principios de 1963, Mao se encontró a sí mismo en lo que para él era una estimulante posición de hostilidad abierta y declarada tanto contra la Unión Soviética como contra los Estados Unidos. Las denuncias de que fue objeto por su «actitud dogmática» (por parte del *Pravda*) y por su «agresión» (por parte del gobierno de los Estados Unidos) no hicieron en él mella alguna. Instó a los dirigentes del Vietnam del Norte a que intensificaran su lucha para «liberar» el Sur. Declaró: «Este fue un año en el que el coro antichino de todas las fuerzas reaccionarias del mundo alcanzó un punto elevado, y sin embargo, fue también el año en el cual alcanzó su punto culminante la ola revolucionaria de los pueblos de Asia, África e Iberoamérica. Fue un momento de gran presión ideológica anti-marxista-leninista, y no obstante, fue también entonces cuando los valientes paladines de la verdad se manifestaron incesantemente». En abril de 1964 acabó con todo este coro de crítica antichina. Un editorial del Diario del Pueblo comentó, en abril de 1964: «En su vano intento de vilipendiar al camarada Mao Tse-tung y sus ideas, los dirigentes del P. C. de la URSS son como hormigas que trataran de sacudir un gran árbol y no hicieran más que pisotearse ridículamente entre sí».

En junio de 1964, Mao decidió que el viento del Este estaba prevaleciendo realmente sobre el viento del Oeste, que la importancia del mundo frente a la Revolución china pura y permanente era evidente para todos. En una serie de cartas dirigidas al bloque comunista y en el IX Congreso de la Liga de Jóvenes comunistas chinos (junio de 1964) explicó por qué ello era así:

El bloque comunista debe comprender que la única estrategia correcta en la lucha actual contra el imperialismo es la estrategia adoptada durante la lucha del Partido chino contra Chiang Kai-chek y los japoneses. En aquel entonces, las fuerzas reaccionarias de las ciudades fueron vencidas por la fuerza del progreso revolucionario en el campo. Las ciudades, por su misma naturaleza, tienden a causar la degeneración del ser humano, y la degeneración no cabe en un Estado marxista-leninista. Los campesinos no llegan a debilitarse nunca en la forma en que los habitantes de la ciudad pronto se debilitan. En relación con la lucha mundial, esta lección puede considerarse como el proceso de superar el revisionismo y el imperialismo basados en la ciudad desde bases situadas en las zonas rurales. La decadencia y la degeneración de la Europa urbana deben ser vencidas por Asia, África e Iberoamérica rurales, con la ayuda de los campesinos oprimidos de Europa.

La impotencia de los Estados Unidos de América, urbanos e imperialistas, frente al entusiasmo de los campesinos armados del Vietnam debería convencer a cualquiera de que el imperialismo urbano no es más que un tigre de papel. Incluso después de diez años de dominio norteamericano, los europeos se ven aún obligados a combatir la hostilidad de los campesinos surcoreanos, y no pueden pasar por ningún mercado sin recibir una lluvia de fruta podrida.

¿Qué lección puede sacar de esto el bloque comunista, caído en mal momento bajo la influencia del Partido soviético urbano, revisionista? La lección es que la dirección soviética del bloque comunista ha abdicado y que ya no puede seguir siendo reconocida. Reconocer esa dirección, que se renueva con revisionista como Brezhnev y Kosygin después de la caída de revisionistas como Jruschov, equivale a renunciar a la lucha contra el principal enemigo de las fuerzas progresivas; es decir, contra los Estados Unidos de América.

Mao Tse-tung profesa a los Estados Unidos de América un odio implacable. Los norteamericanos comenzaron a explotar a la China en el siglo XIX y todavía consideran a los chinos como seres inferiores a ellos, reservándoles barrios especiales en las ciudades de los Estados Unidos. Los norteamericanos educaron a Chiang Kai-chek y le procuraron el medio de resistir desde entonces a los halagos del proceso histórico. Los norteamericanos se niegan a reconocer la República Popular China, se niegan a permitirle que ocupe el lugar que le corresponde como miembro de la Organización de las Naciones Unidas. No se sabe con certeza lo que hará Mao Tse-tung con su calidad de miembro de la ONU si llega a obtenerla algún día. Siente antipatía o desprecia a más de la mitad de los miembros de esa organización, a muchos de los cuales considera poco capacitados. No cree que la Asamblea General sea un verdadero foro de las ideas. Posiblemente, él solo desearía enviar de vez en cuando a un representante chino para que oyera las quejas de otras naciones sobre el comportamiento de la China, para rechazarlas y añadir otro voto formal a los votos de los bloques soviético y afroasiático.

Desde luego Mao comprende que al no ser miembro de la ONU, la China pierde prestigio, y no se encuentra «legalmente» en la vanguardia de las naciones del mundo, líder indiscutido del bloque afroasiático. Si hay una ONU, el portavoz en ella de los miembros del Tercer Mundo debe ser la República Popular China.

Lo que enfurece a Mao es que el Tercer Mundo no siempre llega a percibir las «tretas de los imperialistas norteamericanos». No considera inteligente la política exterior norteamericana; si fuera inteligente, el respeto atenuaría la antipatía que por ella siente Mao. Desde el punto de vista de Pekín, todo cuanto hace el gobierno de los Estados Unidos parece ser malévolo o estúpido, o ambas cosas a la vez. Es totalmente evidente para Mao que Estados Unidos ha llegado a superar a la Gran Bretaña en su papel de nación imperialista número uno. No obstante, los norteamericanos no quieren admitir que tengan un imperio, a pesar de que casi toda Europa y un racimo de dictadores árabes, asiáticos e iberoamericanos dependen del dólar para sobrevivir. Ni siquiera los asiáticos y los iberoamericanos comprenden que los beneficios de la civilización occidental brillan por su ausencia en las esferas de influencia nortea-

mericana, que la «ayuda» significa la perpetuación del régimen de una minoría sometida servilmente a Washington. Como dice Mao: «Es bien sabido que el racismo y el desprecio a los derechos de los no europeos se está infiltrando no solo en las esferas de la agresión imperialista de los Estados Unidos, sino también en el llamado país de la libertad, en los mismos Estados Unidos».

Hay tres ejemplos de estupidez norteamericana que enfurecen de modo especial a Mao Tse-tung, y que él considera que el Tercer Mundo debiera también condenar.

En su día, el gobierno de los Estados Unidos ayudó a Chiang Kai-chek a erigirse en jefe de un Estado títere en Formosa (Taiwan). Lo que los norteamericanos deberían haber hecho era reconocer la República Popular de China tan pronto como resultó evidente que los comunistas habían de ganar. Los capitalistas y los imperialistas tienen que ser realistas. La Gran Bretaña, con siglos de realismo y de imperialismo detrás de ella, reconoció a la China roja. De las grandes potencias, solamente los Estados Unidos de América cerraron los ojos a los hechos de 1949, por «razones de lealtad sentimental hacia Chiang Kai-chek». Si un Estado elige una forma imperialista de gobierno (como lo hizo la China por espacio de dos mil años), entonces debe ser un imperialismo absoluto, exento de sentimentalismos, o de lo contrario tiene que perecer. En China no hay medias tintas, no hay grises en el campo de la ética. Mao Tse-tung espera demostrar la estupidez de la política norteamericana en Formosa a la muerte de Chiang Kai-chek, cuando el sucesor de este entregue intacta Formosa a la República China. Entonces los norteamericanos tendrán que abandonar la isla o ser tildados de agresores que quieren quedarse contra la voluntad del pueblo, y con ello perderán mucho prestigio.

Mao no duda que esto es lo que va a suceder, de la misma manera que jamás dudó que el régimen de Rhee en Corea se derrumbaría sin la intervención china. Corea será unificada sin necesidad de invasión alguna. La única razón por la que ahora no es una República roja unida es porque las tropas rusas que la liberaron de los japoneses estaban al mando de políticos estúpidos. En vez de dejar que el pueblo coreano votase por un «gobierno democrático de coalición», que habría sido dominado por los comunistas, comenzaron a obligar al pueblo a formar granjas colectivas del tipo más avanzado desde el punto de vista político, nacionalizaron toda la propiedad privada, establecieron instituciones «extranjeras». Tras años de ocupación y explotación japonesa, los coreanos no querían nada que fuera soviético. Pero todo esto es cosa del pasado, y en Corea del Sur se ha desarrollado toda una nueva generación que ha aprendido a detestar la explotación norteamericana y pronto pondrá fin a ella.

También ha sido errónea la política norteamericana en el Japón, antes y después de McArthur. Fue algo acertado desmembrar los grandes trusts, el emancipar a la mujer y destruir la ilusión de divinidad del emperador, pero el proceso fue interrumpido demasiado pronto. Si los norteamericanos querían convertir el Japón en una democracia, el gobierno de los Estados Unidos hubiese tenido que establecer una dictadura democrática de tipo chino basada en el respeto a los «principios correctos». Pero esto habría sido una tontería,

habría creado un Estado aliado natural de China. Por ello la Norteamérica imperialista tenía que haber dejado intactos el poder imperial, los grandes trusts y la opresión de la mujer.

Mao cree que la política exterior norteamericana se basa en la suposición de que la entrega de dólares puede ganar amigos para el que efectúa tal entrega. Esta es una idea que sin duda los ingleses consideran absurda. ¿Por qué, entonces, los ingleses persisten en una alianza absurda con los Estados Unidos?

Frente a los ingleses, Mao Tse-tung experimenta un odio matizado de respeto. Admira la habilidad que tienen los ingleses para introducir la ley y el orden donde antes no reinaba más que el caos. Reconoce que sin esa habilidad, ni Shanghai ni otros puertos del Tratado habrían llegado jamás a ser los puertos ricos y bien organizados que él heredó. No siente envidia de la producción industrial británica, ahora superada en muchos campos por la China. Mao exporta bicicletas por toda el Asia y las vende a pueblos para los cuales la bicicleta inglesa constituía un símbolo de excelente calidad y prestigio [37].

Naturalmente, hay todavía Hong Kong, que, con Macao, es la última de las posesiones coloniales en el continente chino. Pero por el momento a Mao Tsetung le conviene dejar las cosas tal como están. El arrendamiento de Hong Kong expira en 1998 (para un chino, no es mucho tiempo de espera) y entonces Hong Kong caerá en manos de la República popular con la misma facilidad que Formosa. Entretanto, Hong Kong es un lugar útil para recoger divisas extranjeras, un excelente puesto de escucha desde el cual los agentes de Mao pueden tener una buena idea de cómo piensa Occidente. La colonia absorbe igualmente numerosos chinos aún no reconciliados con la revolución y que resultan un estorbo en el continente; en fin, Hong Kong es un puerto ideal en el que Mao puede contratar buques extranjeros para su comercio de cabotaje.

A Mao le parece evidente la fragilidad de la alianza imperialista entre norteamericanos y británicos. Por ello le parece una tontería el que los dirigentes del Partido soviético afirmen que la paz mundial solo puede mantenerse mediante el compromiso con dicha alianza. La paz mundial solamente podrá ser una realidad cuando el imperialismo y el capitalismo hayan dejado de existir.

Hay pruebas para poder afirmar que muchos comunistas en Europa se sintieron alarmados cuando en 1965 decidió Mao dar lo que a él se le antojó un paso lógico, la preparación de su país para el fin del entendimiento. En abril de 1965, Mao decidió que la organización juvenil, que se suponía estaba preparando los futuros cuadros, era letra muerta. Se había vuelto «tradicional», se había convertido en una especie de movimiento de boy scouts. Y así, bajo la dirección de su mujer y de Lin Piao se formaron los Guardias Rojos. Los guardias rojos se reclutan entre jóvenes de 15 a 20 años, entrenados por el ejército, y al parecer, guardan una gran semejanza con las milicias fascistas de Mussolini. Todas las escuelas secundarias fueron «suspendidas» durante un año, comenzando en septiembre de 1966 a asegurar la «plena participación» en el movimiento de la Guardia Roja, parte de la Gran Revolución Cultural de 1966. Los guardias rojos procedieron a extirpar toda influencia occidental que hubiera podido infiltrarse en la sociedad china. A los jóvenes de largos cabellos les obligaron a cortarse el pelo. A las jóvenes se las obligó a que dejaran

de usar barritas de carmín para pintarse los labios y a que renunciaran a las medias de nilón. Se celebraron grandes concentraciones de masas durante el otoño de 1966, y terminaron con un desfile ante el presidente Mao y el mariscal Lin. Se instó a los obreros, campesinos, soldados revolucionarios, mártires y directores (las cinco categorías rojas de la sociedad china) para que enviaran a sus hijos e hijas para ser entrenados para la Guardia Roja. Hacia fines del año 1966, se decía que eran siete millones los individuos puestos «en acción». Su credo, según lo publicó *Bandera Roja*, es el siguiente:

«Revolución es rebelión, y la rebelión es el alma del pensamiento de Mao Tse-tung. Haremos que el aire quede impregnado del acre olor de la pólvora. Hemos de acabar con todas esas monsergas de que hay que ser ‹humanos› y ‹comprensivos›».

Los comentaristas europeos de la Gran Revolución Cultural han manifestado tanta alarma como los comunistas europeos. Sin embargo, el llamamiento de la revolución no se hace solamente a los comunistas europeos, ni tampoco es una advertencia para los «imperialistas». Va dirigido principalmente al Tercer Mundo o mundo rural de Asia, África e Iberoamérica.

Mao ha comprendido siempre que es preciso mostrar claramente que la India no es un serio rival de la China en la hegemonía del Tercer Mundo. Su política con relación a la India ha sido siempre una extraña mezcla de cortesía y de celosa hostilidad. Mao tiene numerosos amigos en la India para quienes el establecimiento de la República Popular fue una derrota para el colonialismo comparable a su propia «liberación» de la Gran Bretaña. Esas personas ven en Mao Tse-tung un liberador tan glorioso como Gandhi y Nehru. Pero también tiene enemigos en la India, y el número de ellos aumenta a medida que se multiplican los «incidentes de frontera». Los indios suponen que el objeto de la presión constante que China ejerce sobre sus fronteras es el de ponerles en ridículo, y no pueden comprender por qué a Mao puede interesarle tal cosa. Desde hace años, la India aboga cerca de los occidentales para que estos reconozcan la Revolución china como un acontecimiento de primera importancia histórica que no se puede pretender pasar por alto (como hacen los norteamericanos) ni denigrar (como hacen los ingleses). La India considera que la China está comportándose de un modo ingrato [38].

Mao, a su vez, cree que la India está jugando «el juego de Tito», tratando de hacer buenas migas tanto con el mundo progresivo como con el reaccionario. Cada vez que los indios envían a Inglaterra un equipo para jugar al cricket, Mao supone que esto sugiere una añoranza del género de vida inglés. Señala el hecho de que el inglés sea todavía idioma oficial de la India, el único en que pueden entenderse entre sí diversos grupos étnicos. Esto, para Mao, es «imperialismo cultural» de la peor especie, y solamente puede ser superado por medio de la revolución cultural.

Hacia las naciones menos importantes del sureste asiático, Mao Tse-tung adopta una actitud que ha sido designada como paternalista. La mayoría de las naciones, ahora independientes, limítrofes de China, fueron en otro tiempo Estados tributarios del antiguo Imperio chino. Hay millones de chinos en Cambodia, Tailandia, Birmania y Malaca; nada digamos de Laos y Singapur.

Un día estos chinos expulsarán a los norteamericanos que se han infiltrado en lo que eran antes territorios franceses y colonias británicas. Los norteamericanos ya se han ido de Laos, de Cambodia y están siendo expulsados del Vietnam. Cuanto más tiempo permanezcan los norteamericanos en el sureste asiático, considera Mao, tanto mayor será su desprestigio cuando tengan que marcharse. En ese momento, las naciones del sureste asiático darán un suspiro de alivio y empezarán a emular a su celestial vecina, la República Popular de China. Entretanto, China debe aparecer como un país próspero, pero lo menos norteamericano, lo menos decadente y lo más revolucionario posible, para ofrecer una alternativa al comercio y a los halagos occidentales.

Mao espera que la nueva revolución cultural produzca también su impacto en África.

África ha sido causa de contrariedad para el presidente Mao. En 25 de junio de 1951, uno de sus admiradores declaró: «La teoría de Mao Tse-tung sobre la Revolución china es un nuevo desarrollo del marxismo-leninismo en las revoluciones de los países coloniales o semicoloniales. Constituye ciertamente una nueva contribución al tesoro del marxismo-leninismo».

Pero África no fue «liberada» por marxistas-leninistas, sino por africanos educados a la inglesa, los cuales al principio trataron de importar a su país la democracia parlamentaria británica. En el «continente negro» fue poco lo que se realizó al estilo de una «revolución», aunque los desórdenes que se produjeron en el Congo y en Argelia fueron considerados por los chinos como algo que formaba parte de «la naturaleza de los movimientos de liberación nacional». En el antiguo sector colonial británico la independencia se realizó de acuerdo con el Ministerio de Colonias, de Londres, y las ceremonias correspondientes se celebraron en presencia de un miembro de la familia real inglesa. Después de la independencia, se ha producido un gradual desplazamiento, desde la democracia parlamentaria británica hacia un gobierno de partido y últimamente hacia una dictadura militar. Pero el desplazamiento hacia la dictadura no trajo consigo ningún deseo de aprender ninguna lección «del inspirado ejemplo del pueblo chino».

En algunas partes de África, Mao ha realizado algunos esfuerzos para convencer a los dirigentes de los Estados con independencia reciente de que, en un mundo imperialista, harían bien en considerar a los chinos como a sus mejores amigos. Desgraciadamente, la mayoría de los políticos africanos hallan oportuno el tener relaciones amistosas con las imperialistas Francia, Alemania, Inglaterra y Norteamérica, porque solamente estos países pueden ofrecer las cantidades de capital necesarios al desarrollo de los recursos nativos. La China comunista no puede competir con un talonario de cheques, y la ideología tiende a ser olvidada como instrumento de lucha cuando llega a ser posible conseguir tractores a crédito de Detroit. Mao está convencido de que cuando haya pasado el período de «oportunismo» en África, una nueva generación de políticos africanos volverá los ojos hacia él y hacia sus obras de guía y ejemplo, pero que ese tiempo todavía no ha llegado.

El presidente Mao sabe que tiene tres cosas a su favor cuando por fin vaya a granjearse la amistad de los africanos. Él elevó su propio país desde la condi-

ción de una atrasada colonia a la de una potencia mundial nuclear en menos de veinte años. No es un hombre blanco, sino un hombre de color, como los africanos mismos. Y es bienquisto en todo el mundo islámico, porque siempre ha tratado bien a los musulmanes de la misma China y se ha ganado las simpatías de los dirigentes de Estados musulmanes como Pakistán. El islam ha tenido muchos éxitos en África desde el año 1945, y muchos de los más conspicuos políticos africanos son fervientes musulmanes.

A Mao no le desaniman el caos, la confusión y las periódicas sangrías de África. Para él, la palabra paz es un concepto relativo, como lo es para sus guardias rojos. Se ha pasado la mayor parte de su vida combatiendo como soldado en la línea del frente de batalla. Cree en la acción como estímulo para el funcionamiento adecuado de la mente y del cuerpo.

Una vez dijo: «Padezco de estreñimiento. Por esto prefiero la vida militar. Nunca funcionaron tan bien mis intestinos como durante la batalla de Changcha».

UN POEMA DE MAO TSE-TUNG

Nieve

Paisaje del Norte,
Lirios de hielo cerrados,
Millares de lirios nevados.
Dentro y fuera de la Gran Muralla
Solo hay la blanca inmensidad amortajada.
Agua arriba, agua abajo,
El gran río va perdiendo paso.
Bailan las montañas, plateadas serpientes,
Corren los sotos, céreos elefantes.
Quieren ser tan altos como el mismo cielo.
Cuando luce el sol, la nieve
Es una arrebolada mujer arropada de blanco,
Cautivadora y delicada.

¡Qué bellos son Las montañas y los ríos! ¡Cuántos los héroes que luchan Y se humillan para ganar sus favores!

Lástima que los emperadores Tsin y Han Fuesen algo necios, Y que los Tang y los Sing No fueran más finos letrados. Gengis Kan, En su tiempo hijo predilecto del Cielo, Solo supo tensar su arco contra el aguilucho. Pero todo esto fue. Para ver a hombres realmente grandes Mejor será que miremos a lo presente.

Trad. del Editor.

NOTAS

- [1] En la campaña participaron efectivos alemanes, italianos, austríacos y belgas. El protocolo de 1901, que negoció la paz con las legaciones extranjeras, fue también firmado por España y Holanda.
- [2] Este mismo emperador fue más tarde utilizado por los japoneses como soberano fantoche de Manchukuo, cuando la invasión de las regiones de China del Noreste. Pu-yi, derribado del trono por la revolución de 1911, «reinó» en Manchukuo de 1934 a 1945 con el nombre de Kan-te. Murió en Pekín tras haber trabajado en dicha ciudad en el Jardín Botánico y como archivero de la Biblioteca Nacional.
- [3] La Historia general de China, publicada en Pekín en 1958, da los detalles siguientes: en mayo de 1920, gracias a la ayuda prestada por la Internacional Comunista y Lenin, hizo su aparición en Shanghai el primer círculo; en agosto de 1920 se constituyó la Juventud Socialista de China. Al mismo tiempo eran fundados círculos marxistas y de las juventud socialista en Pekín, Hankeu, Changcha, Cantón, Tsinan, Hangchow y entre los estudiantes que cursaban sus estudios en París y en Tokio.
- [4] El Congreso solo reunió a doce delegados que representaban a una cincuentena de miembros que eran en aquel entonces el efectivo total del Partido.
- [5] Tercer Congreso del Partido Comunista chino. En este Congreso Mao Tse-tung fue elegido miembro del Comité Central y jefe de la sección de Organización.
- [6] Mao Tse-Tung era aún presidente de la República cuando apareció la edición original de este libro. Desde el 27 de abril de 1959, la presidencia de la República está ejercida por Liu Shao-chi con dos vicepresidentes: Tung Pi-woi y la señora Soong Ching-ling, viuda de Sun Yat-sen y cuñada de Chiang Kai-chek. Mao Tse-tung ostenta desde entonces el cargo de presidente del Partido.
 - [7] Liaoning, Kirin, Jehol y Heilongkiang.
 - [8] Región situada al norte de Pekín. Hoy forma parte de la Mongolia Interior.
- [9] Otras fuentes dan para la salida del contingente principal del Ejército rojo de la Base central, más conocido con el nombre de Ejército rojo central o Ejército del Primer frente, fechas distintas: las fuentes chinas citan en general el 16 de octubre de 1934. Pero a partir del mes de julio fue cuando comenzaron los movimientos de tropas para preparar la ruptura del cerco del Kuo Ming Tang.
- [10] Como resultado de esta importante reunion el Comité Central eligió a Mao Tse-tung secretario general del Comité Central.
- [11] En 1937 la capital se transfirió a Yenan, ciudad más importante situada al sur de Pao-ngan.
- [12] Las Cuatro Familias controlaban el 70% del capital chino. En 1930, el exredactor jefe del *Diario central del Kuo Ming Tang*, escribía: «El tesoro nacional se identifica con la cartera de Chiang. Ha establecido un gobierno de familia con el hermano de su mujer como ministro de Hacienda, el marido de la hermana de su mujer como ministro de Comercio y otro de sus parientes como ministro de Asuntos exteriores...».
 - [13] En avión.
- [14] Además, ante la tendencia del Japón a conquistar China enteramente, después de la China del Norte, los anglo-norteamericanos, que veían sus intereses amenzados, impulsaron al generalísimo a que tomase una actitud más enérgica frente al Japón.
 - [15] Esta conferencia debía tomar el nombre de «Conferencia consultiva política».

- [16] La tregua fue firmada el primero de enero de 1946 con el Partido Comunista chino, siendo anunciada el 10 de enero.
- [17] Sobre el conjunto de estos problemas el *Libro Azul* norteamericano de Dean Acheson da múltiples detalles. Queda completado por el informe de la Misión Marshall, que dice: «Por lo que se refiere al programa de ayuda militar de los EE. UU;¿; el general Marshall se encontraba en la insostenible posición de ser, por un lado, mediador entre los dos grupos chinos, mientras que, por el otro, el gobierno de los EE. UU. continuaba suministrando armas y municiones a uno de ellos, a los nacionalistas...». Dean Acheson añade: «Además de los préstamos y de la concesión de créditos, el gobierno de los Estados Unidos ha vendido al gobierno chino grandes cantidades de material civil y militar por un valor total de mil millones de dólares». El general francés Chassin, por su parte, señala en su libro *La conquête de la Chine par Mao Tsé-toung*: «En cuanto a los norteamericanos, a pesar de ser teóricamente neutrales, continuaban su ayuda a Chiang Kai-chek, cediéndole 271 pequeños buques de guerra auxiliares, el 10 de marzo, y creando aquel mismo día en Nankín una «comisión consultiva», bajo el mando del general MacClure, destinada a reorganizar el Ejército chino sobre bases modernas».
- [18] Este tratado permitía a los Estados Unidos establecer en China fábricas y empresas, explotar minas, regentar bancos; no podía aplicarse restricción aduanera alguna para las mercancías importadas en China por los Estados Unidos; se concedía a estos la libre navegación fluvial en el interior de la China. La población china llamó a este tratado las «Nuevas veintiuna demandas», estableciendo así un paralelismo con el diktat impuesto por el Japón al gobierno chino en mayo de 1915.
 - [19] Actual secretario general del Partido Comunista chino.
- [20] Sin embargo, por acuerdo ratificado en junio de 1946, los Estados Unidos habían organizado por cuenta de Chiang ocho escuadrillas de fuerzas aéreas.
- [21] «El 13 de agosto de 1949 un despacho de la Associated Press anunciaba que el departamento de Estado y los organismos financieros del gobierno norteamericano habían decidido congelar quinientos milones de dolares depositaos por ciudadanos chinos en los bancos norteamericanos con el fin de impedir que el nuevo gobierno chino los tocase». Claude Roy, *Clefs por la Chine*, ed. Gallimard.
 - [22] De siete a diez aviones diarios, según el general Chassin, op. cit.
- [23] La rendición oficial de Pekín, que fue firmada por el general Fou Tso-Yi, se produjo el 23 de enero de 1949.
- [24] Soong Ching-ling, después de hacer sido aplastado el movimiento revolucionario chino en Wuhan, en julio de 1927, tuvo que emigrar al extranjero. Pertenecía ya entonces al ala izquierda del Kuo Ming Tang y había protestado contra la matanza de los obreros y campesinos comunistas. Desde entonces, fue aproximándose a las posiciones de Mao y fue vicepresidenta de la República
- [25] La reforma agraria, terminada en 1953, concedía a 300 millones de campesinos sin tierra 47 millones de hectáreas de tierras de labranza y los medios de producción correspondientes.
- [26] El nuevo régimen, que primero se mostró indiferente en materia de natalidad, a partir de 1954 se orientó hacia una política de limitación de los nacimientos que se tradujo en campañas de información de gran alcance.

[27] En torno a estos problemas pueden consultarse las declaraciones hecha en 1953 por monseñor Van Melckebeke, que fue obispo de Ninghsia, en una serie de conferencias públicas sobre las razones de la lucha anticlerical en China y en el curso de una sesión de estudios consagrada a análogas cuestiones en el Instituto de Relaciones Internacionales de Bruselas.

[28] De hecho fueron las autoridades soviéticas las que tomaron la iniciativa de repatriar en el plazo de un mes a sus técnicos, interrumpiendo así varios centenares de proyectos bilaterales en curso, como consecuencia de la agudización de las divergencias ideológicas entre los partidos comunistas chino y soviético, y esto a partir de julio de 1960. En aquel momento había 1300 técnicos soviéticos que trabajaban en unos 300 proyectos industriales.

[29] Las «comunas populares» nacieron de la fusión de las granjas cooperativas en las cuales se hallaban inscritos los campesinos según una decisión del Comité Central del Partido Comunista chino que databa del mes de agosto de 1958 (reunión de Pei-Ta-Hio). Su característica esencial consiste en estar dotadas de un poder ejecutivo para las cuestiones de comunicaciones locales, irrigación, enseñanza, salubridad pública, construcción de industrias locales, desarrollo de la asistencia social y de la defensa civil.

[30] Estas cifras son diferentes según sea la comuna, y han sido reducidas de 20 000 a 30 000 personas después de la edición de este libro.

[31] En lugar de las 27 000 comunas de un promedio de 5000 familias, desde 1963 hay 74 000 que cuentan con un promedio de 1800 familias organizadas en 9 brigadas y 75 equipos.

[32] En una entrevista que Po I-Po, viceprimer ministro de la República Popular de China, concedió a la periodista norteamericana Anna-Louise Strong, este hablaba de 18 millones de toneladas de acero para 1960 y reconocía que era de calidad ordinaria, siendo necesario un acero mejor para la industria: «Hemos comprendido—dijo— que 8 a 10 millones de toneladas de acero de buena calidad y bien diversificado eran más útiles que 18 toneladas de calidad ordinaria».

[33] La nueva ley sobre el matrimonio elimina la familia tradicional a favor de la familia conyugal e impone la igualdad de sexos. La familia tradicional, se extendía, en el tiempo y en el espacio, a todos los miembros colaterales, a los ascendientes directos e indirectos, y a toda la descendencia. Más que una familia según las normas occidentales, era una «tribu».

[34] La política llamada de las «Cien flores», aplicada durante un corto período, en el año 1957, fue criticada parcialmente después, en especial en un artículo de Liu Shao-chi publicado en *La nueva revista internacional*. Esta política, que se basaba en la consigna, «Que florezcan cien flores, que rivalicen cien escuelas», no solamente iba destinada a resolver cuestiones de literatura o de arte. Su mejor definición viene dada por los propios términos de quienes la elaboraron. En febrero de 1957, Mao Tse-tung, la comentaba así:

«... estimula el desarrollo del arte y el progreso de la ciencia, estimula el florecimiento de la cultura socialista en nuestro país. En arte, las formas y los estilos diferentes pueden desarrollarse libremente; en ciencia, las escuelas diferentes pueden rivalizar libremente...».

[35] Sin embargo, Mao Tse-tung es padre de varios hijos según su biográfo norteamericano Egdar Snow. «La familia Mao —escribe— se compone de su esposa, de su hija y de un hijo mayor. Este es ingeniero y trabaja en una provincia. La hija de Mao y de su esposa actual es estudiante en la Universidad de Pekín. La señora de Mao (Lan Ping) era actriz de cine cuando se casó con Mao en 1939...».

[36] En junio de 1960.

[37] Más de un millón anual de bicicletas de diferentes tipos, algunos de cuyos modelos permiten el acarreo de pesadas cargas.

[38] El punto de vista chino sobre esta cuestión de las frontera litigiosas puede ser estudiado en la edición 1962 de *La question de la frontière sino-indienne* (también existe texto inglés), edición aumentada e ilustrada con trece mapas; el punto de vista indio se halla expuesto en un folleto del Consejo nacional de los estudiantes de las universidades de la India, publicado en Ginebra en febrero de 1963.

AL LECTOR

La Editorial quedará muy agradecida si le comunica su opinión de este libro que le ofrecemos, informa de erratas, problemas en la traducción, presentación o de algún aspecto técnico, así como cualquier sugerencia que pudiera tener para futuras publicaciones. Este libro es una biografía amplia de Mao Tse-tung, padre fundador de la República Popular China. Abarca desde los primeros años de Mao, también su educación y el contexto político e histórico de China, incluyendo el ascenso como figura principal del país. Se analiza la ideología de Mao y sus relaciones con otros personajes relevantes. Además se detalla parte de la historia de la República Popular China.

